



Epitafio PARA UN **Espía**

ERIC

AMBLER

Lectulandia

En vísperas de la Segunda Guerra mundial, el profesor de idiomas Josef Vadassy, húngaro de nacimiento, se toma unos días de vacaciones en un agradable y tranquilo hotel de la costa mediterránea francesa, antes de reintegrarse a sus clases en París. Aficionado a la fotografía, en un carrete que hace revelar aparecen las imágenes de unas fortificaciones en el puerto de Toulon, que él no ha tomado. Denunciado por el responsable del laboratorio, es detenido como sospechoso de espionaje. En el plazo de pocos días deberá demostrar su inocencia y encontrar, entre los huéspedes del hotel, al verdadero espía.

Lectulandia

Eric Ambler

Epitafio para un espía

ePub r1.0

eKionh 01.07.13

Título original: *Epitaph for a spy*

Eric Ambler, 1938

Traducción: M. Pais Antiqueira

Diseño de portada: eKionh

Editor digital: eKionh

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Llegué a St. Gatien procedente de Niza el martes 14 de agosto. Me detuvieron a las 11.45 del jueves 16 un *agent de police* y un inspector de paisano, quienes me llevaron a la comisaría.

El ferrocarril que va de Toulon a La Ciotat pasa durante varios kilómetros muy cerca de la costa. Cuando el tren avanza atravesando los innumerables pequeños túneles que han hecho posible la construcción de este tramo de vía, se vislumbra fugazmente el azul centelleante del mar allá abajo, las manchas rojizas de las rocas y las formas blancas de las casas entre bosques de pinos. Es como si uno estuviera presenciando una sesión de linterna mágica que proyectase figuras muy coloreadas a gran velocidad. El ojo no tiene tiempo para captar los detalles. Aunque uno conozca St. Gatien y esté esperando dar con él, solo verá el brillante techo rojo del Hotel de la Réserve y sus descoloridas paredes de estuco amarillento.

El hotel se levanta en el punto más alto de un promontorio y tiene la terraza en la parte sur del edificio. Detrás de la terraza hay una pendiente abrupta de unos quince metros. Las ramas de los pinos que crecen en la pendiente rozan los pilares de la balaustrada. Pero un poco más allá el suelo se eleva otra vez. Hay cortes de roca roja en la falda del monte verde y árido. Unos cuantos tamariscos ondean al viento sus ramas torturadas, que se recortan contra el intenso azul del mar. De vez en cuando sube desde las rocas inferiores una rociada del mar.

El pueblecito de St. Gatien se extiende en la falda del promontorio donde se halla el hotel. Las paredes de las casas están revestidas con capas de pintura blanca, azul o rosa, igual que las de muchos otros pueblos mediterráneos de pescadores. Colinas rocosas, cuyas laderas cubiertas de pinos llegan hasta la orilla del mar al otro lado de la bahía, protegen el minúsculo puerto del mistral que a veces sopla con violencia del Noroeste. La población está calculada en unos setecientos cuarenta y tres habitantes. La mayoría vive de la pesca. Hay dos cafés, tres *bistros*, siete tiendas y una comisaría de policía alejada del pueblo, cerca de la bahía.

Sin embargo, desde el borde de la terraza donde yo estaba sentado aquella mañana no se divisaban ni el pueblo ni la comisaría de policía. El sol empezaba a calentar y las cigarras alegraban con sus cantos los jardines escalonados que hay junto al hotel. Ladeando ligeramente la cabeza, podía ver la playa del Réserve. Había dos grandes sombrillas rojas plantadas en la arena. Bajo una de ellas se veían sobresalir dos pares de piernas, las de una mujer y las de un hombre. Parecían jóvenes y estaban muy tostados. Un murmullo de voces me anunciaba que en la parte de la playa donde no daba el sol había otros huéspedes que yo no veía. El jardinero pintaba una franja azul alrededor de la borda de un bote colocado boca abajo sobre unos

caballetes; tenía la cabeza y los hombros protegidos por un horrible sombrero de paja. Se oía crepitar el motor de una lancha que atravesaba la bahía bordeando el promontorio por el lado opuesto en dirección a la playa. Al acercarse, pude distinguir la figura esbelta y desgarbada de Köche, el director del Réserve, inclinada sobre la caña del timón. Con él, en la lancha, venía otro hombre, un pescador del pueblo. Debían haber estado pescando desde el alba.

Tal vez tuviéramos salmonete para comer. En alta mar se veía un buque holandés de la Lloyd avanzando en su recorrido regular entre Marsella y Villefranche. Todo estaba tranquilo, todo era encantador. Yo pensaba que mañana por la noche tendría que hacer la maleta y el sábado por la mañana temprano emprender el viaje hacia Toulon, donde cogería el tren que me llevaría a París. El tren estaría cerca de Arles cuando apretase el sol de mediodía, mi cuerpo se pegaría al duro asiento de piel del compartimiento de tercera, con su capa de polvo y carbonilla cubriéndolo todo. Al llegara Dijon estaría muerto de cansancio y de sed. Tenía que acordarme de llevar una botella de agua, tal vez mezclada con un poco de vino. La llegada a París me pondría contento. Pero no por mucho tiempo. Tendría que trasladarme desde los andenes de la estación de Lyon a los del metro, y mi maleta pesaría lo suyo en aquellas circunstancias. *Direction* Neuilli a Concorde. Transbordo. *Direction* Marie d'Issy a Gare Montparnasse. Transbordo. *Direction* Porte d'Orléans a Alésia. Salida. Montrouge. Avenue de Châtillon. Hotel de Bordeaux. Y, el lunes por la mañana, desayuno de pie en el mostrador del Café de l'Orient y otro viaje en metro. Denfert-Rochereau a Étoile, y un paseo por la Avenue Marceau. Monsieur Mathis ya estaría allí. «¡Buenos días, Monsieur Vadassy! ¡Tiene usted buen aspecto! Este curso se encargará usted del Inglés Elemental, Alemán Superior e Italiano Elemental. El Inglés Superior lo daré yo mismo. Tenemos doce nuevos estudiantes; tres hombres de negocios y nueve camareros. Todos para inglés. No hay nadie para húngaro». Otro año.

Pero mientras tanto, ahí estaban los pinos y el mar, las rocas rojas y la arena. Me estiré voluptuosamente, mientras un lagarto se precipitó a través del suelo de baldosas de la terraza. Su presencia interrumpió bruscamente mi baño de sol, haciéndome refugiarme bajo la sombrilla. Podía percibir el ritmo de las pulsaciones en su cuello. Tenía la cola tendida en perfecto semicírculo, formando una tangente con la línea divisoria de las baldosas. Los lagartos tienen un extraño sentido del dibujo.

Fue este lagarto lo que me hizo recordar mis fotografías.

Solo tengo dos cosas de valor en este mundo. Una es la máquina fotográfica; la otra es una carta fechada el 10 de febrero de 1867, de Deák a von Beust. Si hubiera alguien que me ofreciera dinero por la carta, lo aceptaría gustoso; pero de mi cámara estoy muy orgulloso, y solo el hambre me podría obligar a deshacerme de ella. No es

que sea un gran fotógrafo; pero lo paso en grande imaginándome que lo soy.

Había estado tomando fotos en el Réserve y el día anterior había dejado un carrete en la farmacia del pueblo para revelar. Ahora bien, en circunstancias normales, nunca hubiera pensado en dejar que alguien revelara mis películas. La mitad del placer de la fotografía amateur consiste en efectuar uno mismo el trabajo del cuarto oscuro. Pero había estado haciendo experimentos y, si no veía el resultado de los mismos antes de abandonar St. Gatien, ya no tendría oportunidad de hacer uso de ellos nunca más. Por eso dejé la película en la farmacia. El negativo debería estar revelado y seco para las once.

Eran las once y media. Si me acercaba ahora a la farmacia, tendría tiempo de regresar, darme un baño y tomar un aperitivo antes de comer.

Atravesé la terraza y el jardín, y subí la escalinata que lleva a la carretera. El sol caía tan a plomo que se veía vibrar el aire en contacto con el asfalto. No llevaba sombrero y al pasar la mano por el pelo noté que éste me ardía. Até un pañuelo a la cabeza y continué subiendo la colina, bajando luego hasta la calle principal que lleva al puerto.

La farmacia era una tienda fresca y olía a perfume y desinfectante. Apenas la campanilla de la puerta había acabado de sonar cuando me hallé frente al farmacéutico, que me miraba desde el otro lado del mostrador. Sus ojos tropezaron con los míos, pero no pareció reconocermé.

—¿Monsieur?

—Ayer dejé un carrete de fotografías para revelar.

—Todavía no está.

—Me dijo que estaría para las once.

—Pues no está —repitió secamente.

Me quedé callado durante un momento. Había algo raro en los modales del farmacéutico. Sus ojos, ampliados por las gruesas gafas de cristal de roca, quedaron fijos en los míos. Me miraba de un modo extraño. Pronto me di cuenta de lo que era. Aquel hombre tenía miedo.

Recuerdo que la comprobación de este hecho produjo en mí un gran impacto. El farmacéutico tenía miedo de mí. ¡Yo, que me había pasado la vida teniendo miedo de los demás, terminaba por inspirar miedo! Tuve ganas de echarme a reír. Pero me sentía contrariado, porque creí comprender lo que había pasado: se había estropeado el carrete.

—¿Le ha pasado algo al negativo?

—No, no, Monsieur. Es solo cuestión del secado. Si tiene la bondad de darme su nombre y dirección, enviaré a mi hijo con el negativo tan pronto como esté listo.

—Está bien, volveré a pasar.

—No es preciso que se moleste, Monsieur.

Había una extraña nota de urgencia en su voz ahora. Me encogí de hombros mentalmente.

Si el buen hombre había estropeado el carrete y tenía una vergüenza tan infantil que no quería ser quien me diera la mala noticia, allá él. Me resigné a perder mis experimentos.

—Muy bien —repliqué, dándole mi nombre y dirección.

—Monsieur Vadassy. Hotel de la Réserve —repitió en tono muy alto mientras escribía. Luego, bajando un poco la voz y tras haberse pasado la lengua por los labios, continuó—: Se lo enviaré inmediatamente tan pronto esté listo.

Le di las gracias y me dirigí hacia la puerta de la tienda. De pie frente a mí había un hombre con un panamá y un traje sastre negro que le sentaba bastante mal. La acera resultaba estrecha y, como el otro no hizo ningún movimiento para dejarme paso, murmuré una disculpa e hice un movimiento para sortearle. En el momento en que yo iniciaba la maniobra, el hombre me cogió por un brazo.

—¿Monsieur Vadassy?

—¿Sí?

—Le ruego que me acompañe a la Comisaría.

—¿Y para qué diablos...?

—Una simple formalidad, Monsieur —dijo con estúpida cortesía—. Se trata de su pasaporte.

—Entonces, ¿no sería mejor que me pasase por el hotel a recoger el pasaporte?

No me respondió, sino que, mirando por encima de mí, hizo una señal casi imperceptible. Sentí que una mano me cogía fuertemente por el otro brazo. Miré por encima del hombre y vi que en la puerta de la tienda, detrás de mí, había un agente de uniforme. El farmacéutico había desaparecido.

Las manos que me atenían cogido me empujaron hacia delante, con no demasiada cortesía.

—No comprendo —murmuré.

—Ya comprenderá —dijo el de paisano secamente—. *Allez, file!*

Ya se le había terminado la educación.

El viaje a la comisaría de policía se llevó a cabo en silencio. Tras la inicial demostración de autoridad, el *agent* se retrasó unos cuantos pasos, permitiéndome ir delante con el individuo de paisano. Esto me agradó bastante ya que no me hubiera hecho ninguna gracia atravesar el pueblo como si se tratara de un ratero. Aun así, nuestro paso fue objeto de más de una mirada curiosa y hasta mis oídos llegó la alusión guasona de dos peatones al *violon*.

El argot francés es muy oscuro. Sería difícil imaginarse cualquier cosa menos parecida a una comisaría de policía que un violín. El único edificio realmente feo de St. Gatien es un adusto cubo de oscuro cemento armado con ventanas pequeñas que parecen escotillas. Está unos tres o cuatrocientos metros alejado del pueblo en dirección a la bahía y su tamaño se debe a que es la sede de la administración de policía de la región, cuyo centro es por casualidad St. Gatien. El hecho de que este pueblo sea uno de los más pequeños, de los más observantes de la ley y de los menos accesibles de toda la región no fue tenido en cuenta evidentemente por las autoridades responsables.

La habitación en la que me introdujeron estaba completamente desnuda, a no ser por una mesa y unos cuantos bancos de madera. El individuo de paisano se retiró con aire de importancia, dejándome con el *agent*, que se sentó a mi lado en el banco.

—¿Va a durar mucho esto?

—No se permite hablar.

Miré por la ventana. Al otro lado de la bahía pude ver las sombrillas rojas de la playa del Réserve. Ya no tendría tiempo para darme un baño, reflexioné. Tal vez podría tomar un aperitivo en cualquier café al regresar. Todo estaba resultando muy molesto.

—*Attention!* —dijo súbitamente mi escolta.

Se abrió la puerta y un hombre de bastante edad, con una pluma en la oreja, sin gorra y con una guerrera desabrochada nos indicó por señas que saliéramos. El agente que estaba conmigo se subió el cuello duro, se alisó la guerrera, colocó bien la gorra y, cogiéndome por un brazo con innecesaria dureza, me condujo hasta una estancia que había al final del pasillo. Llamó a la puerta con unos golpes vivos y luego la abrió. A continuación me hizo pasar.

Sentí bajo los pies una alfombra raída. Frente a mí, sentado tras una mesa cubierta de papeles, un individuo pequeño, con gafas y aire de hombre de negocios. Era el comisario. Y junto a la mesa, sentado en una silla de brazos curvos, un tipo muy gordo, vistiendo un traje de *seda fina*. Era completamente calvo, a no ser por una pelusilla de ratón colorado que tenía en las arrugas del cogote. La piel de la cara la

tenía flácida y le caía en dos gruesos pliegues que arrastraban hacia abajo la comisura de los labios. Esto daba a su cara un aspecto vagamente judicial. Sus ojos eran extraordinariamente pequeños y de párpados muy pesados. El sudor le corría por la cara, pero él no hacía más que pasarse un pañuelo retorcido por dentro del cuello de la camisa. Ni siquiera me miró.

—¿Josef Vadassy?

Fue el comisario quien habló.

—Sí.

El comisario hizo con la cabeza una señal al *agent* que estaba detrás de mí y éste salió, cerrando la puerta tras él.

—¿Su carnet de identidad?

Saqué el carnet de la cartera y se lo pasé. El comisario acercó una hoja de papel y comenzó a tomar notas.

—¿Edad?

—Treinta y dos.

—Veo que es usted profesor de lenguas.

—Sí.

—¿Dónde trabaja?

—En la Bertrand Mathis School of Languages, Avenida Marceau, ciento catorce bis, París seis.

Mientras el comisario anotaba estos datos, eché un vistazo al hombre gordo. Tenía los ojos cerrados y se estaba abanicando suavemente la cara con el pañuelo.

—*Attention!* —dijo el comisario en tono áspero—. ¿Qué hace usted aquí?

—Estoy de vacaciones.

—¿Es usted ciudadano yugoslavo?

—No, húngaro.

El comisario me miró sorprendido. Mi corazón dio un brinco. Tendría que volver a referir una vez más la larga y complicada explicación de mi *status* nacional, o mejor, de la falta del mismo. Mi historia siempre despertaba los peores instintos de la burocracia oficial. El comisario empezó a revolver entre los papeles de su mesa. De pronto lanzó una exclamación de júbilo y me dijo blandiendo algo delante de mi cara:

—Entonces, Monsieur, ¿cómo explica usted esto?

Con un sobresalto comprobé que «esto» era mi propio pasaporte, el pasaporte que yo creía en mi maleta del Réserve. Esto significaba que la policía había estado en mi habitación. Comencé a sentirme incómodo.

—Estoy esperando una explicación, Monsieur. ¿Por qué siendo usted húngaro utiliza un pasaporte yugoslavo? ¿Un pasaporte que hace diez años que ha caducado?

Con el rabllo del ojo vi que el tipo gordo había dejado de abanicarse. Empecé a relatar la explicación que me sabía de memoria.

—Nací en Szabadka, en Hungría. Por el tratado de Trianon de 1919, Szabadka fue incorporada a Yugoslavia. En 1921 fui a estudiar a la Universidad de Budapest. Para ello conseguí un pasaporte yugoslavo. Mientras yo estaba en la Universidad, mi padre y mi hermano mayor fueron fusilados por la policía yugoslava acusados de crímenes políticos. Mi madre había muerto durante la guerra y yo no. Tenía otros parientes ni amigos. Se me advirtió que no regresara a Yugoslavia. Pero la situación en Hungría era tremenda. En 1922 me trasladé a Inglaterra y me quedé allí enseñando alemán en un colegio cerca de Londres hasta 1931, fecha en que me retiraron el permiso de trabajo. Yo fui uno de los muchos extranjeros que se vieron privados de su permiso de trabajo en aquellas fechas. Cuando mi pasaporte caducó, solicité la renovación en la legación yugoslava en Londres, pero se me negó alegando que yo ya no era ciudadano yugoslavo. He solicitado después la nacionalidad británica, pero cuando me retiraron el permiso de trabajo me vi obligado a buscarlo en otra parte. Me fui a París. La policía me permitió quedarme y me dieron documentación, advirtiéndome que si abandonaba Francia no se me permitiría volver. Desde entonces tengo solicitada la nacionalidad francesa.

Miré alternativamente a uno y a otro. El gordo estaba encendiendo un cigarrillo. El comisario hojeaba con desprecio mi inútil pasaporte y miraba a su colega. Yo tenía la vista puesta en el comisario, cuando el gordo habló. Su voz me hizo incorporar, porque de aquellos gruesos labios, de aquella maciza quijada, de aquel enorme cuerpo, brotó una voz de tenor muy brillante, pero ronca.

—¿Qué... qué tipo de crimen político fue el causante de la muerte de su padre y de su hermano?

Habló muy despacio y con sumo cuidado, como si temiese que su voz fuera a rompersele. Cuando me dirigí a él para contestar, seguía encendiendo su cigarrillo como si fuera un puro, al mismo tiempo que lanzaba un chorro de humo sobre el extremo encendido del mismo.

—Eran socialdemócratas —dije.

—¡Ah! —exclamó el comisario como si ahora todo resultara de una claridad meridiana—. Tal vez eso explique... —continuó en tono dubitativo.

Pero el gordo levantó una mano en gesto de censura. La mano era menuda y regordeta, y la grasa de la muñeca formaba anillas como en un niño.

—¿Qué lenguas enseña usted, Monsieur Vadassy? —preguntó en tono cortés.

—Alemán, inglés e italiano, a veces húngaro también. Pero no comprendo qué tiene que ver esto con mi pasaporte.

El gordo no hizo caso de mi observación.

—¿Ha estado usted en Italia?

—Sí.

—¿Cuándo?

—De niño. Solíamos pasar allí las vacaciones.

—¿No ha estado usted allí desde que está en el poder el actual régimen?

—Por razones obvias, no.

—Conoce usted algún italiano en Francia.

—Hay uno donde yo trabajo. Es profesor como yo.

—¿Cómo se llama?

—Phillipino Rossi.

Vi que el comisario tomaba nota.

—¿Ninguno más?

—No.

—¿Es usted fotógrafo, Monsieur Vadassy? —preguntó el comisario.

—Sí, amateur.

—¿Cuántas cámaras fotográficas tiene?

—Una.

La pregunta era absurda.

—¿Qué marca?

—Una Zeiss Contax.

Abrió un cajón de la mesa.

—¿Es ésta?

Reconocí mi máquina.

—Sí —repliqué molesto—; y me gustaría saber con qué derecho ha sacado usted mis cosas de la habitación. Tenga la bondad de devolvérmela —y estiré la mano para recogerla.

El comisario volvió a meter la máquina en el cajón.

—¿No tiene usted más que esta cámara?

—¡Ya le he dicho que no!

Una sonrisa de triunfo iluminó el rostro del comisario. Abrió el cajón de nuevo.

—Entonces, mi querido Monsieur Vadassy, ¿cómo explica usted que el farmacéutico del pueblo haya recibido de su manos este trozo de película para revelar?

Miré lo que me estaba enseñando. El comisario tenía entre las manos extendidas la película revelada que yo había dejado en la farmacia. Desde donde me hallaba sentado podía ver a contraluz de la ventana mis fotos experimentales: dos docenas de disparos sobre un mismo objeto: lagartos. Miré a la cara del comisario, que seguía sonriendo. Me eché a reír con todo el sarcasmo de que fui capaz.

—Ya veo —dije con aire de superioridad— que no es usted fotógrafo, Monsieur. Esto no es una película cinematográfica.

—¿No?

—No. Admito que se parece un poco. Pero se dará cuenta de que la película

cinematográfica es un centímetro más estrecha. Este es un carrete *standard* que contiene treinta y seis fotografías de veinticuatro por treinta y seis milímetros cada una, utilizado para el modelo Contax.

—¿Quiere decir que estas fotos fueron tomadas con la cámara que estaba en su habitación?

—Exactamente.

Hubo una pausa embarazosa. Los dos hombres se intercambiaron miradas. Después habló el gordo otra vez:

—¿Cuándo ha llegado usted a St. Gatien?

—El martes.

—¿De dónde venía?

—De Niza.

—¿A qué hora salió usted de Niza?

—Salí en el tren de las nueve veintinueve.

—¿A qué hora llegó usted al Réserve?

—Exactamente antes de la cena, a eso de las siete.

—Pero el tren de Niza llega a Toulon a las tres y media. Hay un autobús para St. Gatien a las cuatro. Debía haber llegado usted a las cinco. ¿Por qué se retrasó tanto?

—Esto es ridículo.

El hombre gordo levantó la vista con gran parsimonia. En sus pequeños ojos había una mirada fría y amenazadora.

—Responda a mi pregunta. ¿Por qué se retrasó usted?

—Muy bien. Dejé la maleta en la estación de Toulon y me fui a dar un paseo por el mar. No conocía Toulon, y hay otro autobús a las seis.

Se limpió cuidadosamente la parte interior del cuello de la camisa.

—¿Cuánto gana usted, Monsieur Vadassy?

—Mil seiscientos francos al mes.

—No es mucho, ¿verdad que no?

—Desgraciadamente, no.

—¿Es una máquina cara la Contax?

—Es una buena máquina.

—Desde luego, pero le estoy preguntando cuánto vale.

—Cuatro mil quinientos francos.

—Casi la paga de tres meses, ¿eh? —susurró irónicamente.

—La fotografía es mi *hobby*.

—¡Un *hobby* muy caro! Parece que administra usted muy bien sus mil seiscientos francos. ¡Vacaciones en Niza y en el Hotel de la Réserve! Eso no lo podemos hacer nosotros los pobres policías, ¿eh, comisario?

El comisario dejó escapar una carcajada sardónica. Me di cuenta que mi cara se

había puesto como un tomate.

—He estado ahorrando para comprarme la máquina —repliqué—. En cuanto a las vacaciones, son las primeras que me tomo en cinco años. También he ahorrado para esto.

—¡Pues claro que sí! —replicó el comisario con una sonrisa burlona.

—Ya está bien, Monsieur —protesté de mal humor—. Ahora me toca a mí pedir explicaciones. ¿Qué es lo que quieren? Estoy dispuesto a contestar a todas las preguntas acerca de mi pasaporte. Están ustedes en su perfecto derecho a preguntar lo que quieran al respecto. Pero no tienen ustedes derecho a robar mis cosas personales. Ni a hacerme este tipo de preguntas acerca de mi vida privada. En cuanto a esos negativos, a los que, al parecer, conceden ustedes una importancia misteriosa, no sabía que estuviera prohibido fotografiar lagartos. Bien, Messieurs, no he cometido ningún crimen; tengo hambre y es la hora en que sirven la comida en el hotel. Tengan la bondad de devolverme la máquina, las fotos y el pasaporte.

Hubo unos segundos de silencio mortal. Miré alternativamente a cada uno de los hombres. Ninguno se movió.

—Muy bien —dije al fin, dirigiéndome hacia la puerta.

—Un momento —dijo el gordo.

Me detuve.

—¿Y bien?

—Por favor, no perdamos más tiempo. El hombre que está en la puerta no le dejará marchar. Tenemos que hacerle unas cuantas preguntas todavía.

—Pueden obligarme a permanecer aquí por la fuerza —dije con una mueca de amargura—, pero no me pueden obligar a responder a sus preguntas.

—Naturalmente —dijo el gordo con calma—; es la ley. Pero podemos recomendarle que lo haga, por su propio bien.

No dije nada. El gordo recogió el carrito de la mesa del comisario y, poniéndolo a la luz, lo empezó a desenvolver entre los dedos.

—Unas dos docenas de fotos casi sobre el mismo tema —comentó—. Es curioso esto. ¿No cree, Vadassy?

—Ni mucho menos —repliqué secamente—. Si entendiera usted un poco de fotografía, o si fuera al menos un observador, se habría dado cuenta de que cada un buen observador, se habría dado cuenta de que cada una está iluminada de un modo diferente, de que las sombras están agrupadas de un modo distinto en cada una. El hecho de que el objeto fotografiado en cada caso sea un lagarto no tiene ninguna importancia. La diferencia estriba en la luz y en el enfoque. Al fin y al cabo, si me da la gana de tirar un centenar de fotos de lagartos al sol, no veo qué les puede interesar a ustedes.

—Es una explicación muy ingeniosa, Vadassy. Muy ingeniosa. Pero le voy a decir

lo que pienso. Pienso que esas veintiséis fotografías no le interesaban a usted lo más mínimo, que las hizo usted única y exclusivamente por terminar el carrete cuantos antes y poder revelar las otras diez.

—¿Las otras diez? ¿Qué dice usted?

—¿No está usted perdiendo inútilmente el tiempo, Vadassy?

—No entiendo una palabra de lo que quiere decir.

El hombre gordo se levantó de la silla y se acercó a mí.

—¿De verdad que no? ¿Qué me dice de las otras diez fotos, Vadassy? ¿Tendría la amabilidad de explicarnos, al comisario y a mí, por qué ha tomado usted esas fotografías? ¡Estoy seguro de que su explicación resultará muy interesante para nosotros! —subrayó tocándose el pecho con el dedo—. ¿Fue la luz o la distribución de las sombras lo que le interesó en las nuevas fortificaciones que protegen el puerto naval de Toulon?

No pude menos de mirarle con la boca abierta.

—¿Qué broma es ésta? No hay más fotos en el carrete que unas cuantas que saqué en un carnaval celebrado en Niza el día antes de abandonar la ciudad.

—¿Admite usted haber tomado las fotografías de este carrete? —inquirió casi delectando.

—Ya he dicho que sí.

—Bien. Échele un vistazo.

Cogí el negativo y, poniéndolo a contraluz, empecé a pasarlo poco a poco entre los dedos. Lagartos, lagartos, lagartos. Algunas fotos parecían prometedoras. Lagartos. Más lagartos. De pronto me detuve. Aparté la vista del negativo rápidamente. Los dos policías me estaban mirando atentamente.

—Siga, Vadassy —dijo el comisario irónicamente—, no se moleste en aparentar sorpresa.

Incapaz de creer lo que veían mis ojos, dirigí la vista otra vez hacia el negativo. Era una fotografía alargada de una sección de costa parcialmente oscurecida por lo que parecía una especie de ramita pegada al lente de la cámara. En la costa había algo: una pequeña franja gris. Otra foto, más cerca esta vez y desde un ángulo diferente, de la misma franja gris. En uno de los flancos presentaba algo así como escotillones. Más fotos. Dos desde el mismo ángulo; otra tomada hacia abajo y más cerca todavía. Luego venían tres casi totalmente oscurecidas por una masa sombría que estaba frente a la cámara. El borde de dicha masa estaba borroso y muy débilmente diseñado, como una pieza de ropa. Luego venía una bastante desenfocada y muy cerca de la cámara; parecía una superficie de cemento armado. La última tenía un exceso de exposición, pero solo estaba oscura en un rincón. Había sido tomada desde el extremo de lo que parecía una amplia galería de cemento armado. Había unas curiosas hileras de luces que por un momento me desconcertaron. Pero al fin

comprendí. Estaba viendo los largos y brillantes cilindros de una serie de cañones.

Las formalidades de mi detención fueron practicadas por un juez instructor, un molesto hombrecillo que, inducido por el detective de paisano, me sometió a un interrogatorio formulario antes de recomendar al comisario que presentara la acusación contra mí. Me enteré de que se me acusaba de espionaje, de intromisión en una zona de interés militar, de tomar fotografías destinadas a poner en peligro la seguridad de la República Francesa y de tener en mi posesión las mencionadas fotografías. Una vez que me fueron leídos los cargos y yo confirmé que los había entendido me despojaron del cinturón (supongo que con objeto de que no pudiera colgarme) y del contenido de mis bolsillos. Luego, me llevaron a una celda situada en la parte trasera del edificio mientras yo agarraba los pantalones para que no se me cayeran. Allí me dejaron solo.

Al cabo de un rato, empecé a pensar con más tranquilidad. Era ridículo. Era atroz. Era imposible. Sin embargo, había ocurrido. Estaba en una celda de la policía, detenido bajo la acusación de espionaje. La pena, si salía convicto, sería tal vez de cuatro años de cárcel; cuatro años en una prisión francesa y luego la deportación. Podría soportar la cárcel, aunque fuera una cárcel francesa, pero ¡la deportación...! Comencé a sentirme mal; un miedo desesperado me sobrecogía hasta los huesos. Si Francia me expulsaba, ya no había ningún sitio a donde pudiera ir. En Yugoslavia me detendrían. En Hungría no me darían la entrada. Ni en Alemania, ni en Italia. Y aunque un espía convicto pudiera entrar en Inglaterra sin pasaporte, no me permitirían trabajar. Para los Estados Unidos, yo sería simplemente un extranjero indeseable. Las repúblicas de Sudamérica me pedirían, como prenda de mi buena conducta, sumas de dinero que yo no tenía. La Rusia Soviética no haría mejor uso que Inglaterra de un espía convicto. Incluso los chinos le piden a uno el pasaporte. No habría ninguna parte a donde pudiera ir. Y, al fin y al cabo, ¿qué importaba eso? Nadie se preocuparía de lo que pudiese ocurrirle a un insignificante profesor de idiomas sin status nacional. Ningún Cónsul intervendría en su defensa; ningún Parlamento, ningún Congreso, ninguna Cámara de Diputados abriría una investigación acerca de su suerte. Oficialmente no existía; era una abstracción, un fantasma. Todo lo que lógica y decentemente podría hacer era destruirse a sí mismo.

Me serené bruscamente. Comprendí que me estaba volviendo histérico. Todavía no era un espía convicto. Aún estaba en Francia. Tenía que utilizar el cerebro, pensar, encontrar la sencillísima explicación que diese cuenta de la presencia de estas fotografías en mi cámara. Pero debería pisar el terreno con mucho cuidado. Tenía que retrotraer mis pensamientos a Niza.

Recordaba que había sido el lunes cuando puse el carrito nuevo en, la máquina y

tomé las fotos del carnaval. Luego había vuelto al hotel, dejando la máquina en la maleta. Allí estuvo hasta la noche cuando empecé a meter el equipaje para marcharme. Y no salió de la maleta hasta que saqué las cosas, el martes por la tarde en el Réserve. Mientras estuve en Toulon, la maleta había quedado en la consigna de la estación. ¿Pudo utilizar alguien la máquina durante las dos horas que yo estuve paseando por Toulon? Imposible. La maleta estaba cerrada con llave, y nadie podía forzar la cerradura de la consigna, robar la cámara, tomar las peligrosas fotografías y volver a poner la máquina en la maleta en el plazo de dos horas. Además, ¿para qué volver la máquina a su sitio?

Entonces se me ocurrió otra idea. Las fotografías que se suponía que yo había tomado eran las diez primeras del carrete. Tenían que serlo porque la última instantánea de lagartos era la número treinta y seis. Ahora bien, no se puede retroceder un carrete en la máquina, y no había fotos montadas en la película. Por lo tanto, puesto que yo había comenzado un carrete en el carnaval de Niza, alguien tuvo que poner un carrete nuevo antes de que fueran tomadas las fotos de Toulon.

De pronto, mi excitación me hizo saltar de la cama en que estaba sentado, mientras se me caían los pantalones. Los recogí y empecé a pasear por la celda con las manos en los bolsillos. ¡Claro, claro! Ahora me acordaba. Cuando comencé con el experimento de los lagartos me extrañó que el indicador de las fotos marcara el número once. Estaba en la idea de que solo había tirado ocho fotos en Niza. Pero es muy fácil apretar el disparador sin darse cuenta, sobre todo si hay treinta y seis en el carrete. Sí, ciertamente el carrete había sido cambiado. Pero ¿cuándo? No pudo ser antes de que yo hubiera llegado al Réserve, ya que yo había comenzado la serie de los lagartos al día siguiente por la mañana después del desayuno. No quedaba más que una salida: entre las 7 de la tarde del martes y las 8,30 de la mañana del miércoles (hora del desayuno), alguien cogió la máquina de mi habitación, puso un carrete nuevo, se fue a Toulon, penetró sigilosamente en una zona militar guardada con todo cuidado, tomó las fotos, regresó al Réserve y volvió a poner la cámara en su sitio.

No parecía posible ni probable. Aparte de todas las demás objeciones, era una simple cuestión de luz. A las ocho de la tarde era prácticamente de noche, y como yo no había llegado hasta las siete, el martes quedaba descartado. Incluso suponiendo que el fotógrafo hubiera salido de St. Gatien por la noche y hubiera empezado a trabajar al amanecer, tenía que ser muy rápido y muy inteligente para volver a poner la máquina en su sitio estando yo en la habitación mirando hacia la ventana. Y sobre todo, ¿para qué devolverme la máquina con el carrete todavía dentro? ¿Cómo se había enterado la policía de todo? ¿Se lo había comunicado el autor de las fotografías de modo anónimo? Tenía que haber sido el farmacéutico. La policía estaba al acecho del dueño del negativo. Tal vez cogieron al farmacéutico con las fotos y éste juró que eran mías. Pero entonces, ¿cómo se explicaba que estuvieran junto a los experimentos

de los lagartos? No había la menor señal de unión en el negativo. Todo resultaba horriblemente confuso.

Por tercera vez empecé a dar febriles paseos por la celda. Entonces oí ruido de pisadas en el pasillo y la puerta se abrió. Era el tipo gordo con traje de seda fina. La puerta se cerró tras él.

Se quedó de pie durante un momento, limpiándose el interior del cuello de la camisa con un pañuelo. Luego me hizo una seña mienfotografías tras se sentaba en la cama.

—Siéntese, Vadassy.

Me acomodé en el único mueble que había en la celda aparte de la cama: un *bidet* de hierro esmaltado con una tapa de madera. Los ojitos amenazadores me vigilaban cuidadosamente.

—¿Quiere un tazón de sopa o un poco de pan?

Esto no me lo esperaba.

—No, gracias. No tengo hambre.

—Un cigarrillo, entonces.

Sacó un arrugado paquete de Gauloises. Tanta amabilidad resultaba sumamente sospechosa, pensé; pero cogí uno.

Me dio fuego con su propio cigarrillo. Luego se limpió con cuidado el sudor que le corría por el labio superior y por detrás de las orejas.

—¿Por qué ha admitido usted —dijo al fin— haber tomado esas fotografías?

—¿Es otro interrogatorio oficial? Se limpió la ceniza que tenía en el pecho con el empapado pañuelo.

—No. Oficialmente le interrogaría el *juge d'instruction* del distrito. Eso no es asunto mío. Yo soy de la Súreté Générale, agregado al Departamento de Inteligencia Naval. Conmigo puede usted hablar con toda libertad.

No comprendía muy bien que un miembro del Departamento de Inteligencia Naval esperase que un espía fuese a hablarle con toda libertad, pero no dije nada. Ciertamente, tenía todas las intenciones de hablar tan libremente como me permitieran.

—Muy bien. He admitido haber tomado esas fotografías porque las he tomado. Quiero decir, todas las del carrete menos las diez primeras.

—Bueno. Y entonces, ¿cómo explica usted esas diez primeras fotografías?

—Creo que alguien ha cambiado el carrete de mi cámara.

Mi interlocutor arqueó las cejas. Empecé un relato detallado de mis movimientos desde que abandoné Niza, sin olvidar las deducciones que había hecho respecto al origen de las fotos que constituían el cuerpo del delito. Me escuchó sin interrumpir, pero evidentemente no me estaba creyendo.

—Naturalmente, eso no prueba nada —dijo cuando yo terminé.

No trato de dar pruebas, sino simplemente de dar una explicación racional de todo el fantástico asunto:

—El comisario cree tener la explicación. Y yo no le censuro. Aparentemente, la acusación contra usted es completamente verosímil. Las fotos están en un negativo que usted admite que es suyo. Por lo tanto, usted es el hombre sospechoso. ¡Sencillo!

Le miré fijamente a los ojos.

—¿He de entender que usted no está conforme con eso, Monsieur?

—Yo no he dicho eso.

—No, pero no vendría usted aquí a hablar conmigo de este modo si estuviera usted satisfecho.

Su mejilla se retorció en el comienzo de una sonrisa.

—Se supervalora usted. A mí no me interesan los espías, sino para quién trabajan.

—Entonces —repliqué enfadado—, está perdiendo el tiempo; yo no soy la persona que ha tomado las fotos. Yo no trabajo para nadie más que para Monsieur Mathis, que me paga por enseñar idiomas.

Pero el detective no parecía prestarme la menor atención. Hubo una pausa.

—El comisario y yo estamos de acuerdo —dijo al fin— en que es usted una de estas tres cosas: un espía inteligente, un espía muy estúpido, o un inocente. Puedo decirle que el comisario piensa que es usted lo segundo. Por mi parte me he sentido inclinado desde el primer momento a creer que es usted inocente. Nadie que fuera culpable sería tan imbécil.

—Gracias.

—Lo que menos me importa es que me dé usted las gracias, Vadassy. Fue una conclusión a la que llegué sin el menor entusiasmo. En cualquier caso, no puedo hacer nada por usted ahora. Compréndalo, por favor. A usted le ha detenido el comisario. Puede que sea usted inocente, pero que le envíen a la cárcel no perturbará lo más mínimo mi descanso.

—Estoy completamente seguro de eso.

—Por otra parte —continuó en tono pensativo—, es esencial que yo sepa quién ha tomado esas fotografías.

Hubo silencio. Comprendí que el otro esperaba que yo hiciera algún comentario.

Pero preferí esperar que siguiera hablando él. Tras unos segundos, así fue.

—Si descubrimos al auténtico criminal, es entonces, Vadassy, cuando podremos hacer algo por usted.

—¿Hacer algo por mí?

El otro carraspeó ruidosamente.

—Pues claro; no tiene usted Cónsul que salga en su defensa. Es nuestra responsabilidad cuidar que le traten decentemente. Desde luego, en el caso de que coopere usted con nosotros de un modo satisfactorio, no tiene nada que temer.

—Ya le he dicho todo lo que sé, Monsieur...

Me detuve. Se me puso un nudo en la garganta y las palabras no me salían. Pero el gordo pensó evidentemente que yo esperaba conocer su nombre.

—Beghin —dijo—. Michel Beghin.

Hizo una pausa y se miró el pecho una vez más. En la celda hacía un calor insoportable. Yo veía como el sudor brotaba de su pecho y empapaba por completo su camisa de listas.

—De todos modos —añadió—, creo que puede usted ayudarnos.

Se levantó de la cama, se fue hacia la puerta de la celda y la golpeó con el puño. Se oyó el ruido de la llave en la cerradura y vi el uniforme de un *agent* en el pasillo. El gordo le murmuró algo que yo no pude oír y la puerta se volvió a cerrar. El detective se quedó de pie mientras encendía otro cigarrillo. Al cabo de un minuto la puerta se abrió de nuevo y el gordo recogía algo de manos del agente. Cuando la puerta se volvió a cerrar, mi interlocutor se giró en redondo. En sus manos tenía la máquina.

—¿Reconoce, usted esto?

—Por supuesto.

—Cójala y examínela con cuidado. Deseo saber si encuentra usted algo raro en ella.

La cogí e hice lo que me dijo. Examiné el disparador, el objetivo y el telémetro; desmonté las lentes y abrí la caja; examiné todos los rincones y rendijas del aparato. Finalmente, la volví a poner en la funda.

—No le encuentro nada raro. Está tal como yo la he dejado.

El gordo metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado. Me lo pasó diciendo:

—Esto lo hemos encontrado en su bolsillo, Vadassy. Eche un vistazo.

Cogí el papel y lo abrí. Luego le miré.

—Bueno, ¿qué pasa con esto? —dije en tono defensivo—. No es más que la póliza del seguro de la máquina. Como usted mismo me dijo, es un aparato bastante caro y he preferido pagar unos cuantos francos para asegurarla contra la pérdida o —añadí puntualizando— contra el robo.

Me cogió el papel con un gesto de resignación.

—Es una suerte para usted que la policía francesa se preocupe tanto de los imbéciles como de los criminales. Esta póliza de seguros indemniza a Josef Vadassy contra la pérdida de la cámara Zeiss Ikon Contax, número de serie F / 64523 / 2. Por favor, mire el número de serie de la máquina que tiene usted ahí.

Hice lo que me mandaba. El número era diferente.

—Entonces esta no es mi máquina —exclamé con gran excitación—. ¿Por qué estaban mis fotos en el negativo?

—Porque lo que se cambió no fue el carrete, mi querido imbécil, sino la máquina. Esta cámara es un modelo *standard* muy divulgado. Cuando usted se puso a fotografiar sus estúpidos lagartos ya estaban las fotos en la máquina. Incluso usted notó que el número de fotos no coincidía con el de su propia cámara. A continuación quitó usted el carrete y se lo llevó al farmacéutico. Fue él quien vio las fotografías y al comprender, como podía comprender cualquiera, de lo que se trataba, las llevó a la policía. ¿Entiende usted ahora, imbécil?

Entendí.

—De modo que cuando usted proclamaba su fe en mi inocencia —dije—, sabía de sobras que estaba en lo cierto. En vista de esto, me gustaría saber con qué derecho me siguen teniendo aquí detenido.

Se limpió la frente con el pañuelo, sin dejar de observarme con los párpados entreabiertos.

—Su detención no es asunto mío. No puedo hacer nada. El comisario está enfadado porque esta prueba le ha estropeado su hoja de cargos contra usted; pero se ha comprometido a retirar tres de los cargos, velando por el buen nombre de la justicia. Solo queda uno.

—¿Cuál?

—Estaba usted en posesión de fotografías destinadas a poner en peligro la seguridad de la República. Es una acusación grave, que sigue sin retirar, a menos —añadió significativamente—, a menos que se pueda encontrar el medio de hacérsela retirar también. Naturalmente, yo voy a interceder ante el comisario a favor de usted, pero me temo que el caso siga adelante, a no ser que pueda ofrecerle alguna buena razón para una decisión extraordinaria. Y de ser así, la sentencia significaría la deportación cuando menos.

Mi cerebro se puso tan frío como el hielo.

—¿Quiere usted decir —comenté lentamente— que si no me avengo a colaborar, como usted lo llama, esta ridícula acusación será presentada?

No me contestó. Estaba encendiendo su cuarto cigarrillo. Cuando hubo terminado, lo dejó colgando descuidadamente ente los labios. Expulsó el humo a través del mismo cigarrillo y se puso a contemplar la blanca pared como si hubiera en ella un cuadro y él fuera un tratante de arte que estaba pensando si hacer alguna oferta o no.

—La cámara —dijo pensativamente— fue cambiada por una de estas tres razones. Alguien podía haber querido ponerle a usted en un apuro. Alguien podía haber querido deshacerse de las fotografías al verse en un aprieto. O pudo haber sido un descuido accidental. Creo que la primera hipótesis podemos desecharla. Es demasiado complicada. No hay ninguna garantía de que (a) usted entregara la película para revelar y (b) de que el farmacéutico fuera a la policía. La segunda

hipótesis no es real. Las fotografías son demasiado valiosas y la posibilidad de volverlas a encontrar, remota. Además, dentro de la cámara estaban a salvo de cualquier eventualidad. No, yo creo que fue un accidente. Las cámaras son un modelo idéntico dentro del tipo *standard*. Pero ¿cuándo y cómo fueron cambiadas? En Niza, no; usted me dijo que volvió al hotel con la cámara y que la guardó en la maleta. En el viaje, tampoco; estuvo cerrada bajo llave en la maleta durante todo el tiempo. Tuvo que ser en el Réserve donde se realizó el cambio. Si este fue accidental, tuvo que ser efectuado en una de las dependencias públicas. ¿En qué momento? Usted bajó la cámara ayer a la hora del desayuno, según me ha dicho. ¿Dónde tomó usted el desayuno?

—En la terraza.

—¿Se llevó la cámara con usted?

—No. La dejé dentro de la funda sobre una silla del vestíbulo para recogerla después cuando me dirigía hacia el jardín.

—¿A qué hora bajó usted a desayunar?

—A eso de las ocho y media.

—¿Y a qué hora se fue al jardín?

—Una hora más tarde aproximadamente.

—¿Fue entonces cuando hizo las fotos?

—Sí.

—¿A qué hora regresó?

—Eran casi las doce.

—¿Qué hizo entonces?

—Me fui directo a mi habitación y quité el carrete.

—¿De modo que no abandonó la cámara antes de empezar con los lagartos nada más que una hora entre las ocho y media y las nueve y media?

—No.

—Ahora, recuerde bien. ¿Estaba la máquina en la misma posición en que la había dejado cuando usted la recogió?

Me paré a pensar un momento.

—No, no estaba —dije al fin—. La dejé colgando por la correa de la funda en el respaldo de una silla. Cuando la recogí estaba sobre el asiento de otra silla.

—¿No miró si todavía estaba colgando en el sitio donde usted la había dejado?

—No. ¿Para qué? La vi sobre el asiento de la silla y la cogí. ¿Para qué iba a mirar?

—Pudo haberse dado cuenta de que aún había una cámara colgando del respaldo de la otra silla.

—Difícil. La correa es larga, de modo que la funda de la cámara propiamente dicha quedaría escondida debajo del asiento.

—Bien. Eso quiere decir lo siguiente: Usted cuelga su máquina en el respaldo de una silla. Cuando vuelve, encuentra una máquina idéntica en el asiento de otra silla y, creyendo que ésta es la suya, la coge tranquilamente, dejando la suya en el respaldo de la otra silla. Posiblemente al cabo de un rato, cuando llega el dueño de la segunda cámara y descubre que ésta no se halla donde la ha dejado, echa un vistazo por allí y descubre la de usted.

—Es muy posible.

—¿Estaban todos los huéspedes en el desayuno?

—No lo sé. El Réserve solo tiene dieciocho habitaciones y no todas están ocupadas. Yo había llegado la noche anterior. No podía saberlo. Pero todo el mundo que bajaba por las escaleras y atravesaba el vestíbulo tenía que pasar junto a las sillas.

—Entonces, mi querido Vadassy, podemos pensar con razonable confianza que esta máquina pertenece a uno de los huéspedes que se alojan actualmente en el Réserve y que ha sido él quien ha sacado estas fotografías. Pero ¿quién? Creo que podemos descartar a los camareros y criados porque todos son del pueblo o de los pueblos de los alrededores. Naturalmente, podemos hacer investigaciones, pero creo que no sacaremos gran cosa. Están, además, los huéspedes, el director, Köche, y su mujer. Pues bien, Vadassy, el culpable tiene la máquina de usted, una Zeiss Ikon Contax idéntica a ésta. Como usted comprenderá, es prácticamente imposible para nosotros detener a todos los huéspedes y cachear todos los equipajes. Aparte de que varios huéspedes son extranjeros y sus Cónsules presentarían la consabida protesta, posiblemente no encontraríamos la máquina. Tal vez el culpable se pondría en guardia y entonces no podríamos hacer nada. Las averiguaciones —continuó subrayando las palabras— debe hacerlas alguien cuya presencia no levante ninguna sospecha, que pueda descubrir discretamente quién tiene una máquina Contax.

—¿Se está refiriendo usted a mí?

—Usted puede proceder sencillamente descubriendo quiénes tienen máquina fotográfica. Los que tienen cámaras distintas de la Contax son menos sospechosos que los que no tienen ninguna. Comprenda, Vadassy; la persona que tiene la máquina de usted tal vez haya descubierto ya el cambio. En este caso ocultará la Contax para que no se descubra que es él el dueño de la cámara con las fotos de Toulon. También existe la posibilidad —añadió ensimismado— de que trate de recuperar su cámara. Tiene que estar usted en guardia contra esto.

—¿No está usted llevando esta sugerencia demasiado lejos?

Me miró fríamente.

—Créame, amigo mío, que me gustaría tener alguna alternativa. No me parece usted muy inteligente.

—Pero yo estoy detenido. Seguramente —añadí con amargura—, no va a ser usted capaz de convencer al comisario para que me liberen.

—Usted seguirá detenido, le dejarán libre solo bajo palabra. Únicamente Köche sabe de su detención. Hemos tenido que registrar su habitación, ya sabe. No se mostró muy complaciente, por eso hemos tenido que explicarle que se trataba del pasaporte y que usted nos había dado permiso. Le dirá usted que se trataba de un malentendido, que le detuvieron por equivocación. Me informará por teléfono todos los días por la mañana. Llámeme desde la oficina de correos del pueblo. Si quiere comunicarme algo en cualquier otro momento, llame al comisario.

—Pero tengo que salir hacia París el sábado temprano. El lunes por la mañana he de empezar el nuevo curso.

—Se quedará usted hasta que se le dé permiso para marcharse. Además, no intentará establecer contacto con nadie fuera del Réserve, excepto con la policía.

Una angustiada sensación de desamparo me invadió.

Beghin se puso de pie y dijo, inclinándose hacia mí:

—Oiga, Vadassy —en su ridícula voz había un tono horrible, mucho más amenazador que las bravuconadas del comisario—. Se quedará usted en el Réserve hasta que le digan que se vaya. Si trata de marcharse antes, será detenido y me ocuparé personalmente de que le deporten en barco hasta Dubrovnik, y que la policía yugoslava reciba un dossier de su caso. Y métase esto en la cabeza: cuanto antes descubramos quién es el autor de las fotos, más pronto se podrá ir. Pero no intente ninguna jugada, ni escribir a nadie. O hace lo que le digo, o será deportado. De todas formas, tendrá usted suerte si evita la deportación. Ándese con cuidado, pues. Comprende, ¿no?

Comprendí. Perfectamente.

Una hora más tarde abandonaba la comisaría, dirigiéndome hacia el pueblo con la máquina colgada al hombro. Al meter la mano en el bolsillo, encontré un papel con la lista de huéspedes del Réserve escrita a máquina.

Cuando llegué al hotel, Köche estaba en su despacho. Al pasar por delante de él, camino de mi habitación, salió a mi encuentro. Vestía unos pantalones de dril, sandalias y un *maillot*, y a juzgar por su pelo mojado, acababa de darse un baño. Con su figura esbelta, delgada y encorvada y sus modales soñolientos, no tenía aspecto de director.

—¡Ah, Monsieur! —dijo con una débil sonrisa—. Ya está usted de vuelta. Nada serio, espero. La policía estuvo aquí esta mañana. Dijeron que usted les había dado permiso para llevarse el pasaporte.

Puse toda la cara de enfado que me fue posible.

—No. Nada serio. Una cuestión de identidad y un equívoco que les llevó un tiempo fantástico para descubrirlo. Me presentaron mil disculpas, pero ¿qué puede hacer uno? La policía francesa es totalmente ridícula.

Aparentó tomarlo en serio, poniendo cara de asombro e indignación y felicitándome por mi paciencia. Evidentemente, no era sincero. Yo difícilmente podía criticarle; me sentía demasiado débil para hacer el papel de ciudadano ultrajado con alguna esperanza de éxito.

—A propósito, Monsieur —dijo como por casualidad cuando yo me disponía a subir las escaleras—, ¿se marcha usted el sábado por la mañana, creo?

Evidentemente deseaba verse libre de mí. Fingí pensármelo un poco y contesté:

—Así lo había pensado, pero puede que me decida a quedarme un día o dos más. Naturalmente —añadí con una fría sonrisa—, si la policía no tiene inconveniente.

El gerente dudó un segundo.

—Será un placer —dijo sin entusiasmo.

Cuando me di vuelta para irme creí percibir que sus ojos estaban puestos en mi cámara. Tal vez fueran imaginaciones mías.

Me resulta difícil recordar ahora los detalles de las dos horas siguientes. Sé que cuando llegué a la habitación solo existía una cosa importante para mí en el mundo: ¿había algún tren de Toulon a París el domingo por la tarde? Recuerdo que me abalancé sobre la maleta buscando febrilmente el horario de trenes.

Parecerá extraño que, enfrentado con la posibilidad total y absoluta de un desastre irreparable, me preocupase de un asunto tan trivial como el servicio de trenes hacia París. Pero los seres humanos se comportan extrañamente en los momentos de gran tensión. En algunos casos, ciertos pasajeros de un barco que se hunde vuelven a sus camarotes cuando se está echando al agua el último bote, tratando de salvar alguna fruslería personal. En otros, personas que están a punto de morir se preocupan de pequeñas deudas que tienen sin pagar antes de emprender el camino de la eternidad.

Lo que me preocupaba a mí era la perspectiva de llegar tarde el lunes por la mañana. Monsieur Mathis era muy estricto en el cumplimiento de la puntualidad. Los que llegaban tarde, fueran profesores o alumnos, incurrían en grave falta a sus ojos. Y así se lo hacía saber en términos mordaces y a voz en grito en el momento en que la presencia de los demás hacía más molesta la reprimenda. Es más, la bronca solía venir unas horas después de la perpetración del delito, con lo que el «suspense» podía resultar insoportable.

Si pudiera coger un tren en Toulon el domingo por la tarde, razonaba yo, y viajar por la noche hasta París, podía llegar a clase a la hora. Recuerdo que sentí un gran alivio cuando encontré que había un tren que llegaba a París a las seis en punto de la mañana del lunes. Mi mente funcionaba sumida en una espesa niebla. Beghin había dicho que no podría partir el sábado. ¡Terrible! Monsieur Mathis se enfadaría. ¿Llegaría a tiempo a París si salía el domingo? ¡Sí, a Dios gracias, llegaría!

Creo que si alguien me hubiera sugerido en aquel momento que tampoco podría partir el domingo, me habría echado a reír con incredulidad. Pero hubiera sido una risa histérica la mía, porque cuando me senté en el suelo junto a la maleta abierta, el miedo me apretaba el pecho, haciendo golpear con fuerza mi corazón mientras que mi respiración se hacía jadeante y entrecortada como si hubiera estado corriendo. Empecé a tragar saliva, pensando, por alguna extraña razón, que con ello calmaría los furiosos latidos de mi corazón. Esto me dio una sed terrible y, al cabo de un cierto tiempo, me levanté, me dirigí al lavabo y tomé unos sorbos de agua. Luego, volví a la habitación y bajé la tapa de la maleta con el pie. Al hacerlo oí que el papel que me había dado Beghin emitía un leve crujido en el bolsillo. Me senté en el borde de la cama.

Debí estar mirando como aturdido la lista de Beghin durante una hora por lo

menos. La leí y la releí una y otra vez. Los nombres se convirtieron en cifras, formas sin sentido. Cerré los ojos, los abrí de nuevo y volví a leer. Yo no conocía a esta gente. Solo llevaba un día en el hotel. Y el hotel tenía un recinto muy amplio. Lo único que había hecho era cambiar leves saludos con algunos de ellos a la hora de las comidas. Con la mala memoria que yo tenía para las caras, probablemente me los hubiera cruzado en la calle a todos y no hubiera conocido a ninguno. Sin embargo, una de las personas representada por aquellos nombres tenía mi máquina fotográfica. Uno de los que me había saludado era un espía. Uno o una había recibido dinero para penetrar sigilosamente en zonas militares, tomar fotografías de las sólidas paredes de cemento armado y de los cañones con objeto de que, un buen día, barcos de guerra colocados en alta mar pudieran disparar sus proyectiles sobre seguro, reduciendo a pedazos las paredes, los cañones y los hombres que estaban a su servicio. Y yo tenía dos días para identificar a esa persona.

Sus nombres, pensé estúpidamente, parecían totalmente inofensivos.

Monsieur Robert Duclos; *Francés*; Nantes

Monsieur André Roux; *Francés*; París

Mademoiselle Odette Martin; *Francesa*; París

Miss Mary Skelton; *Americana*; Washington, D. C.

Mr. Warren Skelton; *Americano*; Washington, D. C.

Herr Walter Vogel; *Suizo*; Constanza

Frau Hulde Vogel; *Suiza*; Constanza

Mayor Herbert Clandon-Hartley; *Inglés*; Buxton

Mrs. María Clandon-Hartley; *Inglesa*; Buxton

Herr Emil Schimler; *Alemán*; Berlín

Albert Köche (gerente); *Suizo*; Schaffhausen

Suzanne Köche (su mujer); *Suiza*; Schaffhausen

Una lista similar de huéspedes podía ser confeccionada en casi todos los demás hoteles del Sur de Francia. Había el inevitable militar inglés con su mujer; el americano, no tan inevitable, pero no extraño ni mucho menos; los suizos; y la muestra francesa. El alemán solitario era extraño, pero no desentonaba. Por lo demás, un gerente de hotel suizo con su mujer es cosa bastante corriente.

¿Qué tenía que hacer yo? ¿Por dónde empezar? Me acordé de las instrucciones de Beghin acerca de las máquinas fotográficas. Tenía que descubrir cuáles de ellos tenían cámaras e informar. Adopte con ardor esta línea positiva de razonamiento.

El método más inmediato sería trabar conversación con cada uno de ellos, o con cada pareja, y sacar a colación el tema de la fotografía. Pero no era muy práctico. Supongamos que el espía había descubierto ya que sus fotos se habían extraviado, que en vez de sus instantáneas de cemento armado y cañones tenía unas animadas

vistas del carnaval de Niza, carentes de todo interés. Y aunque no hubiera descubierto inmediatamente que tenía la cámara de otra persona, podía saber que algo iba mal y estar prevenido. Si alguien intentaba entablar conversación sobre el tema de la fotografía, esto suscitaría sus sospechas. Tenía que proceder por medios más indirectos.

Miré el reloj. Eran las siete menos cuarto. Desde la ventana pude ver que en la playa aún había gente. En la franja de arena visible desde la habitación había un par de zapatos y una pequeña sombrilla tendidos. Me pasé un peine y salí.

Hay gente que entabla relaciones casuales con la mayor facilidad. Poseen una misteriosa flexibilidad intelectual que les permite ajustar rápidamente su proceso mental al de los extraños que tiene delante. En un instante se identifican plenamente con los intereses de los desconocidos. Sonríen. Los otros responden. Surge una pregunta y una respuesta. Un minuto más tarde son amigos, charlando afablemente acerca de cualquier tontería.

Yo carezco totalmente de esta cualidad de simpatía. Soy completamente incapaz de hablar si no me hablan antes. Incluso entonces, el nerviosismo, aliado a un desesperado deseo de ser amable me hace aparecer rígido y formulario, o me proporciona una, efusividad extremada. Como consecuencia de todo esto, o bien me consideran arisco, o sospechan que trato de gastarles una broma abusando de la confianza.

Sin embargo, mientras bajaba las escaleras de piedra hacia la playa, decidí que, por una vez al menos, necesitaba desechar mis inhibiciones. Tenía que mostrarme efusivo y amable, tenía que pensar cosas divertidas para decir, tenía que controlar la conversación, ser útil. Tenía mucho que hacer.

La pequeña playa estaba ya totalmente cubierta por la sombra. Una débil brisa marina empezaba a agitar la copa de los árboles, pero aún hacía mucho calor. Pude ver las cabezas de dos hombres y dos mujeres por encima del respaldo de dos sillas de playa en las que sus dueños estaban sentados; al acercarme, oí que estaban tratando de perfilar una conversación en francés.

Seguí avanzando por la arena, sentándome a unos cuantos metros de ellos, en el extremo de uno de los caballetes donde el jardinero pintaba el bote, mirando hacia la bahía.

Echando un rápido vistazo mientras me sentaba, vi que en las dos sillas más próximas estaban un joven de unos veintitrés años y una chica de unos veinte. Habían estado nadando y sus piernas morenas eran evidentemente las que yo había visto por la mañana desde la terraza. Por su francés, deduje que se trataba de los dos americanos. Warren y Mary Skelton.

Los otros dos tenían un aspecto muy diferente. Ambos eran de mediana edad y muy gordos. Recordaba haberlos visto antes. El hombre tenía una cara brillante como

la luna y de lejos su torso parecía casi esférico. Esta ilusión se debía en cierto modo a los pantalones que tenía puestos. Eran de un tejido oscuro y con las piernas muy cortas y muy estrechas. La parte de arriba, ya de por sí muy alta, le cubría todo el vientre redondo, sujeta casi debajo de los sobacos por unos enormes tirantes. Vestía un camisa de tenis abierta por la nuca; no llevaba chaqueta. Parecía un personaje salido de las páginas del *Simplicissimus*. Su mujer, porque éstos eran los suizos, era ligeramente más alta que él y tenía un aspecto muy desaliñado. Reía a grandes carcajadas y, cuando no estaba riendo, parecía estar a punto de hacerlo. Su marido sonreía de concierto con ella. Ambos daban la impresión de gran ingenuidad e inconsciencia, como si fueran dos niños pequeños.

Parecía que el joven Skelton estaba tratando de explicar el sistema político americano a Herr Vogel.

—*Il y a* —decía con dificultad— *deux parties seulement, les Républicaines et les Démocrates. Ces sont du droit, tous les deux. Mais les Républicaines sont plus au droit que les Démocrates. Ça c'est la différence.*

—*Ah, oui, je comprends* —decía Herr Vogel. Se apresuró a traducir el sentido al alemán. Frau Vogel esbozó una amplia sonrisa.

—Se dice —continuó su marido en su francés entrecortado— que los *gangsters* —pronunció «garnstairs»— tienen una influencia decisiva durante las elecciones, ¿como un partido de centro, quizás? Daba la impresión de ponerse serio, como si se tratase de un asunto grave tras un pequeño comentario intrascendente.

La chica no pudo contener la risa. Su hermano suspiró profundamente y comenzó a explicar con gran cuidado, y con evidente desconcierto por parte de Herr Vogel, que el noventa y nueve coma nueve por ciento de los habitantes de los Estados Unidos nunca había visto un *gangster*. Pero su francés no le dejó llegar al final.

—*Il y a, sans doute* —admitió—, *une quantité de... quelque...*

No pudo seguir.

—Mary —dijo lamentándose—, ¿cómo demonios se dice soborno en francés?

En aquel momento la fortuna me favoreció. Tal vez sería porque la enseñanza se había convertido en un hábito para mí, o porque el impulso de instruir, igual que el hambre o el miedo, vence las inhibiciones sociales. Con el rabillo del ojo vi que la chica se encogía de hombros, impotente; una fracción de segundo más tarde salían de mi boca las palabras siguientes:

—*Chantage* es la palabra que usted busca.

Los cuatro se volvieron hacia mí.

—¡Oh, gracias! —dijo la chica.

Un destello de ansiedad apareció en los ojos del hermano.

—Sí.

—Entonces —dijo mordaz— tenga la bondad de explicarle a este retrasado

mental que está a nuestra izquierda que la palabra *gangster* se pronuncia con una «g» suave, y que no están representados en el Congreso. O por lo menos, no lo están oficialmente. Puede añadir también, aprovechando la oportunidad, que nuestra comida no consta solamente de latas, y que todos no vivimos en el Empire State Building.

—Con mucho gusto.

La chica se sonrió.

—Mi hermano está de broma.

—¡No lo estoy, diablos! Este individuo es una amenaza internacional. Alguien tiene que decírselo.

Los Vogel habían estado escuchando nuestra conversación con una sonrisa de desconcierto en su cara. Traduje al alemán las palabras del americano con todo el tacto posible. Se retorcían de risa. En medio del paroxismo, Herr Vogel explicó que era imposible no gastar bromas a los americanos. Hubo nuevos estallidos de risa. Evidentemente, los suizos no eran tan ingenuos como parecían.

—¿Qué les pasa ahora? —preguntó Skelton.

Se lo expliqué. El americano esbozó una sonrisa.

—¿Cree usted que tienen malicia o no? —preguntó, inclinándose hacia delante para ver mejor a los Vogel—. ¿Qué son, alemanes?

—Suizos, creo.

—¡Mirar! —señaló la chica—. Parece exactamente una ilustración de Tenniel en el *Tweedledum y Tweedledee*. ¡Fijaos qué pantalones!

El objeto de estas críticas nos estaba mirando con ansiedad. Se dirigió a mí.

—*Die jungen Leute haben unseren kleinen Spass nicht übel genommen?*

—Dice —expliqué a los Skelton— que espera que no se hayan ofendido ustedes.

El joven Skelton pareció sorprendido.

—¡No, por Dios! Oiga —se volvió hacia los Vogel—: *Nous sommes très amusés. Sie sind sehr liebenswürdig* —añadió cordialmente. Y dirigiéndose a mí—: ¡Diablos!, dígaselo, ¿quiere?

Se lo dije. Hubo un gran intercambio de sonrisas y asentimientos de cabeza. A continuación, los Vogel empezaron a hablar entre sí.

—¿Cuántas lenguas habla usted? —dijo Skelton.

—Cinco.

Se rió con sorna.

—¿Nos querría explicar con detalle —comentó la chica— simplemente cómo se aprende una lengua extranjera? No cinco. Si pudiera usted pensar limitándose a una sola durante un momento, mi hermano y yo quedaríamos encantados.

Murmuré algo acerca del cultivo de un «lenguaje de oídos», viviendo en los países respectivos, y les pregunté si hacía mucho tiempo que estaban en el Réserve.

—Oh, llevamos una semana poco más o menos —contestó el muchacho—. Nuestros padres llegan de los Estados Unidos la semana que viene en el *Conte di Savoia*. Iremos a esperarles en Marsella. Usted llegó el martes, ¿no?

—Sí.

—Bueno. Me alegro de poder hablar con alguien en inglés. Köche no lo hace mal del todo con su inglés, pero aguanta poco. Hasta ahora solo teníamos a ese Mayor inglés y a su mujer. Pero él es un hombre altanero y la mujer no habla en absoluto.

—Lo cual tal vez sea una suerte —dijo la hermana.

Era una chica extraordinariamente atractiva, sin ser una belleza. Tenía la boca algo grande y la nariz un poco torcida; la cara resultaba quizás aplastada, con las mejillas demasiado abultadas. Pero su modo de mover los labios era gracioso e inteligente, y la nariz y las mejillas no la afeaban. La piel de su cuerpo era tersa, limpia y morena, y su tupida melena de un precioso pelo castaño, aplastada hacia delante por el respaldo de la silla, le caía sobre los hombros de un modo muy atractivo.

Era casi bonita.

—El inconveniente del francés —decía el hermano— es que se ponen furiosos si uno no habla su lengua con decencia. Yo no me pongo así si un francés no sabe hablar el inglés.

—No, claro. Lo que pasa es que a la mayoría de los franceses corrientes les gusta el sonido de su propio idioma. No les gusta oír el francés mal pronunciado, del mismo modo que a usted no le gusta oír a un principiante hacer prácticas en el violín.

—Es inútil que apele usted a su oído musical —comentó la chica—. Mi hermano carece por completo de esa cualidad.

Se levantó.

—Bien —continuó mientras estiraba su traje de baño—, sospecho que haríamos bien en ponernos alguna ropa encima.

Herr Vogel se levantó con dificultad de su silla y, consultando un enorme reloj, anunció en francés que eran las siete y cuarto. A continuación se subió los tirantes un poco más y empezó a recoger sus cosas y las de su mujer. Nos dirigimos todos en procesión hacia las escaleras de piedra. Yo iba por casualidad detrás del americano.

—A propósito, señor —dijo éste cuando empezábamos a andar—, se me ha olvidado su nombre.

—Josef Vadassy.

—El mío es Warren Skelton. Esta es mi hermana Mary.

Pero yo apenas le escuchaba. Colgando de la pesada espalda de Herr Vogel había una máquina fotográfica y estaba tratando de recordar dónde había visto una parecida. Pronto me acordé. Era la funda del modelo Voigtlander.

Cuando las tardes eran muy calurosas, en el Réserve servían la cena en la terraza. Extendían un toldo a rayas cubriendo las mesas y en éstas ponían velas para la iluminación. Cuando estaban todas encendidas, ofrecían un aspecto muy acogedor.

Yo había decidido ser el primero en la terraza aquella noche. Por una parte, tenía hambre. Por otra, deseaba analizar a mis compañeros de hotel uno a uno. Sin embargo, cuando llegué ya habían tres comensales sentados en sus mesas.

Uno de ellos, un hombre que estaba solo, se hallaba exactamente detrás de mí, de tal modo que para verle tenía que girarme en redondo en mi silla. Hice todo lo posible por fijar su imagen en mi mente mientras me dirigía a mi puesto.

La colocación de la vela en su mesa y el hecho de que estuviera inclinado sobre el plato solo me permitió escasamente verle la cabeza cubierta de pelo corto y canoso peinado hacia los lados sin raya. Vestía una camisa blanca y un pantalón de tejido grueso, evidentemente de confección francesa.

Me senté y dirigí mi atención hacia los otros dos.

Estaban sentados en posición muy rígida, mirándose uno al otro a través de la mesa. El hombre tenía una cabeza pequeña cubierta de pelo castaño lleno de canas y un bigote recortado. La mujer era de mediana edad y aspecto impasible, con amplias mejillas, tez pálida y una melena de pelo blanco pulcramente peinado. Ambos se habían cambiado para cenar. Ella vestía una blusa blanca y una falda negra. El, unos pantalones grises de franela, una camisa marrón a listas, con una corbata de regimiento, y un amplio capote a cuadros. Observé a éste como dejaba en el plato la cuchara de la sopa, cogiendo a continuación una botella de clarete barato y mirándola a contraluz.

—Creo, querida —le oí decir—, que los camareros se beben nuestro vino. He señalado cuidadosamente esta botella en la comida.

Tenía esa voz penetrante tan característica de la alta clase media inglesa. La mujer se encogió de hombros en un imperceptible movimiento. Evidentemente, no estaba de acuerdo.

—Querida —replicó él—, me gusta tomar mis precauciones. Hay que atajar esto antes de que pase a mayores. Presentaré una reclamación a Köche.

Observé que la mujer se volvía a encoger de hombros mientras se daba golpecitos en los labios con la servilleta. Estos eran evidentemente el Mayor y Mrs. Clandon-Hartley.

Habían empezado a llegar los otros huéspedes.

Los Vogel se sentaron en una mesa detrás de los dos ingleses, junto a la balaustrada. Otra pareja se dirigió a la mesa que estaba junto a la pared.

Se trataba inconfundiblemente de los franceses. El hombre, piel morena, ojos saltones, y sin afeitado, aparentaba unos treinta y cinco años. La mujer, rubia y delgadísima, con un traje playero de raso y pendientes con una perla de imitación del

tamaño de una uva, podía ser mayor que él. Parecían muy animados el uno con el otro. Él le acarició el brazo cuando le apartó la silla para que ella se sentase. Por su parte, ella le respondió apretándole furtivamente los dedos mientras miraba en derredor para ver si los otros huéspedes se habían dado cuenta. Observé que los Vogel reventaban de risa contenida. Herr Vogel me guiñó un ojo por encima de la mesa.

La rubia, pensé, era probablemente Odette Martin. Y su acompañante sería Duclos o Roux.

A continuación llegaron Mary Skelton y su hermano. Me saludaron amistosamente con la cabeza y se dirigieron a una mesa detrás de mí, un poco a la derecha. Solo faltaba un huésped. Resultaría ser un hombre mayor con barba blanca y unos lentes atados con una cinta ancha y negra.

Cuando el camarero me retiró el plato de la sopa, le detuve.

—¿Quién es el caballero de la barba blanca?

—Es Monsieur Duclos.

—¿Y el que está con la rubia?

El camarero se sonrió discretamente.

—Monsieur Roux y Mademoiselle Martin —replicó, poniendo un énfasis especial en la palabra «mademoiselle».

—Comprendo. Entonces, ¿quién es Herr Schimler?

El camarero frunció el entrecejo.

—¿Herr Schimler, Monsieur? No hay nadie con este nombre en el Réserve.

—¿Está usted seguro?

—Totalmente, Monsieur.

Miré por encima del hombro.

—¿Quién es el caballero de la última mesa?

—Es Monsieur Paul Heinberger, un escritor suizo amigo de Monsieur Köche.
¿Tomará usted pescado, Monsieur?

Asentí con la cabeza y el camarero se fue apresuradamente.

Me quedé inmóvil durante un segundo o dos. Luego, con calma, pero con mano temblorosa, saqué del bolsillo la lista de Beghin y, envolviéndola en la servilleta, bajé la vista para leerla cuidadosamente una vez más.

Pero ya la sabía de memoria. El nombre de Heinberger no estaba en ella.

Sospecho que llegué a perder un poco la cabeza. Mientras iba comiendo el pescado, mi imaginación empezó a correr desenfrenada. Me regodeaba con la escena que tendría lugar con Beghin tras mi revelación.

Me mostraría frío y paternalista.

—Bien, Monsieur Beghin —le diría—, cuando me dio usted la lista, yo supuse naturalmente que estaban los nombres de todos los huéspedes del Réserve menos los del personal. Pues bien, lo primero que me encuentro es con que este Paul Heinberger no está anotado. ¿Qué sabe usted de él? ¿Por qué no está registrado? Estas preguntas deben ser respondidas sin demora. Y le aconsejo, amigo mío, que eche un vistazo a sus cosas. Me extrañaría mucho que no encontrara una Zeiss Ikon Contax entre ellas, cargada con un carrete en el que hay unas fotos de un carnaval de Niza.

El camarero se llevó mi plato.

—Otra cosa, Beghin. Haga investigaciones en torno a Köche. El camarero dice que Heinberger es amigo de Köche. Esto significa que el gerente está comprometido. Y no me sorprende. Yo ya había notado que Köche se tomaba un sospechoso interés por mi máquina. Vale la pena someterle a investigación. Usted creía que lo sabía todo en torno a él, ¿eh? Bien. Si yo fuera usted investigaría con un poco más de cuidado. Es peligroso sacar conclusiones infundadas, amigo mío.

El camarero me sirvió un buen trozo de *coq au vin à la Réserve*.

—Un tipo que se llame Heinberger es muy sospechoso, mi querido Beghin.

No demasiada sequedad. Tal vez una sonrisa resultaría mejor. Ensayé una sonrisa burlona. Pero cuando iba por el cuarto ensayo, el camarero me cogió *in fraganti*. Se acercó solícito.

—¿Le pasa algo a su *coq au vin*, Monsieur?

—No, no. Está excelente.

—Perdón, Monsieur.

—De nada, de nada.

Seguí comiendo, ruborizado.

Pero la interrupción me volvió a la realidad. Al fin y al cabo, ¿había hecho un descubrimiento tan interesante? Este Paul Heinberger podía haber llegado aquella misma tarde. Si éste era el caso, el hotel aún no había podido mandar a la policía los datos de su pasaporte. Pero entonces, ¿dónde estaba Emil Schimler? El camarero había sido muy categórico al afirmar que en el hotel no había nadie con ese nombre. Tal vez era objeto de un error. Tal vez el error lo había cometido la policía. En cualquier caso, yo no podía hacer otra cosa que informar a Beghin a la mañana siguiente. Doce horas perdidas. Doce horas menos, de las sesenta de que disponía.

Había sido una locura pensar que podría salir el domingo. Si al menos pudiera escribirle a Monsieur Mathis y explicarle, o mentirle diciéndole que estaba enfermo. Pero no había salida. ¿Qué podía hacer? Ese tipo que tenía mi máquina no debía estar loco. Los espías son tíos listos, inteligentes. ¿Qué podía esperar yo? ¡Sesenta horas! Lo mismo que sesenta segundos. Igual daba.

El camarero se llevó mi plato. Al hacerlo, echó una mirada de desaprobación a mis manos. Bajé la vista y descubrí que mis dedos, jugando con una cucharilla de postre, la habían doblado. La enderecé rápidamente, me puse en pie y abandoné la terraza. Ya no tenía hambre.

Atravesé el edificio hacia los jardines. En una de las terrazas más bajas que daban a la playa había una pequeña glorieta que habitualmente estaba desierta. Me dirigí hacia allí.

El sol se había puesto y empezaba a oscurecer. Al otro lado de la bahía se veían brillar ya las estrellas por encima de las colinas. La brisa se había hecho un poco más fuerte, trayendo consigo un leve olor a algas marinas. Apoyé mis manos calientes en el tibio muro de ladrillos del parapeto, dejando que la brisa me soplase en el rostro. Detrás de mí, en alguna parte del jardín, croaba una rana. El mar que se estrellaba suavemente en la arena apenas hacía ruido.

Sobre el mar, una luz se encendía y apagaba una y otra vez. Barcos que intercambiaban señales quizás. Uno sería un buque de línea con pasaje, deslizándose veloz sobre aquella balsa de aceite en su camino hacia el Este; y el otro, un carguero que avanzaba rápido, con su casco medio hundido, desgranando su camino hacia Marsella. En el de pasajeros, la gente estaría bailando ahora, o inclinada sobre la barandilla de cubierta mirando la luna sobre el agua y escuchando el susurro de ésta, que se estremecía burbujeante contra el casco. Bajo sus pies, en los pisos inferiores, marineros semidesnudos sudando entre el rugido de las calderas de petróleo y el sordo traqueteo de las hélices. Los faros de un coche pasaron rápidamente por la carretera que bordea la bahía, se reflejaron en el mar por un momento y se perdieron luego entre los árboles cuando el coche tomó la dirección de Toulon. Si al menos yo...

Un zapato rechinó detrás de mí en la repisa de grava. Alguien comenzó a descender los peldaños que conducían a la terraza. Las pisadas llegaron al último escalón. Deseé que el intruso se dirigiese a la derecha, lejos de mí. Hubo un silencio, un titubeo... Luego, oí un crujido: alguien apartó un trozo de enredadera que colgaba sobre el sendero que conducía a la glorieta. A continuación percibí la cabeza y los hombros de un hombre débilmente proyectados contra el azul oscuro del cielo. Era el Mayor.

Le vi dirigir su mirada hacia mí, titubeando. Luego, se recostó sobre el parapeto,

contemplando el espectáculo de la bahía.

Mi primer impulso fue marcharme. Lo que menos deseaba era entablar conversación con el Mayor Herbert Clandon-Hartley de Buxton. Pero me acordé del comentario del joven Skelton sobre el inglés. Era un hombre «altanero». Era improbable que fuera él quien hablase primero. Pero me equivoqué.

Habríamos estado unos diez minutos apoyados sobre el parapeto antes de que él hablase. En realidad, casi me había olvidado de su presencia cuando súbitamente carraspeó, señalando que hacía una noche magnífica.

Yo asentí.

Hubo otro largo silencio.

—Un poco fría para ser agosto —dijo al fin.

—Sí, supongo.

Me pregunté a mí mismo si el inglés había estado pensando en eso y consideraba realmente que hacía frío, o si se trataría de un comentario puramente formal. Si realmente creía que hacía frío, yo, por delicadeza, debía llamar la atención sobre la brisa marina.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en el hotel?

—Un día o dos.

—Así, nos podremos ver aún.

—Será un placer para mí.

Difícilmente se podría llamar a esto un hombre «altanero».

—No hubiera pensado que era usted británico. Pero le oí hablar con ese joven americano antes de cenar. Si no le molesta, le diré que no parece usted inglés.

—No hay ninguna razón para que me moleste, porque no lo soy. Soy húngaro.

—¡Ah, húngaro! Había pensado que era usted inglés. Mi mujer también lo creía, aunque ella no le había oído hablar.

—He pasado varios años en Inglaterra.

—Ah, comprendo. Así se explica. ¿En la guerra?

—No. Era demasiado joven.

—Ah, sí claro; debía ser usted muy joven. Es difícil para nosotros, los veteranos, comprobar que la guerra es ya historia antigua. Cuando estalló, yo tenía exactamente catorce años. Me incorporé al batallón poco antes de que éste entrase en campaña en la ofensiva de marzo del dieciocho. Una semana más tarde me ponían fuera de acción. Y esa ha sido mi suerte. Me vi convertido en inválido y en oficial. Nunca sabe uno donde está su suerte. He oído decir que los austríacos son unos soldados endiabladamente buenos.

No parecía que sus palabras exigiesen ningún comentario por mi parte y hubo otro largo silencio. Pero el Mayor lo rompió con una extraña pregunta.

—¿Qué opina usted de nuestro respetado gerente?

—¿Quién? ¿Köche?

—Es así como lo pronuncian ustedes, ¿no? Sí, Köche.

—Bueno, no sé. Parece un gerente muy capacitado, pero...

—¡Exacto! *Pero*. Descuidado, desordenado, deja que los condenados camareros hagan lo que quieran. Le roban a uno el vino, sabe. Yo los he cogido. Köche debería ser un poco más enérgico con ellos.

—La comida es buena.

—Yo no me atrevería a decir tanto, pero estará usted de acuerdo conmigo en que no basta una buena comida para sentirse a gusto. Si este hotel fuera mío, las cosas irían un poco más ordenadas. ¿Ha hablado usted mucho con Köche?

—No.

—Le voy a contar una cosa curiosa que nos pasó con él: Mi mujer y yo fuimos el otro día de compras a Toulon. Cuando terminamos lo que teníamos que hacer, entramos en un café para tomar un *aperitivo*. Bien, acabábamos de pedirlo cuando vemos acercarse por la calle a Köche, andando tan rápido como nunca le había visto antes: Él no nos vio a nosotros, y cuando yo, estaba a punto de salir para invitarle a un trago, veo que cruza a la otra acera y se mete por una callejuela lateral enfrente de nosotros. Avanza dos o tres puertas, echa un rápido vistazo en derredor para ver si alguien le observa y desaparece en un portal. Bien, mientras tomábamos nuestras copas yo no aparté la vista del portal, mas Köche no salió. Pero ¿qué se cree usted? Cuando llegamos a la salida del autobús, allí estaba él, sentado tranquilamente en el coche de St. Gatien.

—Es curioso —murmuré.

—Eso mismo pensamos nosotros. Y he de añadir que mi mujer y yo quedamos un poco desconcertados.

—Es natural.

—Pero aún no le he contado lo mejor de la historia. ¿Conoce usted a su mujer?

—No.

—Una mujer insoportable. Es francesa y mayor que él; debe tener algo de dinero. En cualquier caso, tiene a nuestro Albert en un puño. A él le gusta bajar a la playa con los huéspedes y bañarse. Bien, ella se queda vigilando la limpieza y las camareras, y le gusta tener al marido donde pueda vigilarlo. Así, cuando él baja a la playa durante diez minutos, ella suele encaramarse en lo más alto de la terraza y gritarle que suba. ¡Y todo eso en presencia de los huéspedes, además! Esa es la clase de mujer que tiene Köche. Todo el mundo se da cuenta y es de esperar que el marido se sienta violento con ella. Pero no. Se limita a sonreír (ya conoce usted esa sonrisa ausente que tiene), murmura en francés algo que debe ser de un tono muy subido, a juzgar por las risas de los demás, y hace lo que ella dice. Bueno. Subimos al autobús y le saludamos. Naturalmente no pudimos resistir la tentación de decirle que creíamos

haberle visto en la ciudad. Pues bien, le confieso que yo le observé muy atentamente y créame que el hombre ni pestañeó.

Murmuré una exclamación de extrañeza.

—Es cierto: ni pestañeó. Por supuesto, yo creí que iba a empezar a negar todo el asunto, diciendo que nosotros sufríamos una equivocación. Comprenda. Mi mujer y yo habíamos pensado, en principio, que el sitio donde había entrado era una de esas casas de pescadores con dos entradas donde habría comprado una serie de cosas. Fue una situación muy embarazosa.

—¿Cómo dice?

—Bueno, mire, el buen hombre no negó nada. Estuvo tan frío como se puede imaginar. Dijo que no le importaba demasiado su mujer, que tenía allí una morena que le gustaba más. Bueno, la salida fue realmente muy inesperada. Y como nos siguiere contando todos los encantos de la morena con esa sonrisa distraída tan característica de él, me pareció que ya estaba bien. Mi mujer es bastante religiosa y tuve que sugerirle sin rodeos que preferíamos no seguir oyendo —el Mayor levantó la vista hacia las estrellas—. Las mujeres son un poco susceptibles tratándose de ciertas cuestiones —añadió.

—Eso pienso yo también —fue todo lo que se me ocurrió.

—Extrañas criaturas las mujeres —musitó; luego dejó escapar una tímida risita—. Por lo demás —continuó en tono guasón— si es usted húngaro, probablemente sabe más de mujeres que un viejo soldado como yo. A propósito, mi nombre es Clandon-Hartley.

—El mío es Vadassy.

—Bien, Mr. Vadassy, me he de retirar ya. El aire de la noche dicen que no me sienta bien. Por la noche suelo jugar al billar ruso con ese viejo francés, Duclos. Por lo que pude deducir, tiene una fábrica de conservas de frutas en Nantes. Pero mi francés no es demasiado bueno. No debe ser más que el director de la fábrica. Es un viejo simpático, pero siempre se añade tantos cuando piensa que uno no le ve. Al cabo de un rato, pone a uno nervioso.

—Es natural.

—Bien. Me voy a la cama: Esos jóvenes americanos han cogido la mesa del billar esta noche. La chica es encantadora y el muchacho es estupendo. Pero él habla mucho. A estos jóvenes les convendría estar unos meses a las órdenes de mi viejo coronel. Hablar cuando le pregunten, esa era la regla para los oficiales de baja graduación. Bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se fue. Cuando llegó a lo alto de los escalones, empezó a toser. Era un sonido horrible. Mientras sus pisadas se perdían por el sendero, siguió carraspeando y espectorando. Nunca había oído toser de aquella manera. Aquella tos procedía de los

gases de Verdún.

Durante un largo rato reinó un profundo silencio. Me fumé varios cigarrillos. ¡Someter a Köche a una investigación! Bueno, Beghin ciertamente tenía algo que investigar.

Había salido la luna y se veía, al pie de la colina, el perfil de los grupos de cañas de bambú. Un poco a la derecha de las cañas había un trozo de playa. En el momento en que yo miraba, las sombras se movieron y se oyó la risa de una mujer. Era un sonido suave, agradable, entre tierno y divertido. Apareció una pareja en la zona iluminada de la playa. Vi como el hombre se paraba y estrechaba a la mujer entre sus brazos. Luego le cogió la cabeza entre las manos y la besó en los ojos y en la boca. Eran el francés sin afeitar y su rubia.

Les estuve observando durante un rato. Hablaban. Luego se sentaron en la arena y él le encendió un cigarrillo. Miré el reloj. Eran las diez y media. Aplasté el cigarrillo y eché a andar por la terraza hacia los escalones.

El sendero era empinado y sinuoso. Yo iba subiendo despacio con la mano ante la cara para protegerme de las ramas que salían de los setos situados a ambos lados. Entre la cumbre del sendero y la entrada del hotel había una especie de terraza pavimentada. Mis sandalias de suela estaban gastadas por el uso y mis pisadas no hacían ningún ruido. Estaba a medio camino de la puerta cuando me detuve, quedándome parado en medio de un silencio absoluto. El vestíbulo estaba a oscuras, a no ser por una luz que salía a través del tabique de vidrio del despacho de Köche. La puerta del despacho estaba abierta y de su interior salía ruido de voces: la de Köche y la de otro hombre. Hablaban en alemán.

—Lo intentaré otra vez mañana —decía Köche—, pero me temo que sea inútil.

Hubo una pausa. Luego habló el otro. Tenía una voz bastante grave, pero habló tan bajo que apenas pude oír lo que decía.

—Tienes que seguir intentándolo por mí —dijo, subrayando las palabras—. Tengo que saber lo que ha ocurrido. Tengo que saber lo que he de hacer.

Otra pausa. Cuando habló Köche había en su voz una suavidad que yo no había percibido antes.

—Tú no puedes hacer nada, Emil. Solo puedes esperar.

¡Emil! Casi no fui capaz de contener mi emoción. Pero el otro hombre, Emil, estaba hablando de nuevo.

—Ya he esperado demasiado.

Otra pausa. Estos silencios resultaban extraordinariamente tensos.

—Muy bien, Emil. Lo intentaré de nuevo. Buenas noches. Que duermas bien.

Pero el otro no respondió. Sonaron pasos en el vestíbulo y, mientras mi corazón golpeaba con fuerza las costillas, me cobijé rápidamente en la sombra de la pared. En el vano de la puerta apareció un hombre que se detuvo allí durante un momento.

Reconocí sus ropas, pero su cara no la había visto antes. Era el huésped al que el camarero había dado el nombre de Heinberger.

Eché a andar por el sendero abajo hacia la terraza. Sin embargo en el breve instante en que la luz iluminó su rostro, pude ver su boca pequeña y firme, su mandíbula prominente, sus mejillas hundidas y su frente ancha y clara. Mas estos rasgos me parecieron incidentales. Apenas me fijé en ellos. Porque había visto algo diferente, algo que no recordaba haber visto desde que salí de Hungría: los ojos de un ser humano sin ningún signo de esperanza, resignados a que la muerte les libere de su miseria.

Cuando penetré en mi habitación, abrí la persiana y corrí las cortinas. Luego me metí en cama con un suspiro de alivio. Estaba realmente muy cansado.

Estuve durante un rato con los ojos cerrados, esperando conciliar el sueño. Pero mi mente estaba demasiado ocupada para olvidarlo todo. Tenía la cabeza caliente y la almohada se puso cálida y pegajosa. Me di la vuelta y me encogí. Abrí los ojos y los volví a cerrar. Paul Heinberger era Emil Schimler. Emil Schimler era Paul Heinberger. Köche tenía que seguir intentándolo. Schimler debía saber lo que había pasado. Schimler y Köche. Espías los dos. Yo había descubierto la verdad. Beghin debía saberlo. Mañana por la mañana. Mucho tiempo para esperar. Temprano. A las seis. No, la oficina de correos no está abierta y Beghin estaría en cama todavía. Beghin en pijama. Bebería saberlo inmediatamente. Absurdo. ¡Cielos, pero yo estaba cansado! Tenía que dormir. Heinberger era Schimler. Espías.

Me levanté de la cama, me puse un albornoz de baño y me senté junto a la ventana.

Heinberger era Schimler. Había que detenerle sin demora. ¿Con qué cargo? ¿Por dar a la policía un nombre falso? Pero la policía tenía su nombre auténtico. Emil Schimler —alemán—, Berlín. Un camarero me había dicho que su nombre era Heinberger. ¿Era un crimen decir a la gente que uno se llama Heinberger si se llama realmente Schimler? ¿Podía yo, Vadassy, decir que mi nombre era Karl Marx o George Higgins si quería? ¿Qué importaba eso? Schimler y Köche eran espías. Tenían que ser espías. Tenían mi máquina fotográfica. Y ahora se preguntaban qué había ocurrido con sus fotos.

Sin embargo, no podía apartar de mi mente la sospecha de que la expresión del rostro de Schimler no tenía nada que ver con las fotos ni con las máquinas. Había en él, en su voz, en su mirada, algo que... La verdad es que sería ingenuo esperar que un espía tuviera aspecto de espía; claro que los espías debían tener aspecto de algo. Pero no van por ahí anunciando su oficio. En toda Europa, en el mundo entero, miles de hombres se dedican a espiar, mientras que en los respectivos departamentos gubernamentales otros hombres computan los resultados de la labor de los espías:

espesor de las planchas de blindaje, ángulo de tiro de los cañones, velocidad de disparo, detalles de los mecanismos de control de fuego y de los telémetros, detalles de las fortificaciones, situación de los almacenes de municiones, disposición de las factorías clave, señales para guiar a los bombarderos. El mundo se estaba preparando para ir a la guerra. Para los espías, era el gran negocio. Podía ser lucrativo abrir una oficina de espionaje, una especie de banco de liquidación de toda esta información vital. Vi a Köche andando de prisa por una callejuela, metiéndose en un portal y saliendo por otra puerta. ¿Habría admitido tan fácilmente la existencia de una amante si la cosa hubiera sido cierta? Cualquier persona que no estuviera tan chiflada como ese Mayor inglés podría darse cuenta. Pero yo sabía más. El cuartel general en Toulon. Köche y Schimler. Schimler y Köche. Espías. Espías...

Empecé a temblar. La noche se estaba poniendo fría. Volví a meterme en cama.

Entonces, con los ojos cerrados una vez más, un nuevo temor empezó a germinar en mi mente, apareciendo una y otra vez, haciéndose cada vez mayor, como una terrible posibilidad. ¿Y si uno de los huéspedes abandonaba el hotel?

Podía ocurrir fácilmente. Mañana, Herr Vogel, o Monsieur Duclos, o Roux y su rubia, cualquiera de ellos podía decir: «He decidido marchar inmediatamente». Quien sabe si uno de ellos no tenía el equipaje preparado para marcharse por la mañana. ¿Qué podía hacer yo para detenerle? Supongamos que yo me equivocaba en cuanto a Köche y Schimler. Supongamos que Roux y su rubia eran los agentes extranjeros con falsos pasaportes franceses. Supongamos que los espías eran los americanos, o los suizos, o los ingleses. Se me escaparían de entre los dedos. De nada valía que me dijera a mí mismo que ya me ocuparía del asunto si surgía. Podía ser demasiado tarde. —¿Qué debería hacer exactamente? ¡Necesitaba una respuesta urgente! Imagínate que se van todos, que te dejan aquí solo por la mañana. ¿Qué harías? Pedirle una pistola a Beghin. Sí, eso es, pedirle a Beghin una pistola. Darles el alto no era absurdo. «No se muevan, o les lleno las tripas de plomo». Diez balas en la recámara. «Una para cada uno de ustedes». No, ocho, solamente. Dependía del tipo de pistola. Necesitaría dos.

Eché la ropa para atrás y me senté en la cama. A este paso, por la mañana estaría loco. Me fui al lavabo y me mojé la cara con agua fría. Ya debería estar durmiendo, me dije. Pero sabía que no habría sido capaz de dormir.

Descorrí las cortinas y me puse a mirar los abetos bañados por la luz de la luna. Debía analizar los hechos tranquilamente, fría y tranquilamente. ¿Qué había dicho Beghin en concreto?

Debí estar allí de pie mucho tiempo. Cuando por fin volví a la cama, el cielo empezaba a clarear al otro lado de la bahía. Estaba yerto de frío, pero mi mente estaba tranquila. Porque tenía un plan; un plan que a mi cerebro cansado le parecía infalible.

Cuando cerré los ojos una vez más, volvió a cruzar por mi mente un pensamiento. Era algo que había dicho el Mayor inglés y que a mí me pareció curioso; algo insignificante. Pero ya no me preocupé más. Me quedé dormido.

Me levanté con dolor de cabeza.

Había olvidado correr las cortinas y los rayos del sol mañanero que penetraban por la ventana eran ya muy cálidos. Iba a ser un día caluroso. Tenía que telefonar a Beghin en el primer momento posible. Y, luego, poner en práctica mi plan. Me alegré de encontrarlo tan sensato ahora como en la oscuridad de las horas bajas. Empezaba sentirme mejor.

Bajé temprano a la terraza, y mientras me comía los *croissants* acompañados con el café, me felicitaba a mí mismo. Aquí estaba yo, profesor de idiomas e carácter más bien nervioso y con un gran horror a la violencia, elaborando en unas cuantas horas un plan hábil e ingenioso para capturar a un peligroso espía. ¡Y pensar que me había estado atormentando con la idea de no estar en París el lunes por la mañana! Tras la segunda taza de café incluso empezó a ceder el dolor de cabeza.

Cuando me dirigía hacia la salida, vi a los Vogel sentados en su mesa. Me detuve y les di los buenos días. Pero entonces noté que ambos tenían unas caras extraordinariamente serias. Sus sonrisas ante mi saludo resultaron automáticas y aguadas. Herr Vogel debió haber notado mi mirada de curiosidad.

—No estamos muy contentos esta mañana —me dijo.

—¡Oh! Lo siento.

—Hemos tenido malas noticias de Suiza —dijo poniendo la mano sobre una carta que estaba en la mesa—. Ha muerto un íntimo amigo nuestro. Le rogamos nos disculpe si parecemos un poco ausentes.

—Naturalmente. Lo siento mucho.

Era evidente que deseaban librarse de mí. Me fui. Otras cosas apartaron a los Vogel de mi mente. Noté que alguien me seguía.

La oficina de correos estaba situada en una tienda de ultramarinos en la parte baja del pueblo. Mientras bajaba la colina, me di cuenta de que alguien iba unos cuantos pasos detrás de mí. Me paré delante del primer café y miré hacia atrás. El otro también se había detenido. Era el detective que me había arrestado el día anterior. Me hizo una señal con la cabeza en ademán cordial. Me senté en una mesa y él vino a sentarse dos mesas más allá. Le hice una seña y se acercó. Su actitud era amistosa.

—Buenos días —dije—. ¿Supongo que tiene usted órdenes de seguirme?

El detective asintió con la cabeza.

—Desgraciadamente, sí. Es una misión bastante molesta.

Se miró el traje sastre negro y añadió:

—Este traje es muy caluroso.

—¿Entonces por qué se lo pone?

Su cara alargada de campesino socarrón cobró súbitamente un aspecto solemne.

—Estoy de luto por mi madre. Solo hace cuatro meses que se ha muerto. Tenía cálculos en el riñón.

Se acercó el camarero.

—¿Qué quiere usted tomar?

Se quedó pensativo durante un momento y luego pidió una *limonade gazeuse*. Le indiqué al camarero que la trajera y me puse de pie.

—Bien —le dije—. Voy a correos a telefonar a Monsieur Beghin. No estaré más de cinco minutos fuera del alcance de su vista. Usted quédese aquí sentado tomando su limonada. Me reuniré con usted a la vuelta. El detective movió la cabeza.

—Mi deber es seguirle.

—Ya lo sé, pero todo el pueblo se dará cuenta de que me está usted siguiendo. Y no me hace ninguna gracia.

Una mirada terca apareció en sus ojos.

—Me han ordenado que le siga. No me dejaré sobornar.

—No intento sobornarle. Le ruego que considere su comodidad y la mía.

—Conozco mi deber.

—Muy bien.

Salí del café y eché a andar calle abajo. Al salir, le oí discutir con el camarero acerca de la *limonade gazeuse*.

El teléfono de correos era público en todos los sentidos de la palabra. Le flanqueaban, por un lado, una cascada de ristas de ajos que colgaban del techo; por el otro, una pila de sacos de harina. No había cabina. Cuando con la mano a modo de pantalla sobre el auricular murmuré: «Comisaría de Policía», me pareció que todo St. Ganen se paraba a escuchar.

—*Poste Administratif* —dijo al fin una voz.

—*Monsieur Beghin?*

—*Il est sorti.*

—*Monsieur le Commissaire?*

—*De la part de qui?*

—*Monsieur Vadassy.*

—*Ne quittez pas.*

Esperé. Se oyó la voz del comisario.

—¿Diga? ¿Vadassy?

—Sí.

—¿Deseaba comunicar algo?

—Si.

—Llame a Toulon ciudad ochenta y tres, cincuenta y cinco, preguntando por Monsieur Beghin.

—Muy bien.

Colgó. Evidentemente la responsabilidad del comisario no iba más allá de cuidar que yo no me moviera de St. Gatien. Pedí el 83-55 de Toulon ciudad. Mi petición provocó un curioso efecto. En menos de un minuto me dieron la comunicación, y unos segundos más tarde estaba hablando con Beghin. Su voz sonaba con chillona irritación a través del hilo telefónico.

—¿Quién le ha dado este número?

—El comisario.

—¿Tiene ya la información acerca de las cámaras?

—Todavía no.

—¿Entonces por qué me molesta?

—He descubierto algo.

—Usted dirá.

—El alemán Emil Schimler se hace pasar por Paul Heinberger. He sorprendido una conversación entre él y Köche que parece sospechosa. No cabe duda de que Schimler es el espía y Köche su cómplice. Este, además, visita una casa en Toulon en la que afirma que tiene una amiga, pero esto no tiene muchos visos de realidad.

Mientras hablaba, noté que mi autodominio desaparecía como agua en un cedazo. Todo lo que decía sonaba muy estúpido. Percibí a través del hilo telefónico un sonido que, si me lo hubieran hecho jurar, diría que era una carcajada rápidamente ahogada. Pero lo que vino a continuación me demostró que me había equivocado.

—Escuche, Vadassy —chilló en tono de enfado la voz de Beghin—, le hemos dado unas instrucciones: descubrir qué huéspedes tienen cámaras. Nadie le ha pedido que piense, ni que juegue a los detectives. Las instrucciones eran muy concretas, claras y precisas, ¿por qué no las ha cumplido? ¿Quiere regresar a la celda? No quiero que me vuelva con esas estupideces. Váyase inmediatamente al Réserve. Pregunte a los huéspedes y comuníqueme la información que le he pedido en el momento que la tenga. Por lo demás, no se meta en lo que no le importa. ¿Me ha comprendido?

Colgó bruscamente.

El hombre que había detrás del mostrador me estaba mirando con curiosidad. En mi afán de impresionar a Beghin con la importancia de mis descubrimientos debí haber levantado la voz. Le miré con desprecio y abandoné la tienda.

En la calle estaba mi detective, con la cara como un tomate por el calor y el aburrimiento. Cuando, furioso, me puse a caminar calle arriba, se puso a mi lado susurrándome al oído que le debía ochenta y cinco céntimos más *pourboire*, un franco veinticinco en total. Yo le había pedido la *limonade gazeuse*, continuó, por lo tanto mi deber era pagársela. Él no habría pedido una *limonade gazeuse* si yo no le hubiera invitado. El gobierno no le permitía hacer gastos. Yo debía pagar el franco

veinticinco. Eran ochenta y cinco céntimos de la *limonade gazeuse* con una *pourboire* de solo ocho sueldos. Era un hombre pobre. Y conocía su deber. No iba a permitir que yo le sobornara. Yo apenas le escuchaba. ¡Así que debía preguntar a los huéspedes y descubrir quiénes tenían cámaras y quiénes no! Era una locura. Evidentemente el espía cogería miedo y se marcharía. Beghin estaba chiflado. Lo peor era que me tenía en sus manos. Toda mi existencia dependía de él. ¡Que no me meta en lo que no me importa! Pero la captura del espía *me importaba*. Si se escapaba, era mi ruina. Todo el mundo sabe que los Departamentos de Inteligencia son famosos por su estupidez. Aquí estaba la prueba del aserto. Si me fuera a fiar de Beghin y del Departamento de Inteligencia Naval de Toulon, mis posibilidades de estar en París el lunes serían remotas.

No, debía poner en práctica mi plan. Había que desenmascarar a Schimler y Köche. Y era yo quien debería hacerlo mediante la ejecución del plan tal como lo había concebido en un principio. Beghin se pondría furioso cuando yo le presentara la prueba que necesitaba. Y en cuanto a lo de las cámaras, bueno, no haría ninguna pregunta directa. Obtendría la información; no sería difícil. Pero tendría que actuar con discreción.

—Ochenta y cinco céntimos, más una *pourboire* de ocho sueldos...

Habíamos llegado a la verja del Réserve. Di al detective una moneda de dos francos y entré. En la puerta encontré a los Skelton que salían. Iban en traje de baño y llevaban toallas, periódicos y frascos de loción antisolar.

—¡Hola, qué tal! —dijo él.

La chica esbozó una sonrisa de saludo. Les dije hola.

—¿No va a bajar a la playa?

—Me voy a cambiar y bajo.

—No se olvide de traer su inglés con usted —me gritó el chico a unos pasos de distancia, mientras su hermana le decía que «dejase en paz al simpático señor».

Al cabo de unos minutos volví a bajar, atravesando el jardín hacia los peldaños que conducen a la playa. Tuve entonces un primer golpe de suerte.

Casi estaba ya en la primera terraza cuando llegó hasta mí un ruido de voces agitadas. Al cabo de un segundo apareció la figura de Monsieur Duclos corriendo hacia el hotel. Un minuto o dos más tarde surgió Warren Skelton galopando escalones arriba y desapareció tras el francés. Al pasar por mi lado murmuró algo por encima del hombro. Solo comprendí la palabra «cámara».

Apreté el paso hacia la terraza y entonces comprendí la razón de tanta carrera.

Un gran yate blanco surcaba la bahía a toda vela. Por su cubierta impoluta andaban hombres con blancos pantalones de dril y panamaes que les protegían del sol. En el momento en que lo divisé, el viento le daba de lleno. Las velas trepidaban y, de

pronto, la vela mayor se encogió al caerle el garfio. A continuación se encogieron también la gavia, el foque y la vela de estay, mientras el agua que burbujeaba contra la proa se calmaba en una onda larga y profunda. Resonó la cadena de un ancla.

Al borde de la terraza se apiñaba un grupo de mirones. Eran Köche, en traje de baño, Mary Skelton, los Vogel, los dos ingleses, la pareja francesa, Schimler y una mujer gordita y rechoncha con un albornoz en la que reconocí a la mujer de Köche. Algunos tenían máquinas fotográficas en la mano. Me dirigí presuroso hacia ellos.

Köche estaba mirando con los ojos entornados a través de la mirilla de su cámara de cine. Herr Vogel estaba colocando febrilmente un nuevo carrete en su máquina. Mrs. Clandon-Hartley examinaba el yate a través de unos gemelos de campaña que colgaban del cuello de su marido.

Mademoiselle Martin manejaba una pequeña cámara corriente bajo la excitada dirección de su amante. Schimler estaba ligeramente apartado, observando cómo Köche manejaba la cámara cinematográfica. Parecía cansado y enfermo.

—Es precioso, ¿verdad?

Era Mary Skelton que se dirigía a mí.

—Sí. Creí que su hermano iba persiguiendo a ese viejo francés por el sendero arriba. No tenía idea de a qué se debía tanto alboroto.

—Ha ido a buscar la máquina fotográfica.

En este momento apareció su hermano con una Kodak de lujo.

—¡Parecemos críos! —se lamentó—. No sé por qué tengo que hacer fotos del yate de otros.

Sin embargo, tiró un par de instantáneas del yate.

Al poco rato apareció corriendo Monsieur Duelos con una enorme máquina fotográfica, un modelo totalmente anticuado. Respirando con dificultad, abrió el estuche de la cámara y se encaramó sobre el parapeto.

—¿Cree que podrá manejarla sin meter la barba dentro del visor? —murmuró Skelton.

Se oyó un sonoro *clik* cuando Monsieur Duelos cargó su máquina. Hubo un momento de silencio y luego se oyó un suave chasquido al apretar el disparador el viejo francés. Se bajó del parapeto con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Apostaría a que se olvidó de poner la placa.

—Perderías —dijo la chica—. Vámonos a la playa.

El mayor Clandon-Hartley y su mujer estaban apoyados sobre el parapeto en lo alto de la escalinata. El me hizo una seña con la cabeza.

—Preciosa embarcación. De fabricación británica por su aspecto. Me pasé un permiso navegando en yate en Norfolk Broads, en el diecisiete. Gran deporte. Lo que hace falta es dinero para practicarlo, sin embargo. ¿Ha estado en Norfolk Broads alguna vez?

—No.

—Magnífico deporte. A propósito, permítame. Le voy a presentar a mi mujer. Este es Mr. Vadassy, querida.

La mujer me miró impasiva, indiferente; sin embargo, tuve la impresión de que me estaba analizando. En aquel momento sentí deseos de tener más ropa encima. Mrs. Clandon-Hartley esbozó una ligera sonrisa en el extremo de sus labios, haciendo al mismo tiempo una levísima inclinación de cabeza.

Yo me incliné respetuoso. Me di cuenta, con un sentimiento de incomodidad, que cualquier forma de saludo verbal sería considerado como una impertinencia.

—Podríamos echar una partida de billar ruso más tarde —dijo el marido en tono animado.

—Encantado.

—Vale. Nos veremos luego.

Mrs. Clandon-Hartley hizo una imperceptible inclinación de cabeza. Fue casi un despido.

Encontré a los Skelton echados sobre la arena bajo una sombrilla en un rincón de la playa. Me hicieron sitio y me senté a su lado. La chica suspiró dichosa.

—Oiga, Mr. Vadassy, ¿había visto algo parecido a esos suizos alguna vez?

Seguí la dirección de su mirada. Herr Vogel había montado su cámara en un largo trípode de acero. Frente al objetivo estaba Frau Vogel de pie, colorada y riendo tontamente como siempre. En el momento en que miré, Vogel accionó el disparador automático y dio un salto evitando el trípode para ensayar una pose junto a su mujer, a la que pasó el brazo sobre el hombro. Se oyó un débil zumbido en la cámara, el disparador hizo clic y los Vogel estallaron en carcajadas.

El queridísimo amigo ya había sido olvidado evidentemente. Köche y la parejita francesa observaban con regocijo no disimulado a los dos bufones.

El gerente del Réserve dirigió su vista hacia nosotros para ver si habíamos estado mirando. Se acercó a nosotros.

—¿Les paga usted a esos dos para entretener a los huéspedes? —le dijo Skelton.

Köche sonrió ligeramente.

—Estoy pensando en pedirles que se queden como atracción permanente.

—Eso es. *Les Deux Switzers*. Diversión buena y cándida, y risas de todas marcas. Éxito reciente en Nueva York. Elegancia en el vestido y en el desnudo.

Köche parecía ligeramente desconcertado. Estaba a punto de replicar cuando rasgó el aire un grito agudo procedente de la terraza más alta.

—¡Al-beer!

Miré hacia arriba en la dirección del borde de la sombrilla. Madame Köche estaba apoyada sobre el parapeto con las manos ahuecadas en torno a la boca.

—¡Al-beer!

Köche ni volvió la cabeza.

—La voz del minarete —comentó en tono despreocupado— que llama a los creyentes a la oración.

Con un leve saludo hacia mí se dirigió a la escalinata.

—¿Sabe una cosa? —dijo Skelton—. Si yo fuera el bueno de Albert, habría asesinado a ese viejo tonel.

—¡Ya, ya! —murmuró su hermana, y añadió dirigiéndose a mí—: ¿Qué le parece si nos damos un chapuzón, Mr. Vadassy?

Tanto él como ella eran excelentes nadadores. Mientras que yo avanzaba dificultosamente unos cincuenta metros con mi lenta brazada de costado, ellos ya estaban chapoteando en torno al yate anclado en medio de la bahía. Me volví hacia la playa, nadando con tranquilidad.

Los suizos se hallaban ahora en el agua. Al menos, Herr Vogel estaba en el agua. Frau Vogel estaba echada en un colchón de plástico, desternillándose de risa mientras su marido hacía cabriolas en torno a ella, salpicándola furiosamente y cantando con voz aguda al modo tirolés.

Volví al abrigo de la sombrilla, secándome el pelo con la toalla. Luego me eché y encendí un cigarrillo. La cuestión de las cámaras se iba aclarando.

Resumí mentalmente el resultado de mis observaciones:

Herr Vogel: Voigtlander corriente.

Frau Vogel: Antigua réflex Kodak de retina

Monsieur Roux: Cámara francesa corriente

Mademoiselle Martin

Monsieur Köche: Cámara cinematográfica (Pathe).

Madame Köche

Mayor Clandon-Hartley

Monsieur Duclos: Máquina réflex antigua

Miss Skelton

Herr Schimler: Ninguna

Mr. Skelton

Mrs. Clandon-Hartley

Examiné los tres últimos nombres.

Los dos ingleses probablemente no eran aficionados a la fotografía. Mrs. Clandon-Hartley tal vez la consideraba una afición desdeñable. En cuanto a Herr Schimler, empezaba a pensar que no merecía la pena molestarse en reunir más pruebas contra él.

A pesar de eso, Beghin había solicitado la información; bien, la tendría. ¿Köche? Bueno, ya veríamos. Me di la vuelta sobre el estómago, fuera de la protección de la

sombrilla.

La arena estaba hirviendo; el sol calentaba muy fuerte. Me enrollé una toalla alrededor de la cabeza. Cuando los Skelton, exhaustos y chorreando, volvieron junto a mí, me había quedado dormido.

El joven Skelton me dio un golpecito en las costillas.

—Es hora de comer —dijo.

La esencia de todo buen plan, pensé mientras comía, era la sencillez. Mi plan era sencillo, perfectamente sencillo.

Una de las doce personas tenía mi máquina. Yo tenía una máquina idéntica, que pertenecía a esa misma persona. Beghin había señalado que, cuando esa persona descubriera la pérdida de sus fotos, desearía recobrarlas. Ahora bien, para esa persona, las fotos estaban todavía en la máquina. Por lo tanto, si veía una oportunidad de cambiar las máquinas, no cabe duda que las cambiaría.

Mi idea consistía en poner la Contax que estaba en mi poder en algún lugar visible, donde todos los huéspedes tuvieran la oportunidad de verla, retirarme a un lugar donde yo pudiera observar la máquina sin ser visto, y esperar los resultados. Si no ocurría nada, señal de que el cambio de máquinas aún no había sido descubierto. En este caso, el experimento no ocasionaría ningún perjuicio. Si ocurría algo, entonces yo conocería con seguridad la identidad del espía.

Concedí mucha importancia a la cuestión del sitio donde iba a situar la trampa. Finalmente, me decidí por la silla del vestíbulo donde se había efectuado el cambio original. Era el lugar más razonable, y tenía la ventaja adicional de ser fácil de vigilar. En la sala de lectura, situada enfrente del vestíbulo, había un pequeño espejo con un marco dorado, colgando de un gancho clavado en la pared. Este espejo estaba ligeramente inclinado hacia delante y, situando convenientemente una de las butacas de la sala de lectura, se podía ver en él la silla del vestíbulo. A mí nadie podía verme desde fuera; para ello sería necesario colocarse al nivel de la silla y mirar hacia el espejo. Y nadie es tan cauteloso como para tomar tantas precauciones.

Terminé la comida apresuradamente, me dirigí a la sala de lectura y situé la butaca en la posición correcta. Luego me fui a buscar la máquina. Un minuto más tarde estaba sentado esperando con la respiración contenida.

Los demás huéspedes empezaron a abandonar la terraza.

Primero vinieron los Vogel. A continuación, tras un largo intervalo, pasó Monsieur Duclos, quitándose una miga de pan de la barba cuando apareció en el espejo. Le siguieron Roux y Mademoiselle Martin, el Mayor Clandon-Hartley y señora, y los americanos. Schimler fue el último en aparecer. Esperé. Si se realizaba el cambio, tendrían que ir a por mi máquina primero, para reemplazarla por la que estaba en la silla.

Pasaron diez minutos. El reloj de la repisa de la chimenea dio las dos. Yo miraba al espejo tratando de no parpadear, pues en la infinitesimal fracción de segundo en que mis ojos estaban cerrados podía ocurrir cualquier cosa. El esfuerzo llenó mis ojos de lágrimas. Por un momento creía percibir una sombra que se movía atravesando el vestíbulo como si algo o alguien hubiera pasado junto a la ventana. Pero el sol daba por el otro lado de la casa de modo que no podía afirmar nada con seguridad. En cualquier caso, lo que a mí me interesaba era algo que en definitiva fuese más sustancial que una sombra. Las dos y diez.

Empezaba a aburrirme. Había confiado excesivamente en las teorías. En mi razonamiento había habido demasiados «síes». Me estaban empezando a escocer los ojos con la tensión.

Se oyó un débil chasquido detrás de mí. Miré atentamente. En el espejo no se veía nada.

Entonces, súbitamente, salté de la silla abalanzándome hacia la puerta. Pero no fui bastante rápido. En el preciso momento en que iba a poner mi mano en el pomo, la puerta empezó a girar. Alguien la cerró de golpe desde fuera. Se oyó el ruido de una llave que daba una vuelta rápida en la cerradura.

Sacudí el pomo intentando abrir; luego miré a mi alrededor, colérico. Quedaba la ventana. Me lancé hacia ella, me enredé un segundo o dos con la falleba y la abrí de golpe. Me dirigí furioso hacia la puerta del hotel, pisoteando un par de tiestos con flores.

El vestíbulo estaba desierto y silencioso. La silla en la que había dejado la máquina estaba vacía.

Mi trampa había funcionado. Pero había sido yo quien había caído en ella: había perdido la única prueba que demostraba mi inocencia.

Me pasé casi toda aquella tarde en mi habitación, tratando de convencerme a mí mismo de que lo mejor que podía hacer era abandonar el Réserve, llegar hasta Marsella y aquí embarcarme como camarero o estibador en algún carguero que hiciera la ruta del Oriente.

Llegué a planear todo el asunto. Me apoderaría de la motora de Köche y desembarcaría en algún lugar desierto al Oeste de St. Gatien. Allí, una vez fijado el timón del bote, pondría el motor en marcha y la haría arrancar hacia alta mar, mientras yo me escapaba tierra adentro en dirección a Aubague. Allí cogería un tren hacia Marsella.

En este momento empezaron a asaltar meseríasdudas. Siempre se oye hablar de jóvenesatraídos por el mar, de gentes que se embarcan como estibadores para pagarse el viaje. No se requerían calificaciones especiales, al parecer. Ni siquiera se precisaba saber unir una cuerda, ni trepar por un aparejo. Todo lo más que uno hacía era pintar el ancla, quitar el moho del niquelado de cubierta y decir «sí, sí, señor» cuando un superior se dirigía a uno.

Era una vida dura, en la que uno se encontraba con hombres duros. Las galletas del barco tenían gorgojos y lo poco que éstos le dejaban a uno para comer había que examinarlo con cuidado. Se entablaban riñas a puñetazo limpio, y uno siempre andaba de un lado para otro desnudo hasta la cintura. Pero entre la tripulación siempre había uno que tenía un acordeón y, terminada la faena del día, se oían algunas canciones a coro. Cuando uno abandonaba el barco terminaba invariablemente por escribir un libro acerca de aquella vida. Y, sin embargo, ¿me adaptaría yo a una vida semejante? Me inclinaba a pensar que no. Puede que fuera mala suerte, pero me daba cuenta de que mis empresas nunca me salían según los cánones ordinarios. Quitar el moho probablemente resultaría una tarea sumamente complicada. Se reirían ante la idea de que un hombre de tierra adentro se imaginase que podía hacerlo. No habría vacantes. O si las había, sería en un vapor costero que hacía la línea de Toulon. O se necesitaría algún extraño permiso que habría que solicitar en la policía tres meses antes de empezar a navegar. O descubrirían que mi vista no era lo suficientemente buena. O insistirían en la necesidad de tener experiencia...

Encendí un cigarrillo y reconsideré mi situación.

Una cosa estaba clara. Beghin no debía saber que yo había perdido la segunda cámara. Comunicárselo sería invitarle a que me volvieran a detener inmediatamente. El comisario no se paraba en barras. Sin la prueba de la máquina, no tendría posibilidad de demostrar mi inocencia ante un magistrado.

¡Qué locura había cometido! Ahora más que nunca era necesario aclarar el misterio por mi propia iniciativa. Tenía que arriesgarme. *Tenía que* saber con seguridad que las máquinas estaban en poder de Schimler. Solo había que hacer una cosa: registrar la habitación del alemán.

La idea me asustó. Si me cogían, a mis dificultades actuales se añadiría el cargo de hurto. Sin embargo, el registro era necesario. Por lo demás, el éxito estaba asegurado. ¿Debería hacerlo inmediatamente? Eché un vistazo al reloj mientras mi corazón empezaba a latir un poco más precipitadamente. Eran casi las tres. Antes sería preciso saber dónde estaba Schimler en aquel momento. Había que proceder con cuidado, fríamente. La frase me gustó. Con cuidado y fríamente. No había que perder la cabeza. ¿Zapatos con la suela de goma? Imprescindibles. ¿Un revólver? ¡Absurdo! No lo tenía, pero aunque lo tuviera... ¿Una linterna? ¡Qué idiotez! No era de noche. Entonces recordé que ni siquiera sabía su número de habitación.

Sentí que una sensación de alivio me invadía pero inmediatamente me reproché a mí mismo ese sentimiento. No estaba bien que me dijese a mí mismo que lo que pasaba era que no sabía el número de la habitación de Schimler; igual daba que me sintiese aliviado como molesto. Una persona eficiente ya habría solucionado esta cuestión; eso era lo importante. Si éste era el modo de proteger mis propios intereses —sintiéndome aliviado cuando surgían dificultades—, que el cielo me valiera.

Con semejante estado de ánimo bajé a la terraza. Hubiera preferido encontrarla vacía. Pero me equivoqué. Sentado en una silla de playa en un rincón de la misma estaba Herr Schimler, fumando su pipa y leyendo un libro.

Ahora era el momento de hacer el registro, si hubiera sabido el número de su habitación. Poco faltó para que me volviera sobre mis pasos. Pero me quedé donde estaba. Tendría que dejar pasar la oportunidad. Sin embargo, no se perdía nada entablado conversación con él a fin de saber con qué clase de persona tenía que habérmelas. Al fin y al cabo, uno de los fundamentos de la buena estrategia consistía en estudiar las intenciones del enemigo. Pero resultaba más fácil pensar en el estudio de las intenciones de Herr Schimler que hacerlo así realmente. Acerqué una butaca de mimbre a la sombra, donde estaba él, y me senté carraspeando.

Schimler movió la pipa entre los dientes y volvió una página del libro. Ni siquiera hizo ademán de mirar en mi dirección.

Me habían dicho que si uno mira fijamente a la nuca de una persona deseando que esta persona se gire, no tarda en ver cumplido su deseo. Estuve mirando la nuca de Herr Schimler y deseando que se volviese durante unos diez minutos largos. Todavía soy capaz de hacer un dibujo antropométrico de aquella nuca. Pero no le causé ninguna impresión. Traté de ver el título del libro. Era *El Origen de la Tragedia*, de Nietzsche, en alemán, uno de los diversos libros alemanes que recordaba haber visto en los estantes de la sala de lectura. Abandoné mi intento de competir con Nietzsche

y me puse a mirar hacia el mar.

El sol calentaba de un modo increíble. Había en el horizonte una neblina humeante. Sobre la balaustrada de piedra se veía vibrar el aire con el calor. Las cigarras del jardín cantaban a coro.

Estuve observando cómo una enorme libélula revoloteaba sobre una enredadera en flor, remontándose luego hasta los abetos. No era una tarde propicia para pensar en espías. Debía telefonar a Beghin, pensé, y darle la lista de las máquinas. Pero esto podía esperar.

Tal vez más tarde, cuando hiciera un poco más de fresco, me acercaría hasta correos.

El detective, con su grueso traje negro, estaría sudando de lo lindo a la sombra de las polvorientas palmeras que hay fuera de la verja, añorando una *limonade gazeuse*. Por un momento, envidié su suerte. A cambio de la paz y tranquilidad, me pondría gustoso un traje negro en las calurosas tardes de verano, sudando y esperando, vigilando y añorando una *limonade gazeuse*. ¡Era una vida estupenda! En cambio la mía era una existencia furtiva como la de un criminal. Yo era el vigilado.

Me pregunté qué pensaría Mary Skelton de mí. Probablemente, nada. Y si pensaba algo, tal vez me consideraría un joven educado y bastante bien parecido, con una gran facilidad para los idiomas. Me acordé de la frase que ella había utilizado cuando pensó que yo no podía oír. «El simpático señor».

La intención había sido jocosa, pero en un tono amable. Muy apropiada para un conocido de hotel. Sería demasiado agradable que Mary Skelton se interesase por uno. Se llevaba muy bien con su hermano; esto era evidente. Se notaba que se compenetraban. Pero ella...

Herr Schimler cerró el libro de golpe y sacudió la pipa contra la pata de la silla. Me lancé.

—Nietzsche —dije— no es el mejor compañero para una tarde calurosa.

Giró lentamente la cabeza y me observó. Sus delgadas mejillas estaban más coloradas que la noche anterior; en sus ojos azules ya no había esa expresión de desdicha, sino una emoción más inmediata: sospecha. Vi que los músculos de su cara se contraían levemente. Terminó de vaciar la pipa y empezó a llenarla otra vez. Cuando habló, su voz tenía un tono disimuladamente deliberado.

—Tal vez tenga usted razón. Pero no estaba buscando compañía.

En cualquier otra circunstancia, su contestación me hubiera reducido a un implacable silencio. Pero en aquel momento, insistí.

—¿Todavía se lee a Nietzsche hoy en día?

Era una pregunta necia.

—¿Por qué no?

Seguí diciendo tonterías.

—Oh, no sé. Creí que estaba superado.

Se sacó la pipa de la boca y me miró por encima del hombro.

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo?

Aquel juego me estaba empezando a resultar pesado.

—Francamente, no. Hablaba por hablar.

Me miró por un momento; luego, sus finos labios se entreabrieron en una sonrisa. Fue una sonrisa muy lograda y contagiosa o me sonreí también.

—Hace años —añadí—, un compañero de estudios solía pasar horas hablándome de Nietzsche, sosteniendo que era un gran hombre. Personalmente, me sumergí en Zaratustra.

Colocó la pipa entre los dientes, se estiró y dijo, mirando al cielo:

—Su amigo estaba equivocado. Nietzsche pudo haber sido un gran hombre. —Y añadió, golpeando con el dedo el libro que estaba sobre sus rodillas:

—Esta es una obra de juventud en la que hay atisbos geniales. Es una arbitrariedad interpretar a Sócrates como decadente. ¡La moralidad como un síntoma de decadencia! ¡Qué idea! ¿Pero qué diría usted que escribió el propio Nietzsche sobre esto veinte años más tarde?

Guardé silencio. Dijo que olía a repulsivo hegeliano. Y tenía mucha razón. La identidad sirve solo para definir si se trata de una cosa simple, inmediata, muerta; en cambio, la contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad. Una cosa solo puede moverse, poseer un impulso y una actividad en la medida en que tiene una contradicción en sí misma.

Se encogió de hombros y continuó.

—Pero lo que el joven Nietzsche percibió con Hegel, el viejo Nietzsche lo desautorizó. El viejo Nietzsche se volvió loco.

Me estaba resultando difícil seguirle. Dije, un poco incómodo:

—Nunca le he visto bañándose.

—No me baño, pero le echo una partida de billar ruso si quiere. ¿O lo considera una bagatela?

Lo dijo en un tono más bien de compromiso. Parecía una persona inclinándose ante lo inevitable. Entramos.

La mesa de billar ruso estaba en un rincón del salón de recreo. Empezamos a jugar en silencio. En diez minutos, me había vencido fácilmente. Cuando hizo el tanto final, se incorporó sonriendo malévolamente.

—No se ha divertido usted mucho —dijo—. No es muy bueno en esto, ¿o sí? ¿Quiere echar otra?

Me sonreí. Sus modales eran abruptos, casi bruscos, pero había en él algo que le hacía tremendamente simpático. Quise mostrarme amable. Casi había olvidado que estaba en compañía del sospechoso número uno.

Le dije que sí, que me gustaría echar otra partida. El colocó las anillas de anotar a cero, puso tiza en el taco y se inclinó hacia delante para tirar. La luz que penetraba por la ventana le caía sobre la cara resaltando los pómulos bastante abultados de por sí, modelando sus delgadas mejillas e iluminando sus amplia frente. Era una bella cabeza para un pintor. También las manos estaban bien formadas; anchas, pero finamente proporcionadas, firmes y precisas en sus movimientos. Sus dedos agarraban con delicadeza el taco, moviéndolo con gran facilidad sobre el pulgar de la mano derecha. Cuando habló, tenía los ojos fijos en la bola roja.

—Ha tenido usted dificultades con la policía, ¿no?

Lo dijo en el mismo tono accidental que si estuviera preguntando la hora. A continuación se oyó el choque de tres bolas tocadas en rápida sucesión.

Traté de aparentar idéntica despreocupación.

—¡Buen tiro! Sí, hubo un error con mi pasaporte.

Se movía ligeramente alrededor de la mesa para modificar la posición de tiro.

—Es usted yugoslavo, ¿no?

Esta vez solo tocó una bola.

—Húngaro.

—¡Ah! Comprendo. ¿El Tratado de Trianón?

—Exacto.

Este tiro le falló. Dejó escapar un suspiro.

—Me temía que iba a ocurrir. Total tantos: cero. Tira usted. ¿Cómo van las cosas en Yugoslavia?

Me incliné sobre la mesa. A este juego podíamos jugar dos.

—Hace diez años que no he estado allí. Usted es alemán, ¿no?

Conseguí dejar la bola roja en un número bajo.

—¡Buen tiro! Está usted progresando.

Pero no respondió a mi pregunta. Yo insistí.

—En estos tiempos no es corriente encontrar alemanes de vacaciones en el extranjero.

Volví a lanzar la roja otra vez.

—¡Espléndido! Lo está haciendo bien. ¿Qué decía?

—Decía que en estos tiempos no es corriente encontrar alemanes de vacaciones en el extranjero.

—¿Sí? A mí eso no me importa. Yo soy de Basilea.

Esto era una mentira cabal. En mi excitación, metí mi propia bola en el agujero sin tocar las demás.

—¡Mala suerte! ¿Dónde está la tiza?

Se la pasé en, silencio. Enyesó el taco cuidadosamente y empezó a jugar de nuevo. Sus tantos empezaron a crecer rápidamente.

—¿Cómo vamos ahora? —murmuró al fin—. Sesenta y cuatro, ¿no?

—Sí.

Se inclinó sobre la mesa una vez más.

—¿Conoce usted bien Alemania, Herr Vadassy?

—Nunca he estado allí.

—Debería haberlo hecho. La gente es muy simpática.

La bola roja rondó el borde de un número alto.

—¡Ah! —dijo—. No le he dado bastante fuerte esta vez. Sesenta y cuatro.

Se incorporó.

—Su alemán es muy bueno, Herr Vadassy. Parece que hubiera estado en Alemania varios años.

—En la Universidad de Budapest hablábamos alemán casi siempre. Además, soy profesor de lenguas.

—¿Sí? Le toca jugar a usted.

Jugué, pero lo hice mal porque no podía concentrar mis pensamientos en el juego. Por tres veces fallé el tiro. Una de ellas ni siquiera llegué a tocar la bola. Las preguntas se agolpaban y daban vueltas en mi mente. ¿Qué intentaba conseguir de mí este hombre? Sus preguntas no habían sido inocentes. ¿Qué objetivo tenían? ¿Sospechaba que yo me había apoderado de las fotos con toda la intención? Y, en medio de todas estas preguntas sin respuesta, la idea de que este hombre no podía ser un espía. Había en él algo que hacía absurda semejante hipótesis. Una cierta dignidad. Además, ¿citaban los espías a Hegel? ¿Leían a Nietzsche? Bueno, su propia respuesta podría valer: «¿Por qué no?». En cualquier caso, ¿qué importaba eso? También se podría preguntar del mismo modo: «¿Son buenos maridos los espías? ». ¿Por qué no han de serlo? ¿Por qué no, desde luego?

—Tira usted, amigo.

—Disculpe. Estaba pensando en otra cosa.

—¡Oh! —se sonrió ligeramente—. Esto no le resulta muy entretenido. ¿Lo dejamos?

—No, no. Solo pensaba en algo que no hice.

—Nada importante, espero.

—No, nada importante.

Pero era importante. Tenía que telefonar a Beghin, ponerme a su merced explicándole la pérdida de la cámara y pedirle que registraran la habitación de Schimler como habían registrado la mía. Tenían la excusa del nombre falso. Si al menos yo pudiera encontrar alguna prueba concreta contra él, algo que probase su relación con la máquina, algo que me demostrase que no estaba cometiendo un estúpido error... ¿Supongamos que debía correr el riesgo? ¿Supongamos que tuviera que preguntarle a quemaropa si tenía una máquina fotográfica? Al fin y al cabo, nada

se perdía ya. La persona que había cerrado la puerta de la sala de lectura para apoderarse de la segunda máquina no tendría ninguna duda en cuanto a mi relación con el asunto.

Introduje dos bolas al mismo tiempo por el agujero.

—Eso no me lo esperaba yo —comenté.

—No, supongo que no.

—Yo también tengo una afición —continué mientras daba la vuelta a la mesa, situándome para el tiro siguiente.

Fallé el tanto y él se colocó junto a la mesa para jugar.

—¿De veras?

—Sí; la fotografía.

Mi contrincante se inclinó sobre la mesa, entornando los ojos para apuntar mejor.

—Magnífico.

Le miré atentamente mientras se hacía la pregunta fatal.

—¿Tiene usted máquina fotográfica?

Se incorporó lentamente y me miró.

—Herr Vadassy, ¿le importaría no hablar mientras hago este tiro? Es difícil. Verá: voy a tirar contra la banda de allí, rozar la blanca y dar en la banda otra vez para enviar la roja al máximo, mientras que la blanca ha de quedar en el cinco.

—Le ruego que me disculpe.

—Es usted quien ha de disculparme a mí. Este absurdo juego me apasiona. Es un invento totalmente antisocial. Es como una droga. Le priva a uno de la necesidad de pensar. Tan pronto como uno se pone a pensar, empieza a perder. ¿Si tengo máquina fotográfica? No, no la tengo. Desde luego, no sería capaz de recordar la última vez que tuve una cámara fotográfica en las manos. No necesitaría pensar mucho para responder a su pregunta. Sin embargo, sería suficiente para perder mi turno, pues fallaría el tiro.

Habló en un tono solemne. Como si el destino del mundo dependiera del éxito del tiro. Sin embargo, en sus ojos, aquellos ojos tan expresivos, había un destello de burla. La razón de aquel destello no me era desconocida.

—Creo —repliqué— que nunca seré capaz de ser un buen jugador en este juego.

Mi adversario se había inclinado otra vez sobre la mesa. Hubo una pausa, un suave *clik-clik* y el ruido sordo de dos bolas al caer en la cubeta.

—¡Magnífico! —dijo una voz.

Me volví. Era Köche.

—Magnífico —repitió Schimler—, pero tío hay color. Herr Vadassy ha tenido mucha paciencia conmigo. El juego no tiene atractivo para él.

Se me figuró que ambos se intercambiaban una mirada significativa. ¿Qué quiso decir Schimler con esta ridícula alusión? Me apresuré a protestar que me había

divertido jugando. Tal vez mañana podríamos volver á echar otra partida.

Schimler asintió sin entusiasmo.

—Herr Heinberger —dijo Köche jovialmente— es un experto en billar ruso.

Pero el ambiente había cambiado de un modo curioso. Era evidente que los dos esperaban con impaciencia que yo me fuera. Intenté darle a mi partida la mayor naturalidad.

—Perdonen, pero me tengo que ir al pueblo. Ya se lo dije antes. ¿Me disculpan?

—Naturalmente.

Se quedaron de pie, observando cómo yo me iba. Estaba claro que no dirían una palabra mientras yo pudiese oírles. Al atravesar el vestíbulo vi a los Clandon-Hartley que subían las escaleras. Murmuré un saludo, pero no me respondieron.

Había algo raro en su comportamiento; su silencio pétreo me hizo detener y observarles. Al dar la vuelta en lo alto de las escaleras vi que la mujer se llevaba un pañuelo a los ojos. ¿La señora Clandon-Hartley llorando? Imposible.

Las inglesas de su clase no saben llorar. Probablemente se le había metido algo en el ojo. Me fui.

El detective que me estaba esperando en la verja no era el mismo de la mañana. Ahora se trataba de un tipo bajito y robusto con un sombrero de paja. Me siguió hasta la estafeta de correos.

Establecí contacto directo con Beghin.

—¿Bien, Vadassy? ¿Tiene la información de las máquinas?

—Sí. Pero la cuestión Schimler...

—No tengo tiempo que perder. Las máquinas, por favor.

Empecé a darle la lista despacio para que pudiera tomar nota, pero oí que bufaba con impaciencia.

—Más rápido por favor. No tenemos todo el día y la llamada es cara.

Picado en mi amor propio, disparé la lista con toda la rapidez de que fui capaz. Al fin y al cabo, era yo quien pagaba la llamada, no él. No había por donde cogerle. Al terminar la lista, esperaba que me ordenase repetírsela, pero me equivoqué.

—¡Bien! ¿Y esos tres sin máquina?

—He interrogado a Schimler, es decir, a Heinberger. Dice que no tiene ninguna cámara. No he tenido oportunidad de sondear a los ingleses. Tienen, sin embargo, unos gemelos de campaña.

—¿Unos qué?

—Unos gemelos de campaña.

—Eso no tiene importancia. Preocúpese solo de las máquinas. ¿Tiene alguna otra cosa que comunicar?

Dudé un instante. Ahora era el momento...

—¿Vadassy? ¿Me oye?

—Sí.

—Pues no pierda el tiempo. ¿Tiene alguna otra cosa que comunicar?

—No.

—Muy bien. Llame al comisario mañana por la mañana como de costumbre.

Colgó.

Regresé al Réserve con el corazón tan pesado como el plomo. Me estaba volviendo loco; un loco débil y cobarde.

Con el calor, la camisa se me había pegado al cuerpo y me molestaba. Subí a la habitación para cambiarme. La llave estaba en la puerta como yo la había dejado, pero la puerta no estaba bien cerrada. Al tocar el pomo, la cerradura hizo *clik* y la puerta se entreabrió. Entré y tiré de la maleta que estaba bajo la cama.

Si no fuera por un detalle, probablemente no hubiera notado nada raro. El detalle era que yo no acostumbraba a cerrar más que un lado. Y estaban los dos cerrados.

Levanté la tapa y observé el interior.

En circunstancias normales no hubiera descubierto nada extraño al ver una camisa ligeramente arrugada. Me incorporé y me dirigí rápidamente a la cómoda. Todo estaba en su sitio; a no ser una pila de pañuelos que había en el cajón superior. Solo tenía un pañuelo con una lista roja en el orillo. Recordaba perfectamente que lo había dejado en el fondo de la pila. Ahora estaba encima de todo. Examiné la habitación. Un trozo de colcha estaba metido debajo del colchón. La camarera no lo había dejado así.

Ya no había ninguna duda en mi mente. Alguien había registrado mi habitación y mis cosas.

Comprobar que las cosas de uno han sido registradas es una sensación desagradable.

Mi primera sensación fue de enfado. Era monstruoso que unas manos extrañas hubieran abierto mi maleta, hurgando en su contenido, fisgoneándolo todo. Si no fuera por las cerraduras de la maleta, no me habría dado cuenta. ¡Ah, esto era lo peor! Esto era lo que Me ponía más furioso. No que alguien hubiera estado hurgando y fisgoneando, sino el intento de hacerlo en secreto; el hecho de que el fisgón pensase que yo no me iba a enterar que las dos cerraduras de la maleta, estaban cerradas. ¡Incompetencia! Debería haberse dado cuenta de que yo solo había cerrado de un lado. Debería haberse percatado de que yo había dejado el pañuelo blanco encima, en el cajón. ¡Un fisgoneo idiota y chapucero!

Me fui al cajón y coloqué los pañuelos tal como los había dejado. Volví a cerrar la maleta: solo de un lado. Estiré la colcha. No había más que una persona que pudiera registrar mi habitación sin llevarse nada: el espía. Habiendo recuperado su máquina y descubierto la pérdida de sus fotografías, era natural que el espía registrase mi habitación. ¿Natural? Sí, porque me había visto vigilando por la ventana de la sala de lectura y supondría que si yo le estaba tendiendo una trampa era porque había revelado sus fotografías y descubierto la naturaleza de las mismas. Entonces me acordé que en el fondo de la maleta había dos carretes sin revelar utilizados en Niza. No me había fijado si todavía estaban allí. Abrí la maleta y la registré cuidadosamente. Los carretes habían volado. Evidentemente, el espío no dejaba nada a la suerte.

Debería recordar muy bien esto en el futuro. Si al menos hubiera regresado a tiempo para cogerle con las manos en la masa. Me pasé un agradable medio minuto imaginando la escena. Poco quedaría del espía, pensé, para pasárselo a Beghin. En mi imaginación arrastraba al gimoteante miserable hasta sus pies, arrojándolo en brazos de los *agents* que me estaban aguardando.

Con cierta sorpresa comprobé que este imaginario espía de mi mente no era Schimler. Ni tampoco Köche. No era nadie del Réserve. Era una rata odiosa con cara de diablo, un revólver en el bolsillo trasero del pantalón y una navaja en la manga; una criatura viciosa y desagradable, sin una sola cualidad apreciable; un miserable astuto y escurridizo, despreciado incluso por aquellos que le pagaban.

Nada podía haber demostrado más claramente mi absoluta nulidad, pensé. ¡Era un perfecto inútil! En vez de intentar descubrir cuál de las doce personas había registrado mi habitación, me entretenía imaginándome una bella historia del siglo trece. No era de extrañar que fracasase. Me lo merecía.

—Pues bien —dije en voz alta—, métete esto en la cabeza. Ese espía, el hombre o

la mujer que ha hecho esas fotografías y se ha apoderado de tu preciosa cámara, esa persona que te vio por la ventana de la sala de lectura encerrándote como a un tonto que eres mientras cogía la máquina que estaba en la silla, esa persona que ha entrado en esta habitación para buscar sus fotos entre tu ropa, esa persona es real, está viva, es uno de esos que anda por ahí fuera. No tiene aspecto de agente secreto, papanatas. No tiene mirada de vicioso, ni un revólver en el bolsillo trasero del pantalón. Puede tener una barba blanca como el viejo Duclos, o unos ojos saltones como Roux. Puede leer a Hegel como Schimler, o tener un aspecto tan ausente como Köche. *Puede* tratarse de una mujer tan austera y seca como Mrs. Clandon-Hartley, o tan joven y atractiva como Mary Skelton; puede reír como Frau Vogel o suspirar como Mademoiselle Martin. *Puede* ser un hombre gordo como Herr Vogel, o delgado como el Mayor Clandon-Hartley, o moreno como Warren Skelton. Puede ser un patriota o un traidor, un calavera o un hombre honrado, o un poco de ambas cosas. Puede ser viejo o joven. Puede tratarse de una rubia o de una morena, inteligente o estúpida, rica o pobre. Y, quienquiera que sea, tú, chiflado incompetente, no estás haciendo absolutamente nada aquí sentado.

Me levanté y miré por la ventana. En aquel preciso momento subían los Skelton de la playa, sentándose en una mesa de la terraza inferior. Se oían débilmente sus voces. Warren soltó una carcajada, adoptando una postura napoleónica. Su hermana meneaba la cabeza con vehemencia.

Me preguntaba vagamente de qué estarían hablando. Si habían estado toda la tarde en la playa, podían servir de coartada para algunos de los demás huéspedes. Porque el registro de mi habitación tuvo que ser efectuado o bien mientras estuve con Schimler, o mientras fui a telefonar a Beghin al pueblo. Probablemente mientras fui a telefonar. Era evidente que me vieron abandonar el hotel. El sendero que lleva hasta la verja se divisa desde la mitad de las ventanas, o desde la sala de lectura. Tal vez mientras yo estuve planeando registrar la habitación, éste planeaba registrar la mía. Una leve ironía. En cualquier caso, Schimler conocía el número de mi habitación. Si es que había sido Schimler el que había cerrado mi maleta dos veces en vez de una. Tal vez su mente estaba distraída pensando en *El origen de la Tragedia*. Tal vez había sido Köche el autor del registro, o Herr Vogel, o Monsieur Duclos, o...

Pero ya era viernes. Un día más y tendría que marcharme; y mientras tanto, no podía hacer otra cosa que esperar, planteándome una serie de interrogantes, repitiendo una y otra vez los mismos nombres —«Köche, Schimler, Herr Vogel, Monsieur Duclos»—; y, mientras tanto, estaba allí observando cómo se movían las manecillas del reloj, sin poder hacer nada sino pensar. Tenía que actuar. Tenía que hacer algo. Tenía que darme prisa.

Cuando salí de la habitación tuve buen cuidado de cerrar la puerta con llave y meter

ésta en el bolsillo. La preocupación puede jugar muy malas pasadas al sentido del humor.

Me dirigí lentamente hacia la terraza inferior. Los Skelton seguían hablando, pero al oír que yo me acercaba levantaron la vista. Me saludaron con inusitado alborozo.

—Le hemos estado buscando.

El chico me salió al encuentro y me cogió por un brazo mirándome en ademán escrutador.

—¿Ya se ha enterado?

—¿Enterado de qué?

Me condujo con decisión hacia su mesa.

—No se ha enterado todavía —anunció con satisfacción.

—¿No se ha enterado? —repitió la chica a modo de eco, levantándose y cogiéndome por el otro brazo—. Siéntese, Mr. Vadassy, y escuche.

—¡La sensación de la semana! —añadió su hermano.

—Es demasiado bonito para ser cierto.

—¿Se lo dices tú o yo?

—Tú. Yo me reservo para los momentos culminantes.

El joven Skelton me empujó de pronto hacia una silla y me colocó un paquete de cigarrillos bajo la nariz.

—El tabaco relaja los nervios.

—Pero ¿qué...?

—¿Fuego?

Encendí el cigarrillo.

—Bueno —observó la chica poniéndose seria—, no es que deseemos que nos tome por locos de remate, pero es que esta tarde hemos presenciado un espectáculo de los que...

—De los que tumban a cualquiera —completó el hermano—. Es más, nos estábamos muriendo por contárselo a alguien. Vivimos gracias a usted, Mr. Vadassy.

Esbocé una tímida sonrisa. Empezaba a sentirme un tanto incómodo.

—Desde luego, uno de nosotros no vivirá mucho más —señaló la chica— si no sigues contando.

—¡Al asunto, pues! —anunció él—. Mr. Vadassy, ¿se acuerda del yate que entró esta mañana en la bahía?

—Sí.

—Es italiano.

—¿De verdad?

—De verdad. Bien, esta tarde estábamos en la playa con algunos de los demás huéspedes. Estaban, concretamente, los suizos, la parejita francesa y el viejo de la barba blanca. Al cabo de un rato vino el Mayor inglés con su mujer.

—¡Oh, date prisa! —murmuró la chica.

—¡Tranquila! Quiero reproducir el ambiente para Mr. Vadassy. Fue así como ocurrió. Bajaron un rato después que todos los demás. Vea cómo sucedió. Todos nos hallábamos echados en nuestras sillas, medio dormidos después del *poulet à la crème* que nos dieron a mediodía. Nos enteramos de que habían bajado los ingleses porque oímos decir al Mayor que su silla no estaba segura o algo así.

—Solo estaban un poco a nuestra derecha, sabe —interrumpió su hermana—, bastante cerca de nosotros, por eso nos enteramos de todo. Bien...

—No te precipites —dijo él—, lo estás estropeando. Ahora viene tu actuación. Como le iba diciendo, Mr. Vadassy, todos estábamos sentados, preguntándonos si era posible que el sol calentara más alguna vez y si no habíamos comido demasiado, cuando oímos que el suizo le decía algo a su mujer. Bueno, ya sabe lo que pasa. Aunque uno no conozca una lengua, a menudo cree comprender algo por la entonación. Pues bien, abrí los ojos y observé que los suizos tenían la vista fija en la bahía. Entonces vi que el yate había echado al agua un bote y que un pescador lo llevaba remando hacia la pasarela. Por ésta bajó, al cabo de un rato, un hombre con una gorra de marinero y un pantalón blanco de dril. Aunque estaba bastante metido en carnes, saltó dentro del bote con agilidad y el marinero empezó a remar hacia la playa. Pues bien, en este momento todo el mundo se animó, posiblemente porque la maniobra nos apartó del pensamiento la digestión del *poulet à la crème* y empezamos a charlar. Poco importaba ahora —continuó haciendo un gesto dramático con el dedo— lo que teníamos en el estómago.

—Lo que importa —interrumpió la hermana— es que el asunto se complica, porque súbitamente los dos ingleses empezaron a hablar. Lo extraño es que hablaban en italiano. Más extraño todavía que la que llevase la batuta de la conversación fuese la señora Clandon-Hartley. Es más, vemos que ella se pone a señalar hacia el bote. Entonces el Mayor echa un vistazo y empieza a replicarle: parece que no está de acuerdo con lo que dice su mujer porque sacude la cabeza y dice algo que suena a nombre de mujer, algo así como Kay u otro por el estilo. Ella no parece conformarse y empieza a señalar otra vez. Pero en esto, el bote estaba ya a unos veinte metros de nosotros. El hombre de la gorra se había puesto de pie con un bichero en la mano para coger la anilla de hierro que hay en la roca, cuando de pronto la mujer del Mayor lanza una especie de grito y echa a correr hacia la orilla del agua, chillando no sé qué y haciendo señas al hombre del bote.

—Este la vio casi al mismo tiempo —continuó Warren Skelton— y poco faltó para que no cayera al agua con la emoción; luego chilló: «¡María! », y empezaron a hablar a gritos, pero no puedo decirle acerca de qué porque no entiendo una palabra de italiano. Así estuvieron conversando a voz en grito con toda la fuerza de sus pulmones hasta que el bote llegó finalmente junto a la roca y el hombre saltó a tierra.

—Entonces —dijo la chica—, la abrazó y besó dos o tres veces. Evidentemente, ambos se conocían mucho. Por mi parte, lo pensaría bastante antes de dejarme besar una sola vez por aquel hombre. Era gordo, y al sacarse la gorra, su cabeza, con el cabello trasquilado, parecía un huevo gris y sucio. Además, tenía papada y no hay cosa que aborrezca más que los hombres gordos con papada. Pero lo que me sorprendía era la conducta de ella. Nunca le habíamos oído decir una palabra y ahora se comportaba como una niña a la salida del colegio, riendo sin parar, hasta el punto que parecía que la cara le iba a estallar. Evidentemente, no esperaba ver al Signor Papadas; el encuentro era una bella sorpresa. El hombre señalaba el yate y se golpeaba en el pecho como diciendo: «Mira lo que tengo», y ella señalaba hacia el hotel y le decía que residía allí. Luego empezaron a besarse y abrazarse otra vez. Todos los que estábamos en la playa nos divertíamos de verdad.

—Es decir, todos menor el Mayor —puntualizó Warren—. No parecía muy contento. La verdad es que más bien daba la impresión de que todo aquello no le hacía maldita gracia. Cuando empezó la segunda sesión de abrazos, se levantó muy lentamente de su silla y se dirigió hacia ellos. Su paso era normal, reposado, pero en su modo de andar había algo que hacía presentir a uno que algo iba a ocurrir. Los suizos habían empezado a hablar con el francés de la barba, pero ahora se callaron. Si no hubiera sido por el oleaje del mar, se hubiera podido oír el ruido de un alfiler al caer en la arena. Pero no ocurrió nada... en aquel momento. El Signor Papadas levantó la vista y, al ver al Mayor, esbozó una sonrisa forzada. Se daba uno cuenta de que no era la primera vez que se veían, pero también se notaba que ninguno de ellos daba la menor importancia al otro. Se dieron la mano y Papadas siguió sonriendo, pero la señora del Mayor se apagó como si alguien le hubiera echado un jarro de agua. Entonces empezaron a charlar tranquilamente los tres. Bueno, creo que en este momento los demás dejaron de prestarles atención, pero yo seguí observándoles. A mí me gusta estudiar la naturaleza humana, ¿comprende? Y siempre digo que para estudiarla el objeto más apropiado es el hombre.

—¡Por el amor de Dios! —interrumpió la chica—. Sigue contando. Lo que quiere decir, Mr. Vadassy, es que daba la impresión de que los tres lo decían todo menos la única cosa que estaban deseando decir.

—Ocurrió, sin embargo —cortó Warren—, que alguien la dijo. He de admitir que yo mismo estaba empezando a perder el interés cuando, de pronto, los tres empezaron a levantar la voz, sobre todo los dos hombres. Usted ya sabe como suena el italiano a distancia; parece un coche con el carburador sucio. Pues bien, de pronto alguien pisó a fondo el acelerador. Papadas farfullaba con furia, agitando su mano hacia la cara del Mayor. El Mayor estaba blanco. Entonces, Papadas se detuvo y medio se giró como si hubiera terminado. Pero, en aquel preciso momento, debió pensar en un insulto verdaderamente muy feo porque, volviendo la cabeza, dijo algo y soltó una carcajada

mientras iniciaba el ademán de darle la espalda al Mayor.

»En este momento vi que el inglés cerraba el puño y llevaba el brazo hacia atrás. Alguien gritó, la chica francesa creo, en el preciso momento en que el puño del Mayor volaba por el aire y alcanzaba de lleno al Signor Papadas en el plexo solar. Tenía que haberlo visto; fue una monada. La risa de Papadas se cortó en seco; se quedó con la boca abierta, emitiendo un ruido similar al del agua de una bañera cuando se saca el tapón; al mismo tiempo se tambaleó hacia atrás y cayó sentado en la arena en el preciso instante en que una ola ya sin fuerza llegaba hasta allí. La señora Clandon-Hartley dejó escapar un alarido y se puso a chillarle a su marido en italiano. Este empezó a toser. Tosía y tosía; daba la impresión de que no iba a parar. Naturalmente, en este punto todos nos precipitamos hacia ellos. El pescador, que se había quedado en el bote, saltó al agua y se acercó chapoteando para ayudar al joven francés que se ocupaba del Papadas, mientras que el suizo y yo sujetábamos al Mayor. La señora suiza, la chica francesa y Mary reducían a la señora Clandon-Hartley. El francés de la barba no hacía más que ir de un lado para otro diciendo que era una pena. Nosotros no teníamos que hacer mucho esfuerzo porque el Mayor no hacía más que toser y decir entrecortadamente: «¡cerdo!»; por su parte, la señora Clandon-Hartley había empezado a llorar, diciendo en inglés entre suspiros que lo sentía mucho, que su marido se había vuelto tan loco como un lobo furioso. A mí no me parecía tan loco. El Papadas, una vez que recobró el aliento, agitaba su puño y gritaba en italiano como un condenado, mientras le arrastraban hacia el bote con sus pantalones chorreando. Al fin, el Mayor consiguió dominar su tos y ambos, marido y mujer, recobrada su dignidad, se dirigieron hacia el hotel.

—Usted nos hubiera podido decir de qué se trataba —dijo la chica, pensativa.

Pero yo no prestaba gran atención a lo que ellos decían. Me incliné ansiosamente hacia delante.

—¿A qué hora ocurrió todo eso?

Los dos se quedaron un poco decepcionados. Les debió dar la impresión de que yo no hacía justicia a su relato.

—¡Oh! No sé —dijo Skelton con impaciencia—; a eso de las tres y media, creo. ¿Por qué?

—¿Hubo alguien que no se moviera de la playa en toda la tarde?

Se encogió de hombros un tanto irritado.

—No se lo podría decir. Hubo bastante movimiento en la playa. Después de todo el barullo, una o dos personas subieron a ponerse trajes de baño.

—Creo que Philo Vance tiene una pista —dijo la chica—; vamos, Mr. Vadassy, díganos lo que está pensando.

—Oh, nada —dije titubeando—. Simplemente vi que los Clandon-Hartley subían las escaleras hacia su habitación cuando yo salía para el pueblo. La mujer se llevaba

un pañuelo a los ojos. Debió haber estado llorando.

—¡Bien, bien, bien! Creí que tenía usted la explicación de todo el asunto. Gracias a Dios no la tiene porque yo tengo una versión coherente.

—*Nosotros* tenemos una versión coherente —puntualizó el hermano.

—Muy bien: nosotros. Bueno. Mr. Vadassy, nosotros suponemos que hace años la señora Clandon-Hartley no era más que una simple campesina meridional italiana que vivía en un sencillito pueblecito del Sur de Italia con sus padres; ya sabe, un pueblecito muy barroco y enjalbegado y sin alcantarillas. Ella está prometida con el viejo Papadas, joven y bien parecido entonces, hijo de otra familia campesina. Entonces llega al pueblo el perverso y atrevido Mayor con sus bigotes retorcidos. Interrúmpame si es que ha oído algo de esto ya. ¿Qué ocurrió entonces? El Mayor, con sus finos modales ciudadanos, su traje a medida, deslumbró a la sencilla campesina. Para resumir lo que sería una larga historia, el Mayor se la lleva a la gran ciudad y se casa con ella.

—¡Eh! —dijo Skelton—. El detalle del matrimonio no está en el manuscrito.

—Bueno, no se casa con ella. Tal vez ella no es tan tonta al fin y al cabo.

—Muy bien. Adelante.

—Pasan los años —se sonrió hacia nosotros con aire triunfal—. El joven Papadas, amargado y desilusionado, lo cual explicaría esa expresión de su cara, trabaja y prospera. Partiendo de la nada y trabajando más y más, hoy es uno de los mayores trapisondistas de Italia.

—Me parece —observó su colaborador—, que esta historia termina mal. El Papadas debió haber sido el autor del puñetazo y el Mayor el de los pantalones mojados.

La chica parecía pensativa.

—Tal vez —replicó mirando hacia mí—. Sospecho que está usted pensando que lo estamos tomando todo un poco a broma. Pero, comprenda, la cosa fue tan desagradable que nos sentiríamos muy deprimidos si no nos lo tomáramos así.

No supe qué contestar exactamente.

—Veo que el yate se ha ido —murmuré.

—Sí, se fue hace una hora aproximadamente —contestó Warren en tono melancólico.

En este momento aparecieron los Vogel en lo alto de la escalinata. Parecían un poco deprimidos. Al llegar ante nuestra mesa, se detuvieron.

—¿Le han contado los chicos lo de esta tarde? —me preguntó él en alemán.

—Sí, algo me han dicho.

—Un incidente lamentable —dijo en tono grave—. Mi mujer le ha dado a Frau Clandon-Hartley unas sales aromáticas, pero no creo que le sirvan de mucho. Pobre hombre. Su mujer dice que fue herido en la guerra y que esto le afectó el cerebro. Al

parecer, no es responsable de sus actos. Se supone que el hombre del yate había desembarcado para comprarle a Köche un poco de vino de la bodega y pedirle algún hielo. Frau Clandon-Hartley reconoció en él a un viejo amigo. Eso fue todo. El pobre Mayor fue víctima de un malentendido.

Los dos suizos siguieron su camino hacia el hotel.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Skelton con curiosidad.

—Dice que, según la señora Clandon-Hartley, el Mayor fue herido gravemente durante la guerra y no ha quedado bien de la cabeza.

Hubo silencio durante un momento. Luego vi que la frente de la chica se fruncía en ademán dubitativo.

—¿Quieren saber mi opinión? —preguntó sin dirigirse a ninguno en particular—. No creo que esa versión sea muy exacta.

Su hermano emitió una especie de bufido impaciente.

—Bueno, olvidémoslo. ¿Qué toma, Mr. Vadassy? ¿Un Dubonnet *sec*? Bien. Serán tres. Vamos a jugarlos quién sube a buscarlos.

Perdí yo.

Cuando subí a pedir las copas, vi que Monsieur Duclos hablaba en tono excitado con Köche. Le estaba explicando con expresivos gestos un enérgico gancho a la mandíbula.

Los Clandon-Hartley no bajaron a cenar. Yo estaba pendiente de ellos a pesar mío. ¡De modo que Mrs. Clandon-Hartley era italiana!

Así se explicaban muchas cosas. Así se explicaba que el Mayor hubiera utilizado la palabra *appetitivo* cuando había estado hablando conmigo la otra noche. Así se explicaba el tremendo silencio de su mujer. Tenía miedo de hablar un mal inglés. Así se explicaba por qué «mi mujer» era «algo religiosa». Así se explicaba su aspecto poco inglés. Por lo demás, Clandon-Hartley había sido herido por una granada y no era responsable de sus actos. Me acordé de las dudas de Mary Skelton. Bueno, si su relato de lo sucedido en la playa era correcto, yo también me sentía inclinado a dudar. Daba la impresión de que en el asunto había mucho más que el simple estallido de un neurótico. Pero esto no era cosa mía. Yo tenía cosas más importantes en que pensar. Este desdichado asunto de los Clandon-Hartley había inutilizado a los Skelton desde mi punto de vista. En la playa «hubo bastante movimiento». El incidente probablemente tuvo lugar mientras yo estaba en el pueblo. Era inútil.

Estábamos terminando de cenar cuando llegó Köche a la terraza, anunciando que habían colocado una mesa de ping-pong bajo los árboles del jardín y que se invitaba a los huéspedes a utilizarla. Al terminar de cenar pude oír que la invitación había sido aceptada.

Me dirigí hacia el lugar de donde procedía el ruido. Una lámpara eléctrica, fijada en las ramas sobre el verde tablero de la mesa, derramaba sus poderosos rayos en la cara de los jugadores. Estos eran Skelton y el francés Roux. Sentadas sobre una gruta hecha con piedras, les observaban Martin y Mary Skelton. Roux jugaba medio agachado, en una actitud de viva concentración; sus ojos sobresalientes observaban la bola como si fuera una bomba a punto de estallar. Estaba dando saltos continuamente. En contraposición, el juego fácil y descuidado de Skelton parecía tosco e ineficaz. Pero observé que era éste quien ganaba la mayoría de los puntos. Mademoiselle Martin no hacía ningún esfuerzo por disimular su pena ante esto, lanzando sonoros gritos de desilusión cada vez que Skelton ganaba. Por el contrario, cada tanto de Roux era acogido con la correspondiente exclamación de júbilo. Noté que Mary Skelton la observaba con interés.

La partida terminó. Mademoiselle Martin echó una mirada malévola a Skelton y limpió con su pañuelo la sudorosa frente de su amor. Oí que murmuraba algo asegurándole que la derrota no influía para nada en sus sentimientos hacia él.

—¿Echamos una partida? —dijo Skelton dirigiéndose hacia mí.

Pero antes de que yo pudiera replicar, Roux había saltado hacia el otro extremo de la mesa esgrimiendo su raqueta y anunciando con una amplia sonrisa su deseo de

revancha.

—¿Qué dice? —murmuró Skelton.

—Dice que quiere la revancha.

—Ah, muy bien —dijo el americano parpadeando—. Debí ofrecérsela yo.

Empezaron a jugar de nuevo. Yo me senté junto a Mary Skelton.

—¿Por qué será —me preguntó la chica— que no entiendo una palabra de lo que habla ese francés?

—Probablemente es de provincias. A veces, ni siquiera los parisienses entienden el francés de provincias.

—Bueno, eso me reconforta. Fíjese, creo que como siga jugando durante mucho rato se le van a saltar los ojos.

No me acuerdo de lo que le contesté porque, para mi propia satisfacción, estaba tratando de identificar el acento de Roux. Estaba seguro de haberlo oído en otra persona, y no hacía mucho. Me resultaba tan familiar como mi propio nombre. Pero un agudo chillido de alegría lanzado por Mademoiselle devolvió mis pensamientos al juego.

—Cuando quiere, Warren se deja ganar de un modo convincente —dijo la chica—. A veces me deja ganar y siempre pienso que ha sido a causa de mi buen juego.

Efectivamente, se dejó ganar de un modo bastante convincente por un margen muy estrecho de tantos, pero antes tuvo que mediar como árbitro en una acalorada discusión entre Roux y Monsieur Duclos, el cual había entrado en escena mediada la partida e insistía en llevar la cuenta de los puntos. Mademoiselle Martin estaba radiante y besó a Roux en el lóbulo de la oreja.

—El viejo tío ése de la barba —murmuró Skelton— es una amenaza, sabe. Yo ya le había visto hacer trampa en el billar ruso, pero no creí que llegase a falsificar el resultado de otra persona en una partida de *ping-pong*. Yo llevaba la cuenta y, según mis cálculos, iba perdiendo por cinco, no por dos. Si le dejamos seguir contando, me hace ganar la partida. Tal vez padece una especie de cleptomanía al revés.

—¿Y dónde está el Mayor inglés y su mujer esta noche? —preguntó el viejo Duclos, objeto de nuestro comentario, en tono socarrón—. ¿Por qué no vienen a jugar al *ping-pong*? El Mayor resultaría un adversario formidable.

—¡Será imbécil, el viejo! —comentó Mary Skelton.

Monsieur Duclos la miró desconcertado.

—¡Por el amor de Dios, Mary, cállate la boca! —dijo su hermano—, a ver si te entienden.

Mademoiselle Martin, intuyendo que estábamos hablando en inglés, le dijo a Roux «Okay» y «*How do you do?*», contoneándose entre grandes carcajadas; éste la recompensó con un beso en la nuca. Era evidente que nadie había entendido nada. Monsieur Duclos me cogió por la solapa y empezó a comentar el incidente de la

playa.

—Nadie se atrevería a pensar —decía— que en este frío oficial se encerraba tanta pasión, tanto amor hacia esa mujer italiana, su esposa. Pero los ingleses son así. Exteriormente, fríos y calculadores. Los ingleses solo sirven para los negocios, piensa uno. Pero por dentro, ¡quién sabe qué fuego les consume! —frunció el entrecejo—. Yo tengo mi experiencia, pero a los ingleses y americanos no hay quien los entienda. ¡Son inescrutables! —se pasó la mano por la barba—. Fue un buen golpe, y el curioso ruido que hizo el italiano resultó muy significativo. Un directo a la barbilla. El italiano cayó como una piedra.

—A mí me habían dicho que el golpe fue en el estómago —repliqué.

Me miró fijamente.

—Y en la barbilla, Monsieur. Y en la barbilla. ¡Dos golpes magníficos!

Roux, que había estado escuchando, intervino:

—No hubo ningún puñetazo —dijo muy convencido—; el Mayor inglés utilizó un golpe de *jiu-jitsu*. Me fijé bien. Es una llave que conozco.

Monsieur Duclos se apretó los lentes contra la nariz y le miró ceñudo:

—Fue un puñetazo en la barbilla, Monsieur —dijo en tono resuelto.

Roux levantó la mano en ademán de protesta. Los ojos se le saltaron un poco más hacia fuera. Frunció el ceño.

—Usted no pudo haberlo visto —dijo con rudeza. Se volvió hacia Mademoiselle Martin—: Tú lo viste, ¿no, *ma petite*? Tu vista es perfecta. Tú no llevas gafas y no puedes confundirte como este buen señor. Evidentemente, fue un golpe de *jiu-jitsu*, ¿no?

—*Oui, cheri* —respondió ella, rozándole con un beso.

—¿Ve? Lo que yo decía —se mofó Roux.

—Un puñetazo en la mejilla, sin duda —los lentes de Monsieur Duclos se tambaleaban con la rabia.

—¡Bah! —dijo Roux con acritud—. ¡Mire!

Se giró hacia mí súbitamente, me cogió por la muñeca izquierda y me la retorció. Instintivamente me incliné hacia atrás. En el momento siguiente sentí que me caía.

Roux me cogió por el otro brazo y me sostuvo. Tenía una fuerza inusitada en la mano. Vi que su cuerpo delgado como un alambre había adquirido una gran rigidez. En un segundo me hallé de nuevo sobre mis pies.

—¿Ha visto? —se jactó—. *Jiu-jitsu*. Una llave sencilla. Hubiera podido hacer con este Monsieur lo que el Mayor inglés hizo con el hombre del yate. Monsieur Duclos se puso tieso, arqueándose ligeramente hacia atrás.

—Una demostración interesante, Monsieur. Pero innecesaria. Mi vista es perfecta. Fue un golpe en la barbilla.

Se arqueó aún más hacia atrás y echó a andar a grandes pasos hacia el hotel. Roux

soltó una carcajada burlona e hizo una castañeta con los dedos.

—¡Qué viejo más cretino! —comentó en tono despreciativo—. Como nadie le dice nada cuando hace trampas, cree que los demás somos tonos.

Me sonreí sin hacer ningún comentario. Mademoiselle Martín empezó a felicitarle por su modo de enfrentarse con la situación. Los dos Skelton habían empezado una partida de *ping-pong*. Me dirigí hacia la terraza inferior.

Tras la negra oscuridad de los árboles pude ver dos figuras silenciosas apoyadas contra el parapeto. Eran el Mayor y su mujer. Cuando mis pisadas empezaron a resonar por el sendero, él volvió la cabeza. Vi como le susurraba algo a ella y que los dos se retiraron. Por un momento o dos me quedé de pie, escuchando el ruido de sus pasos que se perdían en el sendero. Ya estaba a punto de dirigirme hacia el sitio donde les había visto apoyados, cuando percibí el destello de una pipa en la oscuridad, cerca de los árboles. Me dirigí hacia allí.

—Buenas noches, Herr Heinberger.

—Buenas noches.

—¿Le apetece echar una partida de billar?

El golpe de la pipa contra la pata de la silla hizo brotar una lluvia de chispas.

—No, gracias.

Por alguna razón inexplicable, mi corazón empezó a latir con más fuerza.

Las palabras y las frases se agolpaban en mis labios. Sentía unas ganas irresistibles de dar rienda suelta, allí y entonces, a mis sospechas contra él, denunciar a este hombre que estaba sentado en la oscuridad, a este espía invisible. «¡Ladrón! ¡Espía!». Deseaba gritarle estas palabras a la cara.

Noté que me temblaban las piernas. Abrí la boca y mis labios se movieron. Pero de pronto brotó en la oscuridad la llama de una cerilla al encenderse. Vi su cara enjuta y fatigada a la luz amarillenta del fósforo, en una expresión curiosamente dramática. Levantó la cerilla hasta la cazoleta de la pipa y la introdujo en ella. Por dos veces se elevó la llama hacia arriba y luego se apagó. La encendida cazoleta se movió en la oscuridad.

—¿Por qué no se sienta, Herr Vadassy? Ahí tiene una silla.

Era cierto. Me había quedado de pie, mirándole con la boca abierta como un tonto. Al sentarme, noté la misma sensación de alivio que si acabara de evitar que me atropellara un coche a gran velocidad, con la impresión de que había sido la habilidad del conductor y no mi agilidad lo que me había salvado. Por mero deseo de decir algo le pregunté si le habían contado el incidente del matrimonio inglés en la playa.

—Sí, algo me han dicho.

Hubo una pausa y luego continuó:

—Dicen que el inglés está desequilibrado.

—¿Usted cree que eso es cierto?

—Puede que no. La cuestión de fondo está en saber hasta qué punto fue provocado. Ni siquiera un lunático recurre a la violencia si no se le estimula.

Otra pausa.

—La violencia —continuó— es una cosa muy extraña. La mente del hombre normal posee un mecanismo extraordinariamente complejo que le inhibe el uso de la misma. Sin embargo, el poder de ese mecanismo varía en las diferentes culturas. En los pueblos occidentales es menos poderoso que en los orientales. Naturalmente, no hablo de la guerra. En ella actúan diferentes factores. La India constituye un buen ejemplo de lo que estoy diciendo. El número de atentados contra oficiales ingleses resulta desde luego muy alto. Lo interesante es el gran número de fracasos observables en la mayoría de ellos. La mayor parte falla no porque los hindúes sean tiradores especialmente malos, sino porque, en el momento crítico, el aspirante de asesino resulta inmovilizado por un sentimiento instintivo contra la violencia. Hablé de esto una vez con un comunista bengalí. Me decía que un hindú puede ir dispuesto a matar al representante local de sus opresores, con el corazón lleno de odio y armado con un buen revólver. Logrará evitar todos los registros, destacarse de la multitud sin ser visto en el momento oportuno y, cuando el enemigo se acerca, levantar el revólver. Lógicamente, el oficial británico está a su merced. Pero, en aquel momento, el hindú titubeará. Ya no verá al odiado opresor, sino al hombre. Su puntería vacilará, y un segundo más tarde serán los guardias quienes dispararán sobre él. Un alemán, un francés o un inglés, bajo los efectos del mismo estímulo, el odio, habría disparado, y con gran puntería.

—¿Y qué clase de estímulo cree usted que actuó sobre el Mayor Clandon-Hartley cuando golpeó a ese italiano en el estómago?

—Tal vez —dijo con un asomo de impaciencia— no le caía simpático el individuo.

Se puso de pie y añadió:

—Tengo que escribir unas cartas urgentes. Espero que me disculpe.

Se fue. Me quedé sentado en la silla durante un momento, pensando. No era el Mayor Clandon-Hartley el objeto de mis pensamientos, sino el hindú de Herr Schimler. Sentí una cierta simpatía hacia el hindú. Pero la cosa no terminaba ahí porque «un segundo más tarde serán los guardias quienes dispararán sobre él». Todo se podía reducir a cuatro palabras. Miedo y ser liquidado. ¿O le liquidarían a uno igual, con miedo o sin él? Sí, de todos modos le liquidarían. El bien nunca triunfa. El mal tampoco triunfa. Los dos se destruyen, se aniquilan el uno al otro, creando así nuevos males y nuevos bienes que se destruyen mutuamente a su vez. La contradicción fundamental. «La contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad». Ah, esta era la frase de Schimler. Fruncí el ceño en la oscuridad. Si

prestara un poco menos de atención a lo que decía Herr Schimler y un poco más a lo que hacía, tal vez podría llegar a alguna parte.

Eché a andar sendero arriba hacia el hotel. La sala de lectura, donde los huéspedes solían escribir sus cartas, estaba vacía. ¡Así que éstas eran las «cartas urgentes» de Herr Schimler! Al pasar por el salón de tertulia me crucé con Madame Köche, que llevaba una pila de sábanas.

—Buenas noches —le dije.

—Buenas noches, Monsieur. ¿Ha visto a mi marido? ¿No? Debe estar abajo jugando al ping-pong sin duda. Hay gente lista que se pasa la vida sin dar golpe y pobres tontos que trabajan como esclavos entre bastidores. Pero alguien tiene que hacer el trabajo. En el Réserve lo hacemos las mujeres.

Desapareció escaleras arriba llamando con su voz chillona a «Marie». Atravesé el desierto salón hacia la terraza superior.

Sentado en una mesa junto a la balaustrada estaba Monsieur Duclos, con un Pernod en la mano y un puro en la boca. Al verme se puso de pie, haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

—¡Ah, Monsieur! Le pido mil perdones por haberme marchado de un modo tan poco cortés.

Comprenderá que no podía seguir allí permitiendo que me insultaran.

—Comprendo su actitud y la comparto, Monsieur.

Volvió a hacer otra reverencia.

—¿Quiere beber algo, Monsieur? Yo estoy tomando un Pernod.

—Gracias; un *Vermouth* con limón para mí.

Tocó el timbre para llamar al camarero y me ofreció un puro que yo acepté.

—A pesar de mis años —dijo mientras vertía un poco de agua en su vaso—, soy un hombre orgulloso. ¡Muy orgulloso!

Hizo una pausa para coger otro trozo de hielo. Yo no comprendía muy bien por qué tenía que desaparecer el orgullo con la edad, pero, afortunadamente, antes de comunicarle mis dudas, Monsieur Duclos siguió hablando.

—A pesar de mis años —repitió—, le hubiera pegado a ese Roux si no fuera por una cosa. Había mujeres delante.

—Usted adoptó la postura más digna —le aseguré.

Monsieur Duclos se pasó una mano por la barba.

—Me alegro que piense usted así, Monsieur. Pero a un hombre orgulloso le resulta difícil disimular su enfado en algunas circunstancias. De estudiante mantuve un duelo. Mi adversario había puesto en duda mi palabra. Yo le pegué. Él me hizo frente. Nos peleamos. Nuestros amigos hicieron los preparativos del duelo.

Suspiró en ademán reminiscente.

—Era una fría mañana de noviembre. Tan fría que mis manos estaban azules y

entumecidas. Es curioso cómo semejantes bagatelas pueden preocupar a una persona. Tomamos un carruaje que nos llevó al sitio del encuentro. Mi amigo quería ir a pie porque ninguno de los dos estaba en condiciones de conseguir un carruaje. Pero yo insistí. Si me iban a matar, ya no importaba nada. Y si no me mataban, la satisfacción sería tan grande que los gastos no me preocuparían. Así que cogimos un carruaje. Pero, de todos modos, me preocupaba el hecho de tener las manos frías. Las ponía en el bolsillo, pero seguían frías. No me atrevía a ponerlas debajo de los brazos por temor a que mi amigo, al ver mi postura encogida, pensase que tenía miedo. Traté de sentarme encima de ellas, pero la piel de los asientos, lisa y brillante, aún estaba más fría. Todos mis pensamientos estaban centrados en las manos. ¿Y sabe usted por qué?

Moví negativamente la cabeza. Sus ojos parpadearon.

—En primer lugar, porque tenía miedo de no apuntar bien para herir a mi adversario; y, en segundo lugar, porque si las manos del otro estaban tan heladas como las mías, podía ser él quien, por pura casualidad, me hiriese a mí.

Me sonreí.

—Supongo, Monsieur, que, después de todo, las cosas salieron bien.

—¡Perfectamente! Los dos fallamos. No solo fallamos: por poco herimos a nuestros padrinos —se rió entre dientes—. Muchas veces nos hemos reído los dos de aquello. Mi adversario es en la actualidad dueño de la fábrica que está al lado de la mía. El tiene quinientos trabajadores. Yo, setecientos treinta. Él hace maquinaria. Yo, cajas de embalaje.

El camarero se acercó.

—Un *Vermouth* con limón para Monsieur.

Yo estaba un poco desconcertado. Alguien me había dicho, el Mayor o Skelton, que Monsieur Duclos tenía una fábrica de frutas en conserva. Debía estar en un error.

—Los tiempos son difíciles —decía Duclos—. Suben los sueldos, suben los precios. A veces bajan los precios, pero los sueldos siguen subiendo. Y si yo me veo obligado a reducir los sueldos, ¿qué pasa? Los trabajadores, a la huelga. Algunos de ellos llevan aros trabajando conmigo. Les conozco por el nombre, y cuando paso por los talleres les saludo personalmente. Pero vinieron los agitadores, los comunistas, y los obreros se pusieron contra mí. Mis hombres se fueron a la huelga. ¿Qué hacer?

La llegada del camarero me evitó tener que contestarle.

—¿Qué hacer? Me senté a pensar. ¿Por qué se habían vuelto mis hombres contra mí? ¿Por qué? La respuesta era muy sencilla: ignorancia. ¡Pobres hombres! No entendían, no sabían. Decidí reunirlos a todos, explicarles la simple verdad. Yo, papá Duclos, les explicaría. Se necesitaba valor, porque los jóvenes no me conocían tan bien como los viejos y los agitadores habían hecho bien su trabajo.

Monsieur Duclos tomó un traguito de su Pernod.

—Me enfrenté con ellos —dijo con gesto dramático—, de pie en la escalinata de

la fábrica. Levanté la mano pidiendo silencio. Todos callaron. «Hijos míos —les dije —, queréis un aumento de sueldo». Ellos asintieron con estruendo. Volví a levantar la mano para imponer silencio. «Permitidme que os diga, hijos míos, lo que ocurrirá si yo accedo a vuestra petición. Luego, vosotros decidiréis». Hubo murmullos, pero se hizo el silencio otra vez. Yo me sentía inspirado. «Los precios están bajando —continué—; los precios están bajando. Si yo os subo el sueldo, los precios de la fábrica Duclos serán más elevados que los de la competencia. Perderemos clientes. Para varios de vosotros ya no habrá trabajo. ¿Queréis esto?». Hubo gritos de «¡no!». Algunos agitadores gritaron, en su tremenda ignorancia, que era preciso reducir los beneficios. Pero ¿cómo explicar a estos imbéciles que las inversiones han de recibir sus intereses, que si no hubiera beneficios los negocios se hundirían? Ignoré estos gritos. Seguí hablándoles de mi amor hacia ellos, de mi sentido de la responsabilidad por su bienestar, de cómo mi deseo sería hacer lo mejor para todos ellos, de que debíamos cooperar pensando en nosotros mismos y en Francia. «Todos necesitamos —dije— hacer sacrificios por el bien común». Apelé a ellos para que aceptasen, con el corazón impasible, una reducción salarial, con la determinación de trabajar incluso más duramente. Cuando terminé, me aplaudieron clamorosamente, y los más viejos decidieron por sí mismos que todos debían volver al trabajo. Fue un gran momento. Yo no pude contener las lágrimas con la emoción. Sus ojos centelleaban detrás de los lentes.

—Un gran momento, como usted dice —repliqué cuidadosamente—. Pero ¿cree usted que las cosas son tan sencillas? Si los sueldos bajan, ¿no bajarán los precios todavía más, por la sencilla razón de que la gente aún tiene menos para gastar?

Monsieur Duclos se encogió de hombros.

—Hay algunas leyes económicas —dijo vagamente— a las que es estúpido que el hombre se enfrente. Si los sueldos suben por encima de su nivel natural, la delicada balanza del sistema se desequilibra. Pero no voy a aburrirle con estas cuestiones. En mi fábrica soy un hombre de negocios, alerta, decidido, duro. Ahora estoy de vacaciones. De momento, mis grandes responsabilidades quedan aparte. Estoy contento porque puedo aliviar mi cansado cerebro con la contemplación de las estrellas.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó mirando las estrellas.

—¡Magnífico! —murmuró con arrebató—. ¡Extraordinario! ¡Qué cantidad! ¡Formidable!

Bajó la vista y miró hacia mí otra vez.

—Tengo una gran sensibilidad para la belleza —dijo.

Volvió su atención al vaso que tenía delante; diluyó su contenido en un poco más de agua y lo bebió de un trago. Luego, miró su reloj y se puso de pie.

—Monsieur —dijo—, son las diez y media. Yo soy viejo. He disfrutado mucho

con esta conversación. Ahora, con su permiso, me retiro a dormir. Buenas noches.

Hizo una pequeña reverencia con la cabeza, me dio la mano y, metiéndose los lentes en el bolsillo, se introdujo en el hotel caminando con un poco de dificultad. Solo entonces se me ocurrió sospechar que quizá aquella noche Monsieur Duclos tenía encima un *pernod* de más.

Estuve un rato sentado en la sala de estar, leyendo un semanario atrasado, el *Gringoire*. Luego, aburrido, salí al jardín a ver si encontraba a los americanos.

En la mesa de *ping-pong* no había nadie, pero la lámpara seguía brillando sobre ella. Las raquetas estaban cruzadas una sobre otra, con una pelota abollada entre las dos empuñaduras. Cogí la pelota y la boté en la mesa. Hizo un sonido extraño y hueco. Al volver a colocarla tal como estaba entre las raquetas, oí cerca ruido de pasos.

Me giré en redondo esperando ver a alguien. Pero más allá de la zona iluminada en torno a la mesa por el foco, la oscuridad era intensa. Si había alguien, yo no podía verle. Me paré a escuchar, pero no se oía el menor ruido. Quienquiera que fuese debió pasar de largo. Decidí bajar hasta el mirador de la terraza inferior.

Me dirigí hacia el sendero a través de los arbustos y comencé a descender. Ya casi había llegado a la escalinata; una estrecha franja de cielo azul-negro y estrellado apareció entre los cipreses. Fue entonces cuando ocurrió.

Oí un débil crujido a mi izquierda e inicié un movimiento para girarme. Pero en aquel momento sentí un fuerte golpe en la nuca.

No creo que llegara a perder realmente el conocimiento, pero la primera cosa que percibí coherentemente después del golpe fue que me hallaba de bruces en el suelo, medio fuera del sendero, y que algo me apretaba los hombros contra el suelo con una fuerza considerable. Infinitas lucecillas centelleaban en mi cabeza y los oídos me silbaban; pero a pesar del silbido podía oír la respiración jadeante de alguien y sentir unas manos que me hurgaban los bolsillos.

Casi antes de que mi aturrido cerebro hubiera podido asimilar estos hechos, todo había pasado. La presión sobre los hombros se relajó súbitamente, rechinó en el sendero el ruido de una pisada y luego todo quedó en silencio.

Seguí tendido donde estaba durante varios minutos, con las manos en la cabeza, mientras ésta era invadida por oleadas de dolor que me mareaba. Luego, cuando las oleadas dolorosas se convirtieron en una palpitación algo menos aguda, me levanté poco a poco y encendí una cerilla. En el suelo estaba mi billetera abierta. Solo contenía dinero y unos cuantos papeles sueltos. No faltaba nada.

Comencé a subir hacia la casa. Por dos veces noté que se me iba la cabeza y tuve que pararme y esperar a que el mareo cediese. A pesar de todo, conseguí llegar a mi habitación sin ninguna ayuda y sin tropezar con nadie. Me metí en la cama con un suspiro de alivio. La sensación de poder descansar la cabeza en una suave almohada

resultaba casi dolorosa.

No sé si fue el efecto retardado del golpe, o simplemente debido al cansancio, pero creo que no tardé más de un minuto en quedarme dormido. Lo incoherente de mi último pensamiento consciente me hace creer que debió ser a causa del golpe.

—Tengo que acordarme —empecé a decirme a mí mismo— de comunicar a Beghin que la señora Clandon-Hartley es italiana.

Cuando recuerdo en mi imaginación las veinticuatro horas siguientes, me parece que esté contemplando un escenario con unos gemelos de teatro colocados al revés. La gente se mueve de un lado para otro, pero sus caras, demasiado pequeñas, me resultan casi irreconocibles. Voy a intentar colocar los gemelos al derecho. Pero aún así, las figuras aparecen distorsionadas y borrosas en sus contornos. Solo mirando una parte de la escena de cada vez, por así decir, puedo ver las cosas con un poco de claridad.

Naturalmente, ahora me doy cuenta de que había perdido por completo el sentido de la proporción. Siempre es muy fácil comprobar esto después. Lo notable es que, durante el día siguiente, nunca llegué a perder el contacto con la realidad. Fue un día de quimera. El primer encuentro con la fantasía tuvo lugar en la persona del Mayor Clandon-Hartley.

Bajé tarde a desayunar, cuando ya solo quedaban los Vogel en la terraza. Tenía un abultamiento en la nuca que me parecía del tamaño de una bala de cañón. Aunque no me dolía excesivamente, no estaba muy duro y al andar, cada vez que uno de mis pies tocaba el suelo, se agitaba como un flan. Me dirigí a mi mesa con mucho cuidado y me senté. Los Vogel se acababan de poner de pie para marcharse. Al verme, sonrieron y se acercaron. Nos dimos los buenos días.

Entonces, Herr Vogel abrió fuego con el primer disparo del día.

—¿Ya se ha enterado —dijo— que el Mayor inglés y su mujer se van?

Mi cabeza experimentó una violenta sacudida.

—¿Cuándo?

—No sabemos. Monsieur Duclos fue quien trajo la noticia. Está bien informado. Es lo mejor, creo. Es lo mejor, quiero decir, que los ingleses se vayan. Sería violento para ellos quedarse después del incidente de ayer en la playa. ¿Le veremos abajo esta mañana?

Y añadió, guiñándome el ojo:

—La chica americana ya está en la playa.

Le contesté no sé qué vaguedades y se fueron. Había ocurrido exactamente lo que me temía. No es que hubiese la más remota posibilidad de que el Mayor Clandon-Hartley fuera un espía. Era demasiado absurdo. Pero estaba el hecho de que su mujer fuera italiana. Mi mente se trasladó a la comisaría, recordando las persistentes preguntas de Beghin acerca de mis amistades italianas. No era posible, pero...

Solo había que hacer una cosa: telefonar a Beghin inmediatamente. Engullí el café atropelladamente y me dirigí hacia la salida, atravesando la sala de estar y el vestíbulo. Apenas había andado unos cuantos pasos por la carretera cuando, saliendo de entre los árboles de un barranco que da al jardín, vi al Mayor que se dirigía hacia

mí en ademán evidente de interceptarme.

—Le he estado buscando por todas partes, Vadassy —me dijo a modo de saludo cuando estuvo lo bastante cerca.

Me detuve y él se acercó.

—Si no tiene mucho que hacer en este momento, me gustaría hablar con usted en privado un segundo —me dijo bajando la voz, en un tono casi confidencial.

He de confesar que, a pesar de la evidente estupidez de la idea, lo primero que se me ocurrió pensar fue que el Mayor me iba a declarar que era un espía.

Titubeé un momento y luego contesté con una leve inclinación formal:

—Desde luego, Mayor. Estoy a su disposición.

Sin decir una palabra, se volvió hacia el hotel, penetrando en la sala de lectura. Arrastró una silla, diciendo en tono de disculpa:

—Son terriblemente incómodas estas sillas, pero con todo no lo son tanto como las de la sala de estar.

Esto no era cierto. Era evidente que había elegido la sala de lectura porque estaba habitualmente desierta.

—Lamento no poder ofrecerle un cigarrillo —dijo—. Yo no fumo.

Su turbación resultaba embarazosa. Encendí un cigarrillo de los míos. El Mayor se inclinó hacia delante en su silla, retorciéndose nerviosamente las manos. Tenía los ojos fijos en el suelo.

—Oiga, Vadassy —dijo de pronto—, deseaba hablar con usted por una razón especial.

Se detuvo. Yo aguardé, observando cómo se consumía mi cigarrillo. En medio del silencio empecé a oír el tictac del reloj que había en la repisa de la chimenea.

—Usted no estaba ayer tarde en la playa, ¿verdad que no? —preguntó inesperadamente.

—No.

—Ya me parecía a mí que no. No recordaba haberle visto.

Titubeó un momento tratando de encontrar las palabras.

—Pero probablemente le habrán contado lo que ocurrió. Perdí el control, sospecho. Un incidente muy desagradable.

—Algo he oído decir.

—Lo suponía. Uno no puede esperar que la gente no hable de una cosa así.

Se detuvo otra vez. Yo empezaba a preguntarme cuándo llegaríamos a lo importante. De pronto, levantó la cabeza y dijo, mirándome a los ojos:

—¿Dicen que estoy loco, verdad, que no soy responsable de mis actos?

La pregunta me cogió completamente desprevenido. No sabía que responder. Sentí que me ponía rojo.

—Usted perdone, Mayor...

Se sonrió ligeramente.

—Discúlpeme que le atosigue a preguntas de esta manera, pero necesito conocer el terreno que piso. Por la cara que pone, veo que la respuesta es afirmativa. Bien. Pues ése es el motivo por el que deseaba hablar con usted. Por eso y por algo más.

—¡Oh, comprendo! —dije, intentando dar una respuesta fortuita, como si ya estuviera acostumbrado a que la gente tratase de explicar por qué estaba loco. Pero él no parecía escucharme.

—Ya sé —decía— que es terriblemente difícil descargar los asuntos privados de uno ante extraños, es decir, ante alguien a quien uno acaba de conocer; pero yo tengo una poderosa razón. Comprenda, Vadassy, usted es la única persona con la que puedo hablar.

Me miró sombríamente y añadió:

—Espero que no tenga usted inconveniente.

Le dije que no, que no tenía ningún inconveniente, preguntándome al mismo tiempo qué diablos pretendía el Mayor.

—Es usted muy amable —continuó—; los malditos extranjeros... —se detuvo; evidentemente se dio cuenta de que su afirmación no era muy política—. Comprenda, Mr. Vadassy, se trata de mi mujer.

Se detuvo otra vez. A mí empezaba a cansarme todo aquello.

—Partimos del supuesto —sugerí— de que acepta usted mis protestas de buena voluntad y que en consecuencia me va a decir de qué se trata. Recuerde que yo no tengo idea de lo que está usted hablando.

El Mayor se animó. Hubo una especie de retorno al estilo militar.

—Perfectamente. Dejémonos de rodeos. Yo no estaría aquí sentado haciéndole perder a usted el tiempo si no hubiera una razón. Pondré mis cartas boca arriba. Le contaré toda la historia. Luego, usted podrá juzgar por sí mismo. No quiero que se haga usted una falsa idea de todo.

Se apretó el puño nerviosamente con la palma de la otra mano y repitió:

—Pondré las cartas boca arriba. Conocí a mi mujer en Roma, a principios de 1918.

Hizo una pausa; yo me temí que iba a seguir titubeando, pero me equivoqué; esta vez continuó sin vacilar.

—Fue cuando los italianos acababan de cerrar su ataque sobre Caporetto, retrocediendo en la zona del Piave. A mí me habían destinado junto a un general de división como agregado de Estado Mayor. Pues bien, los Ministerios de Guerra de Francia e Inglaterra estaban muy preocupados por la situación en Italia. La mayoría de los expertos pensaban, naturalmente, que los austríacos iban tras las áreas industriales de la zona de Milán; pero corrían rumores, y algunos en voz alta, de que el Estado Mayor austro-alemán no habría retirado tantas tropas del frente occidental

solo para esto, y que el auténtico plan consistía en atravesar la barrera suiza, avanzar por la llanura del Norte de Italia y llegar así hasta el objetivo real: Lyon. Una especie de *Drang nach Westen*.

Vaciló un momento al pronunciar la frase alemana.

—En cualquier caso, nosotros y los franceses enviamos armas y tropas a Italia para detener el ataque, y algunos de nosotros fuimos destacados allí para preparar el terreno. A mí me enviaron a Pisa primero. Los italianos tenían la red de ferrocarriles hecha un asco. Naturalmente, yo no tenía la menor idea acerca del funcionamiento de los ferrocarriles, pero llevaba conmigo un oficial chusquero promocionado que tenía cierta experiencia civil en Inglaterra, y entre los dos lo hicimos bastante bien. A finales del dieciocho me enviaron a Roma.

»¿Ha estado alguna vez en Roma durante el invierno? No se pasa mal. En aquel tiempo había una colonia británica muy importante, pero la mayoría eran militares. Formaba parte de nuestra misión mezclarnos con los italianos y hacer amistades. Le faltó un pelo para que Italia firmara la paz por separado. Bien. Yo llevaba allí unos dos meses cuando tuve la mala suerte de sufrir un accidente. Ya sabe usted que algunos oficiales italianos de caballería son unos jinetes asombrosos y un poco locos. Y los caballos, lo mismo. El caso es que, un buen día, salí con uno de ellos a dar una vuelta a medio galope y él empezó asaltar unos obstáculos que yo no me hubiera atrevido a presentar al vencedor del Gran Concurso Hípico Nacional. Mi caballo intentó seguirlo y salí disparado, rompiéndome una pierna y un par de costillas.

»Vivía en un hotel, y como allí no podían cuidarme, tuve que ir al hospital. En aquel momento, hubo en el Norte una batalla bastante seria y los heridos eran desalojados en tren hacia el Sur para dejar plazas libres en los hospitales de allí a los casos más urgentes. Las camas escaseaban y el sitio que me asignaron estaba abarrotado de enfermos con escasísimo personal para atenderlos. Lancé un S.O.S. a un oficial italiano de Estado Mayor conocido mío y al día siguiente me trasladaron a una enorme y lujosa casa de las afueras de Roma. Pertenecía a una familia que se había prestado voluntariamente a cuidar oficiales convalecientes, la familia Staretti.

Me miró atentamente y continuó:

—Me atrevería a decir que se está usted preguntando qué demonio tiene que ver todo esto con lo que ocurrió en la playa ayer por la tarde.

En realidad, yo me estaba preguntando eso y mucho más. Me estaba preguntando, sobre todo, qué me importaba a mí lo que había ocurrido en la playa. Pero me limité a asentir con la cabeza.

—A eso voy ahora —dijo el Mayor. Y empezó a frotarse los dedos como si los tuviera fríos.

—Los Staretti eran una familia curiosa. Al menos así me lo pareció a mí. La madre había muerto. Solo había el padre y sus hijos: dos chicas, María y Serafina, y

un chico, Batista. María debía tener unos veinticinco años y Serafina era dos años más joven. Batista tenía treinta y dos. Staretti, el padre, era un hombre seco y arrugado, con un mechón de pelo blanco. Tenía setenta años y era un gran banquero de Roma, tan rico como Crespo. Bien, ya sabe que nadie es capaz de vivir en casa de una familia extraña durante semanas sin hacerse una idea bastante exacta de los sentimientos que se profesan unos a otros. Yo solía sentarme en el jardín la mayor parte del día, con mi pierna y mis costillas vendadas, y ellos solían venir a charlar conmigo. Quiero decir, todos menos el viejo Staretti; éste casi siempre estaba en su despacho o entrevistándose con algún ministro. Era un hombre muy importante en Roma en aquel tiempo. Pero María acostumbraba a venir con frecuencia, y a veces, también Serafina, aunque ésta no solía hablar de otra cosa que del italiano que me había llevado a mí allí. Estaban a punto de casarse. Más tarde empezó a venir también Batista.

»Batista odiaba al viejo y éste no perdía mucho tiempo con él. Yo creo que la mayoría de las dificultades procedían de que Batista tenía algún fallo cardíaco y no era apto para el servicio militar. El viejo siempre hablaba con gran ardor de aplastar a los austríacos. De todos modos, Batista solía lamentarse conmigo de que su padre le hacía trabajar demasiado y de que no le daba suficiente dinero, contándome lo que haría cuando muriera el viejo Staretti y el dinero pasase a sus manos. A veces hasta resultaba un poco aburrido. Se hacía repugnante con su incipiente obesidad fofa; pero yo no tenía demasiado en que ocuparme a no ser en la contemplación del paisaje, y esto todavía resultaba más aburrido: una extensa llanura, sombría y monótona, con algún que otro grupo de cipreses aquí y allá. Pero una cosa me llamó la atención en Batista: tenía el instinto de su padre para los negocios, una especie de compleja habilidad para ver tres veces más allá que cualquier otro. Más tarde tendría ocasión de comprobar algo más de esta habilidad. María y yo nos entendíamos estupendamente. No se trataba exactamente de una relación paciente-enfermera, porque los Staretti tenían su propia enfermera para cuidarme. A María no le gustaban todos aquellos cachorros de oficiales italianos que solían pavonearse por allí creyéndose objeto de todas las miradas. Ella no era capaz de tratarlos como su hermana. Bueno, María y yo terminamos por acordar que, cuando terminara la guerra, yo volvería a Italia y nos casaríamos. Pero no dijimos nada de nuestros proyectos a nadie, aunque creo que Serafina tenía una idea bastante exacta del rumbo que estaban tomando los acontecimientos. Usted comprenderá: al ser ella católica, la cosa presentaba ciertas dificultades, y nosotros no queríamos discutir el asunto hasta que estuviéramos dispuestos. En primavera yo fui trasladado a Francia.

»Bien. Las cosas me fueron estupendamente hasta agosto, fecha en que fui víctima de un bombardeo con bombas de gases. No salí del hospital hasta bien entrado 1919, con solo medio pulmón funcionando bien, advirtiéndome que debería

vivir en un clima cálido y seco. Bueno, esto se ajustaba perfectamente a mis proyectos y me puse en camino hacia Roma. Todos se alegraron de verme, especialmente María. Unas semanas más tarde anunciamos nuestro compromiso. Al principio parecía que todo marchaba a las mil maravillas. El viejo Staretti estaba encantado. Creo que estaba un poco apenado porque yo no había perdido un brazo o una pierna en vez de ser víctima del gas, pero nos prometió el oro y el moro. Se hicieron planes para la boda y el clima me sentaba maravillosamente; pero de pronto empezaron los problemas.

»Por aquel entonces, Batista había llegado a ocupar los más altos puestos en el negocio de su padre. Un día vino y me preguntó si quería hacer un montón de dinero. Bueno, naturalmente, yo deseaba saber más detalles. Al parecer, había mucha gente que hacía pequeñas fortunas comprando al gobierno italiano el excedente de ametralladoras, a precios bajísimos, y enviándolas luego por mar a Siria, donde se vendían a un precio seis veces superior a los árabes. Lo único que se necesitaba era capital para comprar las armas. Este fue el panorama que me pintó Batista.

»Bueno, como usted puede imaginarse, la oportunidad me hizo saltar. Batista se quejaba de que él solo tenía unas mil libras esterlinas en dólares y se necesitarían por lo menos cinco mil para que la cosa valiera la pena. Convinimos en que yo pondría las otras cuatro mil. Era casi todo lo que tenía, aparte de mi pensión y una pequeña participación por herencia en unos bienes que pertenecían a un primo mío. La idea de multiplicar por seis las cuatro mil libras me entusiasmaba.

»Mi conocimiento de los negocios era nulo. Nunca he sido capaz de entenderlos. Déme unos cuantos hombres y armas, y mándeme hacer lo que sea y se lo haré. Pero no tengo cabeza para las triquiñuelas de los tratados comerciales. Todo este apartado lo dejé en manos de Batista. Me dijo que necesitaba dinero en efectivo, yo se lo conseguí. Me dijo que él se cuidaría de los detalles, y yo le dejé. Incluso llegué a firmar un montón de papeles que me puso delante. Tal vez cometí una locura, pero, en cualquier caso, mi italiano no era demasiado bueno y no estaba en condiciones de someterle a un análisis minucioso aunque hubiera querido.

»Nada ocurrió durante un cierto tiempo; entonces, un buen día, el viejo Staretti me mandó llamar. Me dijo que habían llegado a sus oídos noticias de que yo me había comprometido en un contrato comercial con dos hombres, cuyos nombres yo nunca había oído, en relación con un embarque de ametralladoras a Siria, y que yo les había dado una garantía escrita de pagarles el veinticinco por ciento del precio de venta en Siria. Le dije que yo no sabía nada del veinticinco por ciento, que solo había invertido cuatro mil libras con Batista en un embarque de ametralladoras. Yo no sabía más detalles del negocio. Sería mejor que le preguntara a Batista.

»Bueno; cuando le dije esto, se puso furioso. Había una garantía escrita firmada por mí. La había firmado, ¿sí o no? Admití que la había firmado, pero le dije que no

sabía lo que firmaba. Me contestó que no hiciera el tonto y me pidió una explicación. En resumen, resultó que el papel que yo había firmado era una garantía del veinticinco por ciento a favor de los dos funcionarios del Ministerio de la Guerra encargados de la venta de las ametralladoras; en otras palabras: soborno a gran escala. Bien, la situación política estaba un poco revuelta entonces y el Ministro de la Guerra había caído sobre el viejo Staretti como una tonelada de ladrillos, deseando saber qué papel representaba en todo aquello su futuro yerno. Para el viejo, la situación resultaba sumamente delicada.

»Naturalmente, lo negué absolutamente todo y entonces el viejo mandó llamar a Batista. Desde el momento en que éste entró en la habitación me di cuenta de que mi defensa se había terminado. En su cara vi tal sonrisa de satisfacción que me dieron ganas de tumbarle de un puñetazo. Alegó completa ignorancia en todo.

Vi que el Mayor se apretaba los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—No hay mucho más que contar —continuó al fin—. Al parecer, el viejo Staretti había alterado su testamento, dejando la mitad de su dinero a María. Batista no estaba dispuesto a permitir esto. Y lo logró. Aliviándome a mí, además, de mis cuatro mil libras. El viejo me armó una escena espantosa. Me acusó de intentar mancillar el nombre de su hijo y de casarme con su hija por dinero. Me dijo que el matrimonio no se celebraría y que si no abandonaba Italia antes de veinticuatro horas, tendría que hacerme detener, arriesgándose al escándalo. Me fui, pero aún no había terminado de hacer locuras, porque me llevé a María conmigo contra la voluntad de su padre. Nos casamos en Basilea.

Se detuvo. Yo no dije nada. No había nada que decir. Pero aún no había acabado la historia. Carraspeó.

—Las mujeres son criaturas extrañas —dijo en tono inexpresivo. Hizo una pausa—. No creo que la mía supiera exactamente el poco dinero que yo tenía cuando dijo que deseaba venirse conmigo. Estaba acostumbrada a algo mejor que los hoteles baratos.

Estuvimos en Inglaterra un cierto tiempo, pero mi pecho no aguantaba aquello. Luego nos fuimos a España. Cuando comenzaron los desórdenes tuvimos que marcharnos. Nos fuimos a Jean-les-Pins donde estuvimos una temporada, pero durante la época del turismo aquello es demasiado caro, por eso nos trasladamos aquí. Ella lo odia todo. Nunca debió haber abandonado a su familia. Para ella, todos somos extranjeros. Incluso aborrece hablar en inglés. A veces pienso que también me aborrece a mí. Nunca ha podido olvidar que yo me hubiera dejado pisotear por Batista. Dice que debo estar loco. Se lo dice a veces incluso a otras personas.

En su voz había ahora un infinito cansancio.

—Tenía que haberla visto usted ayer cuando reconoció a Batista. Sabe lo que me hizo a mí; sin embargo, estaba loca de alegría por volver a verle. Esto casi lo

comprendí. Pero entonces él empezó a pincharme. Ahora es dueño de todo el dinero del viejo, y quiso reírse de mí. Me gastó una broma acerca del modo como me había tratado. ¡Una broma! ¡Santo cielo!, si llego a tener un arma en la mano, le pego un tiro. Tal como fue, solo le di un puñetazo, y no en su sonriente cara de satisfacción, sino en su gordo vientre. ¡El muy cerdo!

Había ido levantando la voz y empezó a toser. Pero, haciendo un esfuerzo, consiguió dominar su tos. Me miró en ademán desafiante.

—Probablemente cree usted que estoy loco de remate, ¿no?

Murmuré una negativa. Él se rió con gran amargura.

—No se equivoca mucho. Y va usted a pensar, además, que soy un forastero molesto, pues voy a pedirle que haga una cosa por mí.

Por algún mecanismo inconsciente, mi cabeza experimentó una sacudida dolorosa. Al fin habíamos llegado al asunto.

—¿Sí? —dije. Y esperé.

El Mayor sacaba otra vez su tono formalista y empezaba a titubear de nuevo. Vacilaba en las palabras como si cada una le costara un gran esfuerzo.

—No le hubiera contado todo esto, Vadassy, si no fuera porque deseaba que se hiciera usted cargo de las circunstancias. Pedir dinero es una cosa endiabladamente difícil. Mi mujer y yo no podemos seguir en este hotel después del incidente de ayer. Todo el mundo murmurando. Es molesto. Además, el clima tampoco me sienta bien. Hay un barco que hace el trayecto Marsella-Argel todos los lunes. He pensado que podríamos cogerlo. El problema está... —titubeó—. Lamento molestarle con cuestiones privadas de este tipo, pero la verdad es que voy un poco estrecho de dinero. No tenía previsto este desplazamiento. Y tengo que pagar la cuenta de Köche además. Suelen ocurrir estos imprevistos. Le parecerá extrañísimo todo esto, un cuento para inspirar compasión. Pero no me voy a poner en la puerta a pedir limosna. En una palabra, Vadassy: si le fuera posible dejarme unos dos mil francos hasta fin de mes, me solucionaría el problema. Me es violento tener que pedirselos, pero ya ve usted mi situación.

Aunque no tenía la menor idea de lo que iba a decir, abrí la boca para hablar. Pero el Mayor se me anticipó.

—Naturalmente, no pretendo que me deje usted dinero sin ninguna garantía. Le entregaré un cheque del Banco Cox que podrá usted cobrar ulteriormente, en libras, se entiende; supongo que no tendrá inconveniente. Al fin y al cabo, la libra es más segura que el franco, ¿no?

Esbozó una sonrisa forzada. Por sus sienas corrían finísimas gotas de sudor.

—Nunca se me hubiera ocurrido molestarle, por supuesto, pero tenemos que dejar el hotel y nos encontramos en una posición endiabladamente delicada. Sé que lo comprenderá. Usted es la única persona a quien me atrevo a pedirle y... claro, excuso

decirle lo mucho que se lo agradeceré.

Me quedé mirándole perplejo. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por tener en el bolsillo cinco mil francos, por poder sonreír jovialmente, sacar la cartera y tranquilizarle diciéndole: «¡Por el amor de Dios, Mayor, claro que sí! ¿Por qué no me lo dijo antes? No es molestia en absoluto. Mejor le dejaré cinco mil. Al fin y al cabo, es solo cuestión de cobrar un cheque, y un cheque de Cox es tan seguro como un billete del Banco de Inglaterra. Encantado de prestarle este pequeño favor. Me alegra que me lo haya pedido». Pero no tenía cinco mil francos. Ni tampoco dos mil. Tenía el billete de vuelta hasta París y el dinero justo para pagar la cuenta del Réserve y la manutención durante una semana. No fui capaz de hacer otra cosa que quedármelo mirando, mientras se oía en el silencio el tictac del reloj que estaba en la repisa de la chimenea.

El Mayor levantó la vista hacia mí.

—Lo siento —balbucí—, lo siento.

El Mayor se puso de pie.

—Perfecto —repuso con una horrible indiferencia—; no tiene absolutamente ninguna importancia. Simplemente saber si usted podría, nada más. Perdone que le haya hecho perder todo este tiempo. Ha sido un abuso de confianza por mi parte. Olvídese del dinero. Se lo dije por si usted podía, nada más. Ha sido un placer charlar un rato. No suelo tener a menudo la suerte de poder hablar en inglés.

Se puso rígido y añadió:

—Me tengo que ir. He de empezar con las maletas. Mi intención es irnos mañana temprano. Y tengo que solucionar todo este lío. Le veré antes de marcharnos.

Cuando encontré las palabras para disculparme, era demasiado tarde.

—No sabe cuánto lo siento, Mayor, pero no puedo ayudarle. No es que no quiera aceptar un cheque suyo. Es que no tengo dos mil francos. Solo tengo lo justo para pagar mi cuenta. Si tuviera ese dinero, encantado de prestárselo, no faltaría más. Lo siento de verdad. Yo...

Ahora que había empezado, deseaba disculparme, presentarle mi desconcerto para devolverle la confianza en sí mismo. Pero no tuve oportunidad de hacerlo porque él giró en redondo y salió de la estancia, dejándome con la palabra en la boca.

Diez minutos más tarde, cuando llamé a la comisaría preguntando por el comisario, me respondió la irritable voz de Beghin.

—¡Diga, Vadassy!

—Tengo que comunicar una cosa.

—Usted dirá.

—El Mayor Clandon-Hartley y su mujer piensan marcharse mañana. Me ha pedido dinero para pagar dos billetes hasta Argel.

—Bueno. ¿Se lo ha dejado usted?

—Mis jefes todavía no me han pagado las fotografías de Toulon —repuse temerariamente.

Con gran sorpresa mía, esta impertinencia fue recibida al otro lado del hilo con una risita burlona.

—¿Algo más?

Sin pensarlo demasiado, di paso a mi impulso de seguir bromeando.

—Supongo que no tendrá mucha importancia para usted, pero ayer noche alguien me golpeó en el jardín, dejándome sin sentido con objeto de registrar mis bolsillos.

En el momento en que ya lo estaba diciendo, me di cuenta de que era una tontería. Pero esta vez no hubo risita burlona de respuesta, sino la orden seca de repetir lo que había dicho. Se lo repetí.

Hubo un significativo silencio.

—¿Por qué no me dijo esto antes que nada, en vez de estar perdiendo el tiempo?
¿Reconoció al individuo? Explíquese.

Me expliqué. Luego vino la pregunta que me estaba temiendo.

—¿Han registrado su habitación?

—Sospecho que sí.

—¿Qué quiere decir «sospecho que sí»?

—Se han llevado dos carretes de fotografías que tenía en la maleta.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿No se han llevado nada más?

La pregunta estaba hecha con toda la intención.

—No.

Al fin y al cabo, la máquina se la habían llevado de la silla del vestíbulo.

Hubo otro silencio. Ahora me iba a preguntar si la máquina estaba a salvo. Pero no lo hizo. Creí que se había cortado la comunicación y dije:

—¿Oiga?

Me respondieron que esperase un momento. Empecé a notar unas punzadas dolorosas en la cabeza. Esperé dos minutos. Se oía el murmullo de voces, los chillidos de Beghin y los gruñidos del comisario, pero no podía distinguir lo que hablaban. Al fin, Beghin volvió al teléfono.

—¿Vadassy?

—¿Sí?

—Escuche con atención. Va usted a regresar directamente al Réserve y hablar con Köche informándole de que le han forzado la maleta para robarle varios objetos: una pitillera de plata, una cajita que contenía un alfiler con un diamante y una cadena de oro para reloj, y dos carretes de fotografías. Arme todo el alboroto que pueda en torno

a eso. Dígaselo a los demás huéspedes. Quiero que todo el mundo se entere. Pero no llame a la policía.

—Pero...

—No discuta. Haga lo que le digo. ¿Le forzaron la maleta?

—No. Pero...

—Entonces fuércela usted mismo antes de hablar con Köche. Y entiéndame bien. A la cuestión de los carretes no le dé más que una importancia secundaria. Lo que le preocupan son las cosas de valor. ¿Está claro?

—Sí, pero yo no tengo pitillera, ni alfiler con diamante; ni cadena de oro para el reloj.

—Naturalmente que no tiene nada de eso. Se lo han robado. Ahora, haga lo que le dije.

—Esto es imposible, absurdo. Usted no puede forzarme...

Había colgado ya.

Regresé al hotel con el corazón destrozado. Si había alguien más chiflado que yo en todo este asunto, ése era Beghin. Solo que él no tenía nada que perder, excepto un espía.

Me dispuse a preparar las amañadas pruebas del robo con amarga meticulosidad.

Tiré de la maleta, que estaba bajo la cama, y la cerré con llave. Luego busqué algo para forzar las cerraduras. Hice los primeros intentos con una tijera de las uñas. Los cierres eran bastante endebles, pero con la tijera resultaba difícil apalancar. Tras cinco minutos de esfuerzos infructuosos, una hoja de la tijera se rompió. Perdí unos cuantos minutos aún buscando un objeto más duro. Desesperado, cogí la llave de la habitación y utilicé como palanqueta la anilla plana de acero. Con este procedimiento los cierres terminaron por ceder, pero la llave se torció y seguí perdiendo tiempo poniéndola recta. Luego abrí la tapa de la maleta, revolví un poco su interior y, poniendo cara de ultrajada inocencia, me lancé escaleras abajo en busca de Köche.

No estaba en su despacho. Cuando me encaminaba hacia la playa por donde el gerente se paseaba en traje de baño, mi expresión de inocencia ofendida se había relajado en una especie de ansiedad servil. En la playa estaban los Skelton, la pareja francesa y Monsieur Duclos. Consideré la idea de esperar el momento oportuno, pero la rechacé. Debía recordar que se había cometido un robo. Se habían llevado de mi habitación objetos de gran valor. Tenía que comportarme como una persona normal en semejantes circunstancias; tenía que informar al gerente aunque éste solo tuviera encima unos pantalones de baño. Un gerente con un traje negro impecable hubiera sido más apropiado en aquella ocasión, pero tenía que comunicárselo a Köche cuanto antes.

Bajé corriendo los escalones hacia la playa y me dirigí hacia él caminando por la arena. Mas en este momento surgió una interrupción inoportuna. Skelton, al oír mis pasos por la escalinata, volvió la cabeza y me vio.

—¡Eh! —llamó—. No le hemos visto en toda la mañana. ¿No se va a dar un baño antes de comer?

Titubeé; pero al comprobar que no se trataba de nada importante, seguí adelante. Mary Skelton, que estaba echada boca abajo en la arena, levantó la cabeza y abrió los ojos hacia mí.

—Ya creíamos que nos había abandonado, Mr. Vadassy. No hay derecho a jugar así con el afecto de los chicos. Póngase el traje de baño y venga a contarnos la verdad sobre el asunto de los Clandon-Hartley. Le hemos visto hablando con el Mayor esta mañana por la ventana de la sala de lectura.

—¡Qué poco tacto! —se lamentó el hermano—. Yo iba a introducir el tema poco a poco. ¿Qué novedades hay, Vadassy?

—Discúlpenme, se lo ruego —dije apresuradamente—. He de hablar con Köche. Luego nos veremos.

—¡Trato hecho! —gritó él.

Köche estaba conversando con Roux y con Duclos. Evidentemente la discusión de la noche anterior había sido olvidada. Les interrumpí en medio de una disquisición acerca de las virtudes de Grenoble. Apreté los labios en expresión de gravedad.

—Perdone, Monsieur, pero deseaba hablar con usted en privado. Es bastante urgente.

Köche arqueó las cejas y se excusó con los demás.

—¿En qué puedo servirle, Monsieur?

—Lamento molestarle, pero me temo haya de rogarle que suba a mi habitación. Mientras me hallaba en el pueblo, ahora mismo, alguien ha forzado mi maleta, robándome varios objetos de valor.

Sus cejas se arquearon de nuevo. Dejó escapar un ligero silbido entre los dientes y me dedicó una rápida mirada. A continuación murmuró un «discúlpeme» y se alejó unos pasos en la arena para recoger la toalla de baño y ponerse las sandalias. Luego se reunió conmigo otra vez.

—Subo con usted ahora mismo.

Abandonamos la playa bajo las miradas curiosas de todos los demás. Mientras subíamos, me preguntó qué objetos eran los sustraídos. Le di la grotesca selección de Beghin, añadiendo la fruslería de los carretes. Köche movió la cabeza en señal de asentimiento y guardó silencio. Empecé a sentir cierto recelo. No había modo posible de descubrir que todo era un amaño. Ciertamente. Sin embargo, ahora que había puesto la cosa en movimiento, me sentía incómodo. A juzgar por sus ademanes indolentes y descuidados, Köche no estaba intranquilo, y yo no podía olvidar que no resultaba imposible que hubiera sido el propio Köche el autor de la sustracción de los carretes y del golpe que me dejó sin sentido en el jardín la noche anterior. En este caso, el gerente sabía que yo estaba mintiendo. Las consecuencias podían resultar claramente desagradables para mí. Maldije a Beghin con renovado fervor.

Köche inspeccionó mi trabajo en los cierres de la maleta con seriedad e interés. Al levantarse, sus ojos tropezaron con los míos.

—¿Dice usted que salió de la habitación a eso de las nueve?

—Sí.

—¿Y la maleta estaba intacta entonces?

—Sí. Lo último que hice antes de bajar fue cerrarla y ponerla bajo la cama.

Miró su reloj.

—Son las once y veinte. ¿Cuánto hace que regresó?

—Unos quince minutos. Pero no fui directo a la maleta. Tan pronto vi lo que había pasado, bajé inmediatamente a avisarle. Es vergonzoso —añadí en tono frívolo.

Köche asintió con la cabeza y me miró inquisitivamente.

—¿Le importa bajar conmigo a mi despacho, Monsieur? Me gustaría tener una

descripción detallada de los objetos perdidos.

—Desde luego. Pero he de advertirle, Monsieur —murmuré—, que le hago a usted responsable de lo ocurrido, y que espero la devolución inmediata de las joyas y el castigo del ladrón.

—Naturalmente —replicó en tono cortés—. No me cabe la menor duda de que podré devolverle sus objetos en un plazo de tiempo muy corto. No tiene usted motivo para preocuparse.

Con el incómodo sentimiento de un actor novato que ha olvidado su papel, seguí a Köche hasta su despacho en la planta baja. Éste cerró la puerta cuidadosamente tras él, me invitó a sentarme en una silla y cogió una pluma.

—Ahora, Monsieur, empecemos por la pitillera, si es tan amable. Una pitillera de oro, creo que dijo.

Le miré rápidamente. Estaba escribiendo algo en el papel. El pánico se apoderó de mí. ¿Había dicho de oro cuando subíamos de la playa? ¡Por mi vida, que no me acordaba! ¿O estaba Köche tratando de tenderme una trampa? Mas tuve una inspiración.

—No, una pitillera de plata con ribetes de oro. Tenía grabadas —dije, animándome en mi trabajo— mis iniciales, J. V. en una: esquina y ha sido trabajada a máquina por fuera. Contiene diez cigarrillos y la goma que debía sujetarlos está rota.

—Gracias. ¿Y la cadena?

Me acordé de una cadena de segunda mano que había visto expuesta en el escaparate de una joyería cerca de la estación de Montparnasse.

—Oro, de dieciocho quilates, gorda, eslabones anticuados, pesada. Tiene una pequeña medalla conmemorativa de la Exposición Universal de Bruselas de 1901.

Lo anotó todo cuidadosamente.

—Y ahora el alfiler, Monsieur.

Esto ya no era tan fácil.

—Un simple alfiler, Monsieur. Un alfiler de corbata de unos seis centímetros de largo con un pequeño diamante de unos tres milímetros de diámetro en la cabeza.

Di paso a un impulso de atenuación.

—El diamante —añadí con una sonrisa tímida— es de imitación.

—¿Pero el alfiler en sí es de oro?

—Chapado en oro.

—¿Y la caja donde estaban esos objetos?

—Una cajita de hojalata. Una cajita de cigarrillos. De cigarrillos alemanes. No recuerdo la marca. También había dos carretes de fotografías, carretes tipo Contax. Ya estaban revelados.

—¿Tiene usted una máquina fotográfica Contax?

—Sí.

Volvió a levantar la vista hacia mí.

—Supongo que se habrá asegurado de que a la máquina fotográfica no le ha pasado nada, Monsieur. Es una buena presa para un ladrón, ya que se la pagarían bien.

Mi corazón pegó un brinco. La había fastidiado tontamente.

—¿La máquina? —pregunté estúpidamente—. No miré. La dejé en un cajón.

El gerente se puso de pie.

—Entonces sugiero, Monsieur, que vayamos a mirar inmediatamente.

—Sí, claro.

Sentí que mis mejillas se habían puesto muy coloradas.

Subimos las escaleras otra vez hasta mi habitación. Me preparé cuidadosamente para lanzar los correspondientes gritos de contrariedad y enfado apropiados para el momento.

Me precipité ansioso a la cómoda, abrí el primer cajón y lo revolví febrilmente. Luego me giré en seco, con expresión dramática.

—¡Voló! —dije poniendo cara de enfado—. Esto es demasiado. La máquina vale cerca de cinco mil francos. Hay que encontrar al ladrón sin pérdida de tiempo. Le ruego, Monsieur, que haga usted algo inmediatamente.

Con gran sorpresa y confusión por mi parte, una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Algo se hará ciertamente, Monsieur —dijo lentamente—, pero en el caso de la máquina no es necesario hacer nada. ¡Mire!

Seguí la dirección de su gesto. Allí, en la silla que estaba junto a la cama, había una Contax metida en la funda.

—Debí haberme olvidado —comenté estúpidamente cuando bajábamos las escaleras— de que la había dejado sobre la silla.

Köche asintió con la cabeza.

—O el ladrón la sacó del cajón y luego no se acordó de llevársela.

Pensé que eran imaginaciones de mi conciencia culpable la débil nota de ironía que percibí en su voz.

—En cualquier caso —dije con alegría no fingida—, tengo la cámara.

—Hemos de esperar —repuso él con gravedad— que las otras cosas aparezcan con la misma facilidad.

Yo asentí con todo el entusiasmo de que fui capaz. Regresamos a su despacho.

—¿Qué valor tienen la pitillera y la cadena del reloj? —preguntó.

Pensé un momento con atención.

—Es difícil de calcular. Unos ochocientos francos la pitillera y unos quinientos la cadena, diría yo. Los dos eran regalos. En cuanto al alfiler, aunque no tenía valor en sí, posee una gran significación sentimental para mí. Por lo que se refiere a los

carretes, bueno, me sabría mal perderlos, claro, pero...

Me encogí de hombros.

—Comprendo. ¿Estaban aseguradas la pitillera y la cadena?

—No.

Köche dejó la pluma sobre la mesa.

—Usted comprenderá, Monsieur, que en estos casos las sospechas recaen habitualmente sobre la servidumbre. Les interrogaré antes que nada. Preferiría hacerlo yo solo. Espero que no crea usted necesario llamar a la policía inmediatamente y que confiará en mí para solucionar el asunto discretamente.

—Por supuesto.

—Además, Monsieur, a mí personalmente, me gustaría que a los demás huéspedes no les dijera nada de este desagradable incidente.

—Descuide.

—Comprenderá que la reputación de un pequeño hotel como éste no sale muy bien parada con estos desafortunados asuntos. Ya le informaré cuando haya terminado las pesquisas.

Me fui con una sensación de indudable incomodidad. Köche me había pedido que no dijera nada a los demás huéspedes; y, por mi parte, con mucho gusto me hubiera prestado a complacer sus deseos. Cuanto menos se hablara del asunto, más me agradaría a mí. Pero Beghin había insistido en que los demás huéspedes debían enterarse de la novedad; sus instrucciones al respecto habían sido muy claras: yo tenía que armar alboroto. Y entonces pensé en la desdichada servidumbre. La situación era, desde cualquier punto de vista, sumamente desagradable; y, a mi parecer al menos, la triquiñuela era completamente inútil: a no ser que hubiera cosas de las que yo no estaba enterado. Que las pitilleras y las cadenas de reloj tuvieran algo que ver con los espías era algo que escapaba totalmente a mi comprensión. ¿Se proponía Beghin utilizar el supuesto robo como un pretexto para detener al espía? ¡Absurdo! ¿Dónde estaban las pruebas para proceder? Mis dos carretes habrían sido revelados ya, sin duda, y tirados a la basura; y la pitillera y la cadena de reloj no existían. No había más que una manera eficiente de abordar el problema. Primero, identificar al espía; luego, cogerlo con mi máquina en su poder. ¡Mi máquina! Subí los últimos peldaños de la escalera corriendo y me lancé a mi habitación. Solo tardé unos segundos en confirmar mis temores. Esta era mi cámara. La prueba de la acusación había sido devuelta.

Mientras me ponía el traje de baño me invadió un sentimiento de impotencia. Por supuesto, podía mentirle a Beghin. Podía decirle que el nuevo cambio de las cámaras se había efectuado sin mi conocimiento. Podía fingir ignorancia. Podía sugerirle que el hecho había ocurrido cuando el registro de mi habitación. Después de todo, nadie

podía esperar que yo estuviera comprobando el número de serie de la máquina a intervalos fijos de una hora durante todo el día. Teniendo cuidado, no había razón para que Beghin se enterase de que durante dieciocho horas ninguna de las dos cámaras había estado en mi poder. A no ser que cogiera al espía. Pero entonces la suerte estaría ya echada. Ya podía Beghin dejarle escapar otra vez incluso. Claro que al espía no se le iba a coger con cuentos de maletas forzadas y pitilleras robadas. De todos modos, eso era cosa de Beghin. Yo no era más que un peón en el juego, una mosca atrapada en los engranajes de la máquina. Una tremenda oleada de autocompasión invadió mi mente. Me detuve en camisa ante el espejo. ¡Pobre imbécil! ¡Qué piernas más flacas!

Terminé de cambiarme y salí. Al bajar las escaleras vi que Schimler y Köche se metían en el despacho de éste y cerraban la puerta. ¡Schimler! Experimenté una sensación de vacío en mi pecho. Esto era otra cosa. Hoy iba a registrar la habitación del alemán.

Los Vogel estaban ahora hablando con la pareja francesa. Los americanos se hallaban en el agua. Me dirigí hacia Monsieur Duclos, coloqué una silla junto a la suya y me senté. Durante un minuto o dos estuvimos hablando sobre las trivialidades de costumbre. Al cabo de un rato, empecé mi trabajo.

—Usted, Monsieur, es un hombre de mundo. Me gustaría conocer su opinión acerca de un asunto delicado.

Una expresión de pura delicia inundó su cara. Se pasó la mano por la barba en ademán grave.

—Mi experiencia está a su entera disposición, Monsieur —dijo, arqueando las cejas—. ¿Es tal vez acerca de la señorita americana sobre lo que desea mi opinión?

—Perdone...

Se rió entre dientes burlescamente.

—No tiene por qué sentirse cohibido, Monsieur. Si me lo permite, le diré que sus miradas hacia ella han sido notadas por todos. Pero los dos hermanos son inseparables, ¿eh? Créame, Monsieur, tengo bastante buena vista en estos asuntos.

Acercó su cabeza a la mía y dijo, bajando la voz:

—He notado que la chica también se fija en usted.

Y añadió, bajando aún más el tono y pulverizando las palabras directamente en mi oído:

—El interés de ella es mayor cuando está usted vestido como en este momento.

Dejó escapar una risita ahogada entre la barba. Yo le miré fríamente.

—Lo que voy a decirle no tiene nada que ver con la señorita Skelton.

—¿No? —dijo mirándome defraudado.

—No. En este momento me preocupa más el hecho de que hayan sido robados de mi habitación diversos objetos de valor.

La oscilación de sus lentes fue tanta que terminaron en el suelo. Los recogió y volvió a colocarlos con elegancia sobre la nariz.

—¿Un robo?

—Exactamente. Esta mañana, mientras yo estaba en el pueblo, alguien forzó mi maleta que estaba cerrada con llave y se llevó una pitillera, una cadena de oro para reloj, un alfiler con un diamante y un par de carretes de fotografía. Su valor es de unos dos mil francos.

—¡*Formidable!*

—Estoy desolado por semejante pérdida. El alfiler tenía un gran valor sentimental para mí.

—¡*C'est affreux!*

—¡Y tanto que lo es! He comunicado a Köche lo ocurrido y me dijo que interrogaría a la servidumbre. Pero —y es sobre este punto sobre el que le agradecería su consejo— no me satisface el modo como Monsieur Köche está llevando el asunto. Parece que no se percata de la gravedad de las pérdidas. ¿Deberá poner el asunto en manos de la policía?

—¿La policía? —replicó Monsieur Duclos con animación—. ¡Pues claro que sí! Se trata, sin duda, de un asunto que compete a la policía. Si quiere, ahora mismo le acompaño al *Poste*.

—Sin embargo —dije rápidamente—, Köche opina que es mejor no mezclar a la policía en el asunto. Va a interrogar al servicio. Tal vez sea mejor esperar hasta ver el resultado de sus interrogatorios.

—Sí, claro. Tal vez sea eso lo mejor —contestó en un tono de voz que demostraba su mala gana de abandonar la idea—. Pero...

—Muchas gracias, Monsieur —respondí yo, casi en un susurro—. Le quedo muy agradecido por su consejo. Me ha confirmado mis propias opiniones al respecto —vi que sus ojos se dirigían hacia los Vogel y la pareja francesa—. Por supuesto, ya comprenderá que le hablo confidencialmente. Hemos de ser discretos en este momento.

Monsieur Duclos asintió con la cabeza en ademán solemne.

—Naturalmente, Monsieur. Tenga la bondad de considerar a su entera disposición toda mi experiencia como hombre de negocios.

Hizo una pausa. Luego, retorciéndose la manga del albornoz, musitó:

—¿Sospecha de alguien en concreto?

—No. Las sospechas son cosas muy delicadas.

—Desde luego. Pero... —bajó la voz y empezó a susurrarme al oído otra vez—. ¿Ha pensado usted en ese Mayor inglés? ¡Un tipo violento! ¿Y qué hace para ganarse la vida? Nada. Lleva tres meses aquí. Le diré algo más. Esta mañana, después del desayuno, me abordó en la terraza de abajo para pedirme un préstamo de dos mil

francos. Necesita dinero a toda costa ese tipo. Me ofrecía el cinco por ciento de interés al mes.

—¿Y usted se negó?

—Naturalmente. Me sentó muy mal. Me dijo que necesitaba el dinero para irse a Argel. ¿Por qué tengo que pagarle yo un viaje a Argel? Que trabaje como todo el mundo. También me dijo algo acerca de su mujer, pero no logré entenderle. Su francés resulta incomprensible. Está un poco loco, no cabe duda.

—¿Y cree usted que ha sido él quien ha robado en mi habitación?

Mi interlocutor sonrió con aire de superioridad y levantó la mano en señal de protesta.

—¡Ah, no, Monsieur! Yo no digo eso. Simplemente sugiero.

Su mano hizo un movimiento como si estuviera subrayando una sutileza legal muy engañosa.

—Simplemente, señalo —continuó— que ese hombre no tiene ocupación, que necesita dinero, que está desesperado. Solo un desesperado ofrecería un cinco por ciento al mes. No es que yo acuse a ese Mayor. Le estoy haciendo una sugerencia simplemente.

En ese momento vi que los americanos salían del agua. Me puse de pie.

—Gracias, Monsieur. Tendré en cuenta su sugerencia. De momento, debemos guardar discreción. Tal vez podremos discutir la cuestión más tarde.

—Cuando sepamos los resultados de los interrogatorios preliminares.

—Exacto. —Me retiré con una leve inclinación de cabeza.

En el momento en que llegaba junto a los Skelton, Monsieur Duclos conversaba animadamente con los Vogel y la pareja francesa. No se necesitaba un gran esfuerzo de imaginación para adivinar el tema de su conversación. Se podía confiar en Monsieur Duclos para llevar a cabo las instrucciones de Beghin al pie de la letra.

Desafiando un letrero que había en las habitaciones, Skelton se estaba secando con una toalla del hotel.

—¡Ah! ¡El hombre de las noticias! —fue su saludo.

Su hermana me hizo sitio bajo la sombrilla.

—Venga a sentarse, Mr. Vadassy. Nada de largarse por ahí con Monsieur Köche. Queremos la verdad, toda la verdad.

Me senté.

—Siento haber tenido que andar arriba y debajo de esa manera, pero ha ocurrido algo bastante desagradable.

—¿Algo desagradable? ¿Otra vez?

—Me temo que sí. Esta mañana, mientras estaba en el pueblo, alguien ha forzado mi maleta llevándose varios objetos de su interior.

Skelton se sentó a mi lado como si las piernas le hubieran flaqueado.

—¡Atiza! Eso sí que es desagradable. ¿Algo de valor?

Repetí la lista.

—¿Cuándo dice que ocurrió? —preguntó la chica.

—Mientras yo estaba en el pueblo. Entre las nueve y las diez y media.

—Pero a eso de las nueve y media le vimos hablando con el Mayor.

—Sí, pero había salido de la habitación a las nueve.

Skelton se inclinó hacia mí en tono confidencial.

—Oiga, ¿quiere decir que no le estaría entreteniendo el Mayor mientras su mujer hacía el trabajo?

—¡No digas sandeces, Warren! Esto es serio. Probablemente fue alguien del servicio.

Skelton bufó impaciente.

—¿Por qué alguien del servicio? Me fastidia. Cuando hay un robo de este tipo siempre se busca al ladrón entre el servicio, o un chico de los recados, o alguien por el estilo que no pueda defenderse. Si hemos de ser serios, ¿qué hacía papá suizo andando cautelosamente por el pasillo esta mañana?

—No era en la parte de la casa donde está la habitación de Mr. Vadassy. ¿Cuál es el número de su habitación, Mr. Vadassy?

—El seis.

—¿Ves? —dijo ella mientras empezaba a ponerse aceite en los brazos—. Era en el otro lado de la casa, dos habitaciones más allá de la mía. En la de ese amigo de Monsieur Köche.

Agarré un puñado de arena y lo dejé caer por entre los dedos.

—¿Qué número es? —pregunté con aire despreocupado.

—El catorce, creo. Y el suizo no estaba andando cautelosamente. Se le había caído una moneda de cinco francos en el pasillo.

—¿Qué le ha dicho Köche, Mr. Vadassy?

—Creo que sospecha del servicio.

—Naturalmente —dijo la chica con Energía—. A Warren le chifla adoptar posturas originales. Todos sabemos que pudo ser un viejo rico con hábitos cleptómanos. Pero la verdad es que probablemente se trata de alguna pobre camarera mal pagada con un amigo en el pueblo al que quiere regalarle una pitillera de plata.

—¿Y una cadena de oro para el reloj, y un alfiler con un diamante, y un par de carretes fotográficos? —inquirió su hermano con sarcasmo.

—Tal vez fue un camarero.

—O tal vez el viejo Duclos. O el Mayor. A propósito, ¿qué nos cuenta del Mayor, Mr. Vadassy?

Decidí no deleitarles con la historia de la vida del Mayor.

—Deseaba simplemente disculparse por las molestias provocadas ayer en la

playa. El hombre del yate era su hermano político. Ambos habían tenido una disputa por cuestiones monetarias. El cuñado suscitó la cuestión otra vez y el Mayor perdió el control de sus nervios. Me explicó que su mujer estaba muy nerviosa también y que no había querido decir realmente que él estuviese loco.

—¿Eso es todo? ¿Por qué le eligió a usted para disculparse?

—Creo que estaba muy incómodo por todo lo ocurrido. Me eligió a mí, precisamente porque no había estado presente —no iba a decirles que Monsieur Duclos había recibido un resumen de las mismas disculpas e idéntica petición de dinero—. En cualquier caso, el Mayor y su mujer se van y...

—En otras palabras, Warren —repuso la chica—, que nos preocupemos de nuestras cosas y no nos comportemos como un par de niños traviesos. ¿Es eso, Mr. Vadassy?

Eso era exactamente, pero empecé a protestar tímidamente mientras mis mejillas se ponían coloradas. Warren Skelton me interrumpió:

—¡Huele a bebida! Vamos. Ya es casi la hora de comer; no tendrá tiempo de bañarse ya.

Mientras él fue a buscar las copas, la chica y yo nos dirigimos a las mesas de la terraza inferior.

—No se tome usted muy en serio todo lo que Warren dice —comentó la chica, sonriendo—. Este es su primer viaje al extranjero.

—¿Usted ya había salido antes?

Tardó unos segundos en contestar, hasta el punto que ya creía que no me había oído. Pareció titubear un momento como si fuera a decir algo importante. Entonces vi que se encogía ligeramente de hombros.

—Sí, yo había salido antes ya —dijo mientras nos sentábamos—. Warren dice que hay en usted algo misterioso.

—¿Sí?

—Dice que parece usted un hombre que tenga algo que ocultar. Dice, además, que no es natural que una persona hable más de una lengua a la perfección. Creo que tiene la esperanza de que a la postre resulte ser usted un espía o algo por el estilo.

Noté que volvía a ponerme colorado.

—¿Un espía?

—Ya le dije que no debe prestar demasiada atención a lo que él diga.

Volvió a sonreírme. Sus ojos, inteligentes y divertidos, se encontraron con los míos. Sentí de pronto un fuerte deseo de confiar en ella, de decirle que yo era realmente un hombre que tenía algo que ocultar, con objeto de conquistar su simpatía, su ayuda. Me incliné hacia delante, sobre la mesa.

—Me gustaría... —comencé. Pero nunca llegue a decirle lo que me gustaría, y, en este momento, había olvidado ya lo que iba a decirle. En efecto, en aquel preciso

instante apareció su hermano con las bebidas en una bandeja.

—Los camareros estaban ocupados en la terraza, así que yo mismo hago de camarero —dijo. Levantó su vaso en gesto de brindis—: Bien, Mr. Vadassy, ¡esperemos que al amigo de la camarera no le guste su pitillera!

—O los dos carretes de fotografías —añadió la chica con gravedad—. No debemos olvidarlos.

No comí mucho aquel mediodía.

Por una parte, la cabeza me había empezado a doler otra vez; por otra, con la sopa me llegó un mensaje de Köche. Al gerente le gustaría que Monsieur Vadassy tuviese la amabilidad de pasar por su despacho después de la comida. Sí, Monsieur Vadassy tendría la amabilidad. Pero la perspectiva me preocupaba. Supongamos que Köche había decidido que alguna «pobre camarera mal pagada» era la culpable. ¿Qué debía hacer yo? El idiota de Beghin no me había dado instrucciones para hacer frente a esta contingencia. La infortunada chica negaría el cargo, naturalmente. ¿Qué debía decir yo? ¿Me iba a quedar con los brazos cruzados, viendo cómo el celoso Köche intimidaba a una persona totalmente inocente, acusándola de un robo que no había tenido lugar? Era una situación abominable. Pero, tal como ocurrió, no tenía por qué preocuparme. La camarera no había sido molestada.

Cuando me disponía a abandonar la terraza, Monsieur Duclos se abalanzó sobre mí.

—¿Ya ha decidido llamar a la policía, Monsieur?

—Todavía no. Ahora voy a ver a Köche.

Se pasó la mano por la barba en ademán pensativo.

—He estado pensando en ello, Monsieur. Cada hora de retraso es un tanto a favor del ladrón.

—Desde luego. Pero...

—En mi calidad de hombre de negocios, le aconsejo que actúe inmediatamente. Debe mostrarse usted firme con Köche, Monsieur —dijo, tirando de la barba hacia delante con energía.

—Me mostraré firme, Monsieur. Estoy...

Pero antes de que pudiera continuar, llegaron los Vogel, que me dieron la mano expresándome su pesar por la pérdida. Monsieur Duclos ni siquiera se inmutó por esta prueba de su traición.

—Monsieur Vogel y yo estamos de acuerdo —afirmó— en que es preciso llamar al comisario de policía.

—Cinco mil francos —observó Herr Vogel pausadamente— es una pérdida seria. Evidentemente, es cosa de la policía. Monsieur Roux es de la misma opinión. Hay que tener en cuenta que están en peligro las cosas de los demás huéspedes. Mademoiselle Martin, que es de naturaleza bastante nerviosa, está preocupada por sus rubíes. Monsieur Roux la calmó, pero a mí me dijo que si no se descubría al ladrón, se vería obligado a dejar el hotel. Köche debe ser advertido enérgicamente de que el asunto ha de ser tratado con la mayor seriedad. ¡Cinco mil francos! —concluyó,

repitiendo la versión que Monsieur Duclos había dado del asunto—. Es una cosa muy seria.

—Sí, desde luego —dijo Frau Vogel.

—¿Ve? —añadió Monsieur Duclos con aire de triunfo—. Hay que llamar a la policía.

—Respecto a la cuestión de sus sospechas, Herr Vadassy —continuó Herr Vogel en un susurro—, creemos que, en principio, no es preciso informar a la policía de ellas.

—¿Mis sospechas? —dije mirando a Monsieur Duclos. Este evitó graciosamente mi mirada manoseando sus lentes con bastante ostentación.

Herr Vogel sonrió con indulgencia.

—Comprendo perfectamente. Sería mejor no decir nada que pudiera ser interpretado como prueba contra —echó un vistazo rápido en derredor y bajó la voz— cierta persona de nacionalidad inglesa, ¿eh? —me guiñó un ojo—. Estas cosas hay que tratarlas con discreción, ¿eh?

—¡Sí, sí! —repitió Frau Vogel con viveza.

Murmuré algo afirmando que no tenía la menor sospecha contra nadie y me largué. Monsieur Duclos me estaba resultando un agente de publicidad bastante comprometedor.

Köche me estaba esperando en su despacho.

—Ah, sí, Monsieur Vadassy, pase, por favor —dijo, cerrando la puerta detrás de mí—. ¿Un silla? Bien. Ahora, al asunto.

Yo me puse en mi papel.

—Espero, Monsieur, que tenga usted buenas noticias para mí. Este suspense resulta de lo más penoso.

Me miró serio.

—Mucho me temo, Monsieur, que mis pesquisas no hayan producido ningún resultado positivo.

Yo fruncí el entrecejo.

—Eso es grave.

—Muy grave. ¡Muy grave, ciertamente! —fijó la vista en un papel que tenía delante, golpeándolo un par de veces con el índice; luego levantó los ojos hacia mí de nuevo—: He interrogado a todo el personal, jardinero y camareros incluidos, esperando que alguno de ellos pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto.

Hizo una pausa.

—Francamente, Monsieur —continuó con parsimonia—, creo que todos son sinceros al decirme que no saben nada del robo.

—¿Quiere decir que tuvo que ser uno de los huéspedes?

Tardó un momento en responderme. Por alguna razón que yo no era capaz de

identificar, empecé a sentirme todavía más incómodo. Luego, Köche sacudió la cabeza lentamente.

—No, Monsieur, no quiero decir que fuera uno de los huéspedes.

—¿Alguien de fuera, entonces?

—No, tampoco.

—¿Entonces?

Se inclinó hacia delante.

—He decidido, Monsieur, que éste es un caso para la policía.

—Supongo —protesté— que ésta es la última cosa que usted desea. Piense en el escándalo.

Sus labios se pusieron rígidos. Apareció un Köche que yo no conocía; su indolencia y afabilidad dieron paso a una actitud muy propia del hombre de negocios. De pronto, la atmósfera se cargó con una horrible tensión.

—Desgraciadamente, el daño ya está hecho —dijo en tono mordaz—. No solo los huéspedes están enterados y discuten el asunto, sino que en este momento uno de ellos es considerado por los otros como presunto culpable.

—Lamento mucho que esto haya ocurrido. Yo...

Pero el gerente no hizo caso de mi intención.

—Yo le pedí, Monsieur, que guardara silencio hasta que pudiera investigar el caso. Sin embargo, me he enterado que, lejos de guardar silencio, ha discutido usted el asunto con los demás del modo más lamentable.

—Le pedí consejo, confidencialmente, a Monsieur Duclos respecto a la cuestión de avisar a la policía o no. Si Monsieur Duclos ha sido indiscreto, lo lamento.

Al responderme había en su voz un inconfundible tono de burla.

—Y, por curiosidad, ¿qué le aconsejó Monsieur Duclos?

—Me aconsejó que avisara a la policía, pero aparte de la deferencia hacia su...

—Entonces, Monsieur, estamos totalmente de acuerdo. Esta es su oportunidad —dijo, echando mano al teléfono—. Le pondré en contacto con la policía inmediatamente.

—¡Un momento, Monsieur Köche! —su mano se detuvo sobre el teléfono—. Me he limitado a repetir el consejo de Duclos. Personalmente, no veo necesidad de llamar a la policía.

Con gran alivio por mi parte, su mano se retiró del auricular. Luego giró lentamente y me miró a los ojos.

—Sabía que iba a ser ésa su respuesta —dijo con intención.

—Estoy seguro —continué yo con toda la amabilidad de que fui capaz— que usted solucionará el asunto con mucha más eficiencia que la policía. No quiero ocasionar ninguna molestia. Si se recuperan los artículos robados, estupendo. Si no se recuperan, bueno, ¡qué le vamos a hacer! En cualquier caso, la policía más bien sería

un estorbo que una ayuda.

—Se lo creo, Monsieur —ahora no había la menor duda en cuanto al tono de burla—. Le creo perfectamente que la policía sea para usted un estorbo bastante grave.

—Creo que no le entiendo.

—¿No? —dijo con una sonrisa asquerosa—. Monsieur, tengo muchos años de experiencia en la profesión hotelera. Estoy seguro que no considerará una descortesía por mi parte si le digo que ya me he tropezado más de una vez con gente de su oficio. He aprendido a tomar mis precauciones. Cuando usted me informó del supuesto robo, me dijo que entre los objetos robados había una pitillera. Más tarde, cuando yo le sugerí que me la describiese como una pitillera de oro, titubeó usted y sorteó la dificultad diciendo que se trataba de una pitillera de plata con ribetes de oro. Demasiado ingenioso, amigo mío. Cuando entré en su habitación, lo primero que vi fue la hoja de una tijera en el suelo, junto a la maleta. Sobre la cama estaba el resto de la tijera. Usted la miró un par de veces, pero no dijo nada. ¿Por qué? Evidentemente, la tijera había sido utilizada para forzar la maleta. Era una prueba importante. Pero usted la ignoró; no vio nada significativo en ella, porque sabía sobradamente cómo había sido forzada la maleta. Usted mismo la había forzado.

—¡Es infamante! Yo...

—Y otra cosa: cuando mencioné la máquina fotográfica, mostró usted un interés sincero. Al señalarle yo la silla donde estaba, su emoción fue auténtica. Sin duda temió usted por un momento que hubiera habido un robo de verdad.

—¡Yo...!

—Cometió usted otro error en la valoración de la pitillera. Una pitillera como la descrita por usted valdría por lo menos unos mil quinientos francos. Ciertamente que, según dijo, se trataba de un regalo, pero aún así, difícilmente tendería usted a infravalorarla un cincuenta por ciento. La gente que pierde algo tiende invariablemente al otro extremo.

—Yo no voy a...

—Lo único que me ha desconcertado son sus motivos. Lo más corriente en estos casos es que el huésped perjudicado amenace al hotel con llamar a la policía, a menos que él, o con más frecuencia ella, reciba una compensación. Pero usted, o bien es nuevo en el oficio, o tiene otros motivos para decírselo inmediatamente a los demás huéspedes. Tal vez ahora no le importe decirme cuál es realmente su objetivo.

Yo me había puesto de pie. Ahora estaba enfadado de verdad.

—Es una acusación monstruosa, Monsieur. Nadie me había insultado nunca de esta manera. Voy... voy a... —la rabia me hacía tartamudear.

—¿Llamar a la policía? —repuso el gerente, solícito—. Aquí tiene el teléfono. ¿O tal vez no desea llamar a la policía?

Yo adopté la única postura digna que las circunstancias me permitían.

—No tengo intención de continuar esta farsa, Monsieur.

—Veo que no es tonto —repuso Köche inclinándose con la silla—. He sospechado de usted, Vadassy, desde su más bien larga entrevista con la policía el martes. La policía francesa no suele registrar la habitación de una persona a no ser que tengan sospechas muy fuertes contra ella. La explicación del pasaporte resultaba muy poco convincente. Ahora veo su ansiedad por evitar ulteriores encuentros con el comisario. En consecuencia, le he preparado la cuenta. Por favor, no interprete esto como un acto de benevolencia por mi parte. Personalmente, hubiera preferido llevarle directamente a la policía o, en cualquier caso, ordenarle que se largue antes de una hora. Sin embargo, la opinión de mi mujer es que las dos soluciones suscitarían aún más comentarios entre los huéspedes. Ella es más práctica que yo, y he terminado por ceder ante su decisión. Abandonará usted el Réserve mañana por la mañana. No sé si voy a informar a la policía o no, depende de su comportamiento durante las pocas horas que va a permanecer aquí. Quiero que comunique usted a los demás huéspedes que su reclamación era infundada, que los objetos desaparecidos los había extraviado usted mismo y que los desperfectos de la maleta se deben al uso de una llave inadecuada en las cerraduras y que fue usted mismo quien las forzó. No me cabe duda que será usted capaz de hacer la historia lo bastante convincente para oídos inexpertos. ¿Comprendido?

Utilicé lo mejor que pude los jirones de serenidad que todavía me quedaban.

—Comprendo perfectamente, Monsieur. En todo caso, no tengo intención de seguir aquí después de su increíble comportamiento.

—¡Bien! Aquí tiene la cuenta.

Estudí la factura ostentadamente, buscando algún error. Era una chiquillada, pero en aquel momento me sentía muy niño. El gerente esperó en silencio. No había errores.

Tenía el dinero justo. Köche lo cogió con gesto titubeante, como si no esperase cobrarlo todo. Mientras me extendía el recibo, me puse a mirar, desconcertado, la Esta de las salidas de la Istalia Cosulich Line, clavada en la pared que estaba a mi lado. La leí dos veces antes de que me pasara el recibo.

—Gracias, Monsieur. Lamento no poder desear que le veamos otra vez por el Réserve.

Me fui.

Cuando llegué a la habitación temblaba de pies a cabeza. El descubrimiento de que se habían llevado las toallas, el frutero y todos los demás objetos portátiles pertenecientes al Réserve no contribuyó ciertamente a mejorar la situación. Puse la cabeza bajo el grifo y bebí un trago de agua. Luego, encendí un cigarrillo y me senté

en una silla junto a la ventana.

Me puse a pensar en las cosas que debía haberle dicho a Köche, cosas duras y mordaces. Luego, al cabo de un rato, dejé de temblar. Todo era culpa de Beghin, no mía. Era él quien debía haber previsto que un plan tan infantil tenía que fallar a la fuerza. Cierto que mis descuidos y mi incapacidad habían contribuido al fracaso; pero yo no estaba acostumbrado a hacer el papel de vulgar estafador. Me invadió una ola de honrada indignación. ¿Qué derecho tenía Beghin a colocarme en una posición tan despreciable? Si yo hubiera sido una persona normal, con un Cónsul que pudiera defender mis derechos, seguro que no se hubiese atrevido a utilizarme así. En cualquier caso, ¿qué sentido tenía todo esto? ¿O era idea suya que la trampa fuera descubierta? ¿No me estarían utilizando a mí como una especie de conejillo de Indias con objeto de llevar a cabo algún descabezado experimento? Tal vez era así. ¿Mas qué importaba eso en todo caso? La verdad era que, a menos que Beghin se dignase salir a escena y hacer uso de su autoridad, yo tenía que abandonar el Réserve mañana por la mañana. ¿Y qué pasaría entonces? Probablemente me esperaba una celda en la comisaría. Quizá debía telefonar a Beghin ahora y explicarle la situación... Pero aunque el pensamiento cruzó por mi cerebro, sabía perfectamente que no lo iba a poner en práctica. La verdad era que tenía miedo, miedo de que Beghin me censurase el que Köche me hubiera descubierto. Tenía miedo, sobre todo, que me volvieran a llevar a la comisaría y me encerrasen de nuevo en aquella horrible y estrecha celda.

Miré por la ventana. El mar semejaba, bajo los rayos del sol, una gran pradera de hierba azul y ondulada. Una inmensa paz parecía extenderse sobre las aguas. En las frías profundidades marinas un hombre ya no tendría miedo, ni dudas, ni temores. Podía bajar a la playa, meterme en el agua y nadar hasta fuera de la bahía, penetrando en el mar abierto. Y seguir nadando hasta que mis brazos estuvieran demasiado cansados para volverme a la costa. Mis brazadas se harían cada vez más lentas, más penosas. Luego me detendría y me hundiría. El agua penetraría en mis pulmones. Trataría de luchar, retornaría el deseo de vivir —¡la vida a cualquier precio!—, pero habría tomado mis precauciones para que el regreso no fuera posible. Habría un minuto o dos de tormento, pero luego me iría sumergiendo lentamente en la inconsciencia. ¿Y después, qué? *Ayer, en St. Gatien, un ciudadano yugoslavo llamado Josef Vadassi (escribirían mal mi apellido) fue arrastrado por las olas mientras se bañaba. Todos los intentos realizados para rescatarle resultaron vanos. Su cuerpo aún no ha podido ser recuperado. ¿Nada más? No, nada más. Esto era todo. En el fondo del mar el cuerpo se pudriría lentamente.*

El cigarrillo se me había apagado. Lo arrojé por la ventana, me fui hacia el espejo del ropero y me quedé mirando mi propia imagen. «Te estás volviendo loco», murmuré. «Mejor que te tranquilices. Hace un minuto te suicidabas y ahora estás aquí de pie, hablando contigo mismo. ¡Venga ya! No es para tomárselo tan a pecho. Y no

te cuadros así, que no estás en un torneo de levantamiento de pesos. Los músculos no te valen para nada. Lo que tú necesitas es un poco de inteligencia. Probablemente la cosa no es tan seria como tú te lo imaginas. Y, por amor de Dios, métete esto en la cabeza. Son casi las tres. Tienes de plazo desde este momento hasta la noche para descubrir quién es la persona que posee una máquina fotográfica Contax. Eso es todo. No es difícil, ¿verdad? Lo único que has de hacer es echar un vistazo por las habitaciones. Empieza por la del tal Schimler. Es el más sospechoso. Utiliza un nombre falso. Dice que es suizo y en realidad es alemán. Tiene dificultades y se entiende con Köche. Y métete también en la cabeza que Köche puede estar en el ajo. Tal vez es él la persona realmente interesada en no llamar a la policía, por eso tiene tanto interés en deshacerse de ti. Sí, esta es una idea, ¿o no? No habías caído. Ándate con cuidado. Utiliza el sentido común. Acaban de atraparte ahora mismo. Que no vuelva a ocurrir. Si Schimler es el espía, tienes que espabilarte para cogerle. Es un tipo peligroso. Él es el autor del porrazo que te atizaron ayer noche en el jardín y que tanto te hace doler la cabeza. Ya sabes su número de habitación. Te lo dijo la chica. Número catorce, y está en el otro lado del edificio. Pero antes tienes que ver dónde está el individuo. *Tienes que andar con cuidado. Y ahora, manos a la obra».*

Me alejé del espejo. Sí, tenía que poner manos a la obra. Primero, tenía que saber dónde se hallaba Schimler. Habitualmente solía sentarse en la terraza. Allí debía mirar antes de nada. Después de atravesar la sala de estar sin encontrar a persona alguna, me acerqué de puntillas a la ventana. Sí, allí estaba, leyendo como siempre, con la pipa en la boca, la cabeza inclinada sobre el libro en actitud de concentración. No parecía posible que este hombre fuera un espía. Pero esta vez no permití que mi corazón se ablandara. ¡Manos a la obra! Seguramente nadie solía tener aspecto de espía... antes de saber que lo era realmente. En cualquier caso, estaba en juego mi libertad, o la de otra persona. Evidentemente, Schimler era un tipo sospechoso. ¡Bien, pues a trabajar!

Volví a subir las escaleras. Al pasar ante mi habitación me detuve un momento. ¿Tenía que entrar a coger algo que me hiciera falta? ¿Un arma? ¡Qué tontería! No se trataba de una misión peligrosa; simplemente, un minucioso registro de la habitación; eso era todo. Mi corazón empezó a latir furiosamente. Pasé de largo ante mi habitación y me dirigí hacia el fondo del pasillo. Entonces se apoderó de mí un nuevo temor. Supongamos que me encontrara con alguien. ¡Los Skelton o los Vogel! ¿Cómo explicar mi presencia allí? ¿Qué podía estar haciendo yo en aquella parte del pasillo? En aquel momento pasé por delante de una puerta con un letrero que decía *Salle de Bain*. En caso necesario podía entrar allí y simular darme un baño. Pero no me encontré con nadie. Un segundo más tarde me hallaba ante la habitación número catorce. Salvar la distancia que hay entre el pensamiento y la acción a menudo constituye un arduo proceso. Es muy fácil proyectar el registro de la habitación de

alguien —de pie ante el espejo no había tenido ningún reparo—, pero cuando llega el momento de actuar, entrar realmente en la habitación está lejos de ser fácil. No es simplemente el temor a ser descubierto lo que detiene a uno. Es la sensación de estar violando la esfera privada de otra persona. Enfrente de uno mismo, una puerta extraña, un pomo extraño y, del otro lado, parte de la vida de otra persona. Abrir la puerta parece una intromisión tan inexcusable como espiar a una pareja de novios.

Me quedé allí de pie durante un segundo o dos, debatiéndome bajo la conciencia de culpabilidad, racionalizándola con todo tipo de objeciones sin importancia. Tal vez Mary Skelton se había equivocado; tal vez ésta no era la habitación. Era muy pronto todavía; hacía poco que habíamos terminado de comer; debería esperar a que Schimler se acomodara en la terraza. Por otra parte, la máquina podía estar escondida, en cuyo caso perdía el tiempo. Y la puerta estaría cerrada con llave. Si alguien pasaba en el momento en que yo tratase de entrar... Si alguien... No había más que un modo de solucionar todo esto: penetrar en la habitación con la mayor naturalidad. Si había alguien dentro o pasaba cualquiera por el pasillo, entonces me habría confundido. Monsieur Skelton me había dicho que le llamara cuando estuviera arreglado para bajar a la playa.

¿No era ésta su habitación? Perdón por la intromisión. Me retiraría. A no ser que fuera uno de los Skelton quien me viera. Desde luego, si me quedaba allí de pie durante mucho tiempo, terminarían por verme. Respirando profundamente, llamé suavemente con los nudillos y eché mano a la cerradura, haciéndola girar. No estaba cerrada con llave. Empujé la puerta y la abrí, quedándome en el umbral un segundo. La habitación estaba vacía. Esperé un segundo y entré, cerrando la puerta a continuación. La proeza se había consumado.

Eché una mirada en derredor. La habitación era más pequeña que la mía y daba sobre la parte del edificio donde estaba la cocina. Cerca de la ventana había un grupo de cipreses que quitaban bastante luz. Manteniéndome lo más alejado posible de la ventana, empecé a buscar la maleta de Schimler. No tardé mucho tiempo en llegar a la conclusión de que no había ninguna maleta. Quizás había vaciado su contenido en los cajones de la cómoda y la maleta estaba en el cuarto de los trastos. Busqué en los cajones. A excepción del primero, todos estaban vacíos. En el primer cajón había una camisa blanca muy lavada y planchada, una corbata gris, un peine de bolsillo, un par de calcetines con grandes agujeros en los talones, una par de calzoncillos limpios pero arrugados, un paquete de escamas de jabón y una cajita de tabaco francés. No había ninguna máquina fotográfica. Observé la etiqueta de la corbata. Tenía el nombre y la dirección de una casa de confección de Berlín. Los calzoncillos eran de origen checoslovaco. La camisa era francesa. Me dirigí al cuarto de baño. La hoja de afeitar, el jabón, el cepillo de dientes y la pasta también era franceses. Me dirigí al armario.

Era amplio y profundo, con una hilera de perchas en la barra y un estante para los zapatos. Había un traje y un impermeable blanco. Nada más. El traje era de color gris oscuro y tenía los codos gastados. El impermeable tenía un siete en la parte de abajo. Así que esto y el contenido de la cómoda era el equipaje de «Herr Heinberger». ¡Muy extraño! Si tenía suficiente dinero para residir en el Réserve, evidentemente debería tener más ropa. De todos modos, esto era algo accidental. Yo estaba buscando una máquina fotográfica.

Miré bajo el colchón, pero mi búsqueda no produjo ningún fruto, a no ser un pinchazo en la mano con un muelle roto. La habitación empezaba a ponerme nervioso. No había encontrado lo que pretendía, por lo tanto había llegado el momento de irme. Sin embargo, todavía me quedaba una cosa por hacer.

Volví al armario, descolgué el traje y empecé a registrar los bolsillos. Los dos primeros estaban vacíos; pero en el del interior mis dedos tropezaron con una especie de librito delgado con tapas de cartón. No era uno sino dos y se trataba de pasaportes: uno alemán y otro checo. Examiné primero el alemán. Había sido expedido en 1931 a nombre de Emil Schimler, periodista, nacido en Essen en 1899. Esto constituía de por sí una sorpresa. No le hubiera echado a Schimler más de cuarenta años. Examiné las páginas de los visados. La mayoría estaban en blanco. Había, sin embargo, dos visados para Francia con fecha de 1932, y uno para Rusia con fecha de 1932. Había pasado dos meses en la Unión Soviética. También había un visado suizo con fecha del diciembre anterior y uno francés de mayo del año en curso. A continuación examiné el pasaporte checo. Contenía una inequívoca fotografía de Schimler, pero estaba expedido a nombre de Paul Czissar, representante de comercio, nacido en Brno en 1895. La fecha de expedición era el 10 de agosto de 1934. Contenía un gran número de visados alemanes y checos. Herr Czissar parecía haber viajado extensamente por la línea Berlín-Praga. Tras un corto titubeo logré descifrar la fecha del visado más reciente: 20 de enero del año en curso, hacía exactamente ocho meses.

Estaba tan entretenido con estos significativos documentos que no oí las pisadas hasta que sonaron prácticamente en la puerta. Aunque las hubiera oído antes, dudo que hubiese podido hacer otra cosa distinta de la que hice. La verdad es que tuve el tiempo justo para meter los pasaportes en el bolsillo y colgar el traje en el armario antes de que empezase a girar el pomo de la puerta. En las décimas de segundo que tardó en abrirse la puerta, me pareció que el cuerpo y el cerebro se me habían quedado entumecidos. Me quedé de pie, mirando estúpidamente la cerradura. Deseaba gritar, esconderme en el armario, saltar por la ventana, meterme bajo la cama. Pero no hice nada de esto. Me quedé mirando simplemente.

Luego, se abrió la puerta y Schimler entró en la habitación.

Tardó un segundo en verme.

Al atravesar la puerta, tiró un libro sobre la cama y dio un paso hacia la cómoda.

En aquel momento, nuestras miradas se encontraron. Se detuvo. Luego, muy lentamente, se dirigió a la cómoda y sacó la cajita de tabaco. A continuación comenzó a llenar la pipa.

El silencio era casi insoportable. Parecía que algo me apretara el corazón hasta ponerme rígido. La sangre se agolpaba en mi cabeza. Fascinado, me quedé mirando cómo sus dedos apretaban el tabaco en la cazoleta.

Cuando al fin habló, su voz tenía el tono justo, casi natural.

—Me temo que no hallará nada de valor aquí.

—Yo no había... —empecé con voz ronca; pero él, pipa en mano me redujo al silencio con un gesto.

—Ahórrese sus protestas. Créame que le admiro. Las personas de su profesión necesitan correr riesgos. Debe ser irritante descubrir que los ha corrido en vano. Especialmente —añadió mientras empezaba a encender la pipa—, cuando el riesgo le puede llevar a la cárcel.

Exhaló una nube de humo y luego preguntó:

—Y ahora, dígame, ¿prefiere ver aquí al gerente, o en su despacho?

—No tengo el menor deseo de ver al gerente en absoluto. No he cogido nada.

—Lo sé. No hay nada que coger. Pero le recuerdo que está usted en mi habitación sin ser invitado.

Empecé a recobrar mi dispersa capacidad imaginativa.

—La verdad es que... —empecé otra vez, pero antes de que pudiera continuar me interrumpió de nuevo.

—¡Ah! Me esperaba eso. He descubierto que cuando una persona empieza una frase afirmando «la verdad es que», invariablemente la frase resulta una mentira. ¿Qué verdad es ésa?

Empecé a ruborizarme, molesto.

—La verdad es que hoy por la mañana me han sido robados de la maleta unos cuantos objetos de valor. Sospechaba que había sido usted. Y como Monsieur Köche no tomó la cosa demasiado en serio, he decidido investigar por mi cuenta.

Se sonrió con sarcasmo.

—Oh, comprendo. La mejor defensa es un buen ataque. Yo le amenazo, usted me amenaza. Por desgracia para usted, se da la casualidad de que ya he discutido con Herr hache el asunto de su denuncia.

Hizo una pausa significativa y añadió:

—Tengo entendido que ya ha pagado la cuenta.

—Sí, me voy en señal de protesta.

—¿Y esto forma parte de la protesta?

—Interprételo como quiera. De todos modos, veo que me he equivocado. Ni es usted el culpable. Solo me resta presentarle mis disculpas por haberme tomado la justicia por mi mano y retirarme.

Me dirigí hacia la puerta. Pero él se movió ligeramente tratando de interceptarme.

—Me temo —dijo muy serio— que esto no va a ocurrir. Dadas las circunstancias, creo que sería mejor que nos quedáramos aquí, rogando a Herr Köche que subiera.

Se fue hacia el timbre y llamó. El corazón me dio un brinco.

—No he cogido nada. No he hecho ningún daño. No puede acusarme de nada —dije, levantando la voz.

—Mi querido Herr Vadassy —replicó en tono de aburrimiento—, la policía ya sabe quién es usted. Esto es suficiente. Si le divierte utilizar subterfugios, utilícelos. Pero, por favor, guárdeselos para el comisario. Usted vino aquí con la intención de robar. Puede dar usted a la policía tantas explicaciones como quiera.

Me vi desesperado. Eché una mirada en derredor buscando una salida. Si llegaba Köche en este momento, estaría en la comisaría dentro de media hora. Solo me quedaba una cosa que decir. Y la dije.

—¿Y quién va a presentar la denuncia? —pregunté con amargura—. ¿Herr Heinberger, Herr Emil Schimler de Berlín o Herr Czissar de Brno?

Esperaba una cierta reacción ante esto, pero la amplitud de la misma me cogió de sorpresa. Se giró lentamente hacia mí y me miró a la cara. Sus hundidas mejillas se tornaron profundamente pálidas; la expresión irónica de sus ojos se había convertido en una mirada fría y cargada de odio. Avanzó unos pasos hacia mí. Inconscientemente, empecé a retroceder. Él se detuvo.

—Así que no es usted un ratero de hotel.

Lo dijo en un tono suave, casi de pregunta, pero en una amplitud tan mordaz que el pánico se apoderó de mí.

—Ya le dije que no era un ladrón —repliqué en tono vivo.

De pronto se abalanzó sobre mí y, agarrándome por la pechera de la camisa, me atrajo hacia él hasta que mi cara estuvo solo a unos cuantos centímetros de la suya. Me cogió tan de sorpresa que ni siquiera se me ocurrió ofrecerle resistencia. Mientras hablaba, me sacudía lentamente hacia delante y atrás.

—No, no es un ladrón, no es una rata honesta, sino un cochino espía. Un espía astuto, además —dijo frunciendo los labios con desprecio—. Para la gente que le rodea, un profesor de idiomas tímido e ingenuo, con su aspecto romántico y sus tristes ojos magiares que engañarían incluso a un pintor. ¿Cuánto tiempo hace que está usted en el juego, Vadassy, o como sea que se llame? ¿Le eligieron ellos para el

puesto, o se graduó usted en las celdas de castigo?

Me dio un violento empujón y, tambaleándome, fui a chocar de espaldas contra la pared. Su puño se cerró y se disponía a venir otra vez sobre mí cuando sonaron unos golpecitos en la puerta. Nos quedamos un momento mirándonos el uno al otro en silencio; luego, él se incorporó y dirigiéndose hacia la puerta la abrió. Era un camarero.

—¿Llamaba, señor? —oí que preguntaba.

Schimler pareció titubear. Luego dijo:

—Lo siento; debió ser sin querer. Puede irse.

Cerró la puerta y, recostándose en ella, se me quedó mirando.

—Fue una interrupción muy oportuna para usted, amigo mío. Hacía mucho tiempo que no perdía la cabeza de este modo. Iba a matarle.

Me esforcé para que no se me notara el temor en la voz.

—Y ahora que ha recobrado la calma, tal vez podamos hablar tranquilamente. Hace un momento recordaba usted que la mejor defensa es un buen ataque. Me temo que llamarme a mí espía es un modo bastante ingenuo de poner en práctica el refrán. ¿No cree?

Guardó silencio. Yo empecé a recobrar la confianza en mí mismo. Iba a ser más fácil de lo que había pensado. El objetivo principal ahora consistía en averiguar qué había hecho con la máquina. Entonces iba a ser yo quien haría volver al camarero para que llamase a Beghin.

—Si usted supiera —continué— las molestias que me ha causado, se mostraría más amable conmigo. Todavía me duele el golpe que me atizó ayer noche en la cabeza. Y si todavía no ha estropeado esos dos carretes de fotografías, me gustaría recobrarlos antes de que viniera la policía. Decían que no me iban a dejar volver a París hasta que el asunto se aclarase. Sin embargo, ahora que está claro, espero que sea usted comprensible. A propósito, ¿qué hizo de la máquina?

Se me quedó mirando en actitud interrogante y dubitativa.

—Si es una trampa... —se detuvo—. No tengo la menor idea de lo que me está usted hablando —concluyó.

—Es una locura por su parte —dije encogiéndome de hombros—. ¿Ha oído hablar de un tipo llamado Beghin?

Negó con la cabeza lentamente.

—Pues me temo que pronto le conocerá. Es un inspector de la Sûreté General, agregado al Departamento Naval de Inteligencia. ¿No le sugiere nada?

Avanzó lentamente hacia el centro de la habitación. Yo me dispuse a defenderme. Eché un vistazo al timbre con el rabillo del ojo. En un par de zancadas estaría a mi alcance. Si Schimler daba un paso más, yo me lanzaría hacia el timbre. Pero se detuvo.

—Sospecho, Vadassy, que estamos hablando de cosas distintas.

Yo me sonreí sarcástico.

—No creo.

—Entonces lamento decirle que no entiendo nada.

—¿Cree que vale la pena seguir negando? —pregunté, suspirando con impaciencia—. Sea comprensible, por favor. ¿Qué hizo con la máquina?

—¿Qué clase de broma es ésa?

—No es una broma, como usted mismo podrá comprobar dentro de poco.

Empezaba a sentirme incómodo. Me daba cuenta de que mi modo de enfocar la situación no era muy afortunado.

—Propongo llamar a la policía. ¿Tiene algo que objetar? —dije.

—¿A la policía? En absoluto. Llámela de una vez.

Podía ser un farol, pero aquello me desconcertó un poco. Sin la prueba de la máquina, no tenía nada que hacer. Así que decidí cambiar la táctica. Me quedé mirándole durante un segundo o dos; luego, esboqué una sonrisa burlona.

—¿Sabe una cosa? —dije tímidamente—. Tengo la desagradable sospecha de que he cometido un error.

Sus ojos tropezaron con los míos.

—Estoy completamente seguro de que así es.

Suspiré.

—Bueno. Siento muchísimo haberle causado tantas molestias. Estoy realmente avergonzado. Monsieur Duclos se va a divertir un rato.

—¿Quién?

La pregunta sonó como un tiro de pistola.

—Monsieur Duclos. Un viejo agradable; un poco charlatán, es cierto, pero simpático.

Vi que hacía un esfuerzo para controlarse. Se acercó a mí.

—¿Quién es usted y qué desea? ¿Es de la policía?

En su voz había una peligrosa tranquilidad.

—Estoy conectado con la policía —esto era un eufemismo bastante exagerado, pensé—. Mi nombre ya lo conoce. Todo lo que deseo es una pequeña información. ¿Qué ha hecho usted con la máquina?

—¿Y si le digo que sigo sin saber de qué me está hablando?

—Haré que le interroguen. Y lo que es más —dile, observándole atentamente—, daré a conocer algo que usted parece guardar muy celosamente: el hecho de que su nombre no es Heinberger.

—La policía conoce mi verdadero nombre.

—Lo sé. Y lamento tener que decirle que no tengo ninguna confianza en la inteligencia de la policía local. ¿Comprende ahora de qué estoy hablando?

—No.

Me sonreí y me dirigí hacia la puerta. Pero él me cogió por un brazo y me hizo dar la vuelta.

—Escuche, mentecato —dijo en tono rudo—; no sé qué es lo que se trae entre manos, pero, según parece, se le ha metido una idea en la cabeza, complicándome en algo que desconozco. Sea lo que sea, usted piensa que el hecho de que yo tenga tanto interés en ocultar mi identidad constituye una especie de prueba que muestra la exactitud de su hipótesis. ¿Es así?

—Aproximadamente.

—Muy bien. Pues sepa que mis razones para utilizar el nombre de Heinberger no tienen absolutamente nada que ver con usted. Köche ya lo sabe. La policía tiene mi nombre correcto. Usted, que no tiene idea de cuáles son mis razones, está dispuesto a ser deliberadamente indiscreto a menos que yo le facilite una información que no poseo. ¿Es correcto?

—Más o menos. Suponiendo, naturalmente, que no tenga usted esa información.

Pero él, ignorando esta última observación mía, se sentó en el borde de la cama.

—No sé como lo ha descubierto. Supongo que se lo ha dicho la policía de aquí, o lo leyó en esos pasaportes que están en el armario. En cualquier caso, tengo que evitar que la noticia siga extendiéndose. Voy a ser totalmente franco con usted, ¿comprende? Tengo que pararle. Y el único modo de hacerlo es contándole mis razones. No hay en ellas nada raro. Mi caso no es único ni mucho menos.

Hizo una pausa para encender su pipa, que se había apagado. Sus ojos se encontraron con los míos. En ellos brillaba otra vez socialla misma expresión de ironía.

—Me mira como si no fuera a creerme una palabra de nada.

—No sé si voy a creerle o no.

Apagó la cerilla.

—Bueno, ya veremos. Pero no olvide una cosa: yo confío en usted. Por supuesto, no tengo otra alternativa que hacerlo así. No puedo convencerle para que confíe en mí.

Sus palabras fueron seguidas por unos segundos de silencio, como si se tratara de una especie de pregunta. Por un instante fugaz sentí que mi corazón se ablandaba; pero solo por un instante.

—Yo no confío en nadie.

Él suspiró.

—Muy bien. Se trata de una larga historia. Comienza, en 1933. Yo era director de un periódico social-demócrata de Berlín; el *Telegrafblatt*.

Hizo una pausa, encogiéndose de hombros.

—En la actualidad ya no se publica. No era un mal periódico. Había algunos

periodistas bastante buenos trabajando en él. El propietario era el dueño de un aserradero en la Prusia oriental. Era un hombre liberal, reformista, con una profunda admiración por los liberales ingleses del siglo diecinueve, Gowin, John Stuar Mill y hombres por el estilo. La muerte de Stresemann le afectó mucho. Con frecuencia solía enviarme artículos de fondo acerca de la fraternidad humana y sobre la necesidad de sustituir la lucha entre el capital y el trabajo por una cooperación basada en las enseñanzas de Cristo. Excuso decirle que mantenía las mejores relaciones con sus propios empleados; sin embargo, sospecho que su fábrica era deficitaria. Entonces vino 1933.

»El problema de la social-democracia alemana de la posguerra era que sostenía con una mano lo que trataba de combatir con la otra. Creía en la libertad del capitalismo individualista para explotar al trabajador, y en la libertad del obrero para organizar sus sindicatos y combatir al capitalista. Su gran ilusión era la confianza en las posibilidades ilimitadas del compromiso. La social-democracia pensó que podía construir Utopía dentro de la Constitución de Gemirá, que la única concepción política sublime era el reformismo, y que las podridas estructuras económicas del mundo podían ser apuntaladas en su base material procedente de la cumbre. Y lo peor de todo, creía en la posibilidad de enfrentarse a la fuerza bruta con la buena voluntad, como si se pudiese tratar a un perro rabioso acariciándole. En 1933 la social-democracia alemana fue herida fatalmente y murió en rápida agonía.

»El *Telegraphblatt* fue uno de los primeros periódicos clausurados. Sufrimos dos incursiones. La segunda vez nos destrozaron la sala de máquinas con granadas de mano. Incluso así logramos sobrevivir. Tuvimos la suerte de encontrar un impresor que pudo y quiso imprimirnos un periódico de calidad mediocre. Pero al cabo de tres semanas se negó a seguir trabajando para nosotros. Había sido objeto de una visita de la policía. El mismo día recibimos un telegrama del dueño diciéndonos que, debido a las pérdidas de sus negocios, se veía obligado a vender el periódico. El comprador era un jerarca nazi y se dio la casualidad de que yo me enteré de que la operación se efectuó mediante una orden de pago del Banco de Detroit. La noche siguiente fui detenido en mi casa y conducido a una celda de la policía.

»Me retuvieron allí durante tres meses. Nadie presentó ninguna acusación contra mí. Ni siquiera me interrogaron. Todo lo que conseguí que me dijeran es que mi caso estaba siendo estudiado. El primer mes fue el peor porque no estaba acostumbrado. Aquellos policías no eran malos chicos. Uno de ellos incluso me confesó que había leído varias veces mi expediente. Al cabo de tres meses fui trasladado a un campo de concentración cerca de Hannover.

Hizo una pausa por un momento. Yo me senté en la silla junto a la ventana.

—Me atrevería a decir que también usted habrá oído hablar mucho de los campos de concentración —continuó—. Casi todo el mundo ha oído hablar de ellos; y las

ideas que la mayoría de la gente tiene al respecto son bastante equivocadas. Al oír algunos relatos, uno se imagina que la mayoría del día se emplea en partir los dientes a los prisioneros con porras de goma, golpearlos en el estómago, o romperles los dedos con la culata de los rifles. Nada más erróneo; por lo menos, en lo que respecta al campo donde yo estaba. La tortura nazi es mucho menos humana. Es el cerebro lo que les interesaba. Si ha visto alguna vez a un hombre recién salido de un confinamiento solitario en una celda oscura como una boca de lobo, tendrá usted una idea aproximada de lo que estoy diciendo. Teóricamente es posible no pasarlo peor en un campo de concentración que en cualquier otra prisión. Teóricamente. En la práctica, no sé de nadie que pueda hacer una afirmación de este tipo. La disciplina es fantástica. Le encomiendan a uno un trabajo; por ejemplo: le dan una pala y le hacen trasladar un montón de piedras de un lugar a otro y viceversa, y si uno deja un momento de trabajar, aunque solo sea para estirar la espalda, será azotado por desobediencia y le castigarán con una semana de confinamiento solitario. No permiten un solo momento de distensión. Cambian los guardias constantemente para que no se cansen de vigilar. Le hacen desfilar a uno por el campo apuntándole con un arma. Le alimentan con despojos y troncos de repollo cocidos en agua, y mientras uno come esta porquería hay un arma apuntándole continuamente. Había uno que le molestaba tanto la presencia del arma que tan pronto terminaba de comer solía vomitarlo todo. Algunos se debilitaban de tal manera que no se podían mantener de pie. Cuando uno era nuevo allí, trataba de luchar, de rebelarse. Pero ellos estaban preparados contra esto. Utilizaban habitualmente el trabajo para quebrar la resistencia de los forzados. Y, en último término, resolvían el problema mediante sesiones regulares de azotes y largas estancias en las celdas de confinamiento solitario. En la medida en que uno podía aguantar, se daba cuenta de que poco a poco su mente flaqueaba. Yo fingí someterme. Pero no era fácil, ¿comprende? Se ponen a hablar ante usted, y si ven que usted mira hacia ellos, comprenden que su mente todavía funciona como la de un ser humano y no como la de una bestia. Lo mejor es mantener los ojos fijos en el suelo y no mirar nunca al guardia que le dirige a uno la palabra. Yo me convertí pronto en un experto; tan experto que empecé a pensar que tal vez me estaba engañando a mí mismo, que en realidad no estaba más entero que los demás. Dos años pasé en este campo.

La pipa se le había apagado. Golpeó la cazoleta contra la palma de la mano en actitud meditativa.

—Un día me llevaron al despacho del comandante del campo. Me dijeron que si firmaba un papel renunciando a la nacionalidad alemana y prometía salir del país para no volver, me dejarían libre. Al principio creí que se trataba simplemente de otra de sus trampas para que uno se traicionara a sí mismo. Pero no lo era. Ni siquiera sus preciosos tribunales populares podían encontrar nada para acusarme. Firmé lo que me

propusieron. Hubiera firmado cualquier cosa con tal de salir de allí. Tuve que esperar tres días a que llegara mi permiso. Durante este tiempo me mantuvieron alejado de los demás prisioneros y, en vez de trabajar con todos, me hacían limpiar las letrinas. Pero por la noche seguía ocupando el mismo dormitorio común. Ocurrió entonces una cosa curiosa.

»No estaba permitido hablar entre los prisioneros. La prohibición se hacía cumplir de un modo tan salvaje que la táctica de ojos-a-tierra se aplicaba tanto entre prisionero y prisionero como entre prisionero y guardia. Si usted miraba a otro prisionero, podían decirle que estaba pensando en hablar. El resultado era que uno conocía al hombre que tenía al lado, no por su cara, sino por su espalda y por la forma de sus pies. Ya puede suponer, pues, la conmoción que me produjo el que, cuando íbamos hacia el dormitorio la última noche que yo iba a pasar allí, el prisionero que marchaba a mi lado tratase de mirarme a los ojos. Era un hombre de unos cuarenta años, de constitución robusta y pelo canoso. Solo llevaba seis meses entre nosotros y, por el modo como le distinguían con sesiones de azotes, supuse que se trataba de un comunista. Había un guardia cerca de nosotros y a mí me aterraba la idea de darles una excusa para cancelar mi permiso. Penetré en la litera con la mayor celeridad que pude y me eché en silencio.

»Suele ser muy corriente que los prisioneros tengan pesadillas. A veces se limitan a murmurar, pero otras chillan y gritan en sus sueños. Tan pronto uno de los prisioneros empieza con una pesadilla, un guardia coge un cubo de agua fría y se lo vacía encima. Corrientemente, yo no solía dormir mucho allí, pero aquella noche no conseguí pegar ojo. Empecé a pensar en mi liberación al día siguiente. Llevaba dos horas despierto en la oscuridad cuando el de la litera siguiente a la mía comenzó a murmurar en sueños. Uno de los guardias se acercó, pero al llegar a su lado el murmullo se apagó. Mas cuando el guardia se alejaba, comenzó de nuevo; solo que ahora era un poco más alío y yo podía oír lo que decía: me preguntaba si estaba despierto.

»Yo tosí un poco, me giré intranquilo y suspiré, de tal modo que el otro pudiese comprender que le estaba oyendo. Entonces comenzó a murmurar de nuevo y oí que me decía una dirección de Praga. Solo tuvo tiempo de pronunciarla una vez porque el guardia había vuelto y empezaba a sospechar. El prisionero se dio la vuelta y empezó súbitamente a extender los brazos y a gritar pidiendo auxilio. El guardia le dio un golpe y, cuando el hombre fingió despertarse, le amenazó con el cubo de agua fría si no se estaba callado. No volví a oír nada. Al día siguiente me entregaron el permiso y me enviaron a Bélgica en tren.

»Es difícil expresar los sentimientos que experimenté al sentirme libre otra vez. Al principio fue difícil. No podía apartar de mis narices el olor del campo y solía quedarme dormido en los momentos más inesperados del día soñando que había

vuelto allí. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo conseguí superar esto, y empecé a pensar de nuevo como un ser humano. Pasé un mes o dos en París, haciendo algunos trabajos para los periódicos de allí, pero las dificultades del idioma me resultaron casi insuperables. Tenía que pagar a alguien que me hiciera una traducción correcta del artículo. Finalmente, terminé por irme a Praga. En aquel momento no tenía al menor intención de presentarme en la dirección que me había dado aquel hombre en el campo. La verdad es que casi me había olvidado de ello. Pero una vez en Praga, algo que oí a otros alemanes que me encontré allí me decidió a hacer averiguaciones. Aquella dirección resultó ser la de las oficinas centrales de la organización de propaganda clandestina del Partido Comunista Alemán.

Hizo una pausa durante un momento para encender su pipa y luego continuó:

—Al cabo de cierto tiempo, cuando estuvieron seguros de mí, comencé a trabajar para la clandestinidad. La actividad principal consistía en introducir noticias en Alemania, noticias auténticas. Publicábamos un periódico —el nombre no interesa— que solíamos pasar de contrabando en pequeñas cantidades a través de la frontera. Se imprimía en un papel biblia muy fino, doblando cada ejemplar en un cuadernillo muy pequeño de tal modo que un hombre lo podía ocultar en la palma de la mano. El contrabando se hacía empleando diversos métodos, algunos de ellos realmente ingeniosos. Se empaquetaban los ejemplares en bolsas de un papel que no dejaba pasar la grasa y se metían en los cubos de los ejes de los trenes Praga-Berlín. En la capital alemana los recogía un comprobador de ruedas, pero al cabo de cierto tiempo la Gestapo lo cogió y tuvimos que pensar otro método. Entonces se sugirió que uno de nosotros debía hacer las gestiones para conseguir un pasaporte checo y, haciéndose pasar por viajante de comercio, introducir los periódicos camuflados en las muestras. Yo me ofrecí voluntario para esa misión y, superadas ciertas dificultades, lo conseguimos.

»Crucé la frontera alemana unas treinta veces aquel año. No era especialmente arriesgado. Solo había dos peligros. Uno era la posibilidad de que alguien me reconociera y me denunciara: Otro era que sospecharan del hombre encargado de recoger los periódicos y entregárselos a la red de distribución. Y esto fue lo que ocurrió. No le detuvieron inmediatamente, sino que le sometieron a una estrecha vigilancia. Solíamos encontrarnos en la sala de espera de una estación del suburbano y luego entrábamos juntos en el mismo tren: Yo dejaba el paquete de periódicos en la red del vagón y abandonaba el tren. A continuación, él los recogía. Pero una vez; cuando el tren acababa de salir de la estación, se detuvo de nuevo y un escuadrón de las SS penetró en él. No sabíamos fijo si venían por nosotros o no, así que sin palabra nos dirigimos a distintos compartimientos y nos sentamos. Oí que le detenían y esperé mi turno. Pero se limitaron a examinar mi pasaporte y siguieron registrando el tren. Solo al día siguiente, cuando ya estaba de vuelta en Praga, comprobé que me

seguían. Afortunadamente, tuve el buen sentido de no ir directamente a las oficinas centrales. Quiero decir afortunadamente para mis compañeros. Cuando descubrieron que yo no les iba a conducir a las personas que deseaban, decidieron que lo mejor sería hacerme volver a Alemania y extraerme la información mediante sus persuasivos métodos. Nuestro periódico había empezado a causarles ciertas dificultades, ¿comprende?, y yo era la única clave que tenían para llegar a las personas que estaban detrás de él. La parte alemana de la organización solo se encargaba de la distribución. Eran los cerebros dirigentes lo que les interesaba. Así pues, tuve que desaparecer. Y desaparecer de Checoslovaquia, además, porque habían notificado a la policía checa que yo era en realidad un criminal alemán reclamado por robo y que el pasaporte de Paul Czissar había sido obtenido con documentos falsos.

»En Suiza intentaron secuestrarme. Yo vivía en un hotel a la orilla del lago de Constanza e hice amistad con dos individuos que decían estar pasando sus vacaciones practicando la pesca. Un día me invitaron a que fuese con ellos. Como me aburría, les dije que sí. Pero en el último momento y casi por accidente, descubrí que no eran suizos sino alemanes y que su bote había sido alquilado en la orilla alemana. Después de esto me fui a Zurich. Sabía que me seguirían la pista, pero no podían intentar ningún rapto tan lejos de la frontera. Sin embargo, tampoco aquí pude quedarme mucho tiempo. Un buen día recibí una carta de Praga comunicándome que la Gestapo había logrado descubrir que mi nombre era Schimler. Desde un principio sabían, por supuesto, que Paul Czissar no era un checo sino un alemán; pero ahora que sabían mi nombre real ya no necesitaban raptarme para hacerme volver a Alemania. Desde entonces he estado corriendo de un lado para otro. Suiza está infestada de agentes de la Gestapo. Entonces decidí trasladarme a Francia. La gente de Praga me envió a Köche. Él es uno de ellos.

»Su comportamiento conmigo ha sido asombroso. Yo llegué aquí sin un céntimo y él me dio ropas y manutención desde entonces a cambio de nada. Pero ya no puedo seguir corriendo de un lado para otro. No tengo dinero, y Köche no puede facilitármelo porque tampoco él lo tiene. El hotel es propiedad de su mujer, y todo lo que puede hacer es convencerla para que me deje seguir aquí. Me ofrecí para trabajar, pero ella no lo ha permitido. Es muy celosa y le gusta tenerle cogido por alguna parte. Yo debería marcharme. Este lugar empieza a ser peligroso. Hace semanas nos enteramos de que la Gestapo había enviado un agente a Francia. Es asombroso el modo que tienen de husmear éstas cosas. Y cuando uno se siente perseguido, desarrolla un sexto sentido. Se llega a oler el peligro. He tratado de cambiar mi aspecto externo todo lo posible, pero creo que he sido identificado. Creo, además, que he descubierto al agente que me han enviado. Pero no actuaré hasta que esté seguro. Mi única posibilidad es engañarle. Usted me desarmó. Por un momento creí que había cometido una equivocación. Köche le infravaloró creyéndole un vulgar ratero.

Se encogió de hombros en ademán dubitativo y luego continuó:

—No sé quién es usted, Vadassy, pero lo que acabo de contarle es la verdad. ¿Qué piensa hacer usted ahora?

Yo le miré en actitud titubeante.

—Francamente, no lo sé —repuse—. Hubiera creído esta historia si no fuera por una cosa. No me ha explicado por qué el descubrimiento de que su verdadero nombre es Schimler empeora tanto la situación. Si no le podían forzar a volver como Czissar, ¿por qué pueden hacerlo al descubrir su verdadero nombre?

Sus ojos se detuvieron en los míos; vi que la comisura de sus labios se contraían nerviosamente. Fue el único destello de emoción que le traicionó. Su respuesta brotó en un tono apagado y monótono.

—Es muy sencillo —repuso lentamente—; mi mujer y mi hijo siguen en Alemania.

—Comprenderá —continuó al cabo de un rato— que cuando me expulsaron de Alemania no me dejaron ver a mi familia. Hacía más de dos años que los había visto por última vez. Antes de que me enviaran al campo, me enteré que a mi mujer había mandado al niño a casa de su padre, fuera de Berlín. Le escribí desde Bélgica y París, y decidimos que tan pronto como pudiera establecerme en Francia o Inglaterra se reunirían conmigo. Pero pronto comprendí que bastante hacía si lograba sostenerme a mí mismo en París. En Londres ocurriría otro tanto. Yo no era más que un refugiado alemán. En Praga conocí a un hombre que me aseguró que los comunistas tenían medios y modos de entrar y salir clandestinamente en Alemania. Yo ansiaba ardientemente ver a mi mujer, hablar con ella, ver al chico. Fue este deseo lo que me hizo ir a la dirección que me dio aquel hombre en el campo. La historia de entrar y salir en Alemania era un absurdo, claro. No tardé en descubrirlo; pero cuando se me presentó la oportunidad, la aproveché. En tres de mis viajes con el pasaporte checo me reuní con mi mujer en secreto.

»Ella trató de persuadirme para que los llevase, a ella y al chico, conmigo a Praga, pero yo no quise. Mis medios de vida eran prácticamente nulos y, mientras ellos pudiesen vivir cómodamente, creí que era mejor dejarlo estar.

»Cuando me cayó el primer golpe, me alegré de haber tomado aquella decisión. ¡Que la Gestapo me hiciera volver si podía! Descuide, que esto no les serviría de nada porque el Partido sabe que, por muy leal que sea un hombre, siempre puede ser torturado hasta que hable. Cuando me siguieron hasta Praga, las oficinas centrales fueron trasladadas. La dirección es Lista de Correos, Praga. Pero la Gestapo se toma las cosas muy en serio. Quieren hacerme volver. Y yo los he infravalorado. Utilizar mi pasaporte checo era demasiado peligroso, por lo que eché mano del viejo pasaporte alemán que mi mujer tenía escondido y que en una de nuestras entrevistas me había traído. Debió haber sido por esto por lo que descubrieron mi identidad.

»Cuando supe que me habían descubierto, me asusté. Podían utilizar a mi mujer y a mi hijo como rehenes. Tendría que volver, o de lo contrario pronto me enteraría de la detención de mi mujer en mi lugar. Consideré la situación cuidadosamente. Hasta que la Gestapo me enviara su ultimátum, probablemente mi mujer estaría a salvo; vigilada, sin duda, pero a salvo. Por lo tanto, yo solo tenía que hacer una cosa: esconderme hasta tener noticias de ella. Si estaba bien y seguía con su padre, yo me seguiría escondiendo hasta que se hubieran cansado de buscarme. Entonces procuraría hacerme con otro pasaporte y sacarla de Alemania.

Se quedó mirando un instante la vieja pipa que tenía en su mano.

—Llevo más de cuatro meses esperando, y no he tenido ninguna noticia. No puedo escribir personalmente por miedo a los censores alemanes. Köche, mediante la dirección de un alojamiento que tiene en Toulon, ha tratado de ponerse en contacto con ella. Pero no ha tenido ninguna respuesta. No puedo hacer otra cosa que esperar. Si me descubren aquí, ¿qué le vamos a hacer! En cualquier caso, tendré que volver, a no ser que tenga noticias de ella muy pronto. No puedo hacer otra cosa.

Hubo un largo momento de silencio. Luego me miró y esbozó una débil y forzada sonrisa.

—¿Puedo confiar en usted, Vadassy?

—Desde luego —repliqué; hubiera querido decir más, pero no fui capaz.

Me dio las gracias inclinando ligeramente la cabeza. Yo me puse de pie y me dirigí hacia la puerta.

—¿Y qué piensa hacer con su espía, amigo mío? —murmuró por encima del hombro.

Yo titubeé un segundo.

—Lo buscaré en otra parte, Herr Heinberger.

Cuando volví la cabeza para cerrar la puerta detrás de mí, vi que se llevaba lentamente las manos a la cara. Me fui rápidamente.

Al echar a andar por el pasillo, oí que otra puerta se cerraba muy cerca. Pero no presté atención a este hecho. No tenía ninguna razón para sentir miedo porque alguien me viera salir de la habitación de Herr Heinberger. De vuelta en mi habitación, cogí la lista de Beghin y la estuve mirando por un momento. A continuación, taché de ella tres nombres: Albert Köche, Suzanne Köche y Emil Schimler.

A las cuatro y media de la tarde del 18 de agosto me senté frente a una hoja de papel con membrete del Réserve tratando de resolver un problema. Estuve un largo rato mirando el blanco papel. Luego, lo levanté para leer la filigrana al trasluz. Al fin, muy lentamente y con letra bien legible, escribí esta frase: «*Si un hombre necesita tres días para eliminar tres sospechosos, permaneciendo constantes todos los demás factores, ¿cuánto tiempo necesitará el mismo hombre para eliminar a otros ocho sospechosos?*».

Estuve pensándolo un rato. Luego escribí debajo, subrayándolo «*Respuesta: ocho días*». A continuación, dibujé una horca con un cuerpo colgado de ella. Bajo el ahorcado, escribí «ESPIA». Inmediatamente le añadí un grueso estómago, le dibujé unas grandes gotas de sudor y cambié el nombre por el de «BEGHIN». Al fin, le borré el estómago, le añadí un mechón de pelo y unos semicírculos bajo los ojos y lo rebauticé «VADASSY».

¡Ocho días! ¡Y no tenía ni siquiera ocho horas! Al menos, naturalmente, que Köche terminara por dejarme quedar. Schimler era su amigo, y si le decía que yo no era un ratero... ¿Pero sabía Schimler realmente que yo no era un ratero? Tal vez debería volver a su habitación y explicarle. Aunque, ¿para qué? Prácticamente ya no me quedaba dinero. No tenía medios para quedarme en el Réserve aunque me lo permitieran.

Ésta era otra contingencia con la que Beghin no había contado. ¡Beghin! Su incompetencia y estupidez eran monumentales. En el momento en que había destruido la hoja de papel donde había estado garabateando y alargué la mano para coger otra nueva, vi que eran las cinco. Miré por la ventana. El sol se había movido y ahora el mar parecía una brillante balsa de metal líquido. Las faldas de las colinas que se veían al fondo de la bahía despedían rojos destellos por encima de su franja de árboles. Una sombra había empezado a crecer por la playa. Sería magnífico, pensé, estar en París ahora. El calor de la tarde, tan molesto en la ciudad, ya habría pasado. Qué delicia estar sentado en los jardines de Luxemburgo, bajo los árboles que hay cerca del teatro de marionetas. En estos momentos reinaría allí una infinita calma. No habría nadie, solo un par de estudiantes leyendo. Se oiría el murmullo de las hojas, ajenas a los dolores humanos y a una civilización que corre a su propia destrucción. Allí, lejos de este mar de latón y esta tierra roja como la sangre, uno podía contemplar impasible la tragedia del siglo veinte; impasible, si no fuera por la pena que le inspira la humanidad en lucha por salvarse a sí misma del fango primitivo que brota de su propio subconsciente.

Pero esto era St. Gatien, no París; el Réserve, no los jardines de Luxemburgo; y yo era un protagonista del drama, no un espectador. Y lo que era más importante, a no ser que tuviera mucha suerte o actuase de un modo muy inteligente, pronto pasaría a ser un «ruido de fondo». Me puse de nuevo a trabajar.

Los Skelton, los Vogel, Roux y Mademoiselle Martin, los Clandon-Hartley y Duclos: me quedé mirando la lista en actitud miserable. Los Skelton, primero. ¿Qué sabía yo de ellos realmente? Nada; simplemente que esperaban la llegada de sus padres en el *Conte di Savoia* la próxima semana. Y que éste era su primer viaje al extranjero. Podía eliminarlos sin más consideraciones, por supuesto. Luego hice una pausa. ¿Por qué «por supuesto»? ¿Era éste el modo más tranquilo y desapasionado de examinar todos los hechos disponibles? No, no lo era. Todo lo que sabía de los Skelton era lo que ellos me habían dicho.

Desde este punto de vista, tal vez había eliminado a Schimler y Köche demasiado a la ligera. Sin embargo, estaban los pasaportes y la conversación que escuché entre ellos, la cual venía a confirmar las palabras de Schimler. Los Skelton no tenían nada que pudiese corroborar sus palabras. Habría que someterlos a investigación. ¿Y los Vogel? Era tentador eliminarlos a ellos también. Era difícil imaginarse a un espía con aspecto tan grotesco; Herr Vogel era lo menos parecido a un espía. Pero también ellos debían ser interrogados discretamente.

¿Roux y Mademoiselle Martin? Si no fuera porque Roux hablaba un francés bastante horrible y el cariño de ella resultaba un poco afectado, no había ningún detalle especial que los singularizase. A pesar de todo, había que sondearlos.

Los Clandon-Hartley parecían más interesantes. Y yo sabía muchas cosas sobre ellos. Todas sin confirmar, desde luego, pero muy interesantes. Y había un detalle muy sugerente. El Mayor andaba escaso de dinero. Dos veces había pedido un préstamo. Es más, según Duclos, había estado esperando un dinero que no llegaba. ¿Era la remuneración por las fotografías? Era una posibilidad muy clara. El Mayor, insistía Duclos, estaba desesperado. Bueno, todo era posible. Y la señora Clandon-Hartley era italiana. Todo coincidía con gran exactitud.

El viejo Duclos, sin embargo, no era muy de fiar como testigo, ni mucho menos. Su imaginación era demasiado ardiente; solo yo la sabía bien. Por su parte, difícilmente se le podía considerar como sospechoso. Era demasiado inverosímil. Claro que entonces de todos se podía decir lo mismo. ¿Qué sabía yo de Duclos? Simplemente que era, o parecía ser, un pequeño industrial con cierta inclinación al chismorreo y a hacer trampas en los juegos con los amigos. ¿Qué podía sacar de todo esto? Nada.

Y entonces se me ocurrió algo que se me antojó ser un gran descubrimiento. A cualquiera que no fuese rematadamente bobo se le hubiera ocurrido antes. Pensé que no servía de nada estudiar el comportamiento normal de estas personas; nada le

resulta a uno más fácil que hacer de las suyas cuando todo el mundo le acepta como lo que parece. Lo que yo tenía que hacer era partir del supuesto de que todos estaban mintiendo y obligarles a descubrirse. No debería mostrarme amable. Tenía que discutir con ellos. No aceptar tranquilamente lo que me dijeran de sí mismos sin interrogarlos y examinarlos. Hasta ahora solo habían hecho preguntas muy educadas. Ya era tiempo de que adoptase una política más agresiva.

Pero ¿cómo poner en práctica una política agresiva en semejantes circunstancias? ¿Recorriendo las distintas dependencias del Réserve como un mastín hambriento, gruñendo furioso a todo el que se cruzase en mi camino? No. Lo que debía hacer era preguntar, investigar; y luego, cuando se agotarán las posibilidades de la cortesía habitual, saltar por encima de ellas. Decir disparates en un tono amistoso pero inexorable acerca de las actitudes de la persona en cuestión hasta que se traicionase a sí misma. Luego, caería sobre el culpable canalla como un halcón sobre su presa.

A las cinco y veinticinco escribí los nueve nombres en una hoja de papel, cerré los ojos, moví el lápiz haciendo un círculo y... lo detuve en un punto cualquiera. Luego abrí los ojos y vi que los Vogel iban a ser mis primeras víctimas. Me peiné un poco y bajé en su búsqueda.

Estaban, como de costumbre, en la playa junto con Duclos, los Skelton y la pareja francesa. Al aparecer yo, Monsieur Duclos saltó de su silla y salió apresuradamente a mi encuentro. Recordé entonces que había descuidado preparar una explicación razonable para dar cuenta de la recuperación de los objetos «robados».

Por poco doy la vuelta y echo a correr. Pero, mientras titubeaba, comprendí que era demasiado tarde para huir. Duclos ya estaba casi junto a mí. Intenté pasar por su lado con una reverencia cordial, pero él realizó un rápido movimiento de flanqueo y me encontré caminando a su lado hacia los demás.

—Esperábamos sus noticias antes —dijo casi sin aliento—. ¿Ha sido avisada la policía?

Yo negué con la cabeza lentamente.

—No. Afortunadamente su presencia no fue necesaria.

—¿Han sido recuperados los objetos?

—Sí.

Eché a correr delante de mí para dar la noticia.

—El ladrón —oí que decía— ha sido descubierto. Los objetos robados han sido recuperados.

Cuando llegué junto al grupo, todos se apiñaron alrededor de mí, haciéndome mil preguntas simultáneamente.

—¿Fue uno de los criados?

—El Mayor inglés sin duda...

—¿El jardinero?

—¿El encargado de comedor?

—¡Por favor! —dije levantando la mano pidiendo calma—. No se rompan la cabeza buscando un culpable; no hay culpable. Los objetos no habían sido robados.

Se quedaron todos con la boca abierta.

—Todo fue un error —dije con un fingido tono frívolo—, un estúpido error. Parece —continué, devanándome los sesos desesperadamente tratando de encontrar una salida del atolladero—, parece que la caja cayó bajo la cama, fuera del alcance de la vista, al hacer la limpieza de la habitación.

La explicación sonaba demasiado endeble. Roux dio un paso adelante entre los Vogel.

—Entonces —exclamó con aire de triunfo—, ¿cómo se explica que las cerraduras de la maleta hayan sido forzadas?

—Ah, claro —dijo Herr Vogel.

—¡Sí, eso! —añadió su mujer.

—¿Qué dice? —preguntó Skelton.

Para ganar tiempo, se lo traduje y añadí en inglés:

—No sé a qué se refiere.

Skelton quedó un poco perplejo.

—¿Acaso no fueron forzadas las cerraduras de su maleta? Creí que había dicho usted eso.

Negué con la cabeza lentamente. Se me había ocurrido una idea.

Roux estaba escuchando nuestra conversación con impaciencia y desconcierto. Me dirigí a él.

—Le estaba explicando, Monsieur, que debe estar usted en un error. No sé donde ha obtenido su información, pero la verdad es que yo no he dicho nunca que las cerraduras de la maleta hubieran sido forzadas. Discutí el asunto, confidencialmente, con Monsieur Duolos, pero no hablé para nada de las cerraduras. Si alguien, desconocedor de la verdad, ha hecho circular falsos rumores, soy el primero en lamentarlo puesto que ello contribuiría a crear una situación todavía más desagradable. ¿Le habían dicho a usted, Herr Vogel, que las cerraduras hubieran sido forzadas?

Vogel negó apresuradamente con la cabeza.

—No; la verdad es que no —añadió su mujer.

—Monsieur Roux —continué yo con gran seriedad—, supongo que usted...

Pero Roux no me dejó continuar.

—¡Esto es absurdo! —exclamó irritado—. Fue este viejo quien nos lo dijo a todos —añadió señalando a Duclos.

Todas las miradas se volvieron a Monsieur Duclos. Este se puso rígido.

—Yo, señores —dijo en tono resuelto—, soy un hombre de negocios con mucha experiencia. No tengo por costumbre traicionar las confianzas que se me hacen.

Roux soltó una carcajada sonora y burlona.

—¿Niega usted habernos contado lo del robo a Vogel y a mí, afirmando ahora que las cerraduras habían sido forzadas?

—¡Confidencialmente, Monsieur, confidencialmente!

—¡Bah! —Roux se giró hacia Mademoiselle Martin—. ¡Confidencialmente! ¿Lo has oído, *ma petite*?

—*Oui, cheri*.

—Lo admite. ¡Confidencialmente, por supuesto! —añadió con sarcasmo—. Pero admite haber inventado lo de las cerraduras.

Monsieur Duclos saltó.

—¡Eso es injusto, Monsieur!

Roux soltó una carcajada y le sacó la lengua del modo más vulgar. Empecé a sentir compasión por Monsieur Duclos. Al fin y al cabo, yo le *había dicho* que las cerraduras habían sido forzadas. Pero el viejo francés ya se había rehecho y estaba organizando su propia defensa. Se tiró de la barba con energía.

—¡Si yo fuera joven, Monsieur, le pegaría!

—Tal vez —dijo el suizo con impaciencia— deberíamos discutir el asunto con calma.

Herr Vogel se subió un centímetro más los tirantes y apoyó su mano en la espalda de Roux. Hubo un instante de gran tensión.

—Es inútil —declaró Roux levantando la voz— discutir nada con este viejo imbécil.

Monsieur Duclos dejó escapar un profundo suspiro.

—¡Usted, Monsieur —dijo con mucha intención—, es un mentiroso! Fue usted quien robó las cosas a Monsieur Vadassy. De lo contrario, ¿cómo sabía que las cerraduras de la maleta habían sido forzadas? Yo, Duclos, le denuncio. ¡Ladrón y mentiroso!

Por un momento hubo un silencio mortal. Luego, en el instante en que Roux, furioso, saltaba hacia su acusador, Skelton y Vogel se abalanzaron sobre él, cogiéndole cada uno por un brazo.

—¡Suéltense! —gritaba Roux con rabia—. ¡Le estrangularé!

Y como esto era precisamente lo que Skelton y Vogel temían, no le soltaban ni mucho menos. Monsieur Duclos se alisaba la barba tranquilamente y miraba con interés cómo Roux forcejeaba.

—¡Ladrón y mentiroso! —repitió como si no le hubiéramos oído la primera vez.

Roux gritaba con furia intentando saltar sobre él.

—Creo, Monsieur Duclos —le dije—, que lo mejor sería que subiese usted al

hotel.

Pero Monsieur Duclos adoptó una postura difícil.

—Solo abandonaré la playa, Monsieur, cuando Roux me haya presentado sus disculpas.

Yo estaba a punto de replicar que las disculpas, en todo caso, sería Roux quien podría pedírselas a él, cuando Mademoiselle Martin, que había permanecido al margen medio histérica, creó una diversión enroscando sus brazos en torno al cuello de su amor y pidiéndole que matase a su enemigo. Mary Skelton y Frau Vogel la apartaron, bañada en un torrente de lágrimas. En aquel momento, sin embargo, Roux había recobrado el uso de la palabra y gritada como un condenado, profiriendo insultos para todos y cada uno de nosotros.

—¡Pedazo de burro!

La calma de Monsieur Duclos se esfumó, saltando al ataque rápidamente.

—¡Pedazo de animal! —replicó con vehemencia.

Mademoiselle Martin dejó escapar un alarido. Roux, exasperado, centró su atención una vez más en su enemigo.

—¡Pedazo de camello enclenque! —vociferó.

—¡Cretino bastardo! —rugió Monsieur Duclos.

Roux se pasó la lengua por los labios y tragó saliva. Por un instante creí que se daba por vencido. Mas pronto vi que estaba reuniendo fuerzas para el coup *de grâce*. Sus labios se fruncieron. Respiró profundamente. Hubo silencio durante una fracción de segundo. Luego, con toda la fuerza de sus pulmones, gritó una palabra a la cara de Monsieur Duclos.

—¡Bolchevique!

Dadas las circunstancias apropiadas, casi todas las palabras que hacen referencia a un credo político o religioso pueden convertirse en un insulto mortal. En una conferencia de dignatarios musulmanes, la palabra «cristiano» sin duda puede ser utilizada con efectos devastadores. En una reunión de rusos blancos de edad madura la palabra «bolchevique» probablemente hubiera sido interpretada como un virulento término insultante. Pero aquella no era una reunión de rusos blancos.

Por un instante no se oyó el menor ruido. Luego, alguien comenzó a reír entre dientes.

Creo que fue Mary Skelton. Pero resultó suficiente. Todos empezamos a reír. El propio Monsieur Duclos, tras una mirada de desconcierto, consiguió sumarse al corto de risas. Solo Roux y Odette Martin no reían. Roux nos miró un momento con saña. Luego, liberándose de las manos de Vogel y Skelton, echó a andar por la arena hacia la escalinata. Mademoiselle Martin le siguió. Cuando llegó junto a él, Roux se volvió y agitó su puño, amenazador, hacia nosotros.

—Bueno —dijo Skelton—, no sé a qué vino todo esto, pero ciertamente no

diremos que el Réserve no es un sitio animado.

Monsieur Duclos se estaba recuperando, cual Ulises tras la caída de Troya. Agitaba sus manos furioso.

—¡Un tipo peligroso! —decía una y otra vez.

—¡Una especie de *garngstair*! —dijo Herr Vogel.

—Sí, eso es.

Con gran alivio mío, parecía que todos hubiesen olvidado el motivo de la discusión. Todos, menos los Skelton.

—Yo si que he seguido todo el asunto —dijo la chica—. El viejo francés tenía razón, ¿o no? ¿Verdad que dijo usted que la cerradura había sido forzada?

Se me quedó mirando en actitud inquisitiva. Noté que me ponía colorado.

—No. Sufre usted una confusión, sin duda.

—En otras palabras —dijo Skelton lentamente—, *fue* uno de los huéspedes.

—No le comprendo.

—Vale; olvidémoslo —dijo sonriendo con malicia—. Las cosas han aparecido; sobran las preguntas. No se hable más del asunto.

—No hables tanto, Warren. Entre amigos, Mr. Vadassy, ¿fue uno de los criados o no?

Negué con la cabeza miserablemente. La cosa se estaba poniendo fea.

—¿Supongo que no querrá decir que *fue* uno de los huéspedes?

—No fue nadie.

—Esa explicación no resulta nada convincente, Mr. Vadassy.

Eso ya lo sabía yo bien. Afortunadamente, Monsieur Duclos eligió este momento para anunciar en tono enérgico que iba a presentar una queja formal ante el gerente. Me excusé con los Skelton y le llevé aparte.

—Me gustaría, Monsieur, que no hablara usted más del asunto. El incidente ha resultado de lo más desagradable y yo me siento responsable en cierto modo. Deseo ardientemente que sea olvidado. Consideraría como un favor personal que fuera usted tan amable de no volver a hablar de ello.

Se pasó la mano por la barba y me lanzó una rápida mirada por encima de sus lentes.

—Me insultó, Monsieur. Y en público.

—Es cierto. Pero todos hemos visto como usted lo vapuleaba. Roux salió muy mal parado del incidente. No puedo menos de pensar que perdería usted su dignidad prolongando el asunto. A tipos como éste es mejor ignorarlos.

Se quedó pensando un momento en esta sugerencia.

—Tal vez tenga usted razón. Pero ese tipo no tiene derecho a declarar que las cerraduras fueron forzadas, desde el momento en que yo le dije con toda claridad que no había la menor huella de violencia.

Sus ojos tropezaron con los míos sin pestañear. Ante una agilidad mental tan impresionante, uno no podía menos de inclinarse.

—El comportamiento de Roux demuestra palpablemente —corroboré yo— su conciencia de culpabilidad.

—Eso es verdad. Muy bien, Monsieur; aceptando su requerimiento, dejaré el asunto como está. Me conformo con su afirmación de que mi honor ha quedado reparado.

Los dos nos inclinamos ligeramente en una débil reverencia. Monsieur Duclos se dirigió hacia los demás.

—A requerimiento de este señor —anunció en tono solemne—, he decidido no volver a hablar del asunto. Lo doy por zanjado.

—Una prudente decisión —dijo Herr Vogel muy serio y guiñándome un ojo.

—¡Sí, ciertamente!

—Sin embargo, ese Roux que se ande con cuidado —añadió Monsieur Duclos en tono amenazador—. No soportaré más insultos suyos. Un tipo asqueroso, indigno incluso de desprecio. Fíjense que no está casado con Mademoiselle. ¡Pobre criatura! ¡Que un tipo como ése la haya apartado así del camino de la virtud!

—Sí, sí; eso —agregó Herr Vogel, tirando de los pantalones al mismo tiempo que me hacía un guiño y echaba a andar seguido de Duclos.

—Un tipo asqueroso —oí que decía el viejo—, un tipo realmente asqueroso.

Los Skelton se estaban untando el uno al otro con aceite solar. Yo me eché de espaldas en la arena y empecé a pensar en Roux.

Un hombre desagradable y con muy mal genio; y, sin embargo, se comprendía que la mujer le encontrara atractivo. Sus movimientos tenían gran precisión y agilidad; era agresivamente masculino y sutilmente femenino; probablemente era un tierno amante. Daba la impresión de poseer tanto la astucia como la ingenuidad de la rata. Una inteligencia pequeña y rápida, pero peligrosa. Uno sabía lo que estaba pensando viéndole actuar. Sí, podía resultar muy peligroso. Físicamente fuerte, además; su cuerpo resultaba increíblemente rígido. Al verle, uno se acordaba del hurón cuando husmea la caza. ¡Husmear! Esta era la palabra utilizada por Schimler. «Es asombroso el modo que tienen de husmear estas cosas». Recordé la cara que puso cuando me lo dijo. «Hace unas semanas nos enteramos de que la Gestapo había enviado un agente a Francia». ¡Qué tonto! No sé cómo no se me había ocurrido antes. El agente de la Gestapo, el hombre que había sido enviado a Francia con la misión de «persuadir» a un alemán para que volviese a su país, el hombre a quien Schimler pensaba haber identificado, el hombre que no actuaría hasta que estuviera seguro de su presa: Roux. Era tan claro como la luz del día.

Cerré los ojos sonriendo para mí mismo.

—¿Algún chiste, Mr. Vadassy? —preguntó Mary Skelton.

Abrí los ojos.

—No, no se trata de ningún chiste. Pensaba simplemente.

—Ah, bien. Desde aquí parecía que se estuviese riendo de algo.

Me sentía muy alegre ciertamente, pues se me había ocurrido otra idea.

La playa quedó desierta antes de lo habitual. Había empezado a soplar un viento frío y, por primera vez desde que había salido de París, vi que el cielo se había cargado de pesadas nubes. El color del mar se tornó gris oscuro. Las peñas rojas dejaron de brillar. Era como si al irse el sol la vida del paisaje se hubiera marchado con él.

Cuando subí a ponerme algo de ropa con que abrigarme un poco, vi que los camareros estaban poniendo las mesas en el comedor del primer piso. Desde la habitación oí el murmullo de las primeras gotas de lluvia en las hojas de las enredaderas que estaban por fuera de la ventana. Terminé de cambiarme y llamé a la camarera.

—¿Cuál es el número de la habitación de Monsieur Roux y Mademoiselle Odette Martin?

—El nueve, Monsieur.

—Gracias, nada más.

La puerta se cerró tras ella. Encendí un cigarrillo y me senté, dispuesto a elaborar mi plan de acción, cuidando todos los detalles antes de empezar.

Este plan, me dije, era totalmente sensato. Había un agente de la Gestapo cuya misión consistía en descubrir a un hombre llamado Schimler. Y lo que es más importante: según todas las apariencias, dicho agente había tenido éxito en su empresa. Esto significaba, pues, que probablemente disponía de una información acerca de los huéspedes del Réserve que sería de un valor incalculable para mí. Si yo fuese capaz de sonsacarle esta información, si yo pudiese hacerle hablar, tal vez conseguiría obtener la clave exacta de lo que necesitaba. Era una posibilidad real. Pero debería andarme con mucho cuidado. Roux no debía sospechar. Yo no podía dejar entrever mi curiosidad. Debía *sustraerle* la información, sonsacarle con mucho tacto, darle a entender que estaba escuchando como sin querer. No podía descuidarme ni un momento. Esta vez no podía fallar.

Me levanté y me dirigí por el pasillo hacia la habitación número nueve. En su interior se oía murmullo de voces. Di unos golpecitos en la puerta. Los murmullos cesaron. Se oyó ruido de idas y venidas por la habitación. Chirrió la puerta de un armario. Luego, la mujer dijo: «*Entrez*», y yo abrí la puerta.

Mademoiselle Martin, envuelta en un *peignoir* azul pálido semitransparente, estaba sentada en la cama arreglándose las uñas. El *peignoir*, pensé, lo había cogido apresuradamente del armario. Roux estaba de pie frente al lavabo, afeitándose. Ambos se miraron con incredulidad.

Abrí la boca para pedir disculpas por la intromisión, pero Roux se me adelantó.

—¿Qué desea? —preguntó con brusquedad no disimulada.

—Antes de nada, perdonen que les moleste si he venido en un momento inoportuno. Quería presentarle mis disculpas a usted.

Sus párpados se fruncieron hacia mí con recelo.

—¿Por qué?

—Supongo que me considerará usted el responsable, en cierto modo, de los insultos que le dirigió Duclos esta tarde.

Se dio la vuelta y empezó a quitarse el jabón de la cara.

—¿Por qué iba a pensar yo semejante cosa?

—Fue un error mío lo que provocó la discusión.

Tiró la toalla sobre la cama y preguntó, dirigiéndose a la chica:

—¿He dicho yo algo acerca de este hombre desde que abandonamos la playa?

—*Non, cheri.*

—Ya tiene la respuesta.

Se volvió hacia mí. Yo me mantuve en mis trece.

—A pesar de todo, me siento un poco culpable. Si yo no hubiera sido tan tonto, nunca hubiera ocurrido.

—Ahora ya pasó —replicó él en tono irritado.

—Afortunadamente, sí —asentí yo; y añadí, tratando desesperadamente de halagar su vanidad—: Si me lo permite le diré que se portó usted con dignidad y moderación.

—Si no me cogen los brazos, le estrangulo.

—Es evidente que le provocó.

—Por supuesto.

Esto no parecía llevar a ninguna parte. Traté de encontrar otro camino.

—¿Se van a quedar mucho tiempo en el hotel?

Me dirigió una mirada recelosa.

—¿Por qué lo pregunta?

—¡Oh, por nada especial! Pensaba simplemente que podríamos echar una partida de billar ruso... para demostrar que no había resentimiento entre nosotros.

—¿Es usted buen jugador?

—No mucho.

—Entonces le ganaré yo. Yo soy muy bueno. Le gano al americano, que no es tan bueno como yo. No me gusta jugar con adversarios inferiores. El americano es bastante torpe.

—Pero es un buen chico.

—Posiblemente.

Yo insistí.

—La chica es preciosa.

—No me gusta. Es demasiado gorda. Prefiero las delgadas. ¿No, *cheri*?

Mademoiselle dejó escapar una risita forzada. Roux se sentó en la cama y, recostándose, la atrajo hacia él. Se besaron con pasión. Luego, Roux la separó. Mademoiselle Martin me dedicó una sonrisa triunfal; a continuación, se arregló el cabello y siguió haciéndose la manicura.

—Ve —dijo Roux—. Esta es una mujer delgada. Me gusta.

Me senté con precaución sobre el brazo de una butaca.

—Madame es encantadora.

—No está mal.

Roux encendió un purito delgado y negro con aire de hombre para quien estos cumplidos son habituales y lanzó un chorro de humo en mi dirección: De pronto dijo:

—¿Por qué ha venido usted aquí, Monsieur?

Mi corazón pegó un brinco.

—Para disculparme, naturalmente. Ya le he dicho...

Roux meneó la cabeza con impaciencia.

—Cuando digo aquí quiero decir a este hotel.

—De vacaciones. He pasado parte de ellas en Niza y luego me vine aquí.

—¿Le ha gustado esto?

—Por supuesto. El ambiente es agradable. Aún seguiré unos días más.

—¿Cuándo piensa marcharse?

—Todavía no lo he decidido.

Sus gruesos párpados se cerraron por un instante.

—Dígame una cosa, ¿qué piensa usted de ese Mayor inglés?

—Nada en particular. Un tipo inglés muy corriente.

—¿Le prestó usted dinero?

—No. ¿Por qué? ¿También se lo pidió a usted?

En sus labios apareció una sonrisa sardónica.

—Sí, también a mí me lo pidió.

—¿Y usted se lo ha dejado?

—¿Tengo cara de tonto?

—¿Entonces por qué me pregunta por él?

—Se marcha mañana por la mañana. Oí que le pedía al gerente que le hiciese reservar un camarote en el barco que sale de Marsella hacia Argelia. Debió haber encontrado un primo.

—¿Quién habrá sido?

—Si yo lo supiera, no se lo preguntaría a usted. Me interesan estas cosas —dijo, apretando el purito entre los labios para secar la parte húmeda—. Otra cosa que me interesa: ¿Quién es ese Heinberger?

Lo dijo sin el menor énfasis, como una pregunta de alguien que desea conocer por puro pasatiempo algo de interés que surge en una conversación intrascendente. Un

ligero temblor hizo estremecer de miedo mi columna vertebral.

—¿Heinberger? —repetí.

—Sí, Heinberger. ¿Por qué se sienta siempre solo? ¿Por qué no se baña nunca? He visto que hablaba usted con él el otro día.

—No sé nada de él. ¿Es suizo, no?

—No lo sé. Se lo pregunto.

—Pues lamento decirle que no sé nada.

—¿De qué hablaban?

—No me acuerdo. Del tiempo, probablemente.

—¡Qué manera de perder el tiempo! A mí me gusta descubrir cosas de las personas cuando hablo con ellas. Me gusta conocer la diferencia entre lo que la gente dice y lo que está pensando.

—¡Eso está bien! ¿Cree usted que siempre hay una diferencia?

—Invariablemente. Todos los hombres mienten. Las mujeres a veces dicen la verdad. Pero los hombres, nunca. Esto es cierto, ¿o no, *ma petite*?

—Oui, cheri.

—¡*Oui, cheri!* —repitió en tono burlón—. Sabe que si me miente, le rompo la crisma. Se lo digo yo, amigo mío; todos los hombres son unos cobardes. No les gustan los hechos nada más que cuando están tan envueltos en mentiras y sentimientos que su agudo filo no puede herirles. Cuando un hombre dice la verdad, puede estar usted seguro de que es un individuo peligroso.

—Debe ser muy aburrido mantener ese punto de vista.

—Al contrario, lo encuentro muy divertido, mi querido Monsieur. Las personas son sumamente interesantes. Usted, por ejemplo, es un tipo interesante. Es profesor de idiomas, dice. Y me he enterado de que es húngaro con pasaporte yugoslavo.

—Estoy seguro de que eso no lo ha descubierto usted hablando conmigo —dije en tono frívolo.

—Me limito a tener los oídos bien abiertos.

El gerente se lo dijo a Vogel. Este sentía curiosidad.

—Comprendo. Muy sencillo.

—Nada de sencillo. Muy desconcertante. Se me ocurre una serie de interrogantes. Me pregunto, por ejemplo, ¿qué hace un húngaro en Francia con pasaporte yugoslavo? ¿Qué significa ese misterioso viajecito que hace usted todas las mañanas al pueblo?

—Es usted un buen observador. Vivo en Francia porque trabajo en Francia. Y me temo que los viajecitos al pueblo no tengan nada de misterio. Voy a la estafeta de correos a telefonar a mi novia que está en París.

—¿Sí? Pues está progresando mucho el servicio telefónico. Habitualmente tarda más de una hora en dar las conferencias —apuntó encogiéndose de hombros—. No

tiene importancia. Hay preguntas más difíciles de responder. Por ejemplo, ¿por qué las cerraduras de la maleta de Monsieur Vadassy estaban forzadas por la mañana y por la tarde no?

—Muy sencillo también. Porque Monsieur Duclos tiene una mala memoria.

Sus ojos se apartaron de la ceniza de su puro y se dirigieron parpadeando a los míos.

—Exacto. Una mala memoria. No podía recordar exactamente lo que había dicho. Los malos mentirosos nunca se acuerdan de estas cosas. Su cerebro se ahoga entre las propias mentiras. Pero la cosa ha picado mi curiosidad. ¿Le *han forzado* realmente las cerraduras de la maleta?

—Creí que ya estaba zanjada esa cuestión. No, nadie ha forzado nada.

—Por supuesto que no. Por favor, fume. No me gusta fumar solo. Odette fumará también. Déle un cigarrillo, Vadassy.

Saqué el paquete del bolsillo. Roux arqueó las cejas.

—¿Y la pitillera? Es un descuido por su parte. Creí que la tendría en el bolsillo para mayor seguridad. ¿Cómo sabemos que ese Heinberger o el Mayor inglés no se la están robando en este momento?

Suspiró maliciosamente y luego continuó:

—¡Bien, bien! Odette, *cherie*, ¿un cigarrillo? Ya sabes que no me gusta fumar solo. No te estropeará los dientes. ¿Se ha fijado usted en sus dientes, Vadassy? Son magníficos.

Se recostó de pronto en la cama, empujó la chica hacia atrás y le levantó el labio superior para que yo le viera los dientes. Ella no ofreció la menor resistencia.

—Son preciosos, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Por eso me gusta tanto. Una rubia delgada con una dentadura perfecta.

La dejó. Ella se incorporó, le dio un beso en el lóbulo de la oreja y cogió uno de mis cigarrillos. Roux le dio fuego con una cerilla. Al apagarla, se dirigió otra vez a mí.

—Usted tuvo dificultades con la policía, ¿verdad?

—Parece que todo el mundo se ha enterado de eso —repliqué sin darle importancia—. Al parecer no les gustaba mi pasaporte.

—¿Qué le pasa a su pasaporte?

—Me olvidé de renovarlo.

—¿Cómo logró entrar en el país, pues?

Ensayé una carcajada.

—Me recuerda usted a la policía, Monsieur.

—Ya le dije que encuentro interesantes a las personas —contestó, reclinándose sobre un codo—. Y he descubierto una cosa. Que todos los hombres, mentirosos o no,

tienen una cualidad en común. ¿Sabe usted cuál es?

—No.

Se inclinó hacia delante súbitamente, me cogió la mano y empezó a golpearme la palma con su dedo índice.

—El amor al dinero —dijo, bajando la voz. Y continuó, soltándome la mano—. Usted, Vadassy, es un hombre con suerte. Es pobre y el dinero es una cosa muy agradable para usted. No tiene sentimientos políticos que le compliquen la vida. Y tiene una oportunidad de ganar dinero. ¿Por qué no la aprovecha?

—No le comprendo —dije. Y era cierto que por un instante no le comprendí—. ¿De qué oportunidad está usted hablando?

Hubo un momento de silencio. Vi que la chica había dejado de limarse las uñas y estaba atenta a nuestras palabras, con la lima apoyada en la punta del dedo.

—¿Qué día es hoy, Vadassy? —dijo Roux de pronto.

—¿Hoy? Sábado, naturalmente.

Roux meneó la cabeza lentamente.

—No, Vadassy, no es sábado. Es viernes.

Yo dejé escapar una carcajada de perplejidad.

—Estoy seguro, Monsieur; es sábado.

Volvió a mover la cabeza.

—Viernes, Vadassy.

Sus cejas se arquearon. Se incorporó, inclinándose hacia mí.

—Si yo consiguiera una pequeña información que, según creo, puede usted facilitarme, estaría dispuesto a apostar cinco mil francos a que hoy es viernes.

—Perdería seguro.

—Precisamente. Perdería cinco mil francos con usted. Pero, por otra parte, ganaría esa pequeña información.

Entonces comprendí. Me estaba proponiendo un soborno. Una frase de Schimler centelleó en mi mente: «No actuaré hasta que esté seguro». Este tipo me había visto hablar con Schimler. Tal vez me vio incluso penetrar en su habitación. De pronto me acordé que había oído el ruido de una puerta cuando abandonaba la habitación número catorce. Evidentemente, pensaba que yo sabía el secreto de Herr Heinberger; y estaba dispuesto a comprar la prueba de su verdadera identidad. Le miré en actitud inexpresiva.

—No me imagino, Monsieur, qué información podría facilitarle que le compensara a usted de una pérdida de cinco mil francos.

—¿No? ¿Está usted seguro?

—Sí —contesté en tono decidido, poniéndome de pie—. En cualquier caso, nunca apuesto con ventaja. Por un momento, Monsieur, creí que hablaba usted en serio.

Roux esbozó una ligera sonrisa.

—Puede estar seguro, Vadassy, que nunca llevo una broma demasiado lejos. ¿Adónde irá usted cuando abandone este hotel?

—Volveré a París.

—¿A París? ¿Por qué?

—Vivo allí —y añadí, mirándole a los ojos—: Y usted se volverá a Alemania, supongo.

—¿Y por qué piensa usted, Vadassy, que yo no soy francés?

Su voz bajó de tono. La sonrisa continuaba en sus labios, pero se había convertido en una sonrisa verdaderamente horrible. Vi que los músculos de sus piernas se ponían en tensión como si fuera a saltar.

—Tiene usted un ligero acento. No sé por qué, pero supuse que era usted alemán. Movié la cabeza varias veces.

—Soy francés, Vadassy. Por favor, no olvide que usted, al ser extranjero, no puede distinguir cuál es el verdadero acento francés, aunque lo oiga. No me insulte, por favor.

Sus gruesos párpados habían caído sobre los ojos prominentes casi hasta cerrarse del todo.

—Olvídalo. Creo que es el momento de tomar un aperitif. ¿Quieren acompañarme, usted y Madame?

—No, no le acompañaremos.

—Espero que no le haya molestado.

—Al contrario, ha sido un gran placer hablar con usted... un gran placer.

En su voz había una nota de exagerada cordialidad que resultaba muy desconcertante.

—Es usted muy amable —dije mientras abría la puerta—. Au'voir, Monsieur; au'voir, Madame.

—Au'voir, Monsieur —dijo irónicamente, sin levantarse siquiera.

Cerré la puerta. Al echar a andar por el pasillo, sonó en la habitación detrás de mí una de sus fuertes y desagradables carcajadas. Bajé las escaleras con una extraña y profunda sensación de fracaso. En vez de ser yo el que sondease, fui el sondeado. Lejos de conseguir solapadamente la valiosa información que precisaba, obligado a una posición defensiva, tuve que responder a una serie de preguntas con la misma docilidad que un acusado en el banquillo. Y, al fin, me había intentado sobornar. Evidentemente, también Roux había descubierto que el robo lo había amañado yo. Y suponía, igual que Köche, que yo era un simple ratero. ¡Un tipo encantador! El pobre Schimler tenía muy pocas posibilidades de engañar a un hombre así. Como siempre, ahora se me ocurrían una serie de cosas aplastantes que podía haberle dicho. El problema estaba en que mi cerebro funcionaba con demasiada lentitud. Soy un zoquete, me dije, un imbécil.

Al llegar al vestíbulo me salió al encuentro un camarero.

—¡Ah, Monsieur! Le hemos estado buscando por todas partes. Le llaman por teléfono. Conferencia de París.

—¿Para mí? ¿Está seguro?

—Totalmente, Monsieur.

Entré en la cabina y cerré la puerta.

—¡Diga!

—¿Oiga? ¿Vadassy?

—Sí, ¿quién es?

—El comisario de policía.

—El camarero me dijo que era una conferencia de París.

—Se lo mandé decir yo a la operadora. ¿Está solo?

—Sí.

—¿Sabe si alguien piensa abandonar el Réserve hoy?

—El matrimonio inglés se va mañana por la mañana.

—¿Nadie más?

—Sí. Yo me voy mañana.

—¿Cómo dice? Usted se irá cuando se lo ordenen. Ya conoce las instrucciones de Beghin.

—Me han ordenado que me vaya.

—¿Quién?

—Köche.

Toda la rabia acumulada en los sucesivos desastres de aquel día se amontonó en mis labios. Le describí con brevedad y amargura el resultado de las instrucciones que Beghin me había comunicado por la mañana.

El comisario me escuchó en silencio. Luego dijo:

—¿Está usted seguro de que, aparte de los ingleses, no se marcha nadie más?

—Es posible, pero en ese caso yo no he oído nada.

Otro silencio.

—Muy bien. Eso es todo.

—¿Y yo qué voy a hacer?

—Recibirá ulteriores instrucciones a su debido tiempo.

Y colgó. Yo me quedé mirando al teléfono, desolado. Recibiría ulteriores instrucciones a su debido tiempo. ¡Bueno! No podía hacer nada. Me había desarmado.

El reloj dio las nueve. Era un sonido agudo, penetrante y muy tenue. Aún parece que esté viendo ahora mismo la escena con toda nitidez. Esta vez no hay límites borrosos. Aquí nada está desenfocado. Es como una visión estereoscópica representando con detalle y en color la estancia y la gente que hay en ella.

Ha parado de llover y la brisa es, una vez más, suave y tibia. En la estancia, el ambiente es cálido, cargado; las ventanas están abiertas. Las húmedas hojas de las enredaderas pegadas a la parte exterior de las ventanas brillan a la luz de las «velas» eléctricas, fijas en los muros mediante sus apliques rococós. Tras la balaustrada de piedra de la terraza, empieza a salir la luna entre los abetos.

Los Skelton y yo estamos sentados cerca de la ventana, ante una mesita baja donde se hallan las tazas vacías del café. En el centro de la estancia, Roux y Mademoiselle Martin juegan al billar ruso. Roux está junto a ella, dirigiendo el movimiento del taco, y, en el momento en que yo miro, ella aprieta su cuerpo contra el de él, echando una rápida mirada en derredor para ver si alguien se ha fijado en el detalle. En otro rincón, cerca de la puerta que da al vestíbulo, hay dos grupitos. Monsieur Duclos se acaricia la barba con los lentes y habla en francés dirigiéndose a Frau Vogel. Herr Vogel está diciendo algo a Mrs. Clandon-Hartley en un vacilante italiano. La señora Clandon-Hartley se muestra inusitadamente animada. Por su parte, el Mayor Clandon-Hartley escucha esbozando en sus labios el fantasma de una sonrisa. Solo faltan Schimler y, naturalmente, Köche.

Recuerdo que Skelton decía no sé qué acerca de si Roux y Duclos simulaban ignorarse mutuamente. Yo apenas le escuchaba. Estaba demasiado entretenido observando la cara de todos y cada uno de ellos.

Eran nueve. Había hablado con todos, les había observado, les había escuchado y ahora... ahora no sabía de ellos más que el día —parecía que habían pasado siglos— en que llegué al Réserve. ¿No sabía más? Esto no era exacto. Me había enterado de algunas cosas acerca de la vida de algunos. Pero ¿qué sabía yo de sus pensamientos, del funcionamiento de sus mentes, escondidas tras aquellas máscaras? Lo que un hombre cuenta de sus propias acciones, igual que el aspecto que habitualmente ofrece su rostro, no es más que la expresión, la afirmación de una actitud. Nunca se puede comprender al hombre total, del mismo Modo que nunca se pueden ver las seis caras de un cubo. La menté humana es una figura con infinito número de caras, un fluido en constante movimiento, insondable, inefable.

El Mayor seguía con la misma ligera sonrisa en los labios. Su mujer, agitando suavemente las manos hacia Vogel cuando decía algo, parecía estar viva por vez primera. Alguien les había prestado dinero. ¡Por supuesto! ¿Quién habría sido? Yo

sabía tan pocas cosas, que ni siquiera podía hacer una conjetura razonable. Duclos se había puesto los lentes sobre la nariz y escuchaba el francés gutural de Frau Vogel, asintiendo con la cabeza en ademán paternal. Roux, con los ojos vidriosos fijos en las bolas, estaba haciendo una demostración sobre el modo de aplicar el golpe. Yo les miraba a todos, fascinado. Era como observar el movimiento de unos bailarines a través de una ventana que no dejase pasar el sonido. Sus payasadas tenían una solemnidad de locura...

Los Skelton soltaron una sonora carcajada. Me volví hacia ellos con una vaga sensación de ridículo.

—Perdone —dijo él—; estábamos observando su cara y veíamos que cada vez se ponía más larga. Nos temíamos que, de un momento a otro, estallase en lágrimas.

—Estaba pensando cuánto nos identificamos con los demás y, sin embargo, cuán lejos estamos de ellos. Es que me voy mañana por la mañana, saben.

Su disgusto resultó tan logrado que, por un momento, tuve la sensación de que realmente sentían que me fuera. Una ola de emoción se apoderó de mí; autocompasión, sin duda.

—Yo también siento mucho tener que irme —dije—. ¿Ustedes se quedarán mucho tiempo?

Hubo una pausa casi imperceptible antes de que el chico respondiera. Vi que ella le miraba fugazmente.

—Oh, sí —dijo sin entusiasmo—, una buena temporada, supongo.

Entonces, la chica se inclinó hacia delante y dijo mirando hacia él:

—Tres meses, para ser exactos. No hay razón para que no se lo digamos a Mr. Vadassy. Estoy cansada de esta farsa ya.

—Escucha, Mary... —comenzó él en tono de aviso. Yo empecé a sentirme incómodo.

—¡Oh! ¿Qué diferencia hay? —cortó ella, sonriendo ligeramente hacia mí—. Escuche, Mr. Vadassy, nosotras no somos hermanos, sino primos, y estamos viviendo en pecado.

—Enhorabuena —respondí.

Me seguía sintiendo incómodo, pero de un modo diferente. Ahora me sentía incómodo de celos. La chica se sonrió hacia mí.

—Bueno, sería mejor que le contaras toda la historia —dijo su amante en actitud sombría—. En Francia no es muy corriente que personas como nosotros vayan por ahí haciéndose pasar por hermanos.

Ella se encogió de hombros.

—Todo es bastante absurdo, en realidad. Antes de venir aquí teníamos habitaciones separadas, pero a causa de los apellidos del pasaporte, de los formularios que uno ha de rellenar y otras cosas, nos tomaron por hermanos. Pues bien, como a

fin de cuentas nos dieron una sola habitación, resultó que, o nos trasladábamos a otro hotel, o nos quedábamos aquí tal como estábamos.

—Y a costa de que nos tomaran por incestuosos —replicó él con amargura.

—Así pues, como este sitio nos cayó bastante simpático, nos quedamos. ¿Y sabe por qué no nos podemos casar antes de tres meses? Pues porque si Warren se casa antes de los veintiún años, perderemos cincuenta mil dólares del abuelo Skelton, que se volvería loco, ¿verdad?

—Absolutamente loco —afirmó él con una sonrisa.

—Entiendo dije yo.

Pero ellos se estaban mirando a los ojos y yo comprendí por qué los dos formaban una pareja tan atractiva. Era el amor.

En aquel momento, Monsieur Duclos, abandonando o abandonado por Frau Vogel, se acercó a mí.

—Estos americanos forman una pareja verdaderamente encantadora —dijo.

—Sí, muy encantadora.

—Eso mismo le estaba diciendo a Madame Vogel. Es una mujer muy inteligente. Monsieur Vogel, sabe, es director de la Swiss State Power Company. Es un hombre muy importante. Yo ya había oído hablar de él anteriormente, claro. Sus oficinas de Berna son objeto de interés turístico.

—Creí que eran de Constanza.

Monsieur Duclos se ajustó los lentes con cautela.

—Tienen una gran finca de recreo en Constanza. Es magnífica. Me han invitado a pasar una temporada allí con ellos.

—Lo pasará usted de maravilla.

—Sí. Naturalmente, espero poder hablar de negocios también.

—Sí, claro.

—Cuando los hombres de negocios se reúnen en plan de recreo, siempre terminan por hablar de negocios, amigo mío.

—Es natural.

—Además, es posible que podamos sernos útil el uno al otro. Cooperación, ¿comprende? Es lo más importante en negocios. Siempre se lo digo a los obreros de mi fábrica. Si ellos cooperan conmigo, yo cooperaré con ellos. Pero han de empezar por cooperar ellos conmigo. La cooperación no puede ser unilateral.

—Desde luego que no.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Skelton—. He oído la palabra cooperación diez veces.

—Dice que la cooperación es importante. Eso está muy bien pensado.

—¿Sabía usted —continuó Monsieur Duclos— que el Mayor Clandon-Hartley y su mujer se van mañana?

—Sí.

—Es evidente que alguien les ha dejado dinero. Es curioso, ¿no cree? Personalmente, no le dejaría dinero al Mayor. Me pidió diez mil francos. Una cantidad insignificante que no me supone mucho, pero es una cuestión de principios. Yo soy un hombre de negocios.

—Creí que eran dos mil francos lo que quería. Eso fue lo que usted me dijo antes.

—Aumentó la cantidad —dijo en tono suave—. Un criminal típico, sin duda.

—Personalmente, no lo creo así.

—Un hombre de negocios debe tener mucha vista para los criminales. Afortunadamente, los criminales ingleses siempre resultan muy sencillos.

—¡Oh!

—Es un hecho muy conocido. El criminal francés es una serpiente, el criminal americano es un lobo; el criminal inglés, una rata. Serpientes, lobos y ratas. La rata es un animal muy sencillo. Solo pelea cuando se ve acorralada. Por lo demás, lo único que hace es roer.

—¿Y cree usted realmente que el Mayor Clandon-Hartley es un criminal inglés?

Lentamente, con gran espectacularidad, Monsieur Duclos se quitó los lentes y me dio un par de golpecitos en el brazo con ellos.

—Observe con cuidado su cara —dijo— y verá en ella los rasgos de rata. Es más —añadió con aire de triunfo—, él mismo lo dijo.

Esto era el colmo. Los Skelton, cansados de intentar seguir el rápido francés de Monsieur Duclos, habían encontrado un ejemplar de *L'illustration* y se entretenían pintando bigotes en las caras que aparecían en sus páginas. Así que me quedé solo frente a Monsieur Duclos, el cual, aprovechando la oportunidad, acercó una silla a la mía.

—Naturalmente —dijo en tono solemne—, le hablo confidencialmente. Al mayor inglés no le gustaría que su identidad fuera descubierta.

—¿Qué identidad?

—¿No lo sabe usted?

—No.

—¡Ah! —exclamó, acariciándose la barba—. Entonces es mejor que no diga más. El Mayor confía en mi discreción.

Se levantó y, dirigiéndome una mirada significativa, se alejó. En aquel momento vi a Köche, que entraba en la estancia en compañía de Schimler. Monsieur Duclos les salió apresuradamente al encuentro. Oí que les decía que ya había parado de llover.

Köche se detuvo cortésmente, pero Schimler, pasando junto a ellos, se dirigió hacia mí. Tenía un aspecto terriblemente demacrado.

—He oído que se va usted mañana, Vadassy.

—Sí. ¿Esto es todo lo que ha oído?

Schimler negó con la cabeza.

—No. Creo que serían convenientes unas cuantas explicaciones. Köche sospecha que en este hotel está ocurriendo algo que él desconoce. Está preocupado. Según parece, usted podría aclarar la situación.

—Me temo que no. Si Köche se molesta en llamar a la comisaría...

—¡Así que es eso! Usted es de la policía.

—De la policía, pero no un policía. Otra cosa, Herr Heinberger: le debo advertir que no siga mucho tiempo aquí hablando conmigo. Alguien me vio cuando salía de su habitación esta tarde. He sido interrogado al respecto por cierto caballero.

En sus labios se dibujó una pálida sonrisa. Sus ojos tropezaron con los míos.

—¿Y qué respondió usted a esas preguntas?

—Creo que mentí convincentemente.

—Ha sido usted muy amable —respondió casi en un murmullo. Hizo una leve inclinación de cabeza hacia mí y los Skelton y se alejó en dirección a Köche.

—Parece que se vaya a caer hecho pedazos —dijo Skelton.

No sé por qué, pero el comentario me irritó.

—Algún día —repliqué mordaz— espero poder contarle algo acerca de este hombre.

—¿Por qué no ahora, Mr. Vadassy?

—Lamento no poder hacerlo.

—Pues ha estropeado el pastel —dijo él—; ahora no podrá descansar en paz. Mira, querida, el equipo Roux ha terminado con la mesa. ¿Echamos una partida? ¿Le importa, Mr. Vadassy?

—Naturalmente que no. ¡Vayan, vayan!

Se levantaron y se fueron a la mesa de billar. Me quedé solo con mis pensamientos. Esta era mi última noche de libertad probablemente, me decía a mí mismo. Esta era la gente que debería recordar. Y ésta la escena que debía grabar en mi mente: los Vogel y los Clandon-Hartley hablando entre sí, mientras Duelos escuchaba, acariciándose la barba y esperando su oportunidad para meter baza; Köche hablando con Roux y con Odette Martin; Schimler sentado solo, pasando aburrido las páginas de un periódico; los Skelton inclinados sobre la mesa de juego. Y, envolviéndolo todo, la noche cálida y perfumada, el monótono ruido de las gotas de agua en la terraza, el débil murmullo del mar contra las rocas de la costa, las estrellas y la luna haciendo guiños por entre los árboles. Todo parecía inmensamente tranquilo. Y, sin embargo, no había tranquilidad. Fuera, en el jardín, los monstruos del reino de los insectos, que trepaban por las húmedas ramas y troncos en busca de comida, atentos, pacientes, devorando y siendo devorados.

En la oscuridad se estaban desarrollando verdaderos dramas. Nada estaba tranquilo, nada estaba quieto. La noche se movía, animada por la tragedia. Mientras

tanto, dentro...

Hubo un movimiento en el rincón opuesto del salón. Frau Vogel se había levantado y estaba de pie sonriendo tímidamente a los demás. Su marido parecía estar tratando de persuadirla para que hiciese algo. Vi que Köche interrumpía su conversación con Roux y se dirigía hacia ella.

—Será un placer para todos —le oí decir.

Ella asintió titubeante. Entonces, con gran asombro por mi parte, vi cómo Köche la conducía hacia el medio piano que estaba junto a la pared y lo abrió para ella. Frau Vogel se sentó rígidamente y deslizó sus dedos cortos y gordos por el teclado. Los Skelton se giraron sorprendidos. Schimler levantó la vista del periódico. Roux se dejó caer un poco impaciente en una silla, sentando a Mademoiselle Martin en su rodilla. Vogel paseaba su vista a través de la habitación con aire de triunfo. Duelos se quitó los lentes en actitud expectante.

Frau Vogel empezó a tocar una balada de Chopin. Vi que Schimler se inclinaba hacia delante, con una extraña expresión en su cara al observar la figura rígida y rechoncha de Frau Vogel con sus mechones de pelo blanco agitados por los rápidos movimientos de las manos y los brazos.

Era evidente que aquella mujer había tenido talento alguna vez. Su estilo no carecía de un curioso brillo marchito, como el de una hebilla de pasta en una cesta de viejos trajes de baile. Pero olvidé a Frau Vogel y me puse a escuchar la música.

Cuando terminó de tocar, hubo un momento de profundo silencio en la estancia y, luego, un estadillo de aplausos. Ella medio giró en la silla, parpadeando nerviosa y ruborizada hacia Köche. Iba a levantarse, pero su marido le gritó que tocase algo más y volvió a sentarse. Por un momento pareció estar pensando; luego, levantó las manos hacia el teclado y empezaron a extenderse por la estancia las notas del «Jesús, alegría de los anhelos del hombre», de Bach.

Algunas veces, tras un día agotador, solía regresar a mi habitación y, sin molestarme en encender la luz, me dejaba caer en la butaca y me quedaba allí, sin moverme, relajado, saboreando el débil y agradable dolor que se extendía por los miembros de mi cuerpo cuando éstos se hallaban muy pesados. Esto fue lo que me ocurrió aquella noche al escuchara Frau Vogel. Solo que aquel día no era mi cuerpo el que se relajaba complacido, sino mi mente. Y en vez de trepar por mis articulaciones un débil y agradable dolor, era la melodía de un preludio coral lo que iba penetrando lentamente en mi conciencia. Mis ojos se cerraron. Si esto durase al menos. Si esto...

Cuando ocurrió la interrupción, no me di cuenta inmediatamente. Se oyó un murmullo de voces en el vestíbulo, alguien que siseó pidiendo silencio y el chirrido de una silla contra el suelo. Abrí los ojos en el momento exacto en que Köche desaparecía apresuradamente por la puerta, cerrándola suavemente tras él. Al cabo de unos segundos, oí que la puerta se abría de nuevo ruidosamente. Todo pareció ocurrir

en una fracción de segundo. El primer anuncio que tuve de que algo iba mal fue que Frau Vogel se detuvo súbitamente en mitad de un compás. Instintivamente miré hacia ella antes de nada. Estaba sentada, con las manos quietas sobre el teclado, mirando fijamente por encima del piano como si estuviera viendo un fantasma. Luego, sus dedos pulsaron lentamente las teclas, arrancando de ellas una suave discordancia. Entonces miré rápidamente hacia la puerta. Allí, de pie en el umbral, había dos *agents de police* vestidos de uniforme. Echaron en derredor una mirada amenazadora.

Uno de ellos dio un paso hacia delante.

—¿Quién de ustedes es Josef Vadassy?

Me levanté lentamente, demasiado aturdido para hablar.

—Queda usted detenido. Nos acompañará a la comisaría.

Frau Vogel dejó escapar un débil grito.

—Pero...

—No hay «peros» que valgan. Andando.

Me cogieron cada uno por un brazo. Monsieur Duclos se adelantó decidido.

—¿De qué se le acusa?

—¿Y a usted qué le importa? —replicó secamente el *agent* que iba delante, empujándome hacia la puerta.

Los lentes de Monsieur Duclos se tambalearon.

—Soy un ciudadano de la República —declaró con orgullo—; tengo derecho a ser informado.

El *agent* echó una mirada en derredor.

—Curioso, ¿eh? —dijo con una sonrisa burlona—. Muy bien. Se le acusa de espionaje. Sepan que han tenido entre ustedes a un hombre peligroso. Andando, Vadassy. ¡En marcha!

Los Skelton, los Vogel, Roux, Mademoiselle Martin, los Clandon-Hartley, Schimler, Duclos, Köche: por un instante vi cómo sus caras, pálidas y yertas, se giraban hacia mí. Luego, atravesé la puerta. A mi espalda, una mujer gritó histéricamente. Creo que fue Frau Vogel. Acababa de recibir mis instrucciones.

Me llevaron a la comisaría en un coche conducido por un tercer *agent*. Supongo que este hecho debía haberme sorprendido. En circunstancias normales, mi detención no requería el lujo de un coche para conducirme al *poste* de policía, que no estaba a más de medio kilómetro de distancia. Pero no me sorprendió. Ni me hubiera sorprendido un recibimiento oficial por parte del alcalde y la corporación municipal de St. Gatien. Había ocurrido. Lo que desde un principio sabía que *podía* ocurrir, *había ocurrido*. Me habían detenido otra vez. Se había terminado mi libertad bajo palabra de honor. Esto era, pues, el fin. Ciertamente que no me esperaba una salida del Réserve tan dramática; pero, bien mirado, probablemente era mejor así... al menos me habían ahorrado otra noche de *suspense*. Era casi un alivio sentir que ya no tendría que seguir preocupándome por mí mismo, que los sarcasmos de Monsieur Mathis ya no me afectarían más, que no podría hacer otra cosa que resignarme.

Me preguntaba qué estarían pensando los Skelton de todo aquello. Debió ser un gran impacto para ellos. Duclos, por supuesto, estaría fuera de sí con la emoción. Probablemente diría a los demás que él ya sabía lo mío desde un principio. ¿Y Schimler? Esto *sí* que me preocupaba un poco. Me hubiera gustado que el alemán supiera la verdad. En cuanto a los demás... A Köche no le sorprendería. En cambio, el Mayor quedaría horrorizado. Tal vez haría algún comentario aludiendo a la conveniencia del pelotón de fusilamiento. Roux, sin duda, soltaría una de sus desagradables carcajadas. Los Vogel harían un pequeño chasquido con la lengua y adoptarían cara de circunstancias. Y, sin embargo, uno de ellos estaría pensando muchas cosas, uno de ellos sabía que yo no era un espía peligroso.

Ese hombre, el que había cerrado de golpe la puerta de la sala de estar, el que había registrado mi habitación llevándose los carretes de fotografías, el que me había golpeado para introducir sus dedos en mis bolsillos, ése quedaría impune, mientras yo me pudriría en prisión. ¿Qué pensamientos estarían pasando por su mente? ¿Pensamientos triunfales? ¿Qué importaba? ¿Qué importaba lo que pensase cada uno de ellos? Nada. Absolutamente nada. De todos modos, sería interesante saber cuál de ellos era realmente el espía; muy interesante. Bueno, ahora tendría mucho tiempo para hacer mis conjeturas.

Los neumáticos rechinaron en los guijarros de la plaza que hay frente a la comisaría. Me llevaron a la sala de espera llena de bancos de madera. Igual que la primera vez, un agente se quedó conmigo. Sin embargo, esta vez no intenté hablar. Esperamos. Las manecillas del reloj de la sala de espera ya habían marcado las diez y media cuando

se abrió la puerta y en ella apareció Beghin.

Según pude comprobar, seguía con el mismo traje que tenía puesto tres días antes; en su mano, el mismo pañuelo arrugado: y continuaba sudando profusamente. Solo una cosa me sorprendió: parecía más pequeño de lo que me había imaginado. Por primera vez comprobé que, en mis pensamientos, lo había convertido en un monstruo. En mi imaginación, había crecido hasta transformarse en un ogro, en un loco, en un coloso maligno y corrompido que devora al inocente que se cruza en su camino. Un demonio, en una palabra. Ahora veía ante mía un hombre; gordo, fornido y sudoroso, pero un hombre.

Por un momento, sus pequeños ojos medio ocultos bajo los pesados párpados me miraron como si no fuera capaz de recordar quién era yo. Entonces hizo una señal con la cabeza al *agent* y éste salió de la habitación saludando y cerrando la puerta tras él.

—Bien, Vadassy. ¿Le han sentado bien sus pequeñas vacaciones?

Una vez más su voz aguda me cogió de sorpresa. Le miré fríamente.

—Después de todo, voy a ser yo quien pague los platos rotos, ¿eh?

Beghin se inclinó, separó de la pared uno de los bancos y se sentó frente a mí. La madera crujió bajo su peso. Se limpió las manos con el pañuelo.

—Hace mucho calor —dijo, y levantando la vista hacia mí añadió—: ¿Qué hicieron cuando fue usted detenido?

—¿Quiénes? ¿Los agentes?

—No, los demás huéspedes.

—No hicieron nada.

Noté que mi voz sonó en un tono bastante irritado. Me di cuenta un poco inconscientemente de que estaba perdiendo la calma, pero no podía evitarlo.

—No hicieron nada —repetí—. ¿Qué esperaba que hicieran? Duclos quiso saber de qué se me acusaba; Frau Vogel gritó. Por lo demás, se limitaron a gritar. No creo que estén acostumbrados a ver cómo se detiene a la gente.

De pronto, mi mal humor subió a la temperatura de ebullición y continué:

—Sin embargo, creo que si se quedan mucho tiempo en St. Gatien se acostumbrarán. La próxima vez, cuando un pescador se emborrache y le pegue a su mujer, tal vez haga detener usted a Vogel. ¿O resultaría demasiado peligroso? ¿Tendría algo que objetar el Cónsul suizo? Quizás sí. ¿O el Departamento de Inteligencia Naval tendría la suficiente inteligencia como para comprenderlo así? Le diré una cosa, Beghin: cuando habló conmigo en esa celda hace tres días, creí de verdad que, a pesar de ser usted un policía sinvergüenza y fanfarrón, tal vez podía tener un poco de sentido común. Creí que, a pesar de sus amenazas y sus preguntas desquiciadas, al fin y al cabo sabía lo que se traía entre manos. Desde entonces, he tenido ocasión de descubrir que me había equivocado. No tiene usted sentido común,

ni sabe lo que se trae entre manos. Está chiflado. Ha metido la pata tantas veces que ya he perdido la cuenta. Si yo no tuviera un poco de sentido común y no hubiera interpretado sus instrucciones a mi modo, su...

Beghin había estado escuchando tranquilamente, pero en este momento se puso de pie como si fuera a darme una bofetada.

—¿Si usted no hubiera qué? —gritó bruscamente.

Yo no me amilané. Me sentía temerario y vengativo.

—Veo que no le gusta la verdad. Dije que si no hubiera interpretado sus instrucciones a mi manera, su precioso espía se hubiera asustado y habría volado. Usted me dijo que interrogase a los huéspedes preguntándoles por sus máquinas. Cualquier mequetrefe se hubiera dado cuenta de que esto era un error fatal.

Beghin volvió a sentarse.

—Y bien, ¿qué fue lo que hizo entonces? —preguntó con expresión siniestra—. ¿Falsificarme la información?

—No; utilizar un poco más de sentido común. En mi sencilla ingenuidad —añadí con amargura—, pensé que si podía obtener la información que usted me pedía sin comprometer las posibilidades de coger al espía una vez identificado, la policía me lo iba a tener en cuenta. Si hubiera sabido simplemente que usted iba a estropear de mala manera el final del asunto, dudo que me hubiera molestado. Sin embargo, conseguí la información acerca de las máquinas fotográficas por el sencillo procedimiento de utilizar los ojos. Y cuando, como era de esperar, se descubrió que el robo era un amaño, conseguí rehacer la situación confundiendo las mentes de los demás —o por lo menos las de la mayoría—, de tal modo que aceptasen el cuento de que todo había sido un lamentable error. Ahora, naturalmente, la suerte está echada. Esta vez no puedo enmendar su fallo. Usted ha dado la alarma. En cualquier caso, los Clandon-Hartley se van mañana. Y, después de lo de hoy, no creo que nadie tenga pensado quedarse. Ha perdido usted a sus sospechosos. Por lo demás —añadí, encogiéndome de hombros—, no creo que eso le preocupe. El comisario estará satisfecho. Ya tienen ustedes a un culpable.

Me puse de pie.

—Bien, ahora ya está. Deseaba desahogarme. Si no le importa y ha terminado ya de mirarme con maligna satisfacción, preferiría que me encerrasen en mi celda. En primer lugar, esta habitación me ahoga; en segundo lugar, no he conseguido dormir mucho la noche pasada. Me duele la cabeza y estoy cansado.

Beghin sacó un paquete de tabaco del bolsillo.

—¿Un cigarillo, Vadassy?

Le miré con infinito desprecio.

—La última vez me dijo que podía jugarme una mala pasada. ¿Qué quiere ahora, una confesión firmada? Porque si es eso lo que quiere, no lo va a conseguir. Me niego

totalmente, ¿comprende?, me niego totalmente.

—Coja un cigarrillo, Vadassy. Todavía no va a dormir por ahora.

—¡Ah, comprendo! Tercer grado, ¿eh?

—*Sacré chien!* —chilló—. ¡Coja un cigarrillo!

Cogí un cigarrillo. Beghin encendió el suyo y me pasó las cerillas.

—¡Ahora! —dijo, lanzando al aire una nube de humo—. En primer lugar, tengo que pedirle disculpas.

—¡Oh! —dije con toda la ironía de que fui capaz.

—Sí, disculpas. Me he equivocado. He sobrevalorado su inteligencia. Y la he subestimado. Las dos cosas.

—¡Espléndido! ¿Y qué espera Monsieur Beghin que haga yo ahora? ¿Que rompa a llorar y firme la confesión inmediatamente?

Beghin frunció el entrecejo.

—Escuche, por favor.

—Le escucho... fascinado.

Se pasó el pañuelo por dentro del cuello de la camisa.

—Esa lengua suya, Vadassy, un día le va a costar un disgusto. ¿No se le ha ocurrido pensar que resulta bastante extraño que un prisionero esté sentado donde está usted ahora, en vez de estar en la celda?

—Sí, es cierto. Y me pregunto dónde está la trampa.

—No hay trampa, idiota —chillo enfadado—. Escuche. Lo primero que necesita saber es que todas las instrucciones que se le han dado no tenían más que un objetivo: conseguir que el espía abandonara el Réserve. Se le dijo que hiciera esas averiguaciones acerca de las máquinas fotográficas exactamente con dicho fin. Deseábamos almarle. Cuando esto falló —y ahora veo por qué falló— le dijimos que contase lo del supuesto robo. El individuo había registrado su habitación; había registrado sus bolsillos. Le digo que deseábamos almarle, no hasta el punto de hacerle huir —por eso nosotros nos mantuvimos alejados del Réserve—, sino lo suficiente como para hacerle creer que su estancia en el hotel significaba un riesgo para él. De nuevo fallamos. La primera vez, la culpa fue mía por no tener en cuenta su manera de razonar a partir de los hechos conocidos por usted. La culpa fue mía, repito. Había olvidado que sabía usted muy pocas cosas. La segunda vez, también fue mía la culpa por no contar con su inexperiencia. Köche le caló inmediatamente.

—¿Pero cómo diablos esperaba usted coger al espía de esta manera? —protesté yo—. ¿Cuál era su plan? ¿Detener a la primera persona que saliera del Réserve con las maletas en la mano? Si era eso, lo mejor es que detenga al Mayor Clandon-Hartley. Él será el primero que se vaya mañana por la mañana. Si ése es su modo de coger espías, que Dios tenga piedad de Francia.

Con gran sorpresa por mi parte, el comienzo de una sonrisa burlona apareció en la

comisura de sus labios. Dio una chupada a su cigarrillo, respiró profundamente y echó el humo por la nariz.

—Es que usted no conoce todos los hechos, mi querido Vadassy —dijo en tono melifluo—. Ignora especialmente uno muy importante: el hecho de que la identidad del espía fue descubierta el mismo día que estuvo usted aquí, antes de abandonar usted esta casa. Lo cual significa que podíamos detenerle en el momento que nos diera la gana.

Tardé unos segundos en asimilar sus palabras. Cuando lo hice, la desesperación y la esperanza empezaron a luchar en mi cerebro.

—¿Quién es el espía entonces?

Beghin estaba recostado, observándome con evidente interés. A mi pregunta, agitó la mano con decisión.

—Oh, eso vendrá luego.

Yo tragué saliva.

—¿No es otra trampa?

—No, Vadassy, no lo es.

—Entonces —dije con vehemencia, mientras la sangre se me subía a la cabeza—, ¿me quiere explicar qué demonios significa este... este modo de torturarme? Si usted ya conoce lo que yo he estado tratando de descubrir durante estos tres días, ¿cómo es que se queda ahí sentado como una babosa gorda y complacida, riéndose como si se tratara de una buena broma? ¿Se da cuenta del mal que me ha hecho? ¿Se da cuenta, desgraciado? Pedazo de... de...

Beghin me dio un golpecito en la rodilla.

—¡Bueno, bueno, Vadassy! Estamos perdiendo el tiempo. Ya sé que soy gordo, pero ciertamente no estoy complacido. Ni soy una babosa. Lo que hice, tenía que hacerlo, como comprenderá si me deja que le explique en vez de ponerse de mal humor.

—¿Por qué me han detenido? ¿Por qué me tiene aquí?

Beghin meneó la cabeza protestando.

—Tranquilícese, mi querido Vadassy, y escuche. Ha partido el cigarrillo con el nerviosismo. Tenga otro.

—No quiero fumar.

Le miré, con el corazón helado por el odio, observando cómo encendía su segundo cigarrillo. Cuando hubo terminado, se quedó un segundo con la vista fija en la cerilla apagada.

—Cuando hace un rato le dije que tenía que pedirle disculpas, estaba hablando en serio.

Yo iba a contestarle, pero él me redujo al silencio con un gesto.

—Hace nueve meses —continuó—, nuestros agentes de Italia incluían en su

informe las noticias de un rumor según el cual el Departamento Italiano de Inteligencia había establecido una nueva base en Toulon. En nuestro oficio oímos naturalmente muchos rumores y, en aquel momento, la noticia no mereció una atención especial por mi parte. Sin embargo, los acontecimientos posteriores me obligaron a tomármelo en serio. Con desconcertante regularidad llegaba a Italia información exacta, conteniendo valiosos datos de nuestra defensa a lo largo de esta costa. Nuestro agente de Spezia, por ejemplo, nos informó que los detalles de un cambio secreto en las fortificaciones de una isla cercana a Marsella eran discutidos abiertamente por oficiales de la marina italiana solo tres días más tarde de la realización de dichos cambios. Y lo que es peor, no teníamos absolutamente ninguna pista sobre la fuente de esta información. Estábamos realmente muy preocupados. Por eso, cuando se presentó aquí el farmacéutico con esos negativos, cogimos la oportunidad con las dos manos. Su manos, regordetas como las de un niño pequeño, se extendieron dramáticamente hacia un objeto imaginario.

—Naturalmente, usted era el sospechoso. Pero cuando descubrimos lo que había pasado, que la máquina había sido cambiada, le descartamos por carecer de importancia. Para ser exacto, le diré que estuvimos a punto de ponerle inmediatamente en libertad. Afortunadamente —añadió en tono suave—, decidimos esperar unas cuantas horas hasta recibir el informe acerca de las máquinas fotográficas.

—¿El informe acerca de las máquinas?

—Ah, sí. Verá; éste es otro detalle que usted desconoce. Tan pronto supimos lo del cambio, telefoneamos a la fábrica preguntando quién había vendido aquella máquina concreta con aquel número de serie. La respuesta fue que había sido servida a un comerciante de Aix. Este comerciante recordaba perfectamente la máquina. Como si la suerte nos acompañara, se trataba de un comerciante pequeño y aquella era la única máquina de valor que había vendido en el plazo de dos años. Había tenido que pedirla a la fábrica especialmente y pudo facilitarnos el nombre de la persona que la había adquirido. El nombre coincidía con el de uno de los huéspedes del Réserve. Mientras tanto, hicimos examinar el negativo por un experto, el cual, basándose en la posición de las sombras, pudo deducir que las fotos habían sido tomadas a eso de las seis y media de la mañana y que habían sido obtenidas mediante un teleobjetivo, pudiendo calcular incluso el ángulo de disparo. Trasladando estas referencias a un mapa y teniendo en cuenta que algunas de las fotografías presentaban sombras de hojas, se llegaba a la conclusión de que el fotógrafo solo podía estar en un sitio. Este sitio es un pequeño y elevado promontorio casi inaccesible por todas partes menos por mar.

»Inmediatamente consultamos a los pescadores del puerto. Sí, el hombre en cuestión había salido en el bote de Köche a las cinco de la mañana del día anterior.

Dijo que iba a pescar. Y uno de los pescadores se acordaba muy bien porque habitualmente, cuando Köche o uno de sus huéspedes salen a pescar, es él quien suele acompañarles para poner el cebo en los anzuelos y cuidar del motor. Pero este huésped concreto dijo que prefería ir solo.

»Así pues, ya teníamos a nuestro hombre. Podíamos detenerle. El comisario estaba impaciente por hacerlo así. Pero no le detuvimos. ¿Por qué? Recordará usted, sin duda, que el otro día, cuando hablé con usted en la celda, le dije que no me interesaban los espías, sino para quién trabajaban. Lo que me interesaba era la organización central de Toulon. Al espía podía detenerle en cualquier momento; pero quería que me llevase antes junto a sus superiores. Para conseguirlo, necesitaba forzarle a que abandonase el Réserve y, al mismo tiempo, hacerle creer que él no corría ningún peligro.

—Y fue entonces cuando pensó en mí, ¿no es eso?

—Exacto. Si usted empezaba a preguntar a todo el mundo por su máquina fotográfica, el espía se daría cuenta de lo que había pasado con sus fotos, comprobaría que usted empezaba a sospechar y se iría antes de que usted llamase a la policía. Entonces nosotros no teníamos que hacer otra cosa que seguirle. La única dificultad estaba en conseguir que usted hiciera esto sin contarle nada. La fortuna nos favoreció. Su pasaporte no estaba en regla. Usted carecía de nacionalidad. Lo demás fue fácil.

—Sí —dije con amargura—, fue fácil. Pero al menos podía haberme dicho que ya sabía quién era el espía.

—Imposible. Por una razón muy sencilla: esto habría debilitado nuestra posición, y usted habría resultado más difícil de manejar. En segundo lugar, no podíamos permitirnos el lujo de confiar en su discreción. Podía confiar usted en otra persona. Su actitud hacia el individuo podía resultar poco natural. Y fue una pena porque, actuando en defensa de lo que usted consideraba sus propios intereses, no siguió al pie de la letra las instrucciones recibidas. Más que el fallo de las instrucciones, lo que nos alarmó fue, primero, el hecho de que su habitación hubiera sido registrada y, segundo, el ataque a usted la noche pasada. Esto quería decir, pensamos, que el individuo no se alarmaría fácilmente. Desde luego, había descubierto lo del cambio de las máquinas. Y sabía que era usted quien tenía su máquina. Le habría visto seguramente con un modelo igual. El problema estaba, ahora lo comprendo, en que él pensaba que usted no sabía lo de las fotografías. ¿O hizo usted alguna cosa —dijo, mirándome fijamente— de la que yo no esté enterado?

Titubeé. Mentalmente, me vi a mí mismo sentado en la sala de lectura, escuchando el tictac del reloj y mirando por el espejo hasta que, súbitamente, la puerta se cierra de golpe y la llave gira en la cerradura. Mis ojos tropezaron con los de Beghin.

—No hay nada importante que usted no sepa.

Beghin suspiró.

—Bueno, tal vez no tiene importancia. Eso ya es historia. Llegamos a la noticia del robo. Francamente, mi querido Vadassy, lo sentí un poco por usted. Fue una situación desagradable la que tuvo que soportar. Pero era necesario. El individuo que registró su habitación y se llevó los dos carretes sabía perfectamente que no se había llevado nada más. Su relato del robo mencionando la desaparición de objetos valiosos le desconcertaría. Empezaría a sospechar. Pero la situación se deterioró con demasiada rapidez. Tuvimos que tomar medidas más drásticas. De ahí su detención de esta noche.

—¿Quiere decir que no estoy detenido en realidad?

—Como ya le dije hace un momento, si estuviera detenido, Vadassy, no estaría usted aquí sentado hablando conmigo. Comprenderá, mi querido amigo, que teníamos que forzar esta posibilidad. El agente encargado de llevar a cabo la detención tenía instrucciones de dar a conocer claramente por qué se le detenía. Si Duclos no lo hubiese preguntado, el agente hubiera anunciado de todos modos que se le acusaba de espionaje. Ahora, póngase usted en el sitio de ese hombre. Usted sabe que las fotos que ha tomado han caído por casualidad en manos de otra persona. ¿Qué hacer? Intentar recuperarlas. Al no conseguirlo, y sospechando que la persona que tiene las fotos está jugando a no se sabe qué, usted decide esperar. Pero entonces esa persona es detenida por la policía, acusada de espionaje. ¿Qué creerá usted? ¿Qué pensamientos atravesarán su mente? Primero, que la policía ha descubierto las fotos; segundo, que la persona detenida, para defenderse, puede conducir a la policía hasta usted. Por lo tanto, ha llegado la hora de largarse. Es más, no hay tiempo que perder. ¿Comprende ahora?

—Sí, comprendo. Pero supongamos que el espía no se va, ¿qué pasa entonces?

—Esa pregunta no tiene sentido. El espía se ha ido.

—¿Cómo?

Beghin levantó la vista hacia el reloj de pared.

—Las diez y veinticinco. El espía abandonó el Réserve hace diez minutos en un coche alquilado en el garaje del pueblo. Salió camino de Toulon. Le daremos unos cuantos minutos más. Tenemos un coche siguiéndole. Pronto recibiremos un informe.

Encendió su tercer cigarillo y agitó la cerilla en el aire para apagarla.

—Mientras tanto —añadió—, tengo que darle ciertas instrucciones.

—¡Seguro!

—Sí. Por razones obvias, no es deseable que se presente de inmediato ningún caigo de espionaje. Hay que evitar que los periódicos se muestren demasiado curiosos. Tengo la intención de hacer las detenciones bajo la acusación de robo: el robo de una máquina fotográfica Zeiss Contax, valorada en cuatro mil quinientos

francos. ¿Comprende?

—¿Quiere decir que yo he de identificar la máquina?

—Exacto —respondió, mirándome fríamente—. No tendrá usted inconveniente, ¿o sí?

Titubeé. No había nada que hacer. Beghin tenía que conocer la verdad.

—¿Y bien? —dijo él, impaciente.

—No tendría ningún inconveniente —dije, notando que me ponía colorado—. Solo que ha surgido una pequeña contrariedad. Las máquinas fueron cambiadas de nuevo.

Con gran sorpresa por mi parte, Beghin movió lentamente la cabeza en ademán afirmativo.

—¿Cuándo ocurrió?

Se lo dije. La comisura de sus labios se arrugó de nuevo en una débil sonrisa.

—Me lo imaginaba.

—¿Se lo qué?

—Mi querido Vadassy, yo no soy tonto y usted es transparente por desgracia. Su modo de evitar cuidadosamente el tema de las máquinas esta mañana por teléfono resultó muy evidente.

—Yo no sabía...

—Naturalmente que no. De todos modos, como usted mismo ha podido comprobar, las dos máquinas son muy parecidas. Sería un error muy comprensible por su parte el que identificase la máquina que esperamos encontrar en Toulon como la suya propia, ¿no cree?

Yo asentí de mala gana.

—Y si la equivocación se descubriese más tarde, ¿se disculparía usted de un modo convincente?

—Por supuesto.

—Muy bien. Quedamos en eso —dijo, poniéndose de pie—. Y si todo sale bien —añadió en tono cordial—, no veo ninguna razón que le impida salir hacia París mañana por la mañana, con tiempo suficiente para presentarse ante el exigente Monsieur Mathis el lunes.

Por un momento no asimilé del todo lo que me estaba diciendo; luego, cuando el significado empezó a filtrarse por mi cerebro, oí que mis labios balbucían las gracias con sonidos incoherentes. Era como estar despertando de una pesadilla. La misma sensación, casi aplastante, de alivio y miedo mezclados: alivio porque, al fin y al cabo, no había sido más que una pesadilla; miedo sobre todo, porque podía ser real y el despertar no más que un sueño. Todavía quedaban en mi cerebro fragmentos de la pesadilla. Tenía miedo, miedo de dejarme arrastrar por mis propios pensamientos. Miedo de que todo fuera una trampa de Beghin, un cebo, un modo de ganar mi

confianza. Las gracias murieron en mis labios. Beghin me estaba observando con curiosidad.

—Si lo que me está diciendo es cierto —repliqué con decisión—, si piensa tal como dice, ¿por qué no me deja marchar ahora mismo? ¿Por qué no me puedo ir hasta mañana? Si no tiene ningún cargo contra mí, no puede hacerme quedar aquí. No tiene ningún derecho.

Beghin suspiró profundamente.

—Absolutamente ninguno. Pero ya le he dicho que su presencia es necesaria para realizar la identificación de la máquina.

—¿Supongamos que me niego?

Mi interlocutor se encogió de hombros.

—No puedo obligarle. Trataremos de arreglarnos sin usted. Pero existen, naturalmente, otras consideraciones —añadió pensativo—. Usted habló, creo, de que había solicitado la nacionalidad francesa. Su actitud en este asunto puede ser decisiva para el éxito o el fracaso de esa solicitud. Al ciudadano francés se le pide que ayude a la policía siempre que se le requiera para ello. Una persona que tiene en tan poca consideración los deberes de un ciudadano como para negar esta ayuda...

—Comprendo. Más soborno.

Una de sus manos regordetas vino a posarse en mi hombro.

—Mi querido Vadassy, nunca he tropezado con nadie que se cuidase tan poco de lo que dice.

Retiró la mano de mi espalda, la metió en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó de él un sobre.

—¡Mire! Ha pasado usted tres días en el Réserve a petición nuestra y por un asunto nuestro. No queremos quedar mal con usted. Aquí tiene quinientos francos —dijo, poniéndome el sobre en la mano—. Será más que suficiente para cubrir los gastos extras. Y ahora, le pedimos que pierda una hora del tiempo que le queda entre nosotros, ayudándonos a detener al hombre responsable de todos sus problemas. ¿Cree que es mucho pedir?

Le miré fijamente a los ojos.

—Hace un rato evitó usted responder a una pregunta mía. Ahora se la repito. ¿Quién es el espía?

Beghin se acarició su flácida papada en ademán pensativo y me miró con el rabillo del ojo.

—Me temo —dijo lentamente— que mi evasiva fuera adrede. Y sospecho, además, que tampoco tengo intención de responderle ahora.

—Comprendo. Muy agudo. Tendré que ir con usted a verlo con mis propios ojos. Y supongo que es entonces cuando he de hacer la falsa identificación de la máquina. ¿Es así?

Pero antes de que pudiera replicarme, sonó en la puerta un fuerte golpe y entró en la estancia un agente que hizo a Beghin una significativa señal con la cabeza, volviendo a salir inmediatamente.

—Esto significa —dijo Beghin— que nuestro hombre ha pasado por Sanary. Es hora de irnos.

Se dirigió hacia la puerta y volvió la cabeza mientras preguntaba:

—¿Nos acompaña, Vadassy?

Yo introduje el sobre en el bolsillo y me puse de pie.

—Por supuesto —repliqué, saliendo de la habitación tras él.

A las diez cuarenta y cinco de la noche un enorme Renault negro partió del corto desvío que sale de la comisaría de St. Gatien y se dirigió hacia el Este por la carretera general de la costa. En el coche, aparte de Beghin y yo, iban otros dos hombres de paisano. Uno de ellos conducía. Al otro le reconocí tan pronto como se sentó a mi lado en el asiento trasero. Era mi amigo de la *limonade gazeuse*, que se negó impávidamente a reconocerme. Las nubes habían desaparecido. En lo alto del cielo, la luna despedía una luz tan fuerte que el brillo de los faros resultaba pálido. Al abandonar los alrededores de St. Gatien, el zumbido del motor subió al máximo y las llantas patinaban en el húmedo asfalto al atravesar las curvas en «S» que la carretera hace al bordear el cabo donde está situado el Réserve. Yo me recosté en el asiento, intentando poner orden en el caos de mis pensamientos.

Hacía menos de dos horas, yo, Josef Vadassy, era un hombre resignado a perder su trabajo, su libertad y sus esperanzas. ¡Y ahora me hallaba sentado tranquilamente en el asiento trasero de un coche de la policía francesa, dispuesto a participar en la detención de un espía! ¿Tranquilamente? No, esto no era exacto. Estaba de todo, menos tranquilo. Tenía ganas de cantar. Y, sin embargo, no estaba muy seguro de cuál era el motivo de mi alegría. ¿El conocimiento de que al día siguiente, dentro de casi exactamente veinticuatro horas, me hallaría sentado en un tren que se acercaba a París? ¿O la sensación de que pronto, aquella misma noche, iba a tener la respuesta a una pregunta, la seguridad de que mi problema iba a ser resuelto sin lápiz ni papel? Todas estas alternativas me preocupaban. Creo que todo formaba parte de la tensión de aquellos tres últimos días. Todas las pruebas apuntaban a esta conclusión: Mi estómago hacía un ruido sordo y continuo.

Tenía mucha sed. Empecé a encender cigarrillos, tirándolos por la ventanilla antes de haberlos terminado. Además, y esto era muy curioso, tenía la extraña sensación de haber olvidado una cosa, de haber dejado algo en St. Gatien, algo que podía necesitar. Todo era absurdo, naturalmente. En St. Gatien no había dejado nada que pudiera prestarme la menor utilidad aquella noche en Toulon.

El coche zumbaba a través de las avenidas de árboles iluminadas por la luz de la luna. Luego, los árboles quedaron atrás y el paisaje se hizo más claro. Había plantaciones de olivos, cuyas hojas ofrecían un mortecino color gris plateado a la luz de los faros. Los pueblos pasaban como exhalaciones.

Luego entramos en una pequeña ciudad y al atravesar la playa, un hombre nos gritó enfadado cuando pasamos junto a él a toda velocidad. «Pronto estaremos en Toulon», pensé. Sentí un deseo súbito de hablar con alguien. Me volví hacia el hombre que estaba a mi lado.

—¿Qué pueblo era éste?

El otro apartó la pipa de la boca y dijo:

—La Cadière.

—¿Conoce usted al hombre que vamos a detener?

—No —dijo, poniéndose otra vez la pipa en la boca y mirando fijamente hacia delante.

—Lamento lo de la limonada —dije.

—No sé de qué me está hablando —gruñó él.

Me di por vencido. El Renault giró a la derecha y aceleró al coger una recta. Observé la cabeza y la espalda de Beghin recortadas contra la claridad de los faros. Vi que en aquel momento estaba encendiendo un cigarrillo. Luego, medio volvió la cabeza.

—Es inútil que intente sonsacar a Henri —dijo—. Es la discreción personificada.

—Sí, ya lo veo.

Beghin tiró el fósforo apagado por la ventanilla.

—Usted ha pasado cuatro días en el Réserve, Vadassy. ¿No tiene idea de quién pueda ser el hombre que vamos a detener?

—No, ni idea.

—Ni siquiera una sospecha —dijo con una risita guasona.

—Ni siquiera una sospecha.

Henri se movió en su asiento.

—No tiene temperamento de detective.

—Eso espero sinceramente —repliqué con sequedad.

Henri respondió con un gruñido. Beghin volvió a reírse con sorna.

—Cuidado, Henri. El señor tiene una lengua viperina en la boca y todavía está enfadado con la policía.

Y volviéndose al conductor, añadió:

—Para en el poste de Ollioules.

Unos minutos más tarde entrábamos en la mencionada ciudad, deteniéndonos junto a un pequeño edificio en la plaza. Un agente de uniforme nos estaba esperando en la puerta. Se acercó al coche, saludó y se inclinó hacia la ventanilla.

—¿Monsieur Beghin?

—Sí.

—Le están esperando en el cruce de la carretera general con la de Sablettes, Monsieur. El coche del garaje de St. Gatien ha regresado hace cinco minutos.

—Bien.

Arrancamos de nuevo. Cinco minutos después aparecieron frente a nosotros las luces traseras de un coche estacionado en la carretera. El Renault frenó y se detuvo detrás de él. Beghin saltó a tierra. Al lado del otro coche estaba de pie un hombre

alto. Al ver a Beghin, se acercó y se dieron la mano. Estuvieron hablando un momento y luego el hombre alto volvió a su coche y Beghin regresó al Renault.

—Es el inspector Fournier de la policía de puertos —dijo Beghin al subir al coche dirigiéndose a mí—. Vamos hacia su jurisdicción.

Cerró la puerta de golpe y dijo al conductor:

—Sigue al coche del inspector.

Nos pusimos en marcha otra vez. Las hileras de árboles que había a los dos lados de la carretera desde Ollioules pronto empezaron a dejar paso a diversas fábricas. De pronto, irrumpimos en una calle fuertemente iluminada, con raíles de tranvía en el centro y cafés en las aceras. El Renault giró a la derecha y vi en el edificio de la esquina un letrero con la indicación: «Boulevard de Strasbourg». Estábamos en Toulon.

Los cafés estaban llenos de gente. Grupos de marineros franceses se paseaban por las aceras. Había muchas chicas. Una extraña mujer de color se paseaba tranquilamente por el centro de la calzada delante de nuestro coche, con una especie de pamela en la cabeza y un vestido negro muy tieso; nuestro conductor tuvo que frenar a fondo para no atropellarla, lanzando un juramento. Un viejo caminaba pegado al bordillo de la acera, tocando la mandolina. Un hombre moreno y gordo paró a un marinero para pedirle algo y éste le dio un empujón, lazándolo contra una mujer con una bandeja de caramelos. Más adelante pasamos junto a una patrulla naval que iba por los cafés avisando a los marineros de que ya era hora de regresar a los trasbordadores que les estaban esperando para volver a los barcos de guerra. Entonces llegamos a una parte del Boulevard menos concurrida; el coche que iba delante redujo la marcha y giró a la derecha.

Un minuto o dos más tarde atravesábamos con precaución una serie de callejuelas estrechas y oscuras con casas y tiendas enrejadas. Luego, las casas se fueron haciendo menos frecuentes y en su lugar aparecieron las desnudas y altas paredes de los almacenes. Fue en una de estas calles donde nos detuvimos.

—Aquí dejamos el coche —dijo Beghin.

La noche era cálida, pero cuando me hallé de pie en las húmedas losas de la calle, empecé a tiritar. Puede que fuera porque estaba nervioso, aunque más bien creo que era debido al miedo. Aquellas desnudas paredes tenían algo de misterioso. Beghin me dio un golpecito en el brazo.

—Vamos; Vadassy, una pequeña caminata ahora.

Delante de nosotros estaban esperándonos el inspector y otros tres hombres.

—Esto está muy tranquilo —dije.

Beghin gruñó.

—¿Qué esperaba usted a estas horas de la noche, entre una serie de almacenes?

Venga con Henri detrás y sin hacer ruido.

Él se unió al inspector y los tres hombres se alinearon detrás de ellos. Henri y yo cerrábamos la comitiva. Los conductores quedaron en sus puestos. En la esquina nos metimos por una calle que torcía fuera del alcance de nuestra vista unos cuantos metros más adelante. A la derecha, la cerca de un almacén junto a la que se alineaban los coches. A la izquierda, una hilera de casas viejas, de tres pisos cada una y la mayoría sin una luz. Aquí y allá, sin embargo, rendijas de luz brillaban en los intersticios de las persianas cerradas. La luna proyectaba sombras caprichosas sobre el estuco cuarteado de las paredes. En una de las habitaciones superiores una radio a todo volumen lanzaba al aire los acordes de un tango.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté yo.

—Vamos a hacer una visita simplemente —susurró Henri—. Será cosa de gran cortesía. Y mantenga la boca cerrada si no quiere crearme complicaciones. Nos estamos acercando.

La calle se había estrechado más todavía. Al dar la vuelta a la curva noté que el pavimento empezaba a inclinarse en fuerte pendiente. Confusamente percibí que había más paredes altas y desnudas a los dos lados de la calle, paredes reforzadas con pequeños contrafuertes de cemento armado. De pronto, en la sombra de un contrafuerte vi algo que se movía. Mi corazón pegó un brinco. Agarré a Henri por un brazo.

—¡Allí hay alguien!

—¡Tranquilo! —murmuró él—. Es uno de nuestros hombres. Tenemos el lugar rodeado.

Seguimos andando unos metros más. El suelo volvía a ser llano. Luego vi un boquete en la pared derecha. Parecía algo así como la entrada de uno de los almacenes, el paso para camiones. Los hombres que iban delante se desvanecieron en la sombra. Yo seguí andando y noté que el pavimento era ahora de carbonilla. Me detuve titubeante.

—Apártese hacia un lado —susurró Henri—, a su izquierda.

Obedecí con precaución y mi mano extendida tropezó con una pared. Ante mí ya no veía ningún movimiento. Las paredes se erguían, cual lados de un profundo cañón, hacía un cielo tachonado de estrellas. De pronto, la luz de una linterna rasgó la oscuridad delante de mí y vi que los demás estaban ante una puerta de madera que se abría en la pared de la izquierda. Me dirigí hacia ellos. La antorcha iluminó la superficie de la puerta, en la que se podía leer el siguiente letrero: AGENCE MARITIME, F. P. METRAUX.

Beghin cogió el pestillo y lo hizo girar suavemente. La puerta se abrió. Henri me empujó suavemente en la espalda con la punta de los dedos y yo avancé tras los demás.

Detrás de la puerta había un corto pasillo que terminaba en un empinado tramo de escaleras de madera. Una desnuda bombilla eléctrica en el rellano proyectaba su pálida claridad sobre las desvencijadas paredes de yeso. La agencia Metreaux no parecía muy próspera. Las escaleras crujieron cuando Beghin empezó a subir lentamente por ellas. En el momento en que yo subía el primer escalón, noté que Henri, que estaba exactamente detrás de mí, había sacado del bolsillo un enorme revólver. La visita evidentemente no iba a ser de tanta «cortesía» como Henri había profetizado. El corazón me empezó a latir con violencia en el pecho. En alguna parte de este edificio oscuro, maloliente y siniestro, había un hombre a quien yo conocía. No hacía media hora que había subido por aquellas mismas escaleras que mis pies pisaban en aquel momento. Pronto, unos segundos tal vez, lo encontraría de nuevo. Y esto era lo que me daba miedo. No me podía hacer ningún daño y, sin embargo, tenía miedo. En aquel momento, hubiera deseado una máscara para ocultar mi rostro. Era estúpido, sí. Entonces empecé a preguntarme quién sería. Recordé las caras que pusieron al ver que me «detenían»; caras de sorpresa, de susto. Sin embargo, uno de ellos, uno de ellos... Henri me dio un golpecito en la espalda indicándome que me acercara más al hombre que subía delante de mí.

En el primer rellano, Beghin se detuvo frente a una pesada puerta de madera y echó mano al pestillo. Se abrió sin dificultad y a la luz de la linterna apareció una habitación vacía, cuyo suelo estaba cubierto con trozos de yeso caídos del techo. Beghin hizo una pausa para limpiar el sudor que le brillaba en la frente y en el cuello y luego siguió escaleras arriba.

Ya casi había llegado al final del segundo tramo cuando se detuvo otra vez, indicándonos que esperásemos. A continuación, él y el inspector subieron unos cuantos peldaños desapareciendo de nuestra vista en el otro tramo de escaleras. El silencio era tan grande que yo podía oír el tictac del reloj que estaba en la muñeca del hombre situado frente a mí. Luego, cuando el silencio se hizo más profundo todavía, un débil murmullo de voces llegó hasta mis oídos. Contuve el aliento. Un momento después aparecieron la cabeza y los hombros del inspector sobre la barandilla superior, señalándonos que subiéramos.

El descansillo era un duplicado exacto del anterior. Solo que aquí no había luz. Con gran sigilo, los hombres se alinearon frente a la pared. Al mismo tiempo, sentí que me apretaban contra la pared. Ahora las voces eran más fuertes y, aunque las palabras resultaban demasiado confusas para comprenderlas, pude darme cuenta de que uno de los que hablaban —un hombre— lo hacía en italiano.

La mano de Beghin se adelantó hacia el pestillo, titubeó y luego lo cogió con decisión y lo hizo girar. La puerta estaba cerrada con llave, pero el ligero ruido del pestillo había sido oído en el interior. Las voces callaron súbitamente. Beghin lanzó un juramento en voz baja y golpeó con fuerza los paneles de la puerta. En el interior

de la habitación hubo un silencio mortal como respuesta. Beghin esperó un momento, luego se giró rápido hacia Henri. Este cogió el revólver por el extremo de la culata. Beghin asintió con la cabeza y tomó el arma. Luego, volviéndose hacia la puerta otra vez, lo amartilló y apoyó la boca del cañón en el ojo de la cerradura. A continuación apretó el gatillo. El ruido del disparo fue ensordecedor.

Por un momento, la puerta resistió. Luego, dos de los detectives la empujaron con el hombro y se abrió con estrépito. Yo irrumpí en la habitación tras los demás, mientras resonaba en mis oídos un agudo silbido. Era una habitación pequeña, amueblada en plan de oficina, aunque en un rincón se veía la armadura de una cama de hierro. No había nadie dentro. Pero en la pared del fondo había otra puerta. El inspector se lanzó hacia ella con un grito y la abrió de golpe. La otra habitación estaba a oscuras; pero al abrirse la puerta, penetró por ella la luz de la lámpara colgada en la oficina, dejando ver al fondo la silueta de una ventana. Se oyó el grito de una mujer en la oscuridad.

En el instante siguiente, un hombre se lanzó hacia la ventana, la abrió y levantó una pierna hacia el antepecho. Todo ocurrió en una fracción de segundo. El hombre estaba en la ventana casi antes de que el inspector hubiera recobrado el equilibrio. Con el rabillo del ojo vi como Beghin levantaba el revólver rápidamente. Al mismo tiempo, el hombre de la ventana se volvió y de su brazo extendido brotó un disparo. Hubo un fogonazo y un grito. Comprendí que la bala se había clavado en el hombro del inspector una décima de segundo antes de que Beghin hubiera disparado. Se oyó un ruido de cristales y la mujer de la habitación volvió a gritar. Luego, la ventana se cerró de golpe. El hombre había desaparecido. Pero en el corto instante en que se había vuelto para disparar, le había visto la cara, reconociéndole. Era Roux.

El inspector se agarró al marco de la puerta, retorciendo su cara en una mueca de dolor. Luego, me lancé tras los demás hacia la otra habitación. Agachada en un rincón, gimoteando y con la cara tremendamente pálida, estaba Mademoiselle Martin. Junto a ella, con las manos levantadas por encima de la cabeza, un hombre gordito y calvo, protestando enfadado en un rápido italiano que él era un honesto hombre de negocios, amigo de Francia, y que, como no había cometido ningún crimen, la policía no tenía ningún derecho a molestarle.

Beghin se fue derecho a la ventana. Su bala había roto uno de los cristales, pero de Roux no quedaba rastro. Por encima del hombre de Henri, vislumbré el techo de un edificio contiguo; unos dos metros más abajo. Beghin se giró rápidamente.

—Ha desaparecido por los tejados. Duprat y Maréchal, encargaos de estos dos. Mortier, tú baja a la calle y avisa a los hombres de abajo que vigilen los tejados y disparen sin previo aviso. Luego, vuelve aquí y trata de hacer algo por el inspector Fournier, que está herido. ¡Henri, ven conmigo! Usted también, Vadassy; puede ser útil.

Sudando y jurando, se subió al antepecho de la ventana y saltó sobre el tejado inferior. En el momento en que Henri y yo le seguíamos, oí que el inspector exhortaba débilmente al detective Mortier a que no se quedase allí con la boca abierta como un tonto, sino que bajase a la calle e hiciese lo que le habían dicho.

Al saltar me encontré sobre un bajo parapeto que bordeaba un tejado plano con una claraboya en el centro cubierta de cristal como un invernadero de pepinos. A su alrededor se elevaban las desnudas paredes de los almacenes contiguos. En las sombras proyectadas por la luna, parecía que no hubiese ninguna salida de aquel tejado. Sin embargo, Roux había desaparecido completamente.

—¿Tienes una linterna? —preguntó Beghin con brusquedad a Henri.

—Sí, Monsieur.

—Entonces no te quedes ahí parado. Acércate a la claraboya y mira si se puede abrir desde fuera. Y, por amor de Dios, date prisa.

Mientras Henri saltaba sobre el tejado para hacer lo que le mandaban, Beghin empezó a andar por el parapeto. Cuando se alejaba, oí que murmuraba extraños juramentos. Luego me dediqué a observar lo que estaba haciendo. En la sombra del rincón situado al fondo del tejado, había un estrecho resquicio entre las paredes convergentes.

En el momento en que Beghin dirigía su linterna hacia allí, Henri señaló en voz alta que por la claraboya no podía huir un hombre. En el mismo instante en que se extinguía el eco de sus palabras, brotó un fogonazo en la oscuridad frente a nosotros y se oyó una detonación. Una bala se hundió con saña en la pared de ladrillo detrás de mí.

Beghin se arrodilló y saltó del parapeto al tejado. Yo salté tras él. Henri salió de la sombra corriendo agachado hacia nosotros.

—Está en aquella esquina, entre las dos paredes, Monsieur.

—Ya lo sé, imbécil. Agáchese, Vadassy, y no se mueva. Henri, arrímate a la pared y trata de llegar al resquicio manteniéndote a cubierto. Si le ves, enfócale con la linterna. Le tenemos arrinconado.

Henri se acercó rápidamente a la pared y Beghin, revólver en alto, comenzó a caminar despacio por el tejado hacia el resquicio. Una nubecilla ocultó la luna y por un momento los perdí de vista. Un segundo más tarde, se vio el resplandor de una linterna y sonaron las detonaciones de dos disparos en rápida sucesión. Los fogonazos salieron del rincón donde estaba el resquicio. Cuando el eco de los disparos se apagó, oí que Beghin le decía a Henri en voz alta que no siguiera adelante.

Incapaz de seguir resistiendo la tentación, me dirigí al rincón. Al llegar junto a ellos, casi choqué con Beghin que se estaba asomando con precaución por la oscura rendija que había entre las paredes.

—¿Le han visto? —susurré.

—No. Él nos vio a nosotros. Es mejor que vuelva donde estaba, Vadassy.

—Prefiero quedarme aquí, si no le importa.

—Luego, no se queje si resulta herido. Está en una escalera de incendios que hay a unos veinte metros de aquí en una de estas paredes. Se trata de la pared trasera de un almacén situado en una calle paralela a la que vinimos nosotros por ella. Henri, ve a decir a los de la calle que envíen unos cuantos hombres a ese almacén. Si el vigilante todavía está dormido, díles que fuercen la puerta. Quiero que le ataquen por la espalda. Y díles que se den prisa.

Henri trepó a la habitación. Nosotros esperamos en silencio. En la lejanía se oían los ruidos de un tren que se alejaba y de los coches que corrían por la calle. Pero allí arriba había una profunda calma.

—Supongamos que se escabulle antes... —comenté yo al cabo de un rato.

Beghin me cogió por un brazo.

—¡Cierre la boca y escuche!

Escuché. Al principio, no oía nada; luego, llegó a mis oídos un debilísimo ruido de algo que rechinaba. Era un sonido extraño, hueco y metálico. Beghin respiró profundamente. Vi que se asomaba a la pared de ladrillo. Yo me agaché y avancé hasta que pude mirar por encima del parapeto. De pronto, el resplandor de la linterna de Beghin rasgó la oscuridad. Sus rayos pasaron fugazmente por la pared de cemento armado que estaba frente al resquicio de las dos paredes. Luego, se detuvieron y pude ver la escalera de incendios.

Roux se estaba acercando al pie de la misma. Cuando la linterna le iluminó, se giró en redondo rápidamente y levantó a media altura la mano del revólver. Su cara estaba pálida, y la luz de la linterna le hizo parpadear. Luego, el arma de Beghin estalló. La bala se estrelló contra la escalera de incendios, haciéndola resonar, y desapareció en el aire con un silbido. Roux bajó su arma y echó a correr hacia la escalera. Beghin disparó de nuevo y corrió tras él hacia el pie de la escalera de incendios por el canalón que había entre las dos paredes. Titubeé un segundo antes de seguirle. En el momento en que llegué junto a la escalera, Beghin ya estaba subiendo. Yo veía su cuerpo dibujado contra el cielo, una sombra que se movía lentamente pegada a la pared. Empecé a subir tras él.

Un momento más tarde, cuando vi un movimiento contra la línea del cielo, me pesó haberlo hecho. Beghin se detuvo y me gritó que retrocediese. En aquel mismo instante, la bala de Roux se estrelló contra el hierro de la escalera junto a mis pies. Beghin volvió a disparar, pero Roux había desaparecido de nuestra vista. El gordo trepó los últimos peldaños. Cuando llegué junto a él, su cabeza asomaba cautelosamente por el alero que rodeaba el tejado. Le oí jurar en voz baja.

—¿Se ha escabullido?

Sin contestarme, trepó por el alero y saltó al tejado. Era un tejado largo, estrecho y muy plano. Cerca de nosotros había un gran depósito de agua. En el extremo se veía una estructura triangular con una puerta que daba al piso inferior. Y en medio, una verdadera selva de chimeneas de acero destinadas a la ventilación. Beghin me empujó a la sombra del depósito de agua.

—Tendremos que esperar a que lleguen los refuerzos. No seríamos capaces de encontrarle entre esas chimeneas, y él podría dispararnos impunemente si lo intentamos.

—Pero se nos puede escapar mientras esperamos.

—No. Le tenemos acorralado. No hay más que dos salidas de este tejado. La escalera de incendios y aquella puerta de allí. Probablemente tratará de abrirse camino a balazos. Lo mejor es quedarnos aquí hasta que lleguen los otros. Pero había otra salida de aquel tejado, y Roux iba a cogerla.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Casi en el mismo instante en que Beghin acababa de hablar, *gardes mobiles* armados con rifles irrumpieron en el tejado por la puerta. Beghin les gritó que se desplegaran y avanzasen hacia nosotros. Ellos le obedecieron con prontitud. La línea empezó a moverse. Esperé con el aliento entrecortado.

No sé exactamente qué esperaba que ocurriese, pero lo que en realidad sucedió fue totalmente inesperado. La línea de hombres ya casi había llegado a la última hilera de chimeneas. Yo empezaba a creer que Roux había conseguido escabullírse nos. Pero de pronto, vi que una figura salía disparada de entre las chimeneas y se dirigía hacia el alero opuesto a donde estábamos nosotros. Un guardia gritó, lanzándose en su persecución. Beghin echó a correr. Roux se abalanzó sobre el alero y se detuvo un segundo. En aquel momento comprendí. Entre el tejado donde nosotros estábamos y el del almacén contiguo había un espacio de unos dos metros. Roux iba a saltar. Vi cómo se agachaba para dar el salto. El guardia más próximo estaba a unos veinte metros de él, echando el cerrojo de su rifle mientras corría. Entonces, Beghin se detuvo y levantó su revólver.

Disparó en el momento exacto en que Roux estiraba su cuerpo. La bala le hirió en el brazo derecho porque vi que su mano izquierda trataba de cogerlo con avidez. Luego, perdió el equilibrio. Fue horrible. Durante un breve instante luchó por salvarse. Luego, cuando comprobó que estaba cayendo, gritó.

El grito se convirtió en alarido al desaparecer en el vacío, un chillido que se apagó de golpe con el sonido horrible del choque de su cuerpo contra el cemento.

Me quedé mirando a Beghin, que se acercó al alero y echó un vistazo hacia abajo. En aquel momento, y por segunda vez en veinticuatro horas, me sentí violentamente mareado. Cuando llegaron junto a Roux, ya estaba muerto.

—Su verdadero nombre —dijo Beghin— era Verrue. Arsène Marie Verrue. Hace

años que le conocemos. Es, era, francés, pero hijo de madre italiana. Había nacido en Briançon, cerca de la frontera italiana. En 1924 desertó del ejército. Poco después supimos que trabajaba como agente italiano en Zagreb. Luego, durante una temporada, trabajó para el Servicio de Inteligencia del ejército rumano. Después se fue a Alemania por encargo de algún otro gobierno, probablemente el italiano otra vez.

Estábamos de nuevo en la oficina de la Agencia Metraux. Al inspector Fournier se lo había llevado una ambulancia. Los detectives se dedicaban a trasladar todos los papeles, archivos y libros de la oficina a un camión pedido especialmente para eso. Uno de ellos arrancaba la tapicería de las sillas. Otro levantaba con una palanqueta las tablas del suelo.

—¿Y Mademoiselle Martin?

—¡Oh! No era más que su amante. Naturalmente, sabía lo que él se traía entre manos. En estos momentos se halla en el *poste*, desmayada. La interrogaremos más tarde. Creo que la tendremos que soltar. Al que me alegro de haber detenido esa Maletti, o Metraux como dice que se llama. Es el cerebro que está detrás de todo esto. Roux no era importante, nunca fue más que un mero empleado. Pronto detendremos al resto. Toda la información está aquí.

Se acercó al hombre que trabajaba en el suelo y empezó a examinar un fajo de papeles encontrado bajo las tablas. Me quedé solo. Así que era Roux. Ahora comprendía por qué su acento me había resultado tan familiar. Era el mismo acento de mi compañero Rossi, el italiano de la Mathis School of Languages. Ahora me daba cuenta de lo que Roux pretendía al ofrecirme cinco mil francos por una pequeña información. Era el escondrijo de las fotos lo que deseaba saber. Bueno; ya sabía quien me había golpeado en la cabeza, quien había registrado mi habitación, quien había dado el portazo en la sala de lectura y cerrado la puerta con llave. Ya lo sabía y, sin embargo, no parecía que tuviera mucha importancia que lo supiese. En mis oídos sonaba todavía aquel chillido final de agonía. Mentalmente, vi las figuras de Mademoiselle Martin y del espía muerto de pie ante la mesa de billar ruso. Recordé como ella se apretaba contra él. Pero... Roux no era importante... nunca fue más que un simple empleado... ella no era más que su amante. Sí, naturalmente. Ese era el modo de ver el asunto.

En aquel momento entró en la habitación un *agent* con un paquete en la mano. Beghin dejó los papeles y lo abrió. Dentro había una máquina fotográfica Zeiss Contax y un largo teleobjetivo. Beghin me hizo una seña.

—Esto fue encontrado en sus bolsillos —dijo—. ¿Quiere ver el número?

Mis ojos se detuvieron en la máquina que tenía en la mano. El objetivo y el disparador estaban aplastados. Negué con la cabeza, añadiendo:

—No, Monsieur Beghin. Me fío de su palabra.

Beghin asintió.

—Su presencia aquí ya no es necesaria.

Abajo está Henri, que le llevará a St. Gatien en el coche. Se volvió otra vez a sus papeles. Yo titubeé.

—Solo una cosa, Monsieur. ¿Cómo explica usted que hubiera quedado en el Réserve, intentando recuperar fotos?

Beghin levantó la vista hacia mí, encogiéndose de hombros un poco molesto.

—No lo sé. Probablemente le pagaban por trabajo efectuado. Supongo que necesitaba dinero. Buenas noches.

Bajé las escaleras y salí a la calle. «Necesitaba dinero». Era como un epitafio.

Era ya casi la una y media de la madrugada cuando regresé al Réserve. Al acercarme a la entrada, observé que había luz en el despacho. Mi corazón pegó un brinco. Beghin me había dicho que la policía de St. Gatien había explicado la situación a Köche, preparándole para mi regreso; pero la perspectiva de comentar el asunto con alguien me resultaba insoportable. Intenté pasar sigilosamente ante la puerta del despacho, dirigiéndome a las escaleras.

Ya había puesto la mano en la barandilla cuando hubo un movimiento detrás de mí. Me volví. En la puerta del despacho estaba Köche, sonriendo hacia mí medio dormido.

—Le he estado esperando, Monsieur. Hace un rato he tenido la visita del comisario. Me dijo, entre otras cosas, que iba a regresar usted.

—Comprendo. Estoy muy cansado.

—Sí, claro. Cazar espías debe ser un deporte muy duro —dijo con una sonrisa—. Pensé que le gustaría tomarse un bocadillo y un vaso de vino. Se los tengo aquí preparados en el despacho.

Comprendí de pronto que un bocadillo y un vaso de vino era precisamente lo que estaba deseando. Le di las gracias y entramos en el despacho.

—El comisario —dijo mientras abría la botella de vino— se mostró categórico pero evasivo. Supongo que es muy importante que no se divulgue ninguna alusión a las verdaderas actividades de Roux. Al mismo tiempo, hay que explicar, naturalmente, por qué Monsieur Vadassy ha sido detenido ayer acusado de espionaje y hoy está de vuelta como si nada hubiera pasado.

Yo tragué el trozo de bocadillo que tenía en la boca.

—Eso es cosa del comisario —dije en tono despreocupado.

—Naturalmente —contestó él, mientras ponía un poco de vino en mi vaso y en el suyo—. De todos modos —añadió—, tendrá usted que responder a una serie de preguntas bastante embarazosas que le harán por la mañana.

Pero no me dejé convencer.

—Desde luego. Pero eso será por la mañana. De momento no pienso en otra cosa que en dormir.

—Sí, claro. Debe estar usted muy cansado —me sonrió con una mueca automática—. Espero que olvide nuestra entrevista de esta tarde.

—Ya está olvidada. No fue culpa suya. La policía me dio órdenes y yo tenía que obedecerle. No es que me gustase tener que hacerlo, como puede usted imaginarse, pero no tenía alternativa. Me amenazaron con deportarme.

—¡Ah! Así que era eso. El comisario no me explicó nada.

—Sería porque no quiso.

El gerente cogió un bocadillo y estuvo masticando un minuto o dos en silencio.

—Le diré una cosa —comentó en tono pensativo—, estos últimos días he estado muy preocupado.

—¿Oh?

—En una ocasión trabajé en un gran hotel de París como ayudante del gerente. Era un ruso llamado Pilevski. A lo mejor ha oído hablar de él. Es un genio en su profesión. Era un placer trabajar con él; a su lado aprendí muchas cosas. El buen hotelero, solía decir, debe conocer a sus huéspedes. Ha de saber lo que hacen, lo que piensan y lo que ganan. Y, sin embargo, nunca has de dar la impresión de ser curioso. Yo no he olvidado nunca esto. Adivinar estas tres cosas se convirtió para mí en una especie de hábito instintivo. Pues bien, durante estos últimos días noté que en el hotel estaba ocurriendo algo que yo desconocía y esto me preocupaba. Ello ofendía mi sensibilidad profesional; no sé si me comprende. Yo me daba cuenta de que alguien estaba en el ajo de todo esto. Al principio, creí que podía ser el Mayor inglés. Empezó con el incidente de la playa y luego me enteré que esta mañana les andaba pidiendo dinero prestado.

—Y creo que lo consiguió.

—Oh, sí. El joven americano le dejó dos mil francos.

—¿Skelton?

—Sí, Skelton. Espero que se pueda arreglar sin ellos, porque no creo que los vuelva a ver.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Luego vino lo de Monsieur Duclos.

Yo solté una ligera carcajada.

—Hubo un momento en que sospeché que Monsieur Duclos podía ser espía. Ya sabe que es bastante peligroso el viejo: dice unas mentiras de espanto y es un chismoso inveterado. Supongo que ambas cosas se deben a su condición de próspero hombre de negocios.

Köche arqueó las cejas en ademán incrédulo.

—¿Hombre de negocios? ¿Quién? ¿Es eso lo que le ha dicho?

—Sí. Parece que tiene varias fábricas.

—Monsieur Duclos —dijo Köche con intención— trabaja como administrativo en el departamento de sanidad de un pequeño ayuntamiento cercano a Nantes. Gana doscientos francos al mes, y viene aquí todos los años a pasar dos semanas de vacaciones. Alguien me dijo en cierta ocasión que había pasado seis meses en una casa de salud mental. Sospecho que pronto tendrá que volver a ella. Este año está mucho peor que el pasado. Ha iniciado una nueva tendencia. Se inventa las historias más fantásticas acerca de los demás. Durante días enteros me ha estado dando la lata,

tratando de conseguir que yo le pusiese las esposas al Mayor inglés. Según él, se trata de un famoso criminal. Es irritante.

Pero yo ya me estaba empezando a acostumbrar a las sorpresas. Terminé el último bocadillo y me puse en pie.

—Bien, Monsieur Köche, gracias por los bocadillos, gracias por el vino, gracias por su amabilidad y... buenas noches. Si sigo aquí un minuto más, me quedaré dormido en esa silla toda la noche.

El gerente esbozó una sonrisa forzada.

—Y entonces no tendría posibilidad de evitar sus preguntas.

—¿De quién?

—De los demás huéspedes, Monsieur —replicó inclinándose hacia delante—. Escuche, Monsieur. Está usted muy cansado y no es mi deseo molestarle. Pero ¿ha pensado usted ya en lo que va a decir a esa gente mañana por la mañana?

Negué lentamente con la cabeza.

—No tengo la menor idea. Contarles la verdad, supongo.

—El comisario...

—¡Al cuerno con el comisario! —exploté yo—. La policía ha creado esta situación. Que acepten las consecuencias.

Köche se puso de pie.

—Un momento, Monsieur. Hay algo que yo creo que debe usted conocer.

—No será otra sorpresa, supongo.

—Monsieur, esta noche cuando llegó el comisario, todavía estaban en el salón el matrimonio inglés, los americanos y Duclos, comentando su detención. Al marchar el comisario, me tomé la libertad de inventarme una historia que explicase su detención, eximiéndole a usted de toda sospecha de actividad criminal, y que, al mismo tiempo, diese cumplida satisfacción a la curiosidad de los huéspedes. Les dije, en plan estrictamente confidencial, que usted era en realidad Monsieur Vadassy del departamento de contraespionaje del Second Bureau, y que su detención no era más que una trampa que formaba parte de un plan especial, acerca del cual ni siquiera la policía tenía un conocimiento muy exacto.

Las palabras de Köche me dejaron con la boca abierta.

—¿Y espera usted que se traguen ese absurdo?

Köche sonrió.

—¿Por qué no? ¿No se han creído su cuento acerca del robo de la pitillera de plata y el alfiler con un diamante?

—Es diferente.

—De acuerdo. De todos modos, creyeron aquello y también se han creído esto. *Estaban deseando* creerlo, ¿comprende? A los americanos les caía usted simpático y no eran capaces de imaginarse que fuera usted un criminal, un espía. Su aceptación

inmediata del cuento convenció a los demás.

—¿Y Duclos, qué?

—Anunció que ya lo sabía desde un principio, que usted mismo se lo había dicho.

—Sí, seguro que *habrá dicho* eso. Pero —añadí mirándole fijamente—, ¿qué fin persigue usted al contarles esa historia? No comprendo qué es lo que se trae entre manos.

—Mi objetivo —dijo en tono lisonjero— es simplemente evitarle molestias y dificultades. Monsieur —continuó en actitud persuasiva—, si quiere usted dormir a gusto esta noche, si quiere estar tranquilo en su habitación toda la mañana, deje el asunto en mis manos. Le prometo que no tendrá que responder a ninguna pregunta, ni dar ninguna explicación. Ni siquiera necesita ver a ninguna de estas personas.

—Pero, escuche...

—Ya sé —continuó él rápidamente— que fue una gran impertinencia por mi parte decir esto sin su permiso, pero dadas las circunstancias...

—Pero, dadas las circunstancias —le interrumpí con amargura—, un robo, una detención y una muerte violenta, todo en un día, pueden provocar un mal ambiente para el negocio y usted se adelanta con su cuento chino de que yo soy un agente de contraespionaje. Roux ha sido discretamente olvidado. La policía se queda feliz. Yo estoy cogido entre dos fuegos. O he de mentir como un titiritero para explicar qué hace el famoso agente de contraespionaje de vuelta en el Réserve, o hago mutis discretamente sin ver a nadie. ¡Bonito trabajo!

Köche se encogió de hombros.

—Es un modo de ver el asunto. Pero me gustaría hacerle una pregunta. ¿Preferiría elaborar usted su propia explicación?

—Preferiría decirles la verdad.

—Pero la policía...

—¡Al infierno la policía!

—Sí, claro —replicó en tono muy seguro—. Supongo que debí habérselo dicho antes: el comisario me dejó un mensaje para usted.

—¿Dónde está?

—Es un mensaje verbal. Me dijo que le recordase que el ciudadano francés debe estar dispuesto a prestar ayuda a la policía en cuantas ocasiones sea necesario. Añadió que esperaba entrar pronto en contacto con la Oficina de Nacionalización.

Yo respiré profundamente.

—Supongo —dije lentamente— que no habrá comentado por casualidad su cuentecito con el comisario.

El gerente se puso rojo.

—Creo que lo mencioné de pasada. Pero...

—Comprendo. Lo han elaborado entre los dos. Usted...

Me detuve. Un súbito sentimiento de desamparo me invadió. Estaba cansado, harto, mareado hasta la desesperación de todo aquel desafortunado asunto. Me dolían todos los miembros; la cabeza parecía que se me fuera a partir en dos.

—Me voy a la cama —dije con decisión.

—¿Y qué les digo a los criados, Monsieur?

—¿A los criados?

—Acerca de la hora en que le han de llamar, Monsieur. Las instrucciones que tienen en este momento es que usted ya no está oficialmente en el hotel, que cuando llegue el coche que le ha de llevar a Toulon para coger allí el tren de París, ninguno de los otros huéspedes debe verle marchar. ¿He de modificar estas instrucciones?

Me quedé en silencio durante un momento. Así que todo estaba arreglado. Oficialmente, yo ya no estaba en el Réserve. Bueno, ¿qué importaba ya? Mentalmente, me vi a mí mismo paseando por la terraza a la mañana siguiente. Oí las exclamaciones de sorpresa, las preguntas, los gritos de asombro, mis explicaciones, más preguntas, más explicaciones, mentiras y más mentiras. Esto era lo más sencillo. Köche lo sabía, claro. Y tenía razón. Yo era el que estaba equivocado. ¡Cielos, qué cansado estaba!

El gerente estaba observando mi cara.

—¿Y bien, Monsieur? —preguntó al fin.

—Muy bien. Sólo un ruego: que no me traigan el desayuno muy temprano.

Köche esbozó una amplia sonrisa.

—Pierda cuidado. Buenas noches, Monsieur.

—Buenas noches. ¡Oh! A propósito —dije, volviéndome en la puerta y sacando del bolsillo el sobre de Beghin—. La policía me ha dado esto. Contiene quinientos francos para los gastos que hice durante los últimos días. No he gastado nada que se parezca a esta cantidad. Me gustaría que diese usted este sobre a Herr Heinberger. Tal vez pueda serle útil a él, ¿no cree?

Köche se me quedó mirando. Por un momento tuve la impresión de estar viendo a un actor a quien un movimiento hubiese barrido el maquillaje de su cara... un actor que ha estado haciendo el papel de gerente de hotel. Movié lentamente la cabeza.

—Es usted muy generoso, Vadassy —dijo, suprimiendo el «Monsieur»—. Emil me dijo que había estado hablando con usted. No voy a negarle que cuando me lo dijo me molestó. Ahora veo que me equivoqué. Sin embargo, ahora ya no necesita dinero.

—Pero...

—Hace unas horas, tal vez se hubiera alegrado. La verdad es que regresa a Alemania por la mañana. Esta noche ha quedado todo arreglado y se irán mañana en el tren que sale de Toulon a las nueve.

—¿Se irán?

—Vogel y su mujer se van con él.

Guardé silencio. No hallaba ninguna palabra que decir. Cogí el sobre que había dejado en la mesa y lo metí de nuevo en el bolsillo. Con aire distraído, Köche se puso un poco más de vino en el vaso, lo miró a contraluz y luego dirigió su vista hacia mí.

—Emil siempre decía que esos dos reían demasiado. Lo descubrí ayer. Recibieron una carta. Decían que era de Suiza, pero el sello era alemán. Cuando abandonaron la habitación, le eché un vistazo. Era muy lacónica. Decía que si querían más dinero debían presentar inmediatamente una prueba de que lo necesitaban. Y así lo hicieron. Emil no estaba equivocado. Ríen, son grotescos; nadie sospecha que son, además, indecentes. Ese es su secreto.

Bebió el vino de un trago y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe.

—Hace años —continuó—, oí un recital a Frau Vogel en Berlín. Su nombre era entonces Hulde Kremer; no la reconocí hasta esta noche cuando se puso a tocar. Varias veces me he preguntado qué le habría pasado. Ya sé: se casó con Vogel. Pero es muy extraño, ¿no cree? —preguntó, tendiéndome la mano—. Buenas noches, Vadassy.

Nos estrechamos la mano.

—Y espero ver de nuevo el Réserve —añadí.

Köche inclinó la cabeza.

—El Réserve siempre estará aquí.

—¿Quiere decir que usted no estará con él?

—Confidencialmente, le diré que el mes que viene me voy a Praga.

—¿Lo ha decidido esta noche?

—Exactamente —dijo, asintiendo con la cabeza.

Mientras subía lentamente los peldaños de las escaleras oí que el reloj de la sala de lectura daba las dos. Un cuarto de hora más tarde estaba dormido.

A las doce del mediodía terminé de tomar el café del desayuno, até la maleta con unas cuerdas y me senté junto a la ventana a esperar. Hacía un día soberbio. El sol caía a plomo y se veía vibrar el aire sobre la piedra del alféizar de la ventana. El mar estaba ligeramente rizado por una suave brisa. Las peñas rojas despedían sus típicos destellos.

En el jardín, las cigarras entonaban su coro de zumbidos. En la playa se veían dos pares de piernas morenas bajo una gran sombrilla a rayas. En la terraza inferior, Monsieur Duclos se dirigía a unos recién llegados, una pareja de mediana edad todavía con su ropa de viaje. Mientras hablaba, acariciaba su barba y se ajustaba los lentes. La pareja le escuchaba con atención. Se oyó un golpecito en la puerta. Era un camarero.

—Ya está aquí el coche, Monsieur. Es la hora.

Me fui. Más tarde, desde el tren, vislumbré entre los pinos el techo del Réserve.

Me sorprendió ver lo pequeño que parecía entre los árboles.



ERIC AMBLER. Nacido en Londres, Reino Unido, el 28 de junio de 1909, fue un escritor británico considerado el inventor de la novela de espionaje moderna. También fue guionista y productor cinematográfico. Falleció el 22 de octubre de 1998.

Eric Ambler tuvo una infancia feliz. En 1928 obtiene su título de ingeniero, pero prefiere dedicarse a la publicidad, profesión que ejercerá hasta finales de la Segunda Guerra Mundial y que alternará con la novela. Entre 1936 y 1940, escribe seis novelas de espionaje que se convertirán en clásicos.

Una vez enrolado, permanecerá en el ejército británico durante seis años, sirviendo en los batallones de propaganda cinematográfica, escribiendo guiones y realizando filmaciones en los lugares de batalla, en donde conoce a John Huston). Tras la guerra prueba sin éxito la aventura americana en Hollywood. Escribe algunos guiones, pero al cabo de poco tiempo regresa a la novela. Decide volver a Europa en 1958. Siguió escribiendo numerosas novelas hasta 1981.

La contribución de Eric Ambler será fundamental para elevar el thriller a la categoría de literatura noble. La novela negra será el género preferido por Ambler, ya que le permitía expresar sus opiniones políticas, aunque nunca caerá en las ilusiones de las utopías. Sus personajes son personas normales, en muchas ocasiones llegadas a espías sin pretenderlo, anti-héroes vapuleados por fuerzas que les superan con mucho. A menudo Ambler utiliza su experiencia en los negocios y su formación como ingeniero para dar verosimilitud a sus relatos, sirviéndose de un muy británico

sentido del humor y de un estilo de escritura inimitable.

Sus novelas más destacadas son: *Peligro extremo* (1937), *Motivo de alarma* (1938), *La máscara de Dimitrios* (1939), *Viaje al miedo* (1940), y *La luz del día* (1962) galardonada con el premio Edgar en 1964 a la mejor novela.